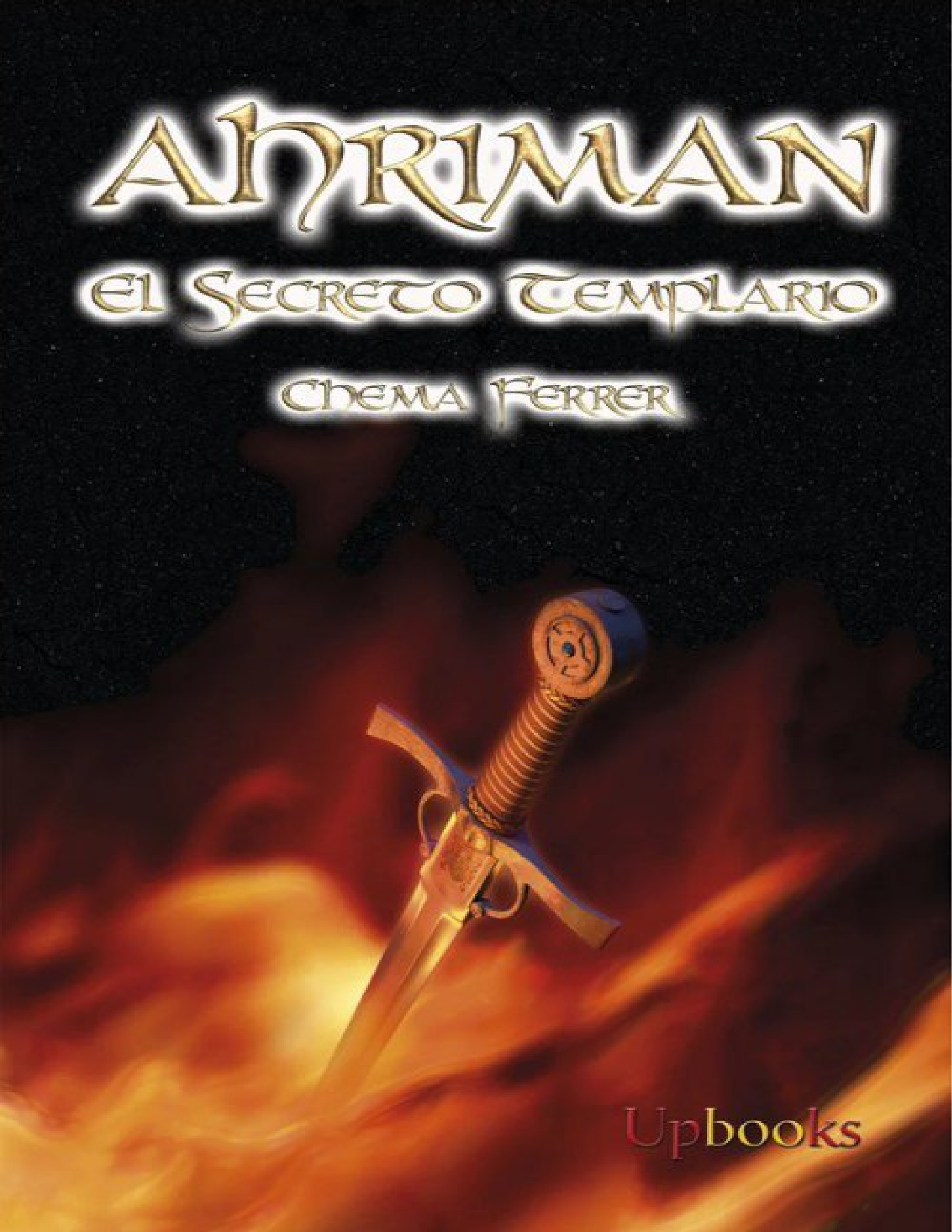
Ahriman

El Secreto Templario

Chema Ferrer



Upbooks

Chema Ferrer

Ahriman. El Secreto Templario

Prólogo

ACA legajo no. 380 .Jaime I
De nueve de Julio de 1229.

“Notum sit cunctis quod ego Gillelmus de Sergenteanis filius qui fui Bernardi de Sargantanis et Marie uxoris eius condam defuncte bona et libera voluntate recognosco et fateor in veritate hábeas meum et omnes infantes meos quos habeo et habere debeo et omnes res meas habitas et habendas esse de milicia Templi suorumque fratrum. Ita scilicet quod unquam ego et mei non possimus alium dominum reclamare nisi fratres milicie Templi et nulla prescriptio tempororum sive habitacio villarum atque civitatum seu opidorum non possit mihi nec meis in aliquo prodesse nec dicte milicie ego et mei annuatim I. Par caponum in festo omnium sanctorum. Ad maiorem etiam firmitatem juro ego dictus Gillelmus de Sargantanis manibus meis propriis per deum et super sancta IIII. evagelia ut hoc atendam et compleam omni tempore ut superius dictum est. Item recognoscho et fateor quod pater meus et mater fuerunt dicte milice Templi. Quod est factum VII. Idus julii anno domini M.CC.XX. nono. Signum Gillelmi de Sargantanis qui hoc laudo et firmo et iuro. Sum Gillelmi de Medala. Signum Ferrari Bufil de Vila Seyna. Signum Arnaldi de Sargantanis. Signum Andree sacerdotis et publici ville Vici scriptoris. Signum Gillelmi sacerdotis qui hoc scripsit die et anno quo supra.

Pergamino hallado en el Archivo de la Corona de Aragón, donde se da fe de la donación personal a la Orden del Temple de la familia Sargantana.

PARTE PRIMERA

I

ARS MAGNA
CREDITAE TAM DEMENTER
ET IGNOTIS ET BARBARIS

“ARTE REAL CONFIADO IMPRUDENTEMENTE A EXTRANJEROS E IGNORANTES”.

Tan limpio andaba aquel como los que le echaron al mundo y que acabaron, por culpa de sus aprietos, en poder de la todopoderosa orden del Temple. Los frailes compraron la deuda de la familia Sargantana y bien que se la cobraron sirviendo todos sus miembros en la Orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón, que en aquellos tiempos menos oscuros y más luminosos de lo que se cree eran buena parte del todo.

Corre el siglo trece y frente a la aragonesa alcazaba de Alcañiz, el pueblo de aquella villa pide pan y justicia a sus propietarios, la Orden de Calatrava. Hasta la encomienda han subido sus próceres y multitud de vecinos por reivindicar derechos incumplidos y denunciar atropellos de aquellos servidores de la cruz y la espada. Las gentes se agolpan ante el portón de entrada al castillo, mezcladas con los destripaterrones que derriban los

antiguos muretes de gruesa argamasa de la fortaleza. De la obra de los sarracenos a los que les conquistaron esas tierras, todavía permanecía la muralla exterior, el gran portón de acceso y algunas dependencias en las que los albañiles levantan nuevos muros de sillarejo y mortero. Los picapedreros de más porte y arte tallan finamente sillares y dovelas en lo que va tomando la forma de un claustro. En un pequeño altozano el maestro de obra observaba sobre un tablón los apuntes y bocetos de la obra proyectada por fray Lupo Martín, comendador calatravo de Alcañiz. En ese momento, una sonora cabalgada irrumpe en el camino que lleva al castillo entre el barullo de las gentes y el repicar de malletes y escoplos. El ondeante gonfalón del Temple se acerca a la barbacana de entrada. Lo acompaña una reducidísima comitiva, encabezada por un templario de aspecto rudo y entrado en años, fray Ramón Samenla, ceñido de gruesa gramalla, enhiesta la lanza y cubierto por una capa que si debiera ser blanca, se tornó tostada por lo árido y áspero del camino. Le siguen su sirviente y escudero Guillermo de Sargantana, y haciendo las veces de eventual gonfaloniero, Martí de Orta, aparcero de la encomienda del mismo nombre y hombre para todo lo que haya menester.

El gentío les abre paso ante la fogosidad de sus cabalgaduras hasta llegar a la entrada de la alcazaba. Algunos peones con aspecto contrariado guardan el acceso al atrio donde una gran puerta de hojas de roble permanece entreabierta. Martí se apea tras fray Ramón, que se adelanta seguido de su escudero. Ambos penetran en la estancia casi sin escuchar los ruegos y súplicas del centinela.

—¡He de anunciar su llegada! —les gritó sin que aquellos le prestaran mucho interés.

—¡Diantre! ¿Qué es este barullo? Por Dios que si se ha obrado algún milagro llegamos en el mejor momento. —exclamó el templario ignorando al centinela.

La muchedumbre había subido hasta el castillo con la excusa de que los calatravos, que ahora señoreaban el lugar y la ciudad, escucharan sus ruegos y súplicas. Pero lo que realmente les interesaba era admirar la llamativa comitiva que esa misma mañana había llegado a Alcañiz, y que se había puesto a resguardo tras los muros del castillo. Los que los vieron llegar, y a causa de las extrañas vestiduras y atavíos, no medían su imaginación:

—¡Es el mismísimo emperador de Oriente! —decía uno.

—¡No, es el príncipe de los tártaros, que vino a rendir vasallaje al rey! —le corregía ingenuamente otro desde atrás.

Lo que había suscitado tanto interés era la llegada de los embajadores del rey Andrés de Hungría, que llegados esa misma mañana se les daba audiencia ante el mismísimo don Jaime, rey de Aragón, para tratar precisamente los pormenores de su acuerdo matrimonial con la jovencísima princesa húngara Violante. Hacía ya algunos años que el rey estaba sin esposa, desde que fuera obligado por el Papa a renunciar a su anterior matrimonio con Leonor de Castilla. Más pesó el consejo e interés del siempre perverso monarca de los francos, que aprovechó la consanguinidad de los esposos para destapar el escarnio y obligar a la nulidad matrimonial. Obviamente, lo que pretendía por todos los medios es que los reinos cristianos de Castilla y Aragón permanecieran perpetuamente enfrentados para de ese modo salvaguardar mejor sus intereses. De aquella unión había nacido el infante Alfonso, que convivía en aquel tiempo con su madre en la corte castellana.

La indumentaria y modales de los húngaros llegados a Alcañíz eran totalmente ajenos a lo habitualmente conocido. Vestían sayones y escarpes de gran calidad bordados en múltiples colores, correajes remachados de figuras de latón de las que pendían espadas acorvadas, largas botas al estilo de la llamada piel de Rusia hasta la rodilla y tocados de alargados gorros de fieltro. No eran pocas las mujeres que los acompañaban, alguna dama principal y muchas matronas y sirvientas de la princesa que prepararían su llegada. Destacaban por su tez nacarada, ojos claros y estrambóticos peinados, repletos de cintas, horquillas y peinetas que domeñaban los cabellos a placer. Fray Ramón se detuvo, escudriñando entre tan distinguidos personajes por ver si atinaba ver al rey, del que por fin escucho su vozarrón escapar tras unos tupidos cortinajes. Tras él se entretenía Guillermo, embelesado por la visión de las doncellas húngaras. Pronto sus pupilas se fijaron en otras que lo observaban. Un fuerte empellón lo atrajo hacia el rincón, junto a un enorme baldaquino. El fraile lo reprendió:

—Espera aquí y no te muevas. Ahí detrás está el rey. —le ordenó.

—Si señor, así lo haré. —respondió obediente. Guillermo era joven y vigoroso, de rostro todavía afilado, ojos claros y considerable altura. Aunque

las vestiduras templarias que le correspondían no eran nada favorecedoras, su porte suplía el desaliño de sus ropas.

El rey de Aragón, don Jaime, acompañado de fray Hugo Fullalquer, Maestre del Hospital y el noble Blasco de Alagón conversaban. Habían dejado de un lado los pormenores de dote y fecha de venida de la princesa Violante para tratar de asuntos más jugosos, como lo provechoso de la toma del Reino de Valencia a los sarracenos. El templario, arremangando los gruesos telones, asomó su potente testa.

—¡Vaya! Pero si es fray Ramón. ¿A qué se debe la tardanza con la que los tuyos pagáis mi confianza? ¿No es suficiente la convocatoria real ante mis próximos esponsales para que todo sea dejado de lado y dar paso a los designios de Dios?

—No es por falta de lealtad o servicio, sino porque otras tareas ocupan el tiempo de nuestro Maestre. Disculpe su ausencia y mi tardanza. Tenga la seguridad que el tiempo que no pudimos dedicar al rey fue por mejor defender los intereses de la corona. —alegó Fray Ramón, rodilla en tierra y sin atreverse a levantar la mirada.

—Quedáis disculpado.

—Quisiera añadir algo más, en las atarazanas de Tortosa se encuentra nuestro Maestre de Aragón fray Bernardo Champanys junto a los principales comendadores de nuestra orden en la provincia. Este me envía no solo para que disculpe su ausencia, sino para que le haga saber que partirán a su encuentro no más verifiquen la llegada de un importante cargamento procedente de Tierra Santa. —Al rey no parecían convencerle las excusas del fraile.

—¡No debería aceptar los argumentos de vuestro Maestre! ¡No entiendo que asuntos puedan estar por encima de los del rey! —

A lo que fray Ramón añadió en voz baja:

—Hay algo más que debo hacerle saber..., pero debo hacerlo con cautela. Es un asunto que solo puede ser escuchado por los oídos de su majestad. —Don Jaime gesticuló con violencia, como haciendo ver que el asunto le incomodaba. Con un rápido ademán, le indicó que pasara a otra dependencia.

Mientras esto sucedía, Guillermo no dudó en acercarse a una de las jóvenes doncellas en las que se había fijado al entrar. Le hizo una torpe

reverencia, a modo de presentación. Aquella dejó escapar unas cuantas palabras en húngaro que, obviamente, el joven no pudo entender.

—Mi nombre es Guillermo Sargantana, escudero del Temple. —le respondió pomposamente, henchido el pecho. Aquella no parecía entender. Se le acercó otra señora vestida de la misma guisa que la joven y poco menos que lo espantó como una mosca. Y a la doncella justo le vino el tiempo para volverse hacia Guillermo mientras se la llevaba cogida de un brazo y decirle:

—¡Ersebeth! ¡Ersebeth! —

—Ersebeth...— respondió Guillermo encandilado y con la mirada perdida. —

—¡Guillermo! —Martí lo despertó del sueño.

—¡Deberías estar más atento al fraile! ¡Déjate de cortejos!

Don Jaime había hecho pasar a fray Ramón por una estrecha portezuela que cerró tras de sí. Un escueto ventanuco no alcanzaba iluminar la estancia, llena de sombras y rincones oscuros. Se hallaba repletísima de arcones, toneles y otras valijas sobre las que se amontonaban escudillas, copones, lebrillos y un sin fin de cachivaches de hierro y latón. El fraile le alarga un pliego lacrado con el sello de la Casa del Temple de París, el rey acomodándose en una pila de estopas inicia su lectura. La alegría del monarca aumentaba a medida que madura lo trascendente del mensaje. Fray Ramón no se atreve ni a levantar la mirada. Sin mediar palabra, el rey se hace acompañar por el templario y atraviesan el salón donde esperaban Don Blasco y fray Hugo. Aquellos no ocultaron su disgusto por el trato preferente que el monarca siempre daba a los templarios. Ambos, monarca y caballero, suben por la escalinata que accede a los aposentos especialmente acondicionados por los calatravos para el egregio huésped. Dirigiéndose a uno de los centinelas que guardaban la entrada le espetó:

—Avisad al escribiente, ordenarle que acuda a mi aposento sin demora.

II

El afán de don Jaime tras leer el mensaje del Gran Maestre del Temple no era para menos. Al atardecer de ese mismo día, dos galeras templarias se adentraban por el ancho alfaque del Ebro buscando el pequeño puerto fluvial de Tortosa. Allí permanecían impacientes, a la espera de la arribada de las naves, el Maestre de Aragón junto a los comendadores templarios de Miravet, Orta y Tortosa. Más arriba, se divisaba el grueso de caballeros y tropa que desde la Zuda bajaban en desorden hacia la catedral. En el mismo atrio de la seo, se encontraban el Comendador Hospitalario de Amposta y Berenguer de Castellbisbal, asistente de don Ponce, el obispo de Tortosa. Este Berenguer, también era obispo, aunque de la lejana Cirta, en la africana Numidia. Como esta diócesis se encontraba *in partibus infidelium,* era del todo imposible que pudiera disfrutar de su episcopado y menos aún de sus prebendas, cosa que agriaba su carácter y le hacía estar siempre presto a cualquier maquinación de la que pudiera obtener algún beneficio. Comendador y obispo murmuran con recelo por la el interés con el que los templarios esperan a sus naves en el puerto.

En aquel momento, el Temple poseía en Tortosa gran parte del castillo, llamado la Zuda por el importante pozo de agua que aloja y su eficacísima bomba de extracción. La Orden era a su vez señora de toda la importantísima judería aneja a las murallas. También dirigían y administraban el tráfico fluvial, incluidas las atarazanas y el embarcadero de Tortosa. Algunos turcoples de aspecto sombrío, la milicia oriental templaria, habían sido situados en los accesos de entrada al río impidiendo el paso de hombres y miradas curiosas. Despidieron a los calafates que daban término a dos nuevas

tártaras en el interior de la atarazana situándose vigilantes ante sus puertas. No querían testigos de la arribada de las naves y de su cargamento.

No paso largo tiempo para que un profundo y desagradable hedor empezara a sentirse, señal inequívoca de la llegada de las naves. Esa piltrafa era el insoportable olor que exhala la fuerza motriz de aquellas embarcaciones, los galeotes. Los galeotes quedaban presos de grilletes a su banco una vez embarcaban para, a golpe de remo, cumplir las penas impuestas por la justicia. Los más nunca saldrían vivos de allí. Allá donde derrote la galera, es el olfato el que avisa de su llegada, incluso aún antes que los vigías en sus atalayas. Éstos bogan ahora a pleno rendimiento, impulsando vara a vara y contracorriente las estilizadas naves. Impulsado por la brisa que subía del mar, aquella pestilencia embotaba por completo las narices de los allí presentes.

El velamen henchido por el viento muestra la traza de la cruz patada, las naves echan sus anclas frente al puerto situándose en el centro del río, donde la profundidad es mayor. De la nave parten dos chalupas hacia el embarcadero portando al Senescal del Temple y otros frailes de variado origen pero que en perfectos latines y en vulgar occitano, se hacen todos entender. El Senescal y el Maestre de Aragón son viejos conocidos, muchas fueron las penas y menos las glorias de aquellas gestas vividas y compartidas en Tierra Santa. Así que, tras prolongados estrechamientos de manos, arrepretujones y palmadas, intercambian títulos y cédulas sellados con cintas y lacres. El Maestre del Aragón, fray Bernardo, invita al Senescal a alejarse unos pasos buscando la intimidad de la algorfia. La conversación y la emoción del momento les impiden advertir de la presencia de un testigo. Tras los sacos de grano allí amontonados, alguien escucha y se oculta.

—Querido hermano Bernardo, la situación en Tierra Santa no muestra un porvenir muy halagüeño. La Orden se encuentra acosada por la nobleza normanda del emperador Federico, el que hace poco se coronó rey de Jerusalén. Ya sabes que no lo apoyamos para la coronación, y eso nos ha hecho caer en desgracia. No nos ha permitido recuperar nuestra residencia en el Templo de Salomón en Jerusalén tras la vuelta de los cristianos a la ciudad. ¡Y además los del Hospital han unido sus esfuerzos con los Teutónicos para socavarnos en Siria!

—Lo sé hermano. He sido puesto al corriente de todo esto a través de la casa de París. Llevamos algún tiempo colaborando estrechamente, sobretodo tras el fin de la cruzada contra los albigenses. Pero vamos, estoy deseoso de saber las razones del viaje. El Senescal no viaja a este lado del Mediterráneo si no es por una causa importante. No tengo noticias que se celebre o prepare ningún capítulo general o algún hecho extraordinario. —le respondió fray Bernardo mientras se mesaba las barbas con fruición.

—Recuerda que tras los acuerdos por la cesión de Jerusalén entre Federico y el sultán ayyubí Al Kamil, el normando decidió coronarse rey de Jerusalén despreciando las estirpes reales que deberían ocupar ese trono. Estas cuestiones son las que han provocado gran revuelo en Roma y en las principales chancillerías. Ya no puede ser excomulgado, por que ya lo está, entonces no hay medida de fuerza que haga romper o invalidar su pacto con los sarracenos. Es evidente que la envidia del mundo no cabe en el mar, pero lo más grave de todo fue lo que sucedió el día escogido para el acto... —el Senescal miraba al suelo fingiendo dudar.

—¿Qué sucedió? Habla...

—Nos encontrábamos en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, que recientemente había sido vuelta a acondicionar para el culto cristiano. El día era radiante. Los nobles francos vestían paños nuevos y túnicas bordadas, las damas se cubrían con sus mejores galas de lino y sedas, parecía más aquello la corte bizantina que las cortes francas, germanas o lombardas de las que procedía su linaje. Federico se coronó el mismo, el Patriarca se dejó arrebatar la corona de sus manos, debió pensar que no colaboraría con otro intruso en el trono de David. Pero lo peor vino cuando Federico tomó el Lignum Crucis de la hornacina del sagrario y, elevándolo sobre su cabeza, su semblante mostró una extraña mueca, mezcla de triunfo y estupor. La luz del sol atravesó el rosetón que apuntaba al mediodía inundando el altar con cientos de colores. El estallido de luz envolvió al normando en un halo cegador que chisporroteaba y del que saltaban innumerables centellas. Tras el deslumbramiento, llegó el asombro de los presentes al ver al rey postrado y con sus manos vacías. La reliquia se había esfumado. Muchos han tomado esto como una señal del Altísimo; Jerusalén nunca será cristiana. —

Fray Bernardo le interrumpió:

—Es inaudito, pero aquí, a más de mil leguas, no entiendo que podemos hacer sobre el asunto.

El Senescal no ocultó su indignación por la respuesta y agarrando al templario por los hombros lo zarandeaba al tiempo que le repetía una vez tras otra la misma frase.

—¡*Kimo bashamayim, kien baretz*![1] ¡Ya no recuerdas tu juramento Bernardo! ¿Qué has hecho durante todos estos años? ¿De que sirvió que el mismísimo Gran Maestre fray Pedro de Montaigú, avalara vuestra candidatura ante el Capítulo? —

—¿Crees que no conocemos lo que ahora intentas ocultarme? Te recuerdo que los *hachishin* de Sinan todavía nos tienen al día de lo que sucede aquí en occidente. La verdad, nunca te creí merecedor de los privilegios a los que la orden te elevó, aunque todos sabemos a que fueron debidos. —fray Bernardo titubeaba.

—Si te refieres a lo acontecido en Caravaca, no puedo decirte más que envié cartas selladas a París dando cuenta de cuanto sabía. Todavía no he recibido respuesta y de esto hace ya algunos meses. —apostilló fray Bernardo al tiempo que ajustaba sus ropas.

—Veo que tu memoria empieza a despertar. Pues a eso mismo he venido, a hablar de los sucesos milagrosos de Caravaca y de otros asuntos de gran importancia. Mira ese arcón que ahora desembarcan, su contenido es de vital importancia para los planes de nuestra Orden. Pero éste no es lugar donde contarte todo, ya recabaremos los pormenores de mi visita más tarde. —

Subamos a la Zuda. —ofreció fray Bernardo en tono cordial y apaciguador.

—¡Vamos pues! —siguiéndole y sin ocultar su enojo.

Nunca se sabe lo que el destino depara para el hombre. ¿Quién iba a decirle a Bernardo, heredero del condado de franco de la Champaña, que por distintos avatares procesara en la orden como fraile templario y ahora ostentara el báculo de Maestre de Aragón y Provenza? Fue tras la gloriosa jornada de Muret donde conoció al ahora Gran Maestre, en aquellos días, era Preceptor del Temple en Hispania. Luego se convertiría en protector del infante Jaime, el futuro rey de Aragón, residiendo en la fortaleza templaria de Monzón, en el reino de Aragón. Estando allí se celebró un capítulo que

reunió a hermanos venidos desde todos los confines de la cristiandad. Una tarde, los recién llegados se reunieron en la sala capitular ante la llegada del Gran Maestre del Temple, Guillermo de Chartres. Éste hacía poco que había vuelto de Siria y se presentó acompañado de un templario llamado Jean de Gisors. Bernardo de Champaña también había sido citado. Durante el conciliábulo se le indicó que iba a ser elevado en su rango e investido y que al tiempo se le iban a confiar secretos y desvelar misterios, que lo que escuchara o viera esa noche no debía trascender nunca a oídos ajenos. Por último, se le obligó a hacer juramento solemne de que solo a los allí presentes les debiera auténtica hermandad. En cuanto al cumplimiento del deber y obediencia a los superiores, nada debía temer, puesto que los más altos dignatarios de la orden templaria eran cofrades de aquel instituto. Esa misma noche supo que aquel capítulo reunía a la secreta Orden de Santa María del Monte Sión.

Y así fue, ignotos arcanos le fueron desvelados. Los nuevos adeptos superaron ordalías sin par ante los ojos de los congregantes. Sufrió el auténtico bautismo por el fuego y escuchó la verdad que abrasa los oídos. Las palabras buscadas le fueron dadas. Todo cambió para él, ya no debía preocuparse sino de atender y servir con absoluta discreción y fidelidad a sus ahora auténticos hermanos. Poco tiempo después se le anunció su traslado a Tiro, en Tierra Santa. Allí participó activamente en las refriegas contra hospitalarios y teutones, que tras pactar pugnaban sin cesar contra el poder del Temple. Finalmente regresó a Europa con las credenciales de su nombramiento como Maestre de Provenza y Aragón bajo el brazo.

La Zuda de Tortosa es una de las mejores fortalezas que dominan el Ebro. Otero privilegiado sobre las cercanas cumbres de las tierras del Montsiá y de las imponentes piedras de los puertos de montaña de Beceite. A sus pies, el Ebro ondula su curso hasta llegar a la ciudad. La existencia de atarazanas y su puerto hacen del enclave un lugar singular, protegiendo las embarcaciones de galernas e incursiones corsarias que siempre acechan en el mar. En ella se dan cita multitud de comerciantes y mercaderes, el trasiego es intenso. Monturas cargadas de los frutos de las huertas adyacentes se hacinan junto al puente a la espera de abonar su peaje. Los menos pacientes se dirigen a las grandes almadías que atraviesan la corriente portando mercancías y pasaje.

El castillo es compartido con el obispado de Tortosa, al que los orgullosos templarios recién llegados han ignorado. Berenguer de Castellbisbal, despechado por haber sido ninguneado por completo ante la llegada de tan destacada personalidad, pasa a la sacristía de la catedral junto al comendador hospitalario. Impacientes y en silencio, esperan la llegada del que hacía poco escuchaba agazapado la conversación de los templarios. Uzal de Llívia, sicario de don Berenguer, llega empapado de pies a cabeza.

—¡Demonios! Nunca me vi en situación más comprometida. Tendrá que buscar a otro su excelencia. Son pocas las jaquesas con la que me paga por arriesgar así el pellejo. Si llegan a prenderme esos malditos turcoples me despellejan vivo. —mascullaba Uzal.

—¡Silencio desgraciado, o volverás al mismo agujero de donde te saqué! —gritó el obispo.— ¡Venga desembucha! Déjate el palique para luego.

Aquel empezó a relatarle con detalle todo lo que había escuchado ante el asombro de aquellos mandamases. Tras lo cual, el obispo, dubitativo, sopesó un bolsillo repleto de monedas. Le lanzó un par de ellas y le ordenó que subiese a la Zuda por una de las grutas que desembocaban al río.

—Averigua donde conferenciaran esos templarios y vuelve con más noticias. —Con un enérgico ademán lo despidió.

—Hay que actuar rápidamente. —dijo volviéndose hacia el hospitalario.

III

El rey había ordenado a su escribiente redactar dos mensajes, una de las misivas para el Caballerizo Mayor del rey, que se encontraba en el palacio real de Zaragoza, y la segunda para fray Bernardo Maestre del Temple de Aragón. Los templarios debían partir a Tortosa con la respuesta esa misma noche. Las cartas fueron dictadas tal como sigue:

Fechado en Alcañiz, VIII kalendas de Marzo, año del señor de M.CC.XXX.II .

Manifiesto al Maestre de la Orden del Temple en Aragón y Provenza frey Bernardo de Champaña, que haga saber a todas sus encomiendas y comandancias de las ciudades, la convocatoria de cruzada para la conquista del Reino de Valencia. Es mi voluntad que se les convoque en armas y se dirijan a Teruel antes de la Pascua. Allí se celebrarán los pactos para la empresa de conquista de Valencia y su territorio dependiente.

Con ello, acepto los pactos que desde su casa en Tierra Santa propone el Gran Maestre de la Orden frey Pedro de Montaigú. La reliquia que ahora se me confíara, junto a la que ahora posee el infiel, tornarán bajo su custodia una vez concluída la conquista. El pago de las cantidades prestadas y que se adeuden, por la aportación militar de su orden en campaña, serán sufragadas con las tierras dichas de la Valltorta, Culla, Peñíscola y sus heredades.

Las donaciones y premios por los servicios de la orden se pactarán en la villa de Monzón en la segunda semana de la Cuaresmas. Será necesaria su presencia, junto a la de su escribiente y fedatario fray Pedro de Cubells.

Próxima estará entonces la venida del legado papal, con la bula de cruzada. Dios quiera coincida con nuestro encuentro.

Signum Jacobi

Fechado en Alcañiz, VIII kalendas de Marzo, año del señor de M. CC. XXX. II.

Manifiesto a Don Pertusa, Caballerizo Mayor, que en el tiempo más breve haga acopio de enseres, herramientas y caballerías. Que inicie el avituallamiento de armas de la mesnada real en castillos, ciudades y villas de realengo. Que contrate a herreros, carpinteros, y oficios junto a los géneros que para su trabajo pudieran necesitar en el plazo de un mes puestos desde hoy a contar.

Signum Jacobi

Esta fue la decisión real para la conquista del reino moro de Valencia. La orden del Templo de Salomón supo a tiempo socavar el protagonismo que pretendían los señores aragoneses y las otras órdenes militares representadas por el Maestre del Hospital. Don Jaime no olvidaba. En sus recuerdos todavía perduraban los avatares de su niñez, cuando muerto su padre en el campo de batalla, permanecía recluido junto a su primo el conde de Urgell en una fortaleza de Simón de Monfort, el victorioso paladín de la cruzada albigense, Fueron las hábiles negociaciones llevadas a cabo por los templarios de Aragón y las quejas interpuestas ante el Papa, las que finalmente hicieron posible su vuelta. Y muy a pesar de algunos poderosos señores, como el viejo Pedro González de Azagra, el ahora señor de Albarracín, que queriendo luego enmendar su infidelidad, no duda en ofrecer el derecho de cena al monarca no más se encuentra a menos de cien leguas de sus tierras. Algún tiempo después, es allí donde finalmente convocará don Jaime a todas sus fuerzas. Don Pedro González se congratulaba una vez más por la oportunidad de redimir pasados errores. El hospedaje y víveres no solo para las mesnadas reales, sino para las órdenes militares que les acompañaban, Uclés, Calatrava y Hospital corrieron de su cuenta. Atrás pensaba que quedarían sus traiciones a la corona, aquellas que tramó junto al gigante aragonés Pedro Ahones, que acabó sus días herido de espada por el propio monarca y rematado por sus

caballeros más allegados.

La tarea de sostener el peso de la corona sobre las meninges no era fácil en aquel tiempo y los asuntos de Aragón no eran para menos. Los condados y señoríos catalanes pertenecientes a la corona también eran dominados por poderosos señores feudales, que unas veces si y las más no, se sometían a la monarquía a voluntad. Tan solo los lugares y ciudades de realengo, que tanto esfuerzo le costaba al rey, suponían un apoyo cierto a los intereses de la corona. Y en eso estuvieron los templarios, cuando apadrinando en Monzón al monarca, educaron y mostraron al joven rey el camino a seguir, obviamente, sin menoscabar los intereses de la orden. Los ambiciosos señores del reino, siempre ávidos de nuevas riquezas, utilizaban la figura real con el fin de aunar esfuerzos sobre feudos y países vecinos que de otra manera se tornarían en luchas fratricidas. La primera gran acción de Jaime fue la conquista de las Mallorcas, de las que debido al flojo ánimo de sus participantes y a otras sinrazones, solo consiguieron tomar la isla principal. Fue una conquista, sí, pero también un grandísimo fracaso para sus propósitos. Su endeudamiento fue tal, que para el pago de sus deudas tuvo que donar grandes extensiones de aquella isla a los potentados que habían financiado la empresa. El Temple no quedó relegado del reparto gracias a su aportación en hombres y pertrechos. Muchos se preguntaron por el interés que los templarios mostraban en adquirir la posesión de lugares conquistados que en apariencia no poseían ninguna riqueza, como la mismísima montaña de Randa, que todos la señalaban como un lugar donde sucedían encantamientos y extraños sucesos o aquel extraño paraje conocido como Luc, lugar santo de musulmanes, cristianos y paganos.

—Fray Ramón, aquí tenéis la voluntad del rey. No perdáis tiempo, vuestro Maestre estará ansioso de conocer mi respuesta. —don Jaime le entregó el rollo al templario. Aquel, rodilla en tierra, tomó el legajo al tiempo que besaba su mano. Con rápido ademán, indicó a Guillermo que esperaba a los pies de la escalinata que se acercara y de ese modo que rindiera pleitesía al monarca.

—¿Desde cuándo os hacéis acompañar por éste muchacho?

—Ya hace algún tiempo que me ocupo de su instrucción. Es un escudero joven, pero muy diligente y como puede ver sire, es fuerte y de buenas

maneras. —respondió fray Ramón.

—Buenos argumentos para la orden, buen brazo que sostenga espada y disciplina que lo dirija. ¡Andad pues con Dios! —

Fray Ramón, Guillermo y el aparcero Martí, partieron sin demora. Éste último conocía bien aquellas comarcas, siempre hacía las veces de guía cuando de llevar recado se trataba y lo hacía de la manera más breve. Conocía bien todas las cañadas y veredas, las mismas por las que sus antepasados pastorearon rehalas de ovejas y de cabras crestonas en busca de pastos. Y mejor los libres de tributos, que si antes eran los señores musulmanes los dedicados al oficio de recaudar, ahora los suplían los cristianos. Más desgastado por lo duro del oficio, que por el paso de los años, convino el Temple que administrara sus rebaños si le hacían hueco en el convento.

—Con su permiso Fray Ramón, acortaremos por los puertos de Beceite, que de seguro nos alcanza la noche de camino y allí nos dará techo el hermano Guerau. ¿Guillermo no conoce la casa de Beceite? ¿O sí?

—Poco conoce éste mozo de la frontera. Pero que no dude que de mi cuenta corre el hacerlo un buen servidor de Dios y de la orden. —Guillermo aparentaba no preocuparle mucho la conversación.

—¿Quiénes eran aquellos que vestían de manera tan extraña? —preguntó. — Los caballeros eran de gran porte y las doncellas eran extremadamente hermosas... ¿Y qué lengua hablaban entre ellos?

—Sin quieres bien servir, con discreción has de vivir. —le contestó el fraile.— Los caballeros y las damas que se encontraban en el castillo de Alcañíz son servidores del rey de la lejana Hungría. Parece que nuestro rey ha de casarse con una princesa de aquel país. Según nos dijo el comendador, en aquellas tierras no hay muchas montañas donde guarecerse y levantar castillos, los peligros son muchos. Cuentan que los bárbaros asiáticos la recorren a lomos de monturas que cabalgan tan rápidas como centellas. Además a sus espaldas tienen a los germanos, siempre hambrientos de nuevas conquistas y con ganas de engullirlos de un solo bocado.

—Pues hace bien don Jaime, que antes que rey es caballero y seguro que podrá hacer algo por los húngaros. —contestaba el joven escudero.

—Bueno Guillermo, quizá ese sea el deseo de nuestro monarca, pero ya

sabes que esa decisión nunca podrá tomarla solo. Siempre hay otros intereses —decía el viejo Martí.

—Así es señor aparcero, pero nunca le ha de faltar el pendón del Temple allá donde don Jaime haya de presentar batalla. —Y mientras decía esto su mirada se perdía tras el horizonte.

—No faltaré cuando suene el cuerno que convoca a la acometida, y más si fuera por defender a damas tan hermosas, huérfanas de peñas y montes donde encastillarse. —Guillermo recordaba a la húngara.

La voz de Martí, interrumpió sus pensamientos.

—¡Atento Guillermo! ¡Ni un paso más fray Ramón! —Habían entrado por una vereda boscosa que en pendiente conducía hacia las montañas que hacía poco aparecían perdidas en el horizonte. Rodeados como estaban de la espesura del bosque, no se divisaban ni las copas de los árboles

—¡Qué sucede! —respondió fray Ramón echando mano a la espada.

—Esta tierra está preñada de turmas. —y mientras decía esto se santiguaba.

—¿De qué? —preguntó Guillermo.

—Eres un necio Martí. —le espetó el templario. A éstas alturas y temeroso de esas quimeras de viejas.

—Ni fábulas ni cuentos señor fraile, que es seguro que en este claro se citan hechiceras y arpías de toda la comarca. Las siento, las huelo, la tierra está repleta de esas criadillas del mismo Belcebú. —le respondía convencido.

—¡Está bien Martí! ¡Silencio! Seguiremos por tras aquellos tejos, que por lo poco que sé, son más amigos de la luz que de las sombras. Y nunca dan cobijo a esas trufas. Y que sepas, que los sarracenos bien que las cocinan y las comen con gusto.

—No he de quitarte razón. Pero has de saber, que esos frutos son la quintaesencia de la maldad, y que la Madre Tierra, en su sabiduría, los concentra y reúne en lugares apartados, lejos del hombre. —fray Ramón daba cabezazos y Guillermo callaba.

Y desenzarzados ya de aquel asunto siguieron haciendo camino. El atardecer dio paso a las brumas de la noche y no tardaron mucho en observar en lo alto de una loma escarpada una luz que titilaba. Era la hoguera del caserón templario de Beceite, que solía iluminar las noches sin luna. Así

como los faros en puertos de mar, así era esta en tierra, dando guía y refugio a todo aquel que atravesaba aquellos intrincados senderos.

IV

Y que era aquello que el Temple había transportado desde oriente y que tantas precauciones y miramientos merecía... En uno de los aposentos más suntuosos de la Zuda, el Senescal de Temple yace acomodado a la turca sobre un mar de grandes almohadas y cojines. Junto a él, tan solo fray Bernardo de Champaña, que vierte en la copa del Senescal un vino generoso, tan rojo como la sangre. Aquel comenzó de nuevo con el relato sobre los motivos de su venida.

—A la vista del cofre, y sin otros testigos más que nuestra propia discreción, puedo terminar de contarte lo que antes te adelantaba. Como sabes, los Santos Lugares han vuelto a ser abiertos al peregrino con todas las garantías mediante el pacto que Federico de Sicilia selló con los sarracenos. A nosotros no nos permitió intervenir e incluso pugnó por que no nos fuera reintegrada nuestra casa en el Templo de Salomón. Tras su vuelta a occidente las cosas van cambiando. Estamos cerca de recuperar nuestra hacienda y dominios en Jerusalén. Prueba de ello, es que obtuvimos no hace mucho la custodia de una codiciada reliquia, la lanza del centurión Longinos. La recibimos de manos del mismísimo Imam de la mezquita de Al-Aqsa. Tras la caída de Jerusalén en manos de Saladino, las reliquias que se veneraban en el Santo Sepulcro, pasaron a ser custodiadas por este.

—¿Y cómo se dio tan magnífico hallazgo? ¿Cómo determinar si es auténtica? —le incomodaba fray Bernardo.

—Es más sencillo que eso. El momento de su hallazgo probó su origen. Sucedió durante la primera cruzada, la que con tanto acierto convocó el Santo Padre. Uno de sus más notorios adalides, el normando Bohemundo, hijo del

famoso Roberto Guiscardo, se encontraba tras las murallas de Antioquia sufriendo un asedio que no ofrecía escapatoria alguna. Su desesperada situación era debida a que la ciudad se había rendido tras el cerco cristiano. Luego de ser ocupada por estos, no tardó en volver a caer sobre ellos un turba de turcos seldyúcidas, pasando los antiguos sitiadores a ser sitiados. Él sabía que solo un milagro podría sacarlos de aquella encerrona. Fue en ese momento cuando se presentó ante Bohemundo un fraile llamado Pedro Bartolomé, que acudió a contarle que el mismísimo San Andrés le había revelado en sueños que la lanza que hirió al Cristo se hallaba enterrada en un importante edificio de la ciudad llamado el Kusian, precisamente edificado sobre los cimientos de una antigua iglesia. Además, el fraile le indicó que debía ayunar y orar durante tres días antes de iniciar su búsqueda. Bohemundo no se lo pensó dos veces y, pasada la penitencia, mandó levantar las baldosas del Kusian, cavando sin cesar hasta dar con la sagrada reliquia. Aunque el recién nombrado obispo de la ciudad, Adhemar de le Puy, no daba crédito al hallazgo, el conde se apresuró a darlo como bueno. La milicia cristiana no tardó en corroborar su autenticidad jaleando el proverbial hallazgo. Los cruzados, enfervorizados por aquel descubrimiento, hicieron una salida tan audaz que dieron al traste con los propósitos de los turcos que les rodeaban. La lanza del mismo Longinos fue la que les dio la victoria. Así vencieron, amparados por su poder. Lográndose no solo la conquista definitiva de tan estratégica plaza, sino dando lugar a la creación del principado de Antioquía. —

El Senescal continuaba:

—De sobra es conocido su poder sobrenatural, fue el arma que hendió la carne de Jesucristo, la que obró milagro sobre el que la empuñaba, y del mismo modo actúa sobre el que se le confía. Quita y da la vida. Longino, el centurión romano, recibió su bautismo iniciático, sobre él se vertió agua junto a la sangre que manaba por la herida, llevándolo a su conversión y posterior martirio. Y no es necesario que te relate, como José de Arimatea colmó el grial de aquellos divinos humores, misterios sagrados que de sobra conoces. La Lanza transmite un especial poder para que aquel que la porte, símbolo mesiánico que hace realidad cualquier fin que su dueño persiga. Ese es el contenido de la arqueta de la que te hago responsable y que ha de ser

entregada al rey de Aragón.

Mientras tanto, el sicario del Maestre del Hospital no había perdido el tiempo. Uzal permanecía agazapado en el fondo de un pozo que ventilaba las estancias principales a través de una celosía. El eco de las voces se derramaba por aquella estrecha oquedad llegándole con claridad. Estas si que eran grandes noticias.

Fray Bernardo escuchaba con atención. Su perplejidad iba en aumento al ver como el rey se convertía en destinatario de los esfuerzos y objetivos del Temple. Para confirmar aquello, no dudo en insistir.

—¿Será entonces el rey don Jaime, el adalid de nuestros propósitos?

El Senescal le contestó:

—No hay persona más idónea que éste, fuimos nosotros los que tras quedar huérfano lo instruimos. El ahora Gran Maestre Pedro de Montagú hizo las veces de padre. No es conocedor de nuestra fraternidad, pero afortunadamente aprueba y coincide con la entrega de la reliquia. —el Senescal parecía dudar en su discurso.

—Y es ahora cuando Valencia y su país circundante ofrecen la posibilidad de crear el auténtico estado sinárquico que pretendemos, libre de feudos y heredades en lo posible. La conquista de las Mallorcas dio al traste con nuestros propósitos en aquellas islas, como buitres se lanzaron los señores aragoneses y catalanes apoderándose de la isla como cobro de las deudas reales o por simple derecho de conquista. Hay que evitar a toda costa que esto se repita en Valencia. Las arcas del tesoro del Temple permanecerán abiertas al servicio de la Corona de Aragón. —

—¿Y cómo es que se tomó la decisión de elegir a don Jaime? No quito importancia a nuestro príncipe, que además de rey de Aragón, lo es de Mallorca, es conde de Barcelona, y señor de Montpelier. Pero habiendo tantos grandes monarcas y sus estirpes ya batalladas en Tierra Santa... —el Senescal le interrumpió. — Pues ninguna se hace merecedora. Y no olvides que no es menor el esfuerzo que aquí se lleva acabo, que como cruzadas contra el infiel también sella el Papa sus bulas en los reinos hispanos dándoles el mismo rango y relevancia que las que arrastran tantos miles de cristianos a Oriente. —calló bruscamente, como para dar más realce a lo que iba a decir.

—Nuestro poder en Tierra Santa se ha visto muy mermado en los últimos tiempos. El emperador Federico del que tanto anhelábamos su llegada, tan sólo vino para cumplir sus ambiciones personales, como la de coronarse rey de Jerusalén. No sabemos cuanto tiempo durarán los pactos firmados con los ayyubbies de Egipto. Hemos decidido aportar lo necesario para apoyar a don Jaime... Hasta el Papa Gregorio, y más por el odio que profesa a Federico que por apego al aragonés, ha decidido firmar una nueva bula de cruzada para obtener el apoyo de otros reinos en la conquista de Valencia. —el Senescal se le acercó hasta rozarle las barbas.

—El mensaje es muy claro y a esto habrá que añadirle los beneficios con los que se premiará a la orden. —

El Senescal le mostró un arrugado legajo de basta pasta de cáñamo en la que se enumeraban diversos lugares y poblaciones de la taifa valenciana.

—Espero que lo que ahora os doy coincida con la relación que recibisteis anteriormente.

—Así es. —respondió escueto mientras la leía.— Exactamente como se lo he hecho llegar al rey.

—Hay algunos que nos fueron entregados hace más de cincuenta años, todavía conservamos las actas reales de donación. De los demás hay que conseguir la confirmación de puño del rey. —le apuntó fray Bernardo.

Todavía queda algo más. Conoces bien los acuerdos a los que el rey de Aragón llegó con el depuesto emir de Valencia, Zeit Abu Zeit, el que ahora se hace llamar Vicente Bisbal tras recibirse como cristiano converso. A su jurisdicción todavía pertenecía la villa de Caravaca cuando se dieron los sucesos extraordinarios de la aparición de la Vera Cruz. A él debes dirigirte porque es con la posesión de aquella reliquia como concluirá don Jaime su empresa. El salario final por los servicios de la orden será la restitución de las reliquias a nuestro tesoro de París. Tanto la Vera Cruz, como la Lanza de Longinos, nos serán entregadas tras la conclusión de la conquista y la creación de la nueva república. —concluyó el Senescal.

No lo tenía fácil el Maestre fray Bernardo, pero lo cierto es que los símbolos de la pasión y muerte de Jesús, que para cualquier cristiano eran parte de los atributos de la existencia del Hijo de Dios, tenían otro valor y significado para aquel plan secreto de la orden templaria. Fray Bernardo sabía

que aquel sería el bagaje con el que arroparían la vuelta de la estirpe davídica al trono de Jerusalén.

Algunas de las reliquias de la Pasión se habían dado por perdidas tras la conquista de Jerusalén por Saladino. A oídos de fray Bernardo ya había llegado el relato de que hacia poco que aquel Lignum Crucis volatilizado de las manos de Federico había aparecido misteriosamente en Caravaca. Y muchos dicen que todo sucedió ante la presencia del moro Zeit Abu Zeit, señor también de aquel lugar en ese momento. Cuentan que estando Zeit en su alcazaba de Caravaca y acariciando la idea de rendir vasallaje al monarca aragonés, se hizo entrevistar con cierto monje llamado Chirinos. Éste se encontraba encerrado en sus calabozos y el moro pretendía escuchar su prédica, por dirimirla y rebatirla ante la doctrina del Islam. Lo extraordinario de aquel encuentro sucedió cuando conminado a celebrar una eucaristía, echó en falta una cruz con la que consagrar el altar. Fue en ese momento cuando apareció entre un resplandor cegador el propio Lignum Crucis portado por dos querubines. Tras contemplar aquello, cuentan que el moro cayó de hinojos y abjurando de la doctrina de Mahoma profesó su fe para la cristiandad. Se hizo bautizar al momento como Vicente Belvís, y también lo hicieron su esposa y cuantos contemplaron los hechos. Otros contaban que de milagros nada, que Zeit se apropió de la reliquia cuando unos mercaderes genoveses se la ofrecieron. Y que aprovechó el momento de poseer una reliquia tan importante para convertirse a la cruz, el usurpador Zayyan lo había hecho abandonar su querida Valencia y poco tiempo le quedaba en Caravaca ante las intenciones del rebelde Ibn Hud de Murcia. A Zeit Abu Zeit solo le quedaba el recurso de los reyes y señores cristianos.

Tras tres jornadas de camino, fray Ramón y su escueta mesnada volvían a Tortosa presentándose en la Zuda y haciendo entrega de la carta del rey. Al atardecer de ese mismo día, el Maestre fray Bernardo contemplaba gozoso la partida de las naves templarias río abajo. Desde el castillete de la galera capitana el Senescal no podía sentirse más satisfecho. Sus planes se habían cumplido.

V

Uzal no había quedado muy contento con lo recibido por don Berenguer, y eso a pesar de haberle dado tan buena información. Se encaminaba refunfuñando hacia la Rápita a lomos de un macho destartalado. En aquel lugar fueron enjugados sus servicios como caballerizo del obispo años atrás, un miserable pago pantanoso donde solo crecían cañares atiborrados de insectos y pequeñas alimañas. La desvencijada cabaña donde vivía apareció ante su vista, una estructura de barro y cañizo en la que el humo del hogar escapaba por todas partes menos por su chimenea. Una vez dentro, Uzal acostumbró la vista a la penumbra mientras comenzaba a escuchar el sermoneo de su mujer. Ésta andaba muy afanada frotando albarraz a dos manos sobre la testera de uno de sus hijos. Diminutos insectos brincaban con brío al vacío.

—¿Dónde estabas? Ayer dijiste que volverías antes del anochecer. Además tus hijos necesitaron el mulo esta mañana para sacar las esterillas al camino.

—Mujer, sabes de sobra que ante el señor obispo no puedo negarme a nada. Si no ya sabes... ¿Vendieron algo? —se interesó Uzal.

—¿Qué no te has enterado que los capitanes de esos nobles de Aragón andan por las montañas tanteando a los moros? Me han contado los de Peñíscola, que tras los puertos andan todos refugiados en los castillos por temor a toparse con ellos... Cuatro esteras de carro se llevó ese hijo de Satanás de Aben Romá. Pagó con un cuartillo de sal. —añadió la mujer al tiempo que se aclaraba las manos en el agua de un lebrillo.

—Mira. ¿No querías saber que hacía? —le reprochó Uzal lanzándole su

tahalí de mala gana. De su interior rodaron dos tintineantes jaquesas.

—Compra buen pescado con lo que te doy y que los cuelguen a salar tus hijos.

Uzal se sentó en un rincón, en silencio y ensimismado.

—Esta miseria a cambio de que me puedan rebanar el cuello, no es pago por mis servicios. —pensaba.

—Pero creo que ya se como compensarlo. Me embarcaré con los pescadores de la Rápita y les pediré, a cambio de trabajo, que naveguen hasta Peñíscola. El said de la ciudad sabrá agradecerme todas las nuevas que pueda contarle. —murmuraba caviloso.— No perdería la oportunidad de duplicar su ganancia con unas cuantas monedas más. Además, esos moros pagan con buenos morabatins. —Uzal estaba seguro de que tamaña traición nunca llegaría a oídos del obispo.

Escudilló dos veces en un caldero humeante donde flotaban algunos nabos y se tumbó a descansar mientras llegaba el crepúsculo.

El laud renqueaba acompasado por las olas. Bajo la luz de la luna, Uzal se afanaba junto a los pescadores en halar las redes. La noche era tranquila. En el horizonte se recortaban las sombras de las cumbres de Irta, mientras que desde el medio del mar, parecía emerger la mole de la fortaleza de Peñíscola. La ciudad, poderosamente amurallada, se alza sobre un tómbolo pétreo de donde brotan innumerables fuentes de agua dulce que nunca cesan de manar. Todo ello colaboraba en convertir el lugar en un enclave inexpugnable. Tenues fuegos de vigía y centinela hacían fulgurar sus atalayas dándole cierto aspecto espectral.

El patrón del esquife le espetó:

—¡Uzal, coge ese odre, pronto nos acercaremos a la playa!

No tardó en deslizarse por la borda al mar, nadando con brío hacia la costa. Hasta sus oídos llegaba el rumor de las olas rompiendo en la playa. El frío calaba en sus extremidades, sobre todo cuando descansaba agarrado a un pellejo de cabra que hacía las veces de zurrón y flotador. Llegó hasta la orilla casi sin aliento y esperó a escurrir sus ropas para dirigir sus pasos hacia la fortaleza. El estrecho brazo de tierra firme que la separa del continente estaba vivamente iluminado por los restos de grandes teas de brea, que derramando gruesos churretones hirvientes cuajaban no más tocar suelo. La mar se

escurría entre la arena tras la pleamar. Uzal avanzó hasta el gran portón de entrada donde ya se encontraban algunos madrugadores. En algarabía le dejaron claro que tendría que esperar hasta la salida del sol para que abrieran las puertas. Se acurrucó tras los goznes del portalón quedando dormido en un suspiro.

Fue el suave canto del muecín y los primeros rayos del orto los que lo retornaron a la realidad. Ante él, el barullo de una caterva variopinta de artesanos y campesinos cargados de hortalizas, bagatelas, serones con lozas de barro, capachos repletos de tortas cenceñas, mujeres portando cántaros de leche sobre sus cabezas, algunas de ellas con sus pequeñuelos colgados de su cintura a carramanchas... Uzal dio buena cuenta de unos higos pansidos con los que se desayunó, tras lo cual, traspasó el portón haciendo saber al capitán de la guardia que era portador de noticias de gran interés para el alcaide de la plaza. Escoltado por el propio oficial, caminaron por las serpenteantes callejuelas empedradas hasta que arribaron a una placeta donde se abría la entrada a la pequeña alcazaba. Una muchedumbre salía de la vecina mezquita desparramándose calle abajo. Acompañado a una pequeña estancia, quedó a la espera bajo la atenta mirada de un bereber de tez oscura. Otro entró con una bandeja repleta de viandas, intento parecer amable con ellos pero ninguno de los dos entendía ni algarabía ni cristiano. Pronto dio cuenta de la hospitalidad con la que lo recibían ocupando su boca en llenarla de una sopa de lentejas y una folleta de vino que lo hicieron revivir del todo.

En aquellos días, se encontraba en Peñíscola un africano llamado Alí Albata, al servicio de moro Zeit tras abandonar Valencia. Pero parece que, tras las penurias pasadas por éste y su conversión a la cruz, quería abandonarlo buscando amparo en Zayyan, nuevo señor de Valencia. Alí Albata había aprovechado el último encargo de Zeit, apaciguar a ciertas aljamas rebeldes al norte de los montes conocidos como Espadán, para alargarse a Peñíscola, feudo bajo el poder de Zayyan. Allí rindió pleitesía al jeque de la ciudad rogándole que intercediera por él ante el nuevo señor de Valencia. La llegada del desgraciado de Uzal fue providencial para probar la valía de Alí.

—¡Alí, demuestra de lo que eres capaz con ese infiel! —le retó el jeque. Este salió a recibirlo dándoselas de gran consejero y alardeando del poder del

nuevo emir de Valencia. Algunos pasos atrás le acompañaba el jeque, ya que poco se fiaba.

—Espero que sean interesantes las noticias que nos traes, soy Ali-Albata, enviado del emir de Valencia Abu Zayyan. Y te lo hago saber por si vienes con la idea de servir a ese renegado de Abu Zeit. Tendrás que marchar a Segorbe, su último refugio.

—Amo al dinero, no a los hombres. El secreto que vengo a contaros vale un reino pero me conformare con menos. —le respondió Uzal, inclinando su cuerpo ante él y con la cabeza cacha.

—¡Venga, suelta lo que sabes y déjate de cháchara! Espero que sea interesante o...

—Os lo contaré tal como lo escuché de los labios de un gran mandamás templario, que tan solo hace algunos días llegó por mar de la lejana Tierra Santa. —Uzal de Llívia largó al moro todo lo que sabía.

Uzal descendía ufano y a trompicones por las empinadas callejuelas de Peñiscola. Todo debió parecerle interesante a Ali-Albata y al emir de Peñíscola, en el rostro del cristiano se dibujaba la sonrisa del triunfador. Salió al camino con la idea de volver a casa, quizá se cruzara con algún carro del judío Aben Román, el que desde las salinas próximas extraía y repartía el condimento tanto a moros como a cristianos. Ante el baluarte de la entrada se concentraban los hortelanos y mercaderes que habían entrado junto a él de madrugada. Distintos aromas y texturas colmaban aquel lugar en el que se amontonaban sacos de blanquísimo darmak, el apreciadísimo trigo traído de la lejana Lorca, carretillas con panes de dátiles y almendras cubiertos de fina alcorza, alcollas repletas de hidromiel y en un rincón una vieja aventaba un anafre donde borboteaba la espesa harisa. Uzal no pudo resistirse ante aquellas tentaciones y acercándose a algunos de ellos llenó el pellejo que portaba de lentejas, garbanzos y de todo lo que le agradaba.

Aburrido de esperar al judío, se encaminó hacia el Norte. Uzal pensaba que podría dar alcance a alguna comitiva que fuera por delante. No paró de caminar, ya atardecía, y a lo lejos se divisaban las casuchas de los pescadores del lugar de Alcanar. De tan encaladas como estaban refulgían como espejos, tornándose el blanco en anaranjado a la hora del crepúsculo. De repente, comenzó a escucharse cierto barullo y el eco de monturas como a media

legua a la izquierda del camino. Sobre una alcolla cercana aparecieron algunos jinetes armados seguidos de alborotados peones que en desorden se desparramaban por la ladera en busca del paso del río Cenia, frontera natural que separaba los feudos cristianos de los musulmanes. Pronto dieron alcance a Uzal, descubriendo este con horror que los de a pie eran los montaraces almogávares, que sin mediar palabra ni dar las buenas tardes le dieron una buena tunda. Lo dejaron en paños menores, hasta las albarcas le arrebataron.

Uzal no llegó hasta su hogar hasta bien entrada la noche, magullado, rendido y traspuesto. Se dejó caer sobre un catre de cañas que gruñó sonoramente. Y allí tendido, entre el húmedo rezumar del pantano y con el ahumado perfume de los rescoldos del hogar, soñó que su desdicha era la de otro.

VI

Algún tiempo después de la partida de los escritos firmados por don Jaime en Alcañíz llegaron noticias al rey sobre la toma de algunas plazas y lugares de la taifa valenciana. Unos mercaderes de lanas venidos de Mallorca contaron que estando pernoctando en el castillo de Beni Hazá, una fortaleza que los monjes del Císter estaban transformando en convento, contemplaron la partida de las huestes del noble Blasco de Alagón. Al llevar el mismo camino siguieron sus pasos, siendo testigos de la toma a los sarracenos de la villa de Morella por parte de este señor aragonés. Don Jaime veía que con hechos como estos sus planes para con el reino de Valencia comenzaban a desbaratarse y no tardó en buscar solución. El rey se encaminó hacia Morella con tan solo algunos de sus más allegados, de ese modo evitaría las suspicacias de don Blasco, considerado uno de sus más poderosos servidores. Blasco de Alagón no se lo puso fácil al monarca pero finalmente, tras una dura negociación, el ambicioso prohombre aceptó futuras heredades a cambio de entregar al rey tan importante plaza. La importancia de este hecho fue la que hizo al monarca despertar finalmente al mensaje que el Temple le había hecho llegar. Ya no tenía dudas, haría cumplir los designios del Altísimo y empezó a creer que esa era la misión trascendental para la que había sido preparado. La toma del reino de Valencia sería su empresa definitiva. Allí podría llevar a cabo la creación de una nueva república, regida por su corona, y en la que nuevos fueros y leyes servirán a todos los hombres. Todos bajo las mismas normas y leyes, vencedores y vencidos, y también a todos aquellos que pueblen esas tierras. Lenguas, razas y religiones convivirán en un crisol cuyo resplandor iluminará todo el orbe conocido. Jaime y la estirpe

aragonesa serán paladines de la creación de un nuevo orden y se constituirán en defensores de su continuación.

Pero no todos compartían los pensamientos del rey, y menos aún Ponce, el obispo de Tortosa, o el mismísimo Maestre del Hospital fray Hugo de Fullalquer. Reunidos en la amplia sala capitular de la encomienda hospitalaria de Amposta, escuchaban en silencio las felonas intenciones de Berenguer de Castellbisbal.

—Veremos perjudicadas nuestras ambiciones y prebendas. No os quepa duda que el Temple tomará las riendas de ésta nueva cruzada. —decía con indignación.

Los allí reunidos eran absolutamente conocedores del poder que ahora acumulaba el rey, poseer la fuerza y el poder de tan poderoso talismán, que los mismísimos templarios fueran los promotores de ello y además que el rey recibiera también del mismísimo Gran Maestre su sustento y financiación. Pero también sabían de la necesidad del Temple en Aragón por conseguir la Veracruz, esa era la reliquia que reclamarían los templarios a cambio de su apoyo y qué mejor artimaña que interferir en ese asunto.

—¡Ese renegado de Abu Zeit nos dará las claves para conseguir la cruz!. —aseveró a los presentes un tal fray Pedro de Exea, segundo del Maestre del Hospital y que en ese momento entraba en la sala cerrando la puerta tras de sí. El fraile expuso diversos ardides para dar al traste con los planes del rey y sus templarios.

—Soluciónalo personalmente. —ordenó Hugo de Fullalquer— Marcha secretamente a Segorbe, te pido máxima discreción y no quiero nada sucio. Si lográramos la reliquia antes que los del Temple, conseguiríamos un trato de privilegio ante la empresa que se avecina.

Berenguer de Castellbisbal ordenó ir a buscar a Uzal para que acompañara al fraile hospitalario y no fueron pocos los días que pasaron hasta dar con él. Lo hallaron subido a un árbol en un viejo campo de acebuches, donde junto a otros dos malcarados holgazaneaban trampeando pajarillos con varitas impregnadas de almáciga. Uzal de Llívia temía que su traición hubiera llegado a oídos del obispo y se oponía a obedecerles hasta que un buen sopapo impreso en su cara le hizo cambiar de parecer. Mientras rezongaba y maldecía sobre su suerte marcharon hacia Amposta. Allí,

impacientado por la tardanza, le esperaba el hospitalario Pedro de Exea. Uzal cobro esta vez por adelantado y le pareció suficiente para aceptar la tarea que se le encomendaba.

—No creo que los moros de Ali-Albata hayan pensado en ir a buscar lo mismo que nosotros.— maduraba en sus pensamientos Uzal. —Tomarán el camino fácil y se irán directos a rogarle al rey Lobo de Murcia, estoy seguro. Lo cierto es que como se enteren el obispo y los hospitalarios de que se lo he largado a los moros, me despellejarán vivo... —

Uzal de Llívia y Pedro de Exea esperaron al amanecer para salir. Habían disimulado su aspecto vistiéndose al estilo de los mozárabes con el ánimo de disimular su procedencia. Uzal ofreció su amistad con el judío Aben Román. El objetivo era que los empleara, siempre había alguno de sus carretones con los que repartír la sal tras las sierras de Espadán, por Xóvar, Azuébar y otros lugares. De este modo llegarían con facilidad hasta Eslida, lugar donde se hallaba uno de los palacetes de Zeit Abu Zeit. Ya verían allí el modo de entresacarle sobre la llegada y paradero de la Vera Cruz al derrocado rey moro de Valencia.

Las órdenes eran claras y contundentes, había que conseguir esa reliquia y socavar los planes del Temple, pero al tiempo había que hacerlo con mesura y cautela. Al fraile no le convencían mucho estas condiciones. Pero la idea de ir acompañado de ese folguín de Uzal de Llívia era lo que menos le agradaba, aunque según el señor obispo no encontraría perro más fiel.

—Uzal conoce el terreno y es animal de recursos. Además, o cumple o a la jaula. —le convenció don Berenguer.

Uzal no tardaría en demostrar hasta dónde podía llegar.

Mientras todo esto se preparaba y estos dos se encaminaban hacia el feudo del converso Abu Zeit, este salía de Eslida hacia Segorbe. Durante las últimas semanas no podía ocultar su malhumor por tener que dar a toda hora explicaciones ante sus súbditos por su apostasía de la que el ya llamaba secta mahometana. Los representantes de las aljamas no cejaban por recordarle lo sucedido y las razones por las que un hecho milagroso lo hubiera empujado a abrazar la cruz. Aquellos le insistían:

—No sería más por no perder las prebendas que corresponden al noble cargo que ostenta.

—Dudamos que fuera milagro..., que no son suficientes dos querubines portadores de la Cruz del mismísimo Jesucristo para hacer abjurar a todo buen musulmán ni de un solo pelo de las barbas del profeta. —decían.

El moro Zayyan, ahora señor de Valencia, fue realmente el que obró el verdadero portento al expulsar a Zeit de la ciudad. Valencia y sus tierras eran la joya más codiciada de las taifas de Shark Al-Andalus, y ahora eran botín de los de Murcia. Aprovecharon bien la confusión y se apropiaron de todas las tierras del sur del reino. Zeit Abu Zeit todavía pudo en el último momento buscar la protección cristiana para conservar algunas tierras y castillos, pactó con los cristianos rindiéndoles vasallaje y de ese modo conservó algunos feudos.

El sol se escondía en el horizonte, Uzal y el fraile caminaban al tiempo que comenzaban a divisar a su izquierda el espléndido castillo de Xivert. A sus pies se amontonaba su pintoresca aljama, el blanco de sus casas destacaba alegre entre el follaje espeso de robledales y carrascas. De su lado norte pendían bancales repletos de frutales y espesas parras. Bajo, en el llano, destacaba una enorme alquería que funcionaba a modo de alhóndiga. Allí se daban cita todo tipo de mercaderes, chamarileros y buhoneros. A medida que se acercaban se escuchaba el barullo de las más variopintas gentes, que arribaban allí para pernoctar.

—No hay otro lugar, solo en los establos, junto a los animales. —dijo el hospedero con rudeza.

Así que fray Pedro y Uzal se acomodaron en un pequeño cobertizo vecino a las caballerizas, que si no por cómodo, si interesaba por lo discreto. Uzal se asomaba a menudo al camino por ver si veía llegar algún carro del judío. Anochecía y empezaba ya a impacientarse, cuando divisó el balanceo de un farolillo que lentamente se acercaba. En efecto un carretón de ruedas macizas tirado por bueyes se detuvo con un sonoro crujido frente a ellos. El carretero se apeó y sonrió socarronamente al distinguir a Uzal diciéndole:

—Por Alá que creí confundirte con el mismísimo caimacán del Sultán. ¿Quién será el desgraciado al que le robaste la vestimenta?

—Eres un borrico, además por tu culpa y la de ese judío que te manda a mí si que me robaron, y no hace mucho. ¿Qué ya no os gusta la sal cristiana? —

—Desde la luna de Ramadán que no nos acercamos por allí, parece que algunos de vuestros señores han vuelto a las correrías por la comarca. Ahora hago menos viajes, mis hijos pasan hambre.

—¡Calla! Y deja de gimotear. ¡Toma! —dijo Uzal alargándole una moneda.

—Mañana viajaremos contigo, no sabemos todavía si nos dejarás en Eslida o en la misma Segorbe. Cuando lleguemos te daré otra. ¡Y chitón! —el carretero se dio media vuelta comenzando a soltar los tiros de las yuntas.

Pedro de Exea, conformado y más tranquilo, alargó unos dirhams a Uzal para que comprara alguna vianda, a lo que este marchó diligentemente. Preguntó como pudo en alguno de los fuegos donde veía humear el caldero, hasta que en un corrillo de mujeres pudo hacerse entender más con el gesto que con el habla. Tras pagar lo que no valía, envolvió en el filelí con el que cubría su cabeza un cuenco repleto de gachas doradas y todavía humeantes.

—Desde luego que aquel grupo de farotas no parecían ganarse la vida agachando el lomo —pensaba Uzal.

De entre todas ellas le llamó la atención el único hombre que las acompañaba. Permanecía alejado del fuego, era un moro de aspecto siniestro al que aquellas huríes le llamaban Al-Bata y que Uzal no tardó en reconocer. Era el consejero del emir de Peñíscola, aquel al que confió los planes secretos de los templarios. Uzal agachó su mirada y volvió todo lo rápido que pudo junto al hospitalario concluyendo que o sus ropas habían ayudado al disimulo o que aquel moro tenía una memoria malísima ya que no lo había reconocido. Uzal dudaba de las intenciones del tal Alí, ese no era el oficio de aquel truhán, ya que aquellas que lo rodeaban se dedicaban al comercio de la carne y no de la de cordero precisamente. Tan pronto oscureció, pudo confirmar todo lo que pensaba, aquella hoguera se mantuvo toda la noche bien alimentada. Proyectaba numerosas sombras que delataban el trasiego de su negocio y que casualmente se consumaba a pocos metros de donde Uzal y fray Pedro dormían.

—¡Bonito lupanar bajo luz de la Luna! —gritaba el fraile por ver si se sentían aludidos. Y así como el del hospital se esforzaba en mantener su voto, más por hacer respetar su autoridad que por convencimiento, Uzal de Llívia, siervo incondicional de la lujuria, no se resistió a la atracción de las bereberes

dejándose llevar lo que quedó de noche por el embrujo de aquellas africanas. Quizá averiguara los planes de Al-Bata

Laila se llamaba y lo dejó bien escurrido. En las pocas palabras que pudieron compartir coincidieron en que llevaban el mismo camino. Aquellas aprovecharían para sacar lo suyo lo concurrido de las celebraciones de la boda del hijo del señor de Segorbe, Abu Zeit. Le contó que iba a entroncar su linaje con don Ximén Pérez de Arenós. Uzal no lograba dormir después de lo que sabía.

—Esto se complica.— pensaba. —Ese Al Bata no pierde la ocasión de sacar tajada. —

—¡Fray Pedro despierte! —le dijo al oído Uzal al tiempo que lo sacudía. — Debemos marchar hacia Segorbe. Nadie nos dijo que se celebran las nupcias del hijo de Abu Zeit con una de los Pérez de Arenós. Allí lo encontraremos.

—Uzal, todavía no ha amanecido. ¿Eso que cuentas es seguro? le contestó por no darle la razón a la primera.

—Además de dormir he hecho algunas otras cosas esta noche. Todo el mundo conoce la fama de la ciudad de Segorbe y no solo por el espléndido comercio que discurre por ella. La ciudad es un reclamo para viajeros y mercaderes por los espléndidos baños públicos de su arrabal y las bellísimas bordionas moras que los atienden. Alguna de sus hermanas acampan junto a nosotros y me lo hicieron saber.

VII

El moro Zeit escogió como residencia principal un antiguo palacio ubicado en la villa de Segorbe, una ciudad que siempre mantuvo a lo largo de la historia su dominio sobre una extensísima comarca. Su esplendor se mantuvo tras la llegada del Islam y continuaba siendo una de las principales plazas de las tierras valencianas. Rodeada de gruesas murallas de tapial, encerraba en su interior una laboriosa comunidad de la que destacaban sus alfareros, afamados por la calidad de sus cerámicas con reflejos metálicos y otras filigranas. Poseía una gran mezquita, un poderoso alcázar y una maravillosa almunia, residencia veraniega para el emir de Valencia. En este antiguo palacete fue donde decidió Abu Zeit situar su exigua corte y embajadas. Aquel lugar era el mejor recuerdo de su amada Valencia y no perdía la esperanza de poder recuperarla, aunque el tiempo insistía en hacer desvanecer sus sueños. Acondicionó sus estancias e hizo algunas ampliaciones para mejor recuerdo de glorias pasadas. De su conversión al cristianismo nada cierto podían aseverar los súbditos de aquella ciudad. Los que se beneficiaron en algo de la llegada de Zeit, obviamente lo defendían y justificaban. Que era cierto lo que sucedió, y que debido a lo atribulado de su espíritu, tras el milagro de Caravaca, decidió su conversión. A los que no les había tocado nada optaban por la rectitud religiosa y al menos defender su dignidad como creyentes.

Los disgustos de este rey almohade comienzan tras la batalla de las Navas, donde las huestes sarracenas de los Miramamolín fueron aplastadas por un amplio consorcio de reyes y señores cristianos, de aquello hacia ya casi cuatro lustros. El propio Pedro el Católico, padre del ahora rey Jaime,

persiguió a los restos del ejército con que Abu Zeit había contribuido. Arrebatándole en aquella ocasión los lugares de Castelfabib y Ademúz, a poniente de su gobernación. Las desgracias se sucedían ya que hacía no mucho que el emir de Murcia Ibn Hud, se sublevó y rompió con el poder almohade africano de los que dependía. Se le sumaron a la rebelión numerosas ciudades dependientes de Valencia, como Alcira, Játiva y Denia. De éste modo el territorio quedó dividido, el río Júcar se constituyó en frontera hasta que finalmente llegó la pérdida Valencia a manos de un familiar del murciano, Zayyan.

Aunque ahora era devoto de la cruz, no había perdido las saludables costumbres orientales, así como también sus vicios. Ahora se halla en una de sus más recogidas estancias del alcázar, en lo alto de la ciudad. A pesar del día tan señalado para su linaje, presto a entroncar con la más alta nobleza aragonesa, había tenido que soportar lo que el no juzgaba sino aciagos consejos del pleno de sus funcionarios. Todos todavía reticentes a aceptar su nueva realidad. Sobresalieron las palabras del almotacén, preocupado por la sustitución de la sharia por los fueros de la ciudad de Daroca y el alfaquí por las azofras militares que ahora debían cobrarse. Después de atender tan enojosas obligaciones, se aprestaba a iniciar una de las tradiciones más higiénicas de sus costumbres, el llamado atahor. Totalmente en cueros se introduce en una enorme artesa de barro y su casiller, de los pocos que le hacían la vida más llevadera, vierte agua caliente mientras el Said se frota con jabón hasta el último recodo de su cuerpo. Zeit comenta a su servidor...

—Eres el mejor de los míos. ¿Sabes por qué? —aquél le contestó con una mueca.

—Pues porque a todo lo que te mando y cuento siempre asientes como un cordero. Ya sabes que casé a mi hija Alda con el hijo de ese hidalgo cristiano. Ahora es mi hijo el que ha de dar el paso, con esto acallaré los rumores de revuelta. Tiene que quedar claro que el poder lo detenta ahora el rey de Aragón, y que será el garante de la prosperidad de todos mis súbditos. Además, yo no obligué a nadie convertirse, don Jaime prometió respetar nuestras costumbres e instituciones. Así se firmó en Calatayud y así lo cumplirá. —relataba confiado.

—Si Said, pero las huestes de su consuegro Ximén Pérez de Arenós,

andan todavía encastilladas en el lugar de Cortes defendiéndose de los revoltosos. Y parece que algunos otros descontentos de los valles vecinos se encaminan también a reforzar el sitio de la fortaleza. Y de vuestro enviado se desconoce su paradero... ¿No?

—Ese mal nacido de Al-Bata...

—Said, nadie olvida tampoco el trato que recibió hace ya algunos años el caballero don Blasco de Alagón, cuando exiliado por don Jaime se refugió en la corte de Valencia. —Estos comentarios incomodaban al converso, y buscando argumentos le contestaba.— Eso si que lo recuerdan. —respondía enojado.— ¡Pero qué fácilmente olvidan éstos súbditos levantiscos! Se olvidan de cuando en Valencia mandé que les cortaran la cabeza a ese par de franciscanos que no cesaban en su empeño de bautizar la ciudad entera. Y mira que eran protegidos del mismísimo don Blasco.

—¡Además, fueron torturados durante dos días, por ver si espiaban bien sus almas antes de morir! —

—El pueblo es muy desagradecido Said. —apuntilló el sirviente.

Tras enjuagarse con más agua limpia entrecruza sus brazos pesadamente tras la espalda varias veces recitando...

—¡Así alcance mi alma el Alchana! —invocando el paraíso de los musulmanes. El sirviente le acerca ropas limpias y perfumadas y Zeit se toca con un fez repleto de rico camocán.

—¡Gualá! Trae mi mejor caftán, tengo que mostrar a esos bárbaros que la gloria perdura en el tiempo, lo demás son simples avatares de la fortuna ante los que el hombre siempre ha de andar dispuesto. —y mientras decía esto ensartaba en sus dedos gruesas sortijas incrustadas de cárabe y turquesas.

Zeit había hecho vestir la mejor de sus estancias con todas las telas y tapices que pudo acarrear tras su salida de Valencia. Lujos de los que se rodeaba en la alcazaba valenciana o en las maravillosas noches estrelladas en los jardines de Ruzafa. Aquello era una pantomima de tiempos pasados, pero no dudo de hacer vestir sus mejores galas a su pequeña corte y lamentándose que para contarlos le sobraban dedos en las manos. Salió a una estancia de regulares proporciones y grandes ventanales. Había dispuesto de suntuosos sahumerios, que humeaban perfumes de azahar y rosas. Mientras, algunos sirvientes se afanaban en disponer sobre unas tablas gran diversidad de frutas

frescas y secas además de otras golosinas. Algunos músicos, sentados sobre una gran catifa repleta de cojines, tañían chirimías y aporreaban un tambor amenazando con amenizar la ceremonia. Zeit, se sentó en un gran butacón repleto de tallas de flores y hojas situado a la cabeza de la estancia. Dio orden de que se le hiciera llegar noticia de la llegada de los nobles cristianos y de doña Teresa, la hija de Ximén Perez de Arenós y futura nuera de Zeit. Este no desaprovechaba ocasión para refunfuñar.

—Menudos artistas. ¿Dónde estarán aquellos delicados músicos, maestros de salterios y zanfoñas? —pero por mucho que suspirara ya nada podía ser igual.

VIII

Hacia Segorbe también se encaminaba el templario fray Ramón Samenla junto al joven escudero Guillermo Sargantana. Finalmente se les había encomendado la tarea de andar en pos de la Vera Cruz. Debían presentarse en nombre de la orden ante Zeit y solicitarle toda la información que supiera sobre el paradero de la Vera Cruz de Caravaca. La nota era muy escueta y en ella se aconsejaba guardarse de los hospitalarios. Esta fue la última disposición tomada por Bernardo de Champaña antes de su fulminante destitución. Esta llegó desde Paris un día después de la partida del Senescal ordenándole partir con la mayor brevedad a Tierra Santa. Su destino, la fortaleza templaria de Safed. Este era su castigo por haber traicionado a sus hermanos verdaderos ocultando una información preciosa.

Un nuevo maestre de Aragón iba ahora a ser investido, Raimundo Patot, designado a instancias del rey en detrimento del aspirante respaldado por la casa templaria de París y algunos destacados caballeros de la orden. El candidato perdedor se llamaba Astruch de Clairmont y era comendador de Gardeny. De resultas de su fallida comisión por convertirse en el nuevo maestre de Aragón, se encontraba ahora a mucha distancia de su encomienda, en el apartado castillo normando de Gisors. Esta era una fortaleza que atesoraba un oscuro pasado de traiciones y secretos y que aprovechando lo apartado del territorio donde se encontraba se había convertido en el nido predilecto para el capítulo secreto del Temple, el Priorato de Sión. Este priorato surgió en Tierra Santa tiempo después de la primera cruzada, cuando Jerusalén llevaba ya algunos lustros siendo cristiana. El Monte Sión se alza junto a la Ciudad Santa y siempre albergó en su cima un templo dedicado al

culto de la Virgen María. En ese lugar se conjuraron algunos de los componentes del nuevo priorato que tenían en común procesar en la orden del Temple. Su objetivo, defender los fines últimos del Temple, incluso por encima de la voluntad de emperadores y reyes de la cristiandad incluyendo al Santo Padre si fuera necesario. Cien años después, su prior presidía un conciliábulo secreto ante un puñado de caballeros templarios.

—Hermano Astruch, así que el nuevo Maestre tan solo sabe que su misión consiste en hacerse con la Vera Cruz de Caravaca para entregársela al rey —inquirió con gravedad el Prior.

—Mejor servirá el arrojo del ignorante que la cobardía del que conoce el terreno que pisa... —le respondió con aspereza, intentando de algún modo justificar su fracaso ante el maestrazgo de Aragón.

—¡Astruch de Clairmont! Te hago responsable ante todos tus hermanos de que este asunto se resuelva tal y como esperamos. Jerusalén necesita el poder de las reliquias para que la cruz sea el único símbolo que reine sobre la ciudad y sobre el mundo. Jaime de Aragón y su cruzada sobre el Reino de Valencia será el instrumento que hará posible que la Vera Cruz sea nuestra.

El comendador de Gardeny asintió y calló. Desprovisto del gran poder que le hubiera otorgado ser Maestre de Aragón, sobre él caía ahora la grave responsabilidad de recuperar los símbolos principales de la Pasión de Jesucristo, los talismanes de poder con los que el Temple cumpliría su cometido definitivo.

Nada de esto podían imaginar fray Ramón y su escudero Guillermo. Y así, con la ingenuidad del ignorante, se encaminaban los templarios al encuentro con Zeit. ¿Quién podía sospechar la maraña de intereses que se cernían sobre el asunto?

—No cabe duda que el nuevo converso, como vasallo de rey cristiano, nos proporcionará toda la ayuda que necesitemos. Espero esté presto en colaborar en todo. —murmuraba para sí el fraile. Ramón Samenla era un templario que siempre había servido en encomiendas agrícolas y estaba poco acostumbrado a la vida de las fortalezas de la frontera. De hecho, ya había perdido la cuenta de los años que llevaba en la encomienda de Orta, aunque eso sí, nunca evitaba la ocasión por destacar sus dos momentos de gloria, las Navas y Mallorca. Era de espíritu brioso y desmesurada altura, y siempre

pensaba lo afortunado que era por servir bajo la cruz del Temple. A diferencia de Guillermo, el procedía de muy humilde cuna.

—El que poco conoce..., poco hecha en falta. —acostumbraba a decirle a Guillermo. Había pasado por todos los grados habidos y por haber en la jerarquía templaria para ser elevado, pasada ya la edad de la madurez, al grado de caballero. Su fidelidad y espíritu de sacrificio fueron más que probados durante la gloriosa jornada de las Navas. El fue uno de los sargentos más destacados formando parte de la escuadra templaria que arremetió contra los nubios encadenados ante la jaima de Miramamolín. Pero lo que realmente encumbró a éste fraile fue su comportamiento durante la conquista de Mallorca. Allí rescató a los pies de la muralla de la ciudad, al moribundo Maestre de Aragón que yacía entre un enjambre de berberiscos que pugnaban por asestarle el puyazo de gracia a tan destacada presa.

El imberbe postulante Guillermo de Sargantana más veía a fray Ramón como un padre que como un maestro, aunque siempre insistía el fraile más en instruirle que en mandarle. El joven escudero casi había olvidado a sus padres y era frecuente en aquellos tiempos lo que a él le había sucedido. Guillermo era hijo de un rico mercader del mismo nombre que quedó arruinado y no pudo hacer frente a las deudas contraídas. Su deuda fue vendida finalmente al Temple, tuvo que ceder todas sus propiedades a la orden y parece que no fue suficiente, ya que tanto él, su esposa y todos sus hijos, debieron entrar al servicio de los monjes hasta completar el valor de la mora.

A Guillermo Sargantana la vida en e convento y sus obligaciones le parecían en exceso fatigosas. Sobre todo en las que se encontraba ahora, las de no dormir a cubierto y no comer, aunque poco, de caliente.

—Fray Ramón, esto es comer mal y dormir peor. —se quejaba. La tranquila vida monástica le era más conveniente, siempre había un hueco por donde escabullirse y holgazanear un rato.

—Debes aprender a domar tus instintos. Además, Segorbe se prepara para las nupcias del hijo de Zeit. Ahora se hace llamar don Fernando Pérez. No te ha de faltar el descanso y menos aún el buen yantar que acompaña una ocasión como ésta. ¡Las mujeres, ni olerlas! ¿Eh?

—¿Y qué sucedería si mi corazón quedara prendado de los encantos de una dama? —le respondió socarrón al recordar la imagen de aquella dama

húngara con la que había cruzado ardientes miradas en Alcañiz.

—El corazón del hombre no se puede partir, la devoción siempre debe concentrarse en una sola cosa. Hay que elegir por hacer votos al Señor o hacérselos a una señora. —

—¿Pero yo creo haber visto, que algunos caballeros tienen mujer, y hasta familia? O mejor todavía, a más de uno he sorprendido entre las vides de la encomienda holgando con alguna lugareña. —añadía.

—Lo primero solo sucede cuando para alguna empresa se necesitan otros brazos que empuñen la espada, su servicio es solo por un tiempo. Respecto a lo segundo... —decía ruborizándose.— Seguro que lo que viste, poco tenía que ver con lo que en realidad era. Que de mucho andar bajo el sol al final se derriten los sesos muchacho. Las cosas a veces parecen lo que no son. —la réplica no pareció convencer a Guillermo. Además, la respuesta no le servía para solucionar su dilema. Desde aquel día, y a medida que había pasado el tiempo sentía en su interior cada vez más la necesidad de volver a cruzar su mirada con aquellos ojos rasgados y de un pálido azul. Cuando lo evocaba no podía evitar el lanzar un profundo suspiro. La candidez de la juventud, y teniendo la vida por delante, hacía anidar en su espíritu la ilusión de que todo es posible o todo está por llegar. Y esa razón era la que le hacía dudar de su compromiso con el Temple, ya que si continuaba en la Orden y llegaba a profesar votos debería dejar de pretender a la húngara. Fray Ramón, sospechaba el cariz del asunto y le repetía:

—Nunca actúes contra lo que te dicte el corazón. Pero recuerda que siempre has de cumplir tus compromisos. —

La rectitud del fraile, exasperaba al joven. —¿Cómo podría olvidar aquella fuerza que desbordaba su corazón? ¿Y cómo podría liberarse de todo aquello y saldar la deuda que su padre contrajo con la orden?— pensaba indignado.

—¡La carne trémula invita a la lujuria! ¡Reviste tu espíritu con el escudo del sacrificio, así honrarás bien a Cristo nuestro Señor! —le sermoneaba el fraile.

Guillermo se ensimismaba en sus pensamientos amorosos. —¿Cuándo podría volverla a ver?— El rey había decidido finalmente contraer matrimonio la princesa húngara Violante y aunque contaban que la corte iba a

fijarse en Zaragoza, el rey había dicho que estaría allí donde fuera necesario tratar asuntos que afectasen a la corona. Guillermo llegaba entonces a la conclusión que teniendo que seguir forzosamente sirviendo a los templarios no le vendría nada mal salir de Orta de tanto en tanto. Su intuición se despertó, quizá fuera ahora la oportunidad para dejar de suspirar y poder estrecharla entre sus brazos.

—La ocasión era propicia. —pensaba.— Los contrayentes pertenecen a destacadísimos linajes y eso motivaría que lo más granado de la corte real estuviera presente en la ocasión. —Tan inmiscuido estaba en sus recuerdos el enamorado que poco se interesaba por el cometido de la empresa. Quizá se extrañó cuando antes de salir de la encomienda fray Ramón reclamó para Guillermo una daga, espuelas y polainas de montar al hermano cillerero. El fraile tuvo que darle algunas explicaciones de más, argumentando que en breve el joven sería propuesto para hacer los votos.

—Es mi escudero y está a mi cargo. No le vendrá mal que de tanto en tanto, cambie el asno por el caballo. —le contaba. Lo que menos sospechaba es que pronto las necesitaría.

Por distintos caminos acceden las gentes a la villa, la noticia de los esponsales había corrido de boca en boca por todo el país y aunque no eran tiempos tranquilos para viajar y descuidar la hacienda, muchos acudían a Segorbe por admirar el esplendor que habitualmente mostraban los poderosos señores moros y cristianos durante estos ceremoniales. Otros, menos por curiosidad y más por el interés de sus bolsillos, pensaban aprovechar el momento en su beneficio. Por lo que artesanos de toda índole, mercaderes y granjeros aportaban sus mercancías disponiéndolas junto a las principales entradas de la ciudad.

Por el portal de Valencia entraban a Segorbe los que acudían desde Peñíscola. Uzal de Llívia y el fraile del Hospital se hallaban en el llano que precedía la entrada, en una especie de feria muy próxima al cruce del camino que ascendía hacia las murallas. Allí se exponían variadísimas especias, perfumes y telas, mercancías rarísimas que de seguro venían de ultramar. Pagaron al carretero y tomando la cuesta entraron en la ciudad.

Los templarios tomaron otro camino. Partiendo desde la encomienda de Orta, rodearon los puertos de Morella por evitar lo fatigoso de su ascensión.

Así que fray Ramón y Guillermo llegaron tras algunas jornadas a la encomienda templaria de la Iglesuela, la que fue feudo del famoso caballero Rodrigo Díaz de Vivar. El Temple tan solo mantiene allí una casa de peregrinos y un reducido número de caballeros y sirvientes. Ya hace tiempo que dejó de significar un reducto defensivo de importancia, aunque todavía se erige desafiante la torre del homenaje de la fortaleza, conocida como de los Nublos. En su derredor los campos aparecen abandonados, y se adivina poca actividad salvo en unos pequeños huertos alineados a lo largo de un estrecho arroyo. La Iglesuela depende de la vecina encomienda de Castellote para su mantenimiento. La noche ya había caído, algunas teas recién encendidas indicaban el camino de la entrada principal. Guillermo notaba que por alguna extraña razón a fray Ramón no le hacía mucha gracia hospedarse allí. Entrando en una irregular plaza porticada, a Guillermo le llamó poderosamente la atención una gran señal esculpida en la dovela central del dintel de entrada de una gran caserón.

—Señor. ¿Qué figura es esa que preside la entrada? —se apresuró a preguntar.

—¿Por qué eres tan indiscreto? —se revolvió el fraile.— ¡Ve a dar de beber y forrajear las monturas¡¡Y no te entretengas, que ya no son horas de andar de cháchara! —le replicaba haciendo ver que no daba importancia a su pregunta.

Hasta ellos se acercó el viejo celador de la casa templaria. Con un gesto cortés los invitó a entrar. El anciano observaba a Guillermo con curiosidad y mirada escrutadora. Se acercó hasta él y con un pausado movimiento de su cabeza le indicó el camino al establo. Luego, acompañó a fray Ramón hacia el interior.

—Pues vaya maneras de responder. —refunfuñaba Guillermo sobre el mal genio del fraile. Cambió las gualdrapas a los animales, poniéndoles agua fresca en unas grandes alcuzas de barro y un buen haz de hierba fresca a cada uno. Guillermo cogió de la impedimenta dos gruesos centones de batalla.

—La noche es muy fría y a saber lo que nos dan estos monjes para dormir. —pensó. El muchacho atravesó el portal del caserón siguiendo los aromas de lo que se cocinaba hasta que encontró al fraile confortándose en un recoleto refectorio. En completo silencio, pescaron unas sopas de pan con

borrajas de un perol de cobre que colgaba sobre el hogar.

—Están frías ya. —se quejó Guillermo.

—¡Calla botarate¡¡Y no me hagas blasfemar! —Por alguna razón, fray Ramón parecía nervioso por algo. Lo llano de su carácter le impedía ocultarlo. Terminaron de cenar sin articular palabra y se fueron a dormir.

IX

A la madrugada, y tras orar los maitines, volvieron al camino. El Sol comenzaba a ascender cuando ya dejaban atrás los últimos puertos de montaña que daban paso a las tierras valencianas. Por retorcidos senderos, entre bosques de pinos y sabinas, se encaminaban hacia Puertomingalvo, lugar de pocas casas y menos cultivos que debía su importancia a una pequeña fortaleza encaramada sobre un peñasco, vigilante de aquella tierra de frontera. Al poco tiempo observaron, como a dos leguas de distancia, una comitiva numerosa dada la densa polvareda que formaba. Aprovechó el fraile el momento y comenzó a hablar.

—Los de la Iglesuela son un tanto hoscos en el trato. Estos últimos años he evitado siempre que he podido usar de su hospitalidad. La señal por la que me preguntabas, la del portal de entrada, es la llamada cruz Tau.

—Nunca antes la había visto. ¿Es también una cruz cristiana?

—No lo sé exactamente. En alguna otra ocasión la he visto esculpida. Pero el recuerdo más claro de ellas es cuando la vi sobre los escudos de ciertos caballeros de nuestra orden que procedían del reino de los francos y que acudieron a la campaña de Mallorca. Aquellos pertenecían al entorno más cercano del Maestre de Aragón. Nunca se separaban de él y formaban parte de su escuadra personal en todas las refriegas y batallas que allí se dieron... Salvo aquella mañana.

—¿Qué sucedió? ¿Fue aquel día en que el Maestre murió? —le increpaba Guillermo con impaciencia. El fraile se allanaba el trasero en su silla mientras comenzaba a relatarle:

—No había amanecido todavía cuando salimos desde nuestro

campamento junto a la playa. El Maestre Ramón de Montcada, que solía dormir en las embarcaciones que teníamos ancladas en la ensenada, desembarcó junto a estos caballeros y sus escuderos. Hizo formar tres escuadras con las que nos dirigimos hacia la *Ciutat*. Durante aquella noche, dos grandes catapultas habían machacado uno de los lienzos de la muralla que daba al mar, nuestro objetivo era tomar el pequeño baluarte que la defendía.

El primer grupo cargó hacia la muralla, toda ella resquebrajada, tras lo cual le seguimos los de mi escuadra. Nadie asomó entre los escombros ni sobre el vecino torreón, con lo que desmontaron y penetraron en el recinto en la esperanza de hacerse fuertes en él. Yo me quedé allí al cuidado de las monturas, mientras que los demás desaparecieron tras el muro. En aquel momento llegaba el Maestre de Aragón con los que le acompañaban, cuando los matorrales de las dunas parecieron cobrar vida. Una turba de sarracenos cayó sobre el grupo y si en un primer momento aparentaba que se les contenía, pronto los caballeros bretones volvieron grupas hacia el campamento. El Maestre cayó de su cabalgadura mientras su escudero trataba de zafarse del enjambre. Entré al galope sobre el barullo repartiendo mandoblazos a izquierda y derecha hasta que agarrando al Maestre por el gorjal de la armadura, lo arrastré fuera de aquel lugar. Aquellos diablos, todavía lograron alancearlo en la huída. No sirvió de mucho mi envite, llegó moribundo al campamento.

—¿Quiere decir..., que aquello fue una celada? —preguntó Guillermo atónito.

—No quiero decir nada. Solo cuento lo que ví y sobre lo que nunca nadie me preguntó. Tras aquello fui investido caballero de pleno derecho. Te recuerdo muchacho que no soy de noble cuna. Mi padre era un villano como el tuyo y además sin hacienda. —respondió el fraile enojado.

—Entonces esas cruces...

—Esas cruces deben tener su significado. Para nosotros nos está vetado su conocimiento. Yo se que algunos de nuestra orden deben ser conocedores de su auténtico mensaje, sino por que narices están ahí. —bramaba fray Ramón.— ¡Dejemos este asunto, no se nada más!

El muchacho quedó en silencio, un tanto compungido al ver que dentro de

lo que consideraba pulcro y perfecto en aquella santa orden, no todo era claro como el agua. Obedeciendo las palabras del fraile, no se atrevió a seguir con el asunto. La conversación le trajo los recuerdos de su más lejana niñez, en los tiempos en que toda su familia entró al servicio de la orden. Su madre marchó al servicio de las freiresas de la orden en Huesca, mientras que su padre y su hermano menor, fueron enviados a Jaca. A él se le escogió para roturar los labrantíos de las nuevas encomiendas en la frontera. Recordaba con claridad su llegada a Orta, durante algunos días permaneció ensimismado y sin mediar palabra con nadie. La congoja le apretaba tanto el estómago que no lograba comer nada. Poco tiempo después, le fue asignado permanecer bajo las órdenes y tutela de fray Ramón al que poco a poco le tomó sino el cariño, si el respeto de un padre.

Tras un recodo del camino, el viento de levante los cubría de un fino polvo rojo lo que les hizo apretar el paso de las monturas. No tardaron mucho en alcanzar a los más la retaguardia de la comitiva, estos se revolvieron agarrando por el puño sus espadas e increpándoles para que se detuvieran.

—¡Alto ahí! —gritó un bigotudo tocado de un vistoso casquete rematado por un fénix. La sola visión de la cruz templaria cosida sobre el manto del caballero ablandó su vehemencia.

—¡Soy Ramón Samenla, fraile templario! ¡Me dirijo a Segorbe por mandato del Maestre del Temple en Aragón! ¿Llevamos el mismo camino?

—Sin duda el mismo. Ésta es la hueste que acompaña a la reina Violante. Ella será la que presida los esponsales del hijo del apóstata Belvís, señor de estas tierras que ahora pisamos y servidor del rey. —contestó en cristiano y con mal acento.

Guillermo dio un brinco sobre su montura al escuchar aquellas palabras. Ersebeth debía viajar con ellos. Azuzó su vista, por si discernía la silueta de la dama húngara entre el barullo de gentes, bestias y carros que avanzaban por el camino. Pidió permiso al fraile, entretenido en conversar con los capitanes húngaros, y se perdió por entre la comitiva.

—¡Guillermo! —sonó su nombre con voz melosa. El muchacho enseguida vio una mano y un rostro de rosa como se agitaban por encima del adral de un enorme carromato.

—¡Ersebeth! —gritó espoleando al pollino, al tiempo que se estiraba su

atuendo y ordenaba los arreos de la montura en un intento de aparentar mayor gallardía.

—Ya no creí volver a veros.

—Sí, ha pasado ya algún tiempo... —decía con una vocecita contenida por la emoción y con un acento tan extraño que aparentaba disolver las palabras.

—Estuvimos muy atareadas al principio. Viajamos hasta Zaragoza. La reina dice que el rey quiere llevarla consigo allá donde él fuere. Ahora vamos a los esponsales del hijo del señor de Segorbe, vasallo de don Jaime. —

—Sí, nosotros también viajamos hacia Segorbe, aunque no me habló nada el fraile, si es por lo de ese matrimonio o por otros menesteres. —le contestó. Guillermo y Ersebeth continuaron juntos, intercalando silencios y suspiros con palabras breves e intrascendentes hasta que caída la tarde, se detuvo la marcha para pernoctar. Los tórtolos, unidos ya por los lazos que el amor anuda con ayuda de la pasión, se separaron brevemente para atender sus quehaceres. Guillermo vio que fray Ramón había entablado conversación con un numeroso grupo de aquellos caballeros húngaros. El templario echó un vistazo a las monturas y volvió en busca de Ersebeth.

Viudas de luna, incontables estrellas poblaban el firmamento aquella noche. Guillermo y Ersebeth se habían alejado de las tiendas, y allí, sobre un mullido prado de amapolas Guillermo tendió la capa acomodándose sobre ella los dos enamorados. El templario soñaba, que aquel momento no tendría nunca fin. Los mil aromas que la noche exhalaba se mezclaban con el que se derramaba por la nacarada piel de la húngara. Se estremecieron al unísono y quedaron así, con los cuerpos desnudos y postrados panza arriba, contemplándose absortos. Una quietud infinita parecía envolverles.

Guillermo no esperó al amanecer para acompañar a la húngara hasta el pequeño pabellón de lienzo donde dormían las doncellas de la reina Violante. Algunas de ellas ya entraban y salían afanosas por recabar los preparativos del despertar real. Guillermo se despidió de su amada y se acercó a una enorme marmita donde bullía un caldo humeante de en el que flotaban nabos y repollos. Se sirvió un cuenco. A cada sorbo suspiraba hasta que escuchó un reproche de fray Ramón que lo hizo despertar a la realidad.

Los templarios partieron separándose del cortejo. El camino ahora, se

hacía monótono, y sobre todo para Guillermo, que por segunda vez tuvo la fortuna de sentir brincar su corazón por la húngara. Pasó toda la tarde suspirando, una mueca a modo de sonrisa le había quedado dibujada en su rostro. El fraile condescendía con él y se enfrascaba en sus pensamientos en el importante asunto que debían resolver.

Una sucesión de escarpados picachos y de no demasiada altura irrumpían por la línea del horizonte. El camino se allanaba al tiempo que descendía, el bosque comenzaba a intercalarse con el cultivo del algarrobo, el olivar y la almendra que escalonando las colinas conformaban pintorescos bancales de piedra gris. Las últimas horas del atardecer comenzaron a iluminarse con la luz de pequeños fuegos y grandes faroles que desde diversas atalayas vigilaban el camino de Segorbe. Ya oscurecía cuando llegaron al pie de una exigua torre, guardiana de un estrecho desfiladero ensanchado a pico que parecía dar entrada al valle. Dos agarenos se descolgaron por una cuerda que pendía de un exiguo matacán. Unos con su algarabía y otros con sus latines tuvieron que tirar mano, y nunca mejor dicho, más de los gestos que del habla para hacerse entender. Finalmente, se les permitió pernoctar al amparo de aquél burche. Los moros tornaron a las alturas.

Recostados contra la gualdrapa a modo de almohada, fray Ramón compartía un pedazo de tocino rancio y un chusco de pan con Guillermo.

—No se que tendrás en la cabeza, pero si quieres continuar bajo el manto de la orden, deberás olvidar esas veleidades humanas que te dominan. —aconsejaba inquisidor.

Guillermo callaba, no se atrevía a hacer comentario alguno. Prefería que el fraile lo olvidara cuanto antes y así poderse el abandonar a tan gratos recuerdos.

—Ya hace mucho que tu padre fijó tu porvenir y el de tus hermanos. Recuerda que la orden no admite inconstancias ni medias tintas.

X

El día amaneció cubierto, densas amasijos de niebla se encajonaban por entre los valles y vaguadas circundantes. Al arrabal de la ciudad ya habían llegado el día anterior los moros de Peñíscola. Ali-Albata, dejó a su comitiva de hembras en lugar estratégico y cerca del camino. Con inteligencia pensó, que nada más agradaría al ambicioso Zeit que el verlo convertido en servidor del señor de la cada vez más aislada Peñíscola. El said encontraría algún beneficio de la nueva situación de su embajador, al tiempo que le facilitaría con más alegría todo lo que supiera sobre el extraordinario suceso de Caravaca. Tan pronto se abrieron las puertas de la ciudadela, se encaminaron hacia el alcázar por solicitar una audiencia con Zeit Abu Zeit. No sin dificultades logró hablar con un el nuevo alcaide de la fortaleza, cristiano por cierto. Lo conminó con estas palabras:

—Mi nombre es Ali-Albata, embajador de Zayyan de Valencia, y enviado por el rais de Peñíscola. Soy portador de un importante mensaje para vuestro señor al que ruego me conceda audiencia lo más pronto posible.

—Veo que desconoces las celebraciones que por éstos días se realizan en Segorbe, por lo que no puedo garantizaros el encuentro. —le respondía el alcaide al tiempo que lo acompañaba a un recoleto patio repleto de enredaderas y árboles frutales.

—Además, como tienes la osadía de presentarte aquí, Zeit te hará rebanar el cuello no más escuche el nombre de ese usurpador de Zayyan. —Alí-Albata esbozaba una sonrisa de satisfacción, mientras el alcaide golpeaba una puerta suntuosa con el aldabón.

Mientras esto sucedía, también entraron pero por la puerta opuesta de la

muralla, fray Ramón y Guillermo. Subieron hasta la plazoleta donde se hallaba la alcazaba. El fraile encargó al joven el cuidado de las monturas. Guillermo las llevó con mucha diligencia a dar agua y cebada a un cercano corral donde un pastor se afanaba en aquel momento en hacer lo mismo con sus cabras. El trabajo de un grupo de carpinteros llamó su atención. Se aupó a un muro de piedras trepando por una gran pila de tablazones y quedo observándolo. Allí se ensamblaban las partes de lo que aparentaba una enorme palestra. Al joven le llamó la atención de que buena parte de los que allí estaban eran de ojos y cabellos claros. Al ver el recorte de fieltro con forma de pata de oca que se hacían coser sobre la pechera, le vinieron recuerdos de su infancia en Vic. Recordaba aquellos que vivían en un pequeño arrabal y que los hacían llamar agotes. A menudo escuchó hablar sobre ellos a los hermanos de la Orden. Recordaba que eran grandes maestros en carpintería y conocían también la talla en piedra.

No contuvo su curiosidad.

—¿En cuanto tiempo se construye un estrado como éste? —dijo al más cercano por entrar en conversación.

—Si la madera esta preparada, tres hombres acaban uno en un par de jornadas. *¡Dar hur kebain!* Le espetó en una desconocida lengua a otro de ellos.

—Seguro que venís de lejos, he oído hablar de vosotros. Sé que tenéis fama de excelentes artesanos.

—El señor de Albarracín nos contrató al obispo de Jaca, vivimos en su lazareto. —respondió escuetamente mientras se le acercaba.

Guillermo saltó hacia tras.

—No temas, no somos leprosos. Allí cada cual tiene su lugar. Los leprosos son atendidos por monjes del convento benedictino. Nosotros únicamente trabajamos para el obispo. Nos permite vivir allí y cultivar alguna cahizada de sus tierras.

—¿Y que construís ahora?

—No es ninguna obra. Parece que el poderoso señor de Albarracín, Pedro Fernández de Azagra, quiere contentar al de Segorbe. Le ha regalado esta palestra para el gran torneo que organiza. Se colocará mañana frente a las murallas, cerca de su almunia.

—Debe ser extraordinario, aunque he visto muchos caballeros, nunca los ví enfrentados en liza.

—Son muy vistosas pero casi siempre están amañadas.

—¿Qué queréis decir? —preguntó extrañado Guillermo.

—Pues lo que oís, siempre hay cuatro pícaros que organizan las apuestas entre la plebe. Luego rinden cuentas a los gentilhombres que se encargan de amañar la suerte de sus adalides.

—Pues que desilusión. Siempre pensé que solo el reconocimiento entre los otros contendientes o por ganar el favor de alguna dama era suficiente. —

—Eso son estrofas y cantos de juglares. —le respondió con una carcajada.

Mientras tanto, el moro Albata seguía discutiendo con el alcaide, que trataba de convencerle de lo iracundo de su señor.

—Si lo que le voy a contar logra contentarlo, quizá hasta me premie por ello.

El alcaide desapareció tras la puerta nada más entreabrirse. Pasados unos instantes asomó el propio moro Zeit, vestido de lino y seda y cargado de joyas.

—Eres muy arrojado. Debería cortarte la cabeza y colgarla a la entrada de la ciudad. —le dijo furioso.

El astuto Ali-Albata se postró.

—Señor Zeit Abu Zeit...

—¡De Zeit nada! ¡Soy Vicente Belvís, desgraciado! —le gritó con furia.

—Señor Vicente Belvís, aunque ahora sea servidor de Zayyan Ibn Mardanis, no vengo en su nombre sino del mío propio. Tengo noticias que le pueden interesar.

—Afloja perro, y cuídate de que no me guste lo que vayas a contar. Ya me gustaría saber todo lo que has estado haciendo en este tiempo. —amenazó.

—No soy su siervo, mis servicios son a cambio de pago y ya hace mucho que nada recibo de su bolsillo. El rais de Peñíscola me contrató en nombre de su señor Zayyan de Valencia. El paga bien y eso es todo. Dejemos la cháchara y demos paso a lo que he venido a contar. —aquel torció el gesto aceptando de mala gana sus argumentos.

—Estando en Peñíscola nos llegó un miserable catalán, servidor del obispo de Tortosa, que nos hizo saber de los planes de aquél.

—¿Y porqué vienes a mí? ¿Por qué no vuelves con éste cuento a Valencia? —le interrumpió.

—Señor, creo que de todo esto podéis sacar tajada. Dicen que Burriana pronto será cristiana, las ciudades y fortalezas al norte de aquella ciudad van rindiéndose a las huestes cristianas de las órdenes militares y nobles de Aragón. Zayyan no tardará mucho en verse asediado por el empuje del rey de Aragón. Peñíscola caerá y ese bocado puede ser suyo. Yo puedo hacer mucho por que rindan la fortaleza al señor de Segorbe.

—Eres un cuervo, pero continúa, que hasta ahora lo único que consigues es agotar mi paciencia.

—Sabido es que por las capitulaciones confirmadas ante el rey Don Jaime, fueron varias las plazas y muchos los servicios que el señor de Segorbe tuvo que realizar para que sus derechos fueran respetados. Pues bien, hubo uno de ellos de especial trascendencia y que solo la orden del Templo de Salomón supo de su importancia.

—¡Ajá! Esos son otros que solo meten la nariz si hay algo que ganar. ¡Continúa!

Ali-Albata, se puso en pie al ver brillar los ojos codiciosos del renegado.

—Fue en la toma de Caravaca, la que desde hace poco ha vuelto al poder del emir de Murcia. Tras la toma de la ciudadela, liberaste a todos los cristianos e hiciste consagrar un altar por aquel cura. Allí se produjo aquel suceso prodigioso, fueron los designios del altísimo los que te condujeron a la conversión. Aunque a veces sean designios terrenales los que también obren milagros donde no los haya... —le recriminó con sarcasmo.

—¡Tu insolencia te costará la cabeza! ¡Además! ¿De que suceso prodigioso me hablas? ¡Todos han querido creer que aquello fue un milagro! —gritaba.

—La Vera Cruz me fue confiada tras la ocupación del castillo por dos caballeros sirios enviados por mi hermano Al-Bayyâsi de Córdoba. Me dijeron que se la debía entregar a don Jaime cuanto antes. Fracasé, ese maldito cerdo, el emir de Murcia, logró arrebatarme de nuevo Caravaca mientras yo me entretenía en la rendición de la vecina Cehegín. Todavía los

recuerdo ¡Aquellos caballeros si que podrían parecer incluso los mismísimos arcángeles de como vestían! ¡Cubiertos por resplandecientes túnicas blancas que se las hacían ceñir por una faja de seda escarlata! ¡Su mirada era perdida y vidriosa, como si no fueran capaces de reconocer lo que les rodeaba! Pero de milicia celestial nada. ¡Eh! —remató a dos dedos de su cara y salpicándole de babas.

—¡No quiero volver a oír sobre éste asunto! —gritó fuera de sí.

Ignorando las voces del renegado, Albata continuaba pausadamente con el relato.

—Lo cierto es que la corona de Aragón ha incrementado ahora su poder. Y no me refiero solo al terrenal, las fuerzas sobrenaturales están ahora de su lado. La llamada lanza de Longinos, aquella con la que el centurión Cayo Casio atravesó el costado del profeta de Galilea, le fue entregada a don Jaime. Por si no lo sabía, es bien conocido del poder de ese talismán en toda la cristiandad. Muchos grandes prohombres de la historia, lograron sus propósitos por su sola posesión, de Carlomagno hasta el normando Federico de Sicilia. La extremada ambición de éste último, le ha hecho perderla del mismo modo como perdió también la Vera Cruz en la misma Jerusalén. Anda enfrentado a los templarios por ésta razón; teutónicos y hospitalarios se han unido al normando contra ellos. Pues bien, es ese mismo pedazo de madera, la reliquia venerada por la cristiandad, la que sostuvo en sus manos. Hoy la reclama la orden del Temple que junto a la Lanza, serán los instrumentos con los que don Jaime conseguirá el éxito en su empresa. Una vez cumplida su misión en el reino de Valencia, ambas le serán restituidas a la Orden.

—Acaso no dices que esos talismanes de la victoria otorgan suficiente poder para conseguir todo lo que se desea. ¿Para qué vienes entonces a proponerme nada? —le respondía con aspereza. ¿Para qué me necesitas?

—Señor, en sus manos está la llave. Todavía conserváis los derechos sobre Valencia, Zayyan ya no encuentra apoyos en Murcia, si consiguierais una alianza con el murciano Ibn Hud... Eso ayudaría a cerrar el cerco contra el usurpador del trono valenciano. Os predispondría ante don Jaime, máxime si hacéis incluir la Vera Cruz en el acuerdo.

El moro Zeit se volvió pensativo.

—Eres realmente astuto, tan pronto acaben las celebraciones acude a mi

almunia. Hay que ir a Caravaca, pero nada de acuerdos, se la robaremos a ese malnacido de Ibn Hud. —y con aquello lo despachó.

Fuera, Guillermo seguía entretenido cuando en ese momento observó que también llegaban al lugar el miserable Uzal de Llívia junto al fraile hospitalario Pedro de Exea. Ambos desaparecieron tras la puerta tras intercambiar unas palabras con el centinela.

Una vez en interior, fueron conducidos al mismo patio donde esperaba fray Ramón. El hospitalario, ante la sola visión de la cruz templaria, se revolvió embozándose la cara con el capellar morisco que lo cubría. Uzal, a su lado, permanecía tenso y soliviantado por la presencia de aquél. Su rostro comenzó a henchirse de violencia e ira.

—Si no me engaña la vista... creo que sois fraile hospitalario. —dijo fray Ramón al reconocer a fray Pedro de Exea.

No medió respuesta, de un salto Uzal agarró del cuello al templario, hendiéndole una herrumbrosa daga negra por entre las costillas. Fray Ramón bramó, con un rápido movimiento zarandeó al villano con tal violencia que salió despedido, no sin antes habiéndole vuelto a dejar otro puyazo en la riñonada, hincándosela hasta el guardamano. El templario salió dando tumbos y voces hasta la puerta principal, donde llegaba Guillermo en ese momento.

—¡Salgamos de aquí! ¡Me han herido!

—¡Maldito Uzal! ¡Que no escapen! —gritó el hospitalario.

Guillermo se abalanzó hacia el corral cercano arrastrando al templario. A duras penas consiguió montarlo como un fardo sobre su caballo. Sentándose a horcajadas, tiro de sus crines y lo espoleó. Pasó por entre el hospitalario y su esbirro que salían a rematar la faena y se precipitó al galope calle abajo. Así cabalgó hasta que saliendo hacia el camino de Teruel detuvo como pudo al animal y continuó a buen trote por el camino hasta perder de vista la ciudad.

También el moro Zeit y su confidente se dirigían hacia la salida de la estancia, cuando escucharon el gran barullo y gritos que desde el patio exterior llegaban por la refriega. El alcaide, que permanecía junto a la entrada, había atrancado la puerta.

—¡Abrir la puerta y poner orden! —gritó Zeit.

—Intento protegeros señor. Ya salgo.

El alcaide salió al exterior siguiendo el reguero de sangre y volviendo al instante.

—Mi señor, solo sabemos que dos mozárabes, venidos de alguna ciudad cercana al mar, querían ser recibidos por el señor de Segorbe. Estos han coincidido en el atrio con un caballero templario que esperaba también. Al parecer hubo una pendencia y en un suspiro se vio salir al servidor de la cruz herido de muerte. Todos se han esfumado. —dijo.

—Por lo menos no tenemos ningún muerto del que dar explicaciones. Lo dicho Albata, os espero en la almunia tras los festejos. —y dicho esto, dio media vuelta y marchó.

XI

Tan pronto como pudo comenzar a pensar con claridad se separó del camino ocultándose tras un frondoso encinar. El fraile yacía muerto junto a Guillermo. Así permaneció junto a él hasta que cayó lanoche. Las vivencias y recuerdos del joven templario centelleaban en su cabeza; en vano trataba de tranquilizarse y tomar una decisión. Entrada ya la madrugada y vencido por el sueño, cayó dormido junto al cuerpo exánime del caballero.

Guillermo despertó con la primera luz de la mañana. Nunca imaginó la dificultad de mover a un muerto. El frío y la rigidez de sus extremidades lo impresionaron vivamente. Como pudo lo envolvió como un fardo en su propia capa y lo recostó sobre el lomo de la montura encaminándose hacia la encomienda de La Iglesuela. Lo cierto es que no le hacía ni pizca de gracia tratar con aquellos frailes, pero era el lugar de la Orden más cercano que conocía. Anduvo errante por senderos y cañadas, estaba aterrorizado por la sola idea de volverse a topar con aquellos asesinos. Al segundo día le sorprendió la nube de moscas e insectos que lo seguían. Tampoco pensaba que un muerto podía llegar a oler tan mal.

Cuando detuvo la montura ante la plaza porticada de la residencia templaria, no tardo en verse rodeado de curiosos ante el tufo delator que había dejado desde la entrada. El mismo celador que los había atendido días atrás abrió la portezuela de los establos y lo hizo pasar, escapando de la mirada de fisgones.

Aquella misma noche, se le ordenó disponer de su vestimenta lo mejor posible. No le preguntaron por nada, era como si aquello no les sorprendiera. Pasadas las nonas, le condujeron hacia la plaza frente a la iglesia y le

entregaron un enorme hachón prendido indicándole el lugar que debía ocupar en una pequeña comitiva fúnebre que ahora se formaba. Otros portaban pequeños inciensarios de los que humeaban aromas a especias para él del todo desconocidas. Seguidamente, de la pequeña sala del capítulo, salieron cuatro templarios vestidos de largos sayones de lino blanco. Sobre sus hombros portaban una enorme parihuela en la que yacía el cadáver de fray Ramón. La comitiva se formó frente al atrio de la iglesia. El atuendo de los porteadores fulguraba vivamente a la luz de las teas. A una señal del capellán iniciaron la marcha. Saliendo de la encomienda se encaminaron hacia una colina cercana que coronaba una ermita. Una tenue luz escapaba por sus estrechas ventanas. La única puerta de entrada permanecía guardada por un fraile fuertemente armado.

Ya en el interior, la estancia se iluminaba tan solo con la luz mortecina de siete gruesos velones situados en un enorme candelabro frente al altar. En un lateral Guillermo adivinó una enorme losa, que removida de su lugar habitual dejaba a la vista una pequeña escalinata de piedra que bajaba y se perdía en la oscuridad. Le llamó la atención una enorme estrella de cinco puntas inscrita en su interior. El capellán, se situó tras el altar y comenzó una monótona letanía. No eran los latines que conocía.

Para el joven todo aquello le resultaba extraño y no hacía más que confundirlo. Acompañó el cuerpo de fray Ramón al interior de aquella cripta. Envuelto en un inmaculado sudario, lo colocaron boca abajo en el interior de un hueco hecho en la tierra. En su boca introdujeron algunas monedas.

—Ahora ya nada será igual Guillermo. —dijo el celador con gravedad apoyando su mano en el hombro del escudero.

PARTE SEGUNDA

XII

En el palacio real de Zaragoza, la reina Violante realizaba los preparativos para la partida hacia Teruel. El rey estaba decidido, Valencia, joya preciosa del Islam era su próximo objetivo. Don Jaime había reunido finalmente a todos los representantes de sus súbditos aragoneses y catalanes en la fortaleza templaria de Monzón. Allí recabó el apoyo militar y financiero de todos los estamentos a cambio de donaciones y prebendas sobre las tierras conquistadas. Se elevó a cruzada la empresa de conquista del Reino de Valencia y así le fue confirmada por el Papa Gregorio IX, que no tardaría mucho en promulgar una bula dándole ese rango. El apoyo de caballeros venidos desde todos los rincones de Europa a la conquista de Valencia se desbordó. La cruzada valenciana incluyó desde escoceses hasta germanos, pasando por húngaros francos y provenzales. El pontífice exhortó a todas las diócesis próximas a la corona de Aragón a que sus fieles se unieran a la cruzada del rey aragonés. Las indulgencias y beneficios espirituales los acabaron por convencer.

Pasados unos meses, las tropas de los concejos de Daroca y Teruel, junto a las mesnadas reales y la de los gentilhombres Pedro Fernández de Azagra y Eiximén de Urrea, se habían unido en las inmediaciones de Teruel, desde donde emprendieron la marcha a través del feudo del moro Zeit, del que recibirían apoyo.

El camino de bajada hasta el inmenso llano que conduce a la deseada Valencia se hizo con poca dificultad. Alguna incursión y breves choques con exploradores que Zayyan enviaba para calibrar las fuerzas con las que contaban los cristianos. Llegados a la última elevación que domina toda la planicie valentina, los caballeros del rey de Aragón confirmaron la táctica de tierra quemada utilizada por Zayyan. El último emir de Valencia se había ensañado duramente con la fortaleza de Anisa, sus torreones aparecían desmochados en medio del paisaje. La tropa llegaba exhausta y hambrienta y muy lejos quedaban los feudos y almacenes donde aprovisionarse. No quedó otro remedio que escoger el lugar como centro de operaciones. Don Jaime ordenó a su hombre de mayor confianza, Guillem de Entenza, que quedara al cargo de su reconstrucción y defensa. Su cercanía al mar sería la vía que

apoyaría su defensa y permitiría el inicio del asedio a la ciudad.

XIII

Tras el asesinato del templario, Guillermo permaneció algunos meses en la Iglesuela. Se dedicaba al cuidado del orden y limpieza de la iglesia, además de asistir al capellán en todos los oficios diarios. Así que entre introitos, dalmáticas y cíngulos, pasó el tiempo hasta que llegaron órdenes para su incorporación a la importante encomienda de Gardeny. Antes de partir, se le hizo jurar que no hablaría nunca con nadie de lo sucedido en Segorbe excepto con los superiores de la orden que le hicieran indicación expresa del asunto. Tan solo recibió unas palabras cordiales del celador de aquel pequeño convento. Junto a aquel sirviente barbudo había pasado todo éste tiempo, el roce de la convivencia dio para una despedida más fraternal.

—Te dije una vez que todo iba a ser diferente para ti en el futuro. Recuérdalo, y si en alguna ocasión me necesitaras, aquí estaré. —

Con aquellos secretos y disimulos, poco se extrañó cuando nadie se interesó o le preguntó por su pasado a su llegada a Lérida. Para él, todo aquello era algo inexplicable, ya que normalmente todo suceso, decisión o acontecimiento extraordinario, eran tratados minuciosamente en los capítulos y recopilados en pliegos y libros de actas. Como los que tan a menudo ayudaba a preparar en Orta, raspando los defectuosos y cosiendo pergaminos para su encuadernación. El mismo recordaba que allí casi había más registros de lo convenido en los capítulos y sobre la marcha de los cultivos y el ganado, que amanuenses se escribían sobre otros asuntos.

A su llegada se le excluyó de muchas de las tareas diarias, incluso de algunas que siempre le parecieron sacrosantas. Todo el tiempo libre que le quedaba lo dedicaba por indicación expresa del comendador de Gardeny a

asistir diariamente a la escuela episcopal que en Lérida organizaba Berenguer de Erill, obispo de aquella ciudad. Esta sería la que con el transcurrir de los años, y dada su fama y buen hacer, acabaría por convertirse en el Estudio General que formaría su universidad. Sobre todo tras recibir los apoyos del célebre Ramón Llull, cortesano, gran erudito y sobrino de aquel obispo.

Entre sus compañeros, que se podían contar con los dedos de las manos, tan solo había tres de noble cuna. Estos, solían tratar a los demás con cierto aire de superioridad y se hacían servir por sus criados, incluso cuando los maestros impartían su saber. Había además un lacayo, un bujarrón llamado Bernabé, que encargado de la policía de las aulas aprovechaba siempre la ocasión para restregarse encima de algún discípulo del saber. Una sonrisa sin dientes era su respuesta cuando alguno se revolvía.

—Eres un maricón Bernabé. —se quejaba el hijo de un acaudalado tejedor de Carcasona. Aquel, debido a lo delicado de los rasgos del provenzal se le asemejaba un efebo llegado de Oriente.

Guillermo estudió allí la gramática, retórica y dialéctica del Trivio y la música, aritmética, astronomía y geometría del Cuadrivio. Con éste espléndido bagaje, compendio de todas las artes y ciencias de la época, sospechaba Guillermo que algo excepcional debía depararle el futuro. Pero claro, parecía que no iba a ser decisión suya. De poco le servía vivir como un privilegiado, ya que no se sentía cómodo en aquel lugar. Además, la llegada ese mismo año de un nuevo obispo fue motivo para que suspendiera temporalmente la enseñanza por no se sabe que oscuros motivos. Aquel metropolitano se hacía acompañar de un auxiliar llamado Berenguer de Castellbisbal, que decía ser encargado por la mismísima Roma de subvertir todo aquello que se alejara del dogma. Ante aquella situación cambiante, el comendador de la casa le indicó que concluyera su formación en el mismo convento bajo la supervisión del hermano copista. Aquel viejo hermano se dejaba la vista en su continuo trabajo que tan solo interrumpía para mucho orar, poco comer y menos dormir. Tantas fueron las horas compartidas que Guillermo, siempre dispuesto al aprendizaje, adquirió maestría en algunos rudimentos del oficio. Tanta era su disposición e interés, que llegada una tarde, el anciano dejó junto a su silla unas plumas de ganso, tres tinteros, cuchilla de rascar y un fino pergamino de cabrito.

—Hermano Garcés, —que así se llamaba— ¿Esto es para mí?

—Así es Guillermo, toma el libro que tienes delante y comienza por su primera hoja. Tienes que ser muy cuidados, no cometas errores.

Guillermo conocía el compromiso al que se sometía al utilizar aquellos instrumentos y materiales. El joven terminó sus tareas lo más pronto que pudo deseoso por comenzar. Códice Calixtino se titulaba aquel libro. Hermoso por su hechura y miniado. El nerviosismo dio paso al gozo, las letras fluían de la pluma con soltura. Empezaba ya a oscurecer, cuando volvió fray Garcés portando una lamparilla de sebo con la que prendió los candelabros. Lo observó en silencio.

—Veo que ésta tarea te es agradable. Tienes que considerarlo como un trabajo artístico, igual que el de los orfebres o el de los maestros canteros. —Guillermo asentía sin alzar la vista del atril.

Pasaron los días y su tiempo lo compartía ahora entre el estudio y la copia. Seguía sin tener otro tipo de obligaciones y solo acudía a la oración en las horas previas al amanecer. El comendador se interesaba a menudo por la marcha de sus tareas y el alcance de las enseñanzas recibidas. Una mañana, a la vuelta del refectorio se le acercó.

—Ese libro que copias es un encargo del obispo de Narbona. Por todo el trabajo que realizas cobraremos algunos besantes de oro. —Guillermo aprovechó para curiosear sobre aquello:

—¿Así que el apóstol Santiago el Mayor está enterrado en el lejano reino de Galicia? ¡Tan lejos de Tierra Santa! —El viejo hermano esbozó una mueca.

—¿Es eso lo que dice el libro? —respondió con retintín.

—Sí.

—Pues entonces será verdad. —dijo lacónico.

Un día, estando absorto en sus tareas escuchó algo de jaleo en la entrada de la muralla. Asomándose a la ventana vio llegar al sirviente Bernabé tirando de un asno que transportaba a algún mandamás eclesiástico. Guillermo supuso que era el nuevo obispo pero le extrañó que le siguieran dos alguaciles del concejo. Su llegada fue muy reverenciada por el comendador y algún otro fraile. Escuchó pasos apresurados que subían por la escalera, Guillermo volvió a su sitio por no ser descubierto en su

indiscreción. La puerta se abrió bruscamente. Tras ella se recortó la silueta de fray Garcés.

—¡Acompáñame Guillermo! ¡Rápido! Y tomándolo por el brazo tiró de él hasta el corredor de salida. Indicándole con un gesto, le mostró un estrecho hueco que se abría entre dos dovelas del techo.

—¡Sube ahí! ¡No salgas hasta que vuelva a por ti! —le ayudó a encaramarse desapareciendo en la oscuridad de aquella brecha.

Allí permaneció algunas horas, ya había anochecido cuando fray Garcés volvió y lo hizo bajar. Ni recibió explicación, ni se atrevió a pedirla. Con el tiempo, comenzaron a llegar noticias a la encomienda sobre las disposiciones del nuevo obispo y del desalmado síndico que le acompañaba. Éste pertenecía al llamado Santo Oficio, un alto tribunal eclesiástico encargado de subvertir cualquier herejía. Roma daba su beneplácito a todo reino que decidía sumarse a la creación de esta institución comúnmente conocida como la Inquisición. Los pastores y colonos contratados por la encomienda hablaban del encarcelamiento de algunas personas por orden de esta institución de la Iglesia. Entre ellas la de algunos de los que habían sido compañeros de Guillermo en la escuela episcopal, hijos de artesanos de los gremios y comerciantes de la ciudad. Su delito era pertenecer a la llamada iglesia cátara, una visión doctrinal que difería en mucho del cristianismo católico. Guillermo supo que aquellos habían sido encerrados en los calabozos del concejo. Hablaban que su delito era vivir desviados de la Iglesia de Roma, que era la que Dios daba por oficial y única de derecho. No aceptar eso, suponía una grave herejía. Escuchó además que el gran Padre había ordenado que cesaran sus prácticas bajo pena de muerte. Guillermo pensaba que aquellos que conoció eran personas virtuosas y excelentes. Siempre habían mantenido con discreción su especial culto cristiano, sobre el que se permitían hablar de ello en presencia incluso del obispo. Aquel que hicieron marchar, al parecer simpatizaba y sentía curiosidad por los cátaros. La doctrina cátara había llegado procedente de Oriente, de una región llamada Tracia donde los creyentes de aquel cristianismo se hacían llamar bogomilos. Decían que su religión era la del amor y del fuego, y como un arroyo desbordado se extendió por toda Occitania. Algunos años antes, la herejía tuvo allí un episodio dramático, siendo masacrados por los señores

francos del norte, una escuda para de paso que destruían la herejía, ampliar sus feudos y posesiones. Ahora el trabajo de su completo exterminio había sido reforzado con la creación del Santo Oficio.

Guillermo Sargantana comenzaba a ser consciente de su reclusión, oculto tras las murallas de Gardeny. La tarea de copista ocupaba ahora todo el tiempo, no había momento para otras disciplinas. Pasaban los días y observaba como el propio comendador se encargaba de vigilar constantemente el que no saliera al exterior por ningún motivo, cosa que habida cuenta lo que se rumoreaba, en el fondo agradecía.

—¡Que comience con las lenguas sagradas! —ordenó una mañana a fray Garcés mientras miraba al joven con gravedad. El fraile tuvo a bien entregarle un pequeño volumen que Guillermo encontró interesante sobre algunos rudimentos de la lengua árabe. Le contó que fue escrito por un *mustarib* de Barcelona y que fue por encargo del mismísimo Borrell II de Barcelona, el que se hizo llamar Duque Ibérico. Aquello le impresionó, manteniéndose entretenido en su aprendizaje durante algunas semanas.

El tiempo pasaba y no podía evitar que la melancolía le invadiera. Sobre todo en las interminables tardes de labor y estudio en el *scriptorium* de la encomienda. Allí sentado, frente a la recia mesa de madera, se dejaba llevar a menudo por el recuerdo de su amada Ersebeth. De cuando en cuando, una fría ráfaga de viento inundaba la estancia y lo despertaba de sus sueños. El desasosiego era su estado natural entre aquellas paredes. Solía quedarse absorto contemplando dos arquetas repujadas de filigrana de latón que se guardaban en el último rincón de la enorme sala, sobre unos sólidos anaqueles de roble. Fray Garcés ya le hizo saber claramente que no debía curiosear en ellas, así como en los libros que se alineaban en derredor. De todos modos era imposible alcanzarlos, a la escalera de madera de la librería le habían arrancado sabiamente los cuatro últimos peldaños. En lo alto, un ajimez cubierto de celosía abría una pequeña ventana por la que se podía acceder a la balda prohibida. Guillermo supuso que aquella era la manera de llegar allí.

Un día, poco antes de la llegada de la Natividad, Guillermo sufría de fiebres y se le permitió dormir en la cocina, junto al hogar. Allí se habilitaba el calefactor para cuando algún monje caía enfermo quedando al cuidado del

hermano pitancero. Llevaba un par de noches en la cocina, cuando agobiado por la fiebre y no pudiendo conciliar el sueño salió al exterior. Aprovechó la oscuridad para aliviarse en un rincón y mientras contemplaba el firmamento y concentrado en la faena, observó como a través de los tragaluces de las recámaras principales se proyectaban algunas sombras que desaparecían hacia el pasadizo que comunicaba la iglesia con el edificio del convento. No pudiendo resistir la curiosidad, se acercó hasta el portón lateral del templo aguzando la mirada por entre las rendijas. Tan solo alcanzaba a ver a dos caballeros de la encomienda. Junto a ellos, había algunas personas más entre las que reconoció al padre de uno de sus compañeros de estudio, un batanero que trabajaba junto al río Segre. El otro era un importante comerciante de tejidos que tenía sus almacenes a las afueras de la ciudad. La poca luz del interior le impedía reconocer a los otros integrantes del grupo. Lo que sí alcanzó ver era la bóveda de la capilla, que iluminada por algunas lámparas de aceite aparecía de un azul vivo y repleta de estrellas. Conocía las impresionantes pinturas que cubrían la casi totalidad del interior de la iglesia, pero nunca advirtió las de las capillas junto al altar, siempre permanecían en la penumbra y cubierta su entrada por un espeso lienzo de agramiza.

Acercaba la oreja a uno de los resquicios por escuchar lo que decían, cuando al sentir una mano sobre su hombro dio un brinco.

—¿Qué haces aquí? ¿No sabes que los postulantes no pueden andar por ahí deambulando? —Guillermo se levantó aterrorizado al oír la voz del mismo comendador.

—Le ruego me dispense señor comendador. No era mi intención incumplir la regla del convento. Salía...

—¡Silencio Sargantana!— bramó. —Creo que ya es momento de que conozcas algo. Vístete apropiadamente y espérame en el *scriptorium*. —

Guillermo obedeció, ya no sabía si temblaba por la fiebre o del terror que sentía. Tan fuerte latía su corazón que creía notarlo salir por su garganta. Volvió al onvento, pero por no contrariar la norma fue a buscar la entrada por el patio. Allí se sorprendió al ver junto a la rampa de acceso al portón de la muralla al rodrigón del obispo, que sujetaba un borrico y lo satisfacía frotándole las quijadas.

—¿Qué harán aquí y a estas horas Bernabé y ese jerarca? —se preguntó.

XIV

La puerta se movió con pesadez haciendo chirriar los goznes. Guillermo se levantó de la mesa al ver entrar al comendador. Las piernas le temblaban.

—Toma asiento. Creo que es momento que obtengas respuestas a las preguntas que hasta el ahora supongo que te habrás hecho. El tiempo está cercano. —El mandatario tomó asiento frente a él.

—Hace ya más de un año del fatal suceso de Segorbe. Fray Ramón y tú, sin saberlo, erais los hombres encargados de un cometido de la más alta importancia. Los designios de la corona y el futuro de ella se hallaban en vuestras manos en aquel momento. Nuestra orden, siempre al servicio de don Jaime, tuvo que llevar a cabo un importante encargo que permanece incumplido hasta el momento. Fray Ramón y tú fracasasteis —

—Lo que voy a contarte es secreto. Guárdalo como debes. —el comendador se apoyó sus manos sobre el alféizar de la estrecha ventana. A la luz de la luna, su sombra se proyectaba sobre el empedrado.

—Tienes que saber, que a nuestro rey se le entregó el más alto talismán que un monarca pueda desear. La mismísima lanza de Longinos. Aquella con la que el centurión Casio atravesó el costado de Jesucristo en el Gólgota. Con ella en su poder los designios del monarca serán infalibles. Su hora ha llegado y está llamado a dirigir el reino de Dios en la Tierra. Todas las monarquías le rendirán vasallaje, depondrá a la iglesia del Anticristo y surgirá la fraternidad entre todos los credos y razas. Nuestra orden velará por ello. Como prenda y pago a los que proporcionaron la lanza, tenemos que conseguir el Lignum Crucis, el madero donde Jesús fue crucificado y que se encuentra en la musulmana Caravaca. Allí era donde te dirigías con fray

Ramón.

—¿Y quién es aquel que proporcionó aquella arma de trascendental valor y que reclama una no menos importante reliquia? —interrumpió Guillermo, animado por la franqueza de fray Astruch.

—Eres atrevido y despierto, pues has dado en el clavo. Somos nosotros.

—No quiero parecer osado, pero no comprendo nada. Somos nosotros los que le proporcionamos la Lanza participando en la empresa y al mismo tiempo los que buscamos y reclamamos su contrapartida. ¿Deudores y acreedores al mismo tiempo?

Fray Astruch de Clairmont se acercó hacia el joven y con semblante grave le contesto:

—No todo lo que ves es siempre tal cual se representa. En muchas ocasiones la realidad es solo aparente. Tú, como postulante en nuestra Orden, y yo, como comendador de Gardeny, pertenecemos a la a orden del Templo de Aragón y Provenza, también nuestro Gran Maestre es el que reside en Jerusalén... Pero hace casi cincuenta años, importantes acontecimientos en el seno de nuestra sagrada orden produjeron un sesgo en su impronta y organización. Su profundidad y trascendencia era absolutamente necesario para la consecución de los fines últimos de la orden. Solo algunos de nuestros hermanos son partícipes de este camino tan novedoso. Por supuesto, esta nueva vertiente siempre ha estado necesitada de la más completa discreción y secreto. —el comendador calló durante unos instantes. Se levantó y caminó hacia la librería observando la arqueta prohibida.

—No pudisteis cumplir con el cometido, parece que no somos los únicos que andamos tras la cruz. —decía pensativo.— La Orden del Templo todavía no ha conseguido hacerse con la Vera Cruz. —volvía.

—Desde hace ya algunos días, esperamos la llegada de ciertos caballeros francos de la orden. Ellos están entre los caballeros de los que te he hablado. Aquí en Aragón, los de la encomienda de la Iglesuela al igual que nosotros en Gardeny, también renovamos los votos y aceptamos la nueva regla. —

—¿Entonces, que tengo yo que ver ahora en todo esto? ¿Qué regla es esa? —Guillermo intentaba comprender, su candor le traicionaba.

—Esos caballeros vienen a conocerte. Por mi propia recomendación personal has sido propuesto para ser de los nuestros. Tú serás la persona que

conseguirá la reliquia para la orden. —le respondió con sequedad.

Aquello no gustó nada a Guillermo. Todo este tiempo había permanecido en la más profunda ignorancia. Estaba acostumbrado a obedecer, había sido recto y obediente, siempre celoso de cumplir la regla templaria. Ahora, todo esto le superaba, era algo del todo desconocido para él. Sentía un miedo profundo que le revolvía las entrañas. No pudo más que palidecer y quedar en silencio.

—No quiero que te preocupes más de lo que debieras. Tu obligación es servir a la orden y además eres la persona más indicada para esta tarea. Tú conoces quienes son aquellos que andan tras la reliquia, viste sus rostros, aunque seguro que ahora serán algunos más. Sabemos con certeza que los Hospitalarios de San Juan andan tras nuestras posesiones y riquezas. En Tierra Santa lo demuestran diariamente, incluso han conseguido aliarse con los Teutónicos. Hacen las veces de guardia personal de Conrado, ahora rey de Jerusalén por mandato de su padre Federico de Sicilia. Sí, ese apóstata que tanto nos odia y tanto nos ha perjudicado. —afirmaba rotundo y con gesto vehemente.

—Ahora el Papado y su corte, la nueva Babilonia, nos envía a esa caterva de inquisidores, esos hijos de Belcebú que son auténticos demonios ávidos de llevarnos a la hoguera a nosotros y a nuestros hermanos cátaros.

El provecho con el que has invertido tu tiempo, el silencio que has mantenido sobre lo que sabes y la prudencia en no interesarte por lo que desconoces también son virtudes principales que hemos tenido en cuenta en la decisión.. —el comendador bajo la cabeza. Se manutvo un instante absorto, ensimismado. Tras lo que retomó su relato.

Lo que hoy observabas a hurtadillas es algo que conoces pero que no has llegado a adivinar. Bien sabes que las enseñanzas en la sede episcopal han sido suspendidas temporalmente por el Santo Oficio. El antiguo obispo está siendo investigado por causa de su simpatía por los hermanos de la pureza. Así es como los cátaros gustan de llamarse entre ellos. ¿Sabes eso lo que significa? —el joven asentía en silencio.

—Desde hace más de cien años que éstos religiosos y buenos hombres luchan y trabajan por transformar la iglesia. Ahora que ya estás versado en teología comprenderás lo que significa que su doctrina sea dualista. Creen

ciegamente en la existencia de las fuerzas del mal, de las que hay que defenderse. Su modo de lucha es el virtuosismo que practican sin descanso, impregnando todo y a todos los que le rodean de ese ideal místico. Por su causa murió el mismísimo padre de nuestro rey, del que ahora impúdicamente lo llaman Pedro el Católico. Roma persigue a todo el que la desdiga de su dogma. —Astruch de Clairmont tomó por el hombro al joven en un intento de transmitirle confianza.

—Algunos de tus compañeros en el estudio pertenecían a familias cátaras. Ahora que tienen muchos problemas, nosotros, la Orden, debemos darles cobijo y ayudarles en lo posible. Probablemente ahora no sepas el por qué, la explicación está cerca. Mantén todo esto en secreto. Hasta ahora has sabido utilizar el don de la discreción.

—Ahora, vuelve al *calefactorium*, debes recuperar tu salud. Esta cerca el día de tu consagración. —ordenó con aires de solemnidad e indicándole la puerta.

Guillermo volvió al catre. Inquieto por tanta novedad, no lograba conciliar el sueño. Al alba y entre el trajinar de cacharros del hermano pitancero, cayó dormido.

XV

No tardó en llegar el día del que le habló el comendador. Dos caballeros francos, que se hicieron presentar como Guido Blanchard y Mateo de Tremblay, llegaron a la encomienda al atardecer. Permanecieron recluidos en la cámara del comendador, no compartían las colaciones con los demás hermanos en el refectorio, además se hacían dar los oficios en el archivo que era estancia aneja. Al segundo día, hicieron llamar a Guillermo a fin de mantener con él una entrevista.

—Guillermo Sargantana. —le habló fray Mateo en un perfecto y musical lemosín que obligaba a Guillermo a aguzar los oídos.

—Aunque te parezca extraño y se te haga difícil de creer, hace ya algún tiempo que recibimos noticias de tu persona. El capítulo de la Orden en Aragón ha decidido elevarte al rango de caballero. Nosotros hemos querido aprovechar la ocasión para hacerte partícipe de la auténtica Orden. Queremos compartir contigo el espíritu que el gran Godofredo de Bouillon confirió a la orden tras la conquista de los Santos Lugares. —Guillermo permanecía de pie, en silencio. Observaba a los francos. El tal Guido permanecía de pie, junto a la mesa donde se sentaba fray Mateo. Aunque de vigoroso porte sus arrugas anunciaban ya la vejez. El comendador permanecía más retirado, como exento de autoridad en presencia de aquellos personajes.

—Lo que te voy a contar es solo de la incumbencia de los hermanos que se identifiquen con ésta señal. —y le mostró un grueso sello que portaba en un dedo a modo de anillo. Inclinó el candelabro del que cayó un reguero de cera sobre la mesa. Incó el sello, Guillermo quedó perplejo al ver la cruz Tau impresa sobre la mesa. Bajo aquella, algunas letras góticas que le parecieron

ser GISORS.

—La traición a lo que representa éste emblema, se paga con la muerte. —dijo con firmeza, permaneciendo en silencio unos instantes para darle más solemnidad a sus palabras.

—Como habitualmente se informa a los hermanos de los progresos de la Orden, supongo que eres conocedor de la delicada situación de la Orden en Tierra Santa. Durante mucho tiempo esperamos con anhelo la llegada de Federico de Sicilia. El debía ser nuestra esperanza pero no tardó mucho en darnos la espalda y traicionarnos. Preparamos acuerdos y tratados de paz con la intención de permitir de nuevo el reino de la cruz en Jerusalén, aquello tuvo un precio. Pero Federico llegó, se invistió rey, y nos ignoró. Hoy los talismanes con los que pretendía dar razón a su sueño mesiánico los ha perdido por causa de su desmedida ambición. Ahora reina su hijo y sus dominios bullen en encontrados enfrentamientos entre las grandes familias nobles italianas y sus sicarios, los güelfos y los gibelinos. Ya nos hemos encargado nosotros de instigar a los gibelinos, facción contraria a los intereses de la estirpe de Federico.

Pero nuestro objetivo ahora es el de legitimar a un nuevo monarca para el trono de Jerusalén. Jaime, por linaje, criado por la orden y con un vivo espíritu de cruzada, es el hombre llamado a ceñir la corona de David. Primero, haremos prevalecer los objetivos en Occidente y una vez alcanzados su destino será Palestina. Has de saber que ya posee el talismán de la victoria, el de la gloria es el que queda pendiente y ya es momento de que retorne a nuestro poder. Y de ese asunto algo sabes... —Guillermo no pudo más que sentirse confiado a la vez que abrumado. En su ignorancia, aquello empezaba a sonarle bien. Fray Mateo le ordenó que volviera al dormitorio, que permaneciera allí hasta que fueran a darle instrucciones.

Guillermo paso la tarde a solas, rodeado únicamente por el silencio que encerraba la enorme alcoba. Alguien había depositado sobre su lecho, un nuevo atavío y su aparejo. La estancia, vacía, aparentaba ahora mucho mayor con sus camastros perfectamente alineados y los jergones recogidos. Guillermo no sabía si aquel terreno que comenzaba a pisar era el adecuado o quizá simplemente podía negarse. La sola idea de proponer la renuncia le llenaba de pánico.

—Seguro que acabarían conmigo. —pensaba.

Decidido a no dejarse llevar por el miedo, comenzó a repasar su nueva vestimenta. Abandonaría su sayón y capa pardas por las blancas que le habían depositado sobre el baúl de sus pertenencias. Un grueso cinturón de cuero y una larga y ancha funda de espada completaban la nueva indumentaria. Por un momento Guillermo volvió a soñar con Ersebeth. En vano intento rememorar el aroma de su piel perfumada y humedecida por el rocío de aquella madrugada. Debía olvidarla, la hora de la verdad se acercaba, y una vez tomara el hábito no podría ser devoto más que a la orden y sus preceptos. El crepúsculo dejó paso a la noche. La estancia se llenó de sombras. El joven tomó su nuevo ajuar y esperó en pie junto a la puerta. El sonido de la campana de la iglesia marcando la hora nona se coló por entre las buhederas de la habitación. Poco después, oyó unos pasos que se acercaban hasta que la puerta se abrió.

—Es la hora. —pensó.

—¡Guillermo Sargantana! ¡Escudero de la orden de los Pobres Caballeros del Templo de Salomón! ¡Seguidme! —este que voceaba era el hermano custodio, que adelantándose unos pasos hizo que lo siguiera hacia la escalera de caracol que subía al archivo. El joven caminaba en silencio y mantenía la cabeza gacha. Penetraron en la estancia del comendador, todo era penumbra, y allí, en un rincón, se entreabría una pequeña puerta falsa que daba paso a la iglesia. El templo aparecía iluminado solemnemente con candiles de aceite perfumado y gruesos cirios. Junto al altar, un enorme sahumerio exhalaba el humo del incienso en espesas bocanadas. El hermano custodio se detuvo y pidió paso a grandes voces, tras lo cual bajaron por una escala de madera y se situaron junto a la capilla de tramontana. Guillermo pudo ver ahora iluminada toda su bóveda estrellada en lo que le parecía la llamada Vía Láctea. Era tal como la recordaba en un pequeño libro iluminado, a la memoria le vino su nombre, Liber Astronomiae, y hasta el nombre de su autor, un tal Bonatti. Intentaba ocupar su atención en pequeños recuerdos que lo alejaran del grave momento que vivía en esos momentos. Un fuerte tirón del fraile custodio lo volvió a la realidad. En el suelo se abría una pequeña cripta. Era un hueco vaciado en la piedra de no más de tres varas de largo y unos cuantos palmos de ancho. Prácticamente estaban presentes más de la mitad de los caballeros

de la encomienda en número de doce, los dos villanos de la noche anterior, el comendador y los dos templarios venidos de Francia, los francos lucían ahora sobre su pechera la cruz Tau.

—Guillermo Sargantana... —dijo con voz severa fray Guido Blanchard. — Son conocidas la voluntad y vuestra libertad de tomar los hábitos de caballero de la Orden del Templo de Salomón. Por recomendación de tres de nuestros hermanos del Temple de Aragón y Provenza, además, seréis consagrado Hermano Elegido. Las reglas de la Orden las conocéis sobradamente por vuestra condición de hermano escudero, los años dedicados al servicio de la orden os obligan a ello. Las que recibiréis junto al hábito de caballero son un paso más dentro de vuestro compromiso y difieren de las que habitualmente se han de seguir. Os advierto de la discreción con la que os conduciréis una vez os sea revelada la nueva regla. Cualquier imprudencia o desliz se hará merecedora de la pena máxima.

—¡Aceptáis el compromiso!

Guillermo no pudo más que murmurar un sí.

—Procedamos pues. —se le indicó que se situara junto al altar donde se exhibían cuatro cruces rojas. El hermano custodio se acercó hasta él entregándole un crucifijo.

—¡Arrodíllate! Jura y promete pagar con su sangre, si fuese necesario, a fin de respetar todos los juramentos y por acudir en ayuda de los hermanos marcados bajo el signo de la Tau. —

—¡Lo juro y prometo! —respondió.

—¡Acercaos al altar y dar tres golpes sobre el con el crucifijo! ¡Es la señal que os abrirá las puertas del mundo invisible! —fray Mateo de Tremblay vestía una dalmática de tonos violáceos y se situaba junto al novicio. Le indicó que repitiera los golpes dos veces más mientras encendía sendas velas blancas. Le entregó una flamante espada haciéndola purificar con el humo del incienso.

—Llega el momento de que viajes a las cavernas de tu interior. —dijo solemne.

Los visitadores y el comendador se adelantaron tomando a Guillermo por bajo de las axilas e introduciéndolo en aquel sarcófago que se abría a poca distancia del altar. El joven quedó petrificado de terror no más se vio

tumbado, tan solo veía las estrellas dibujadas en la bóveda y las cabezas que asomaban apenas iluminadas por los velones.

—¡Este es el final de la vida profana de Guillermo Sargantana! —decía aquel con advertida vehemencia.— ¡No más traspases el umbral de esta muerte iniciática renacerá en ti un nuevo hombre! —El franco hizo una señal, tras la cual, los demás caballeros que permanecían en derredor, empujaron la pesada losa. ¡Es esta la comunión del hombre con la Madre Tierra! ¡Esperaremos con gozo la resurrección del hermano fray Guillermo Sargantana!

Guillermo, preso de pavor, no escuchaba el sentido de las palabras que resonaban. Sintió como se le humedecían los pañetes. La gran baldosa se encajonó con un sordo crujido, momento en el que reventó su garganta con un alarido, que con tamaño pedernal encima, sonó en el exterior como a una legua de distancia. Pasó un buen rato probando a mover la losa. No podía hacer nada. Una vez logró relajarse, intentó mover sus extremidades. Había espacio suficiente para flexionarlas todas ellas e incluso para acurrucarse, aunque ni arrodillarse podía. En aquel útero pétreo tuvo tiempo sobrado para repasar todos los aspectos de su existencia. Recordó su corta infancia, él era el mayor de los hermanos, llevaban una vida tranquila, el tiempo corría dilatado al cuidado de los rebaños y rehalas de la familia y no tuvo conciencia de la realidad del mundo hasta que llegaron los problemas. La ambición de su padre por la compra de nuevos derechos sobre pastos y labranzas forrajeras lo condujo a caer en las garras de prestamistas y usureros que vendieron sus tasas de cobro a la orden templaria. Coincidió el tiempo de la ejecución de los pagos con una larga época de estiaje que dio al traste con los planes del señor Sargantana. Ni con la misma entrega de tierras y ganado pudieron cubrir deuda e intereses, de manera que tuvieron que entrar al servicio de la orden por resarcir el dispendio en su totalidad.

El tiempo pasaba, y ya no le quedaban recuerdos con los que olvidar el lugar donde se encontraba. No sabía si eran dos o tres los días los que llevaba en aquel habitáculo infame. Había momentos, en los que le parecía escuchar a los hermanos recitando salmos o al capellán decir misa. Entró en un estado de amodorramiento del que despertó cuando escuchó el hurgar del hierro contra la roca. La barra hizo palanca y la piedra cedió. Lo primero que observó fue

el gesto de repugnancia de aquel sepulturero al inhalar el hedor que escapaba de aquel nicho.

Una nube de incienso se derramó de un braserillo que se abatía sobre su cabeza. No era capaz de incorporarse por si solo, dado el entumecimiento de sus articulaciones y la flojedad de sus extremidades. Entre dos lo alzaron y un tercero le ofreció un cáliz que contenía vino endulzado con miel. Bebió a sorbos, hasta que notó su cuerpo reaccionar. Le hicieron desprenderse de sus ropas y le colocaron un sayón de lino, no sin antes enjuagar su cuerpo con mejunjes fuertemente perfumados de esencias. Al momento, dio comienzo una letanía y oración extrañamente recitada en lengua vulgar:

—Ha llegado el tiempo anunciado por los santos. El reino de Dios está cerca para quienes han recibido el bautismo del fuego y el Espíritu Santo. —comenzó el comendador. Le mostró una tablilla de cera haciéndole indicación para que la leyera.

—Juro actuar siempre con el único fin de encontrar la luz esmeralda de la verdad, bajo el nuevo nombre de Metratón y junto a la fiel espada Ahriman que será la única ayuda que evitará alejarme de la verdadera luz. Del mismo modo, juro guardar los secretos que se me confíen. —aquel no pudo más que balbucear las palabras de su compromiso.

El comendador continuaba:

—La fe que profeses ha de ser la del Dios Creador y la de su hijo, que no nació, no murió, no fue crucificado y no resucitó. Odia al tirano secular y a su sinagoga del Anticristo anunciados por Juan. —y dicho esto abrió una Biblia enorme que reposaba sobre un facistol. La hoja, bellamente trabajada, anunciaba el libro del Apocalipsis de San Juan. Uno de los francos, depositó un crucifijo herrumbroso sobre el suelo.

—Ahora tienes que escupir la cruz y pisar sobre ella en señal de aceptación de los secretos revelados. —Guillermo lo hizo sin dudar.

—¡Quién se crea autorizado a vituperar a Jesús, hijo de María, a causa del ultraje infligido a la madera de la cruz, será excluido de los capítulos, apartándose de la instrucción! —graznó el visitador franco.

—Ahora es el momento en el que contemplarás al guardián del umbral. —le dijo fray Mateo. Al tiempo apareció ante sus ojos uno de los cofres que tan celosamente se guardaban en el *scriptorium*. El tal Guido Blanchard

extrajo de su interior lo que a Guillermo le pareció un cráneo de chivo envuelto en un paño morado entramado con un grueso hilo de oro. No más lo colocaron sobre una pequeña hornacina comenzaron a rumiar letanías en una lengua que desconocía por completo...

—¡Eloí! ¡Eloí!

—Acércate a él y deja que susurre en su oído los secretos que le harán meditar sobre el verdadero camino y la lucha contra las tentaciones. —Guillermo obedeció poniendo su oreja junto a la boca de aquella cabeza monstruosa. Su rostro no tardó en mostrar un grave gesto de espanto.

El neófito fue entonces despojado del sayón. Quedando desnudo, el comendador lo besó en la boca para transmitirle el soplo, luego en el plexo sacro, director de la potencia creadora. Después paso al ombligo, vínculo terreno. Y por último, ante la perplejidad de Guillermo besó su verga como principio creador masculino. Tras lo cual recibió de nuevo la túnica blanca ciñéndola con un cordón escarlata.

—¡Nos arrodillamos ante el Padre de todo, creador del cielo y de la tierra para que te fortifique fray Guillermo Sargantana! —gritaron al unísono.

Y dicho esto le colocó la mano sobre su cabeza, mientras el ahora nuevo caballero perdía la noción de las palabras que escuchaba dejándose llevar por recuerdos e imágenes de su vida pasada. El golpe de la hoja de una espada, sobre su cabeza lo despertó de su ensimismamiento. Parecía lanzar rayos, tal como destellaba de bruñida.

—¡Sargantana, quedas consagrado caballero de la única Orden de los Pobres caballeros del Templo de Salomón! —voceaba con solemnidad el caballero Guido de Blanchard.

—¡...dominarás los deseos de la carne, perseguirás a los bandidos, usureros, detractores y fornicadores. Dedicarás tu vida al trabajo material y moral, sin causar daño a los hombres de bien, recibiendo con amor a los que se interesen por nuestro saber. —sus recuerdos le traían la imagen de Ersebeth.

—¡...no necesitamos los sacramentos que se venden en la sinagoga de Satán! ¡También a nosotros nos cubrían las tinieblas, pero llegó el día de la elección, somos el pueblo en el que no hay judíos ni sarracenos, ni hombres ni mujeres, que es uno en el verdadero Cristo. Este Cristo que por un tiempo

se unió al alma de Jesús, pero que jamás apareció carnalmente! —Guillermo se convencía de que debía ser fuerte una vez más, honrar la voluntad de sus padres, servir a la orden.

—¡... pero la madera de la cruz es para nosotros la señal de la bestia que nos cuenta el Apocalipsis...! —

—¡No arrojéis a los perros lo que es santo, ni vuestras perlas a los cerdos, no fuera a ser que se revolvieran contra vosotros y os devoraran! —Guillermo se convencía en lograr concluir la misión que se le había encomendado. No cejaría en el intento.

Tras la lectura de la regla y la de algunos salmos, la ceremonia concluyó. El mismo hermano custodio lo condujo hasta el dormitorio donde resoplaban algunos de los frailes que no habían participado de la ceremonia. Le dejó un cuenco repleto de la mezcla de vino y miel del que no dudó en dar buena cuenta cuando se hubo marchado. Confuso y cansado cayó dormido en un santiamén.

XVI

Guillermo necesitó algún tiempo para asimilar y comprender las responsabilidades de su nueva condición.

—Debo ser afortunado. No es habitual que el hijo de un terrazguero arruinado logre ser armado caballero y menos aún en esta orden a la que brazos de noble cuna no le faltan. —pensaba.

Todo había cambiado, después de aquel ceremonial y de su investidura como caballero su rutina diaria ya era igual a la de los demás. Ya se le permitía salir al exterior. Cuando atardecía, junto a otros caballeros y escuderos, se dedicaban a la práctica militar. Se hartaban de lanzar venablos contra sacos de arpillera., alanceaban monigotes de paja subidos en sus monturas y se aporreaban con mazas unos a otros los largos escudos de madera hasta astillarlos y hacerlos quebrar. Una tarde, a la salida del refectorio, el comendador le indicó que acudiera a la entrada de la muralla y que esperara. Guillermo permanecía preocupado, no sabía realmente cuales serían los deberes que finalmente debiera de cumplir tras una ordenación que consideraba sorprendente. Se tranquilizó cuando vio llegar al caballerizo de la encomienda. Este le contó que tenía instrucciones de acompañarlo a la vecina Lérida para comprar un caballo. Era el último paso para su reconocimiento como caballero. Fueron a las cuadras de Rodrigo Garcés, un navarro tratante de bestias de tiro y de montar. Allí escogieron entre jacas y percherones un corcel joven, ruano y de traza cerril, cosa a la que el caballerizo quitó importancia, ya que argüía que a él no se le soliviantaba un cuadrúpedo. Además añadió que al ser alto de ancas, y de brazo y caña gruesos, se convertiría en perfecto para el combate. Acabaron el día yendo a

visitar a un curtidor moro que vivía junto a río y que tenía fama en la ciudad por sus espléndidos trabajos de guarnición. Escogieron una sencilla de hechura, aunque robusta por su amplitud y grosor. También adquirieron una cuera de armar.

—Con esta prenda se protege mejor el torso del metal de la cota de malla. El sayón de estopilla se deshace pronto por el roce. —le aconsejó.

Volvían Guillermo y el caballerizo a la encomienda, cuando al joven caballero le pareció distinguir entre cuatro gañanes que curtían piel junto a una balsa al lacayo Bernabé.

—¡Bernabé! ¡Bernabé! —Aquel giró la cabeza.— ¿Qué haces por aquí? ¿Ya no sirves al obispo?

—¿Qué es lo que veo? —contestó acercándose.

—Pero si es Guillermo... con esa vestimenta lo tomé por caballero.

—Y lo soy..., ¿pero cuéntame, que es de tu vida? Me pareció verte un día en la puerta de la encomienda... —le preguntó con ingenuidad por ver si le sonsacaba algo.

—Sí, estuve un tiempo al servicio del reverendísimo Berenguer de Castellbisbal, marchó a la corte y dijo que mandaría recado que fuera con él. Y ahora..., ya ves, me dedico a recoger corteza de visco en el monte para curtir las pieles de este moro. Dicen que don Berenguer es ahora confesor del rey... —le respondía acongojado.

—¿Es que eres del agrado del nuevo metropolitano? —

—Peor que eso. El nuevo obispo ha vuelto a abrir las puertas del aula. Allí no se permite la entrada a cualquiera y yo no era del agrado de algunos pupilos. Con embelecos me tendieron un engaño. El propio deán me sorprendió en la escolanía traveseando con uno de los pollos. Todavía se resienten mis lomos al recordar los varazos que me propinó. —decía frotándose el espinazo. A Guillermo le acudió el recuerdo de sus días de reclusión. Pasándole el brazo por el hombro, caminó junto a él separándose un tanto de oídos ajenos.

—¿Qué pasó con mis compañeros? Escuché rumores que habían apresado a algunos de ellos... —aquel se separó bruscamente del templario.

—¡Hijo de Satanás! ¡Sabrás tú bien lo que tramaste para que no te prendieran! No me he de meter en otro lío. Aquel día que me viste en

Gardeny iban a por ti. Y si que se el por qué, pero no tengo idea de las circunstancias por las que te libraste. No me preguntes más por este asunto. —Guillermo quedó estupefacto. Su cabeza bullía, ahora comenzaba a atar cabos.— Habían sido los hermanos de la pureza, los cátaros, los que habían sido apresados. —pensaba.— Pero, ¿cómo era posible que mantuvieran una relación tan estrecha con los templarios? —Con sus propios ojos los vio juntos aquella noche cuando salió del refectorio. No podía imaginar las razones de su prendimiento ni de los motivos por los que el pudiera haberse librado. No pudo resistir la curiosidad por recordar el nombre de aquel obispo que dirigió el prendimiento de aquellos desdichados y que ahora vive junto al rey.

—¿Y como dices que se llama aquel obispo?

—Berenguer de Castellbisbal. —respondió.— ¡Y ahora déjame en paz! —apostilló molestó por las preguntas al tiempo que se alejaba.

XVII

El comendador avisó a Guillermo que tras la salida del refectorio acudiera a su cámara. Guillermo interrumpió el preceptivo rezo del salmo *Mirabilia* y del *Iustus est Domine* y acudió sin demora el encuentro de fray Astruch de Clairmont.

—Bien hermano Guillermo, ya ha pasado algún tiempo desde que se te destinó a Gardeny. No puedo decir más que estoy satisfecho de tu comportamiento, así como de todos los avances habidos en tu persona. Entraste como escudero y hoy ya eres caballero, supongo que tú también te sentirás dichoso. —el comendador permanecía sentado en un pesado butacón de madera decorado de llamativas incrustaciones de cuero repujado. Una mesilla repleta de rollos y pliegos se hallaba a la mano.

—Sí hermano comendador, estoy agradecido a la orden por todo lo que ha hecho por mi persona. Nunca defraudaré a mis superiores. —decía Guillermo con vehemencia.

—Así me gusta fray Guillermo. La lealtad que demuestras se verá premiada, no lo dudes. —

El comendador rebuscó por entre algunos pliegos, de los que sacó uno muy escueto del que pendía un sello de color negro.

—Siéntate, tengo que contarte algunas cosas. He recibido instrucciones concretas para ti. —Guillermo aguzó la vista por intentar leer el sello en el que figuraba la leyenda *SECRETUM TEMPLI* rodeando la imagen de una figura humana cubierta de armadura y faldilla. Lo más llamativo era su cabeza de gallo y las piernas como serpientes.

—Bien, hace unos días llegó esta misiva. —y mientras decía esto sacaba

de una arqueta una tablilla de madera sobre la que habían grabados diversos símbolos.

—Viene de la encomienda francesa de Chanu, cerca del castillo de Gisors. Como puedes observar..., es del todo ininteligible lo que en ella hay escrito. —el comendador la colocó ante sus ojos. Una serie de extraños signos que parecían conformar lo que eran palabras formaban todo el texto del manuscrito.

—Toma, aquí tienes la clave. —y le alargó la tablilla. Guillermo la tomó entre sus manos con cuidado. Un pedazo de madera reseca. Su superficie estaba pulida y sobre ella aparecían diversos signos junto a su equivalente en letras latinas. Guillermo comenzó a realizar la trascripción. El mensaje se refería a él. Se instaba a fray Guillermo a que permaneciera bajo la jurisdicción de la comunidad de Gardeny. También se ordenaba que a partir del momento de la fecha de la misiva permanecería liberado de las obligaciones que la regla monacal le imponía. Por último, debía partir sin acompañante alguno y a la mayor brevedad hacia Valencia, ya que las diversas huestes de nobles, órdenes militares y concejos de las ciudades se preparaban, convocadas por el rey, a la conquista definitiva de la ciudad. Su cometido, introducirse en la ciudad y contactar con el mozárabe llamado Pedro Pascual. La Vera Cruz era de nuevo su destino, debía conseguirla para la orden antes de que la ciudad cayera.

—Ni que decirte que lograr este cometido antes de la rendición supondrá no solo un éxito personal del que podrás sentirte orgulloso, sino posicionar a nuestra orden de manera muy favorable ante el reparto de esa importantísima villa sarracena. —le indicó el comendador tomando una pluma y untándola de brea negra. Este garabateó sobre una tablilla de arcilla cocida grabada con el sello de Gardeny.

—Toma este salvoconducto, tan solo has de mostrarlo a personas ajenas a la orden. Como puedes leer, viajarás como comisionado del Temple para la campaña de Valencia. El Maestre de Aragón es ajeno a este cometido. El mandato es superior a su potestad y viene del propio Gran Maestre que por estas fechas se halla en París. Ten mucho cuidado. —le ordenó. Guillermo guardaba silencio. Con la mirada cacha, dio media vuelta y salió. El comendador miró como se alejaba mientras se repantigaba satisfecho, de su

rostro asomó una mueca maléfica.

Antes del amanecer del siguiente día, Guillermo ya había hecho los preparativos para su partida. Sentía realmente que la tarea encomendada era de suma importancia, tanto para el Temple como para el monarca aragonés. Partió de la encomienda y quiso atravesar la ciudad de Lérida por guardar en la memoria el tiempo pasado. Al pasar frente a la catedral, observó los preparativos de una gran pira de la que sobresalían siete largos maderos. No pudo reprimir preguntar a los que daban los últimos retoques.

—Aquel comerciante de tejidos de junto al río y su familia serán quemados por la herejía de los de Albi. Son cátaros profesos, llevaban largo tiempo encerrados por orden de aquel obispo que marchó junto al rey.

—Los reos hace ya algunos días que dejaron de comer. —continuaba.— Es esa aberración que ellos llaman endura. Una costumbre por la que se dejan morir y que habla claramente de su comercio con el diablo. Hay que ajusticiarlos antes de que mueran. —le explicaba sin remilgos el que parecía director de tan macabra obra.

—¡Quién en su sano juicio lo haría! —remató.

—Al batanero también lo han cargado de grillos, ese si que come pero de poco le servirá. Ha estrenado la nueva celda. ¡Ja! Es tan estrecha que uno no se puede ni sentar. Esa será su tumba. —apuntaba otro mientras ahuecaba haces de sarmientos a modo de monumental yesca.

Guillermo no pudo más que estremecerse, a su cabeza llegó la imagen del asno y el criado del obispo en la noche en que fue sorprendido por el comendador curioseando. ¿Sería él, el traidor que delató a aquellos hombres ante el metropolitano? No lo podía creer, su cabeza hervía de preocupación ante la duda y los pensamientos encontrados. Finalmente optó por intentar olvidarlo todo, no podía dar con la explicación ni menos aún con su solución.

XVIII

Guillermo se dirigía al mediodía, hacia la frontera. Cabalgó durante largas jornadas, dormía al raso y se alimentaba de lo que encontraba y de los víveres que guardaba en sus alforjas. Había que ser precavido y hacerlos durar el mayor tiempo posible. Nunca encendía un fuego por evitar topar con curiosos y tener que dar explicaciones. Conforme se adentraba en el reino de Valencia, buscó hacer el camino sin perder de vista el mar. Un atardecer, en el que debía encontrase ya a pocas leguas de la ciudad, advirtió que sobre un abrupto altozano se alzaba una fortaleza en la que le pareció ver ondear el pendón de Aragón.

—Debe ser Anisa, la última fortaleza antes de llegar a Valencia-pensó.

Cuando Guillermo llegó a los pies de aquel cerro caía ya la noche sobre el castillo. Esta construcción, que enseñoreaba toda la planicie en derredor, lucía ahora sus flamantes murallas tras la reconstrucción que Guillem de Entenza había hecho sobre ella por orden del rey. Las almenas fulguraban a la luz del crepúsculo y el paisaje se adormecía tras un bochornoso día de estío. Guillermo se detuvo pensativo, tenía instrucciones concretas aunque se encontraba solo ante la empresa. Nadie, salvo el Comendador de Gardeny, sabía ahora de sus propósitos. Advirtió hacia el sur, bajo el horizonte, alguna polvareda que se elevaba y escuchó el barullo de hombres y animales en movimiento. No creyó que fueran gentes amigas, por lo que para no ser descubierto por los que creía enemigos, se desvió del camino internándose por entre los matorrales y arbustos que poblaban los últimos recovecos que lo separaban del sendero que subía al castillo. A lo lejos, ya se divisaban las grandes fogatas que los que seguro serían sarracenos habían situado junto a

las playas. Aquello les servía para evitar la llegada de cristianos por sorpresa o para indicar su situación a su misma retaguardia.

Guillermo descabalgó, dado lo impracticable del terreno hasta que volvió al sendero. Se encontraba a poca distancia del portón de entrada y tan solo había silencio y sombras. De pronto, desde lo alto alguien bramó algo que no pudo del todo entender. El templario le respondió identificándose.

—¡Guillermo de Sargantana, caballero del Temple, traigo recado para vuestro señor! ¡Abrir!

—¡Desde aquí arriba no distingo ni el color de tu caballo! ¡Aléjate o te lanzo un dardo! —dijo el centinela creyendo haber encontrado la solución.

—¡Ya volverás mañana! —le apuntó otro.

—¡Como no me abráis ahora mismo, mañana os las veréis conmigo! ¡Llevo un salvoconducto! —gritaba Guillermo más angustiado que furioso.

Los aragoneses se entretuvieron un rato hasta que hicieron bajar un canastillo por una polea.

—¡Mételo en el cesto!

—¡De eso nada, dejarme entrar! ¡Con tanto berrear me van a rebanar el cuello! —respondía enfurecido.

No tardaron mucho en entreabrir el portón por el que Guillermo pasó seguido de su caballo. En un periquete lo condujeron ante el caballero Guillem de Entenza, y tuvo Guillermo que inventar una patraña con todo detalle, como la próxima llegada de los caballeros templarios de las encomiendas al norte del Segre con su tropa correspondiente, así como la llegada por mar de una barcaza con las vituallas.— No miento tan mal. —pensó.

—De esa última ya somos sabedores. —respondió el noble.

Guillermo se sobresaltó.

—Se han desembarcado todos los víveres y pertrechos. Me extendieron una relación de la cual hacen deudora a la corona. —dijo dando fe de la noticia.

—¡Diantre si han sido rápidos! —exclamó Guillermo— Esto si que es casualidad, mejor no lo podía hacer. —se decía para si.

Inesperadamente, comenzaron a escucharse voces desde los apostaderos de vigía en las murallas. El noble Entenza asomó la cabeza por una escueta

tronera.

—¡Allí, allí, por levante, sobre el mar! —gritaba un centinela.

—¿Qué sucede señor? —preguntó el templario.

—Llevamos desde la última luna nueva recibiendo la visita de siete extrañas luminarias que como estrellas se cuelgan en la noche. Acompáñame a lo alto de la torre y las verás. —

Por una gruesa escala de madera, atravesaron un alzapón que daba acceso a la terraza.

—¡Por San Jorge que no había visto nunca nada igual! —exclamó el templario extasiado.

—Hace unos días, unos mazoneros se aprovisionaban de grava para compactar el pie del muro exterior cuando hallaron, bajo una enorme campana, una santa imagen de la Virgen y su hijo nuestro Señor. Ahora, atribuyen la aparición de las luces con el milagroso hallazgo, creen que es de buen agüero. —se explicaba el de Entenza.

Guillermo quedó absorto por la visión de las luces, las cuales, pasado un rato desaparecieron por el sur a la velocidad del rayo.

—Pues si las luces nos han traído la imagen de la Virgen, a los moros de enfrente, que también las ven, de seguro que les habrán traído algo de interés. ¿Quién sabe si habrán encontrado un mechón de la barba del profeta o sus mismas alpargatas? Que los milagros no son solo cosa de cristianos. —apostillaba con socarronería Guillermo.

—A buen seguro señor fraile. —le respondió con retintín el señor de Entenza.— Pero además de ofrecerle pan, techo y lumbre ¿En que más le puedo ayudar?

—Me dirijo hacia Valencia, he de escoger el terreno más favorable para establecer a la hueste templaria. Suponemos que el asedio a la ciudad será largo. Por cierto, ¿conoce al mozárabe Pedro Pascual de Valencia?

—Solo he escuchado hablar sobre él. Sobretodo a Blasco de Alagón, al parecer entabló amistad con el mozárabe durante su exilio en Valencia. Ese diablo del de Alagón tiene amigos en todas partes. —

—¿Qué le refirió sobre él? —preguntó con cierto descaro.

—Bueno, contó aquella historia ocurrida hace ya más de diez años, cuando dos franciscanos que peregrinaban al Santuario de San Vicente

trabaron amistad con don Blasco y fueron a vivir con él a la ciudad. Había total permisividad al culto cristiano en aquel tiempo, promovida precisamente por el rey de Valencia Zeit Abu Zeit. Aquellos descerebrados movidos por su obcecación de evangelizar no cejaron en el empeño dentro de la ciudad. La orden expresa dada por el almotacén era que el culto cristiano se celebrara siempre fuera de la ciudad. Y por supuesto, nada de ganar prosélitos para la cruz. Ante las quejas de los alfaquíes de todos los barrios no pudo el rey moro sino dar un castigo ejemplar. Los apresó y mandó cortarles la cabeza en público el siguiente viernes de oración. Don Blasco contaba que Pedro Pascual intercedió por ellos sin poder evitar las muertes. Al parecer el mozárabe es consejero en el gobierno de la ciudad, además de ser uno de los representantes de la comunidad cristiana. Y poco más te puedo contar sobre ese caballero. Grande ha de ser su honra por defender la cruz, y más aún sabiendo que estos últimos tiempos han sido en extremo difíciles para la mozarabía.

Bajaron de nuevo a la estancia principal. Todavía parloteaban todos los allí presentes extasiados tras el magnífico suceso. Guillem de Entenza dio las instrucciones necesarias para que lo acompañaran y dieran acomodo en una estancia cercana a la entrada. Tras coger sus enseres y servir a su montura, se dirigió a la entrada del aposento que le habían indicado por la que se escapaban ronquidos y malolientes efluvios. Estos anunciaban a una numerosa compañía de almogávares durmientes, cubiertos por sus pellejos caprinos, se asemejaban más a un rebaño de tiernas ovejitas que la horda de fieras en la que convertirían cuando despertaran. Escogió un rincón junto a un enorme barreño y cayó dormido al instante.

XIX

Un brusco estampido despertó a Guillermo. Con la luz del amanecer colándose por entre los resquicios de las ventanas, se apercibió que estaba solo. Del exterior le llegaba gran rumor de trasiego y voces exaltadas. De un brinco se ajustó el jubete alcanzando sus armas que descansaban contra la pared. Otro gran estruendo hizo tambalearse la obra del habitáculo derramando pequeños cascotes de la cubierta sobre la cabeza del templario. Guillermo saltó al exterior al tiempo que se ajustaba la gramalla y el pequeño yelmo abierto. Enormes pedruscos volaban sobre su cabeza, hasta que viéndolo el alférez de la plaza, le conminó a gritos que cogiera su montura y se acercara a la puerta principal.

—¿Qué sucede?

—¡Ahí fuera! Han llegado tantos moros que haría falta un día entero para poder contarlos. —Guillermo dejó los aperos de su montura para contemplar por una saetera lo que se le avecinaba.

Al parecer Zayyan, el señor de Valencia, jugaba ahora su turno. Había permanecido a la espera todo este tiempo. Dejó abandonadas a su suerte todas las fortalezas y ciudades al norte de Burriana, donde órdenes militares y los grandes señores aragoneses todavía discutían por la propiedad de lugares y tierras rendidos. Peñíscola, Xivert, Vinaroz, Albocácer, en algunas de ellas la población no llegó ni a encastillarse. Se pactaron rendiciones y se respetaron las viviendas y enseres de los sarracenos en la mayor parte de las ocasiones. Zayyan conocía de la superioridad militar del enemigo, pero había aprovechado bien el momento. En primer lugar, promulgó una leva entre todos los habitantes que habitaban los territorios al sur de la ciudad con los

que organizó varios cuerpos de ejército llegando a sumar casi diez mil peones. A su vez, agrupó frente a la fortaleza reconstruída y defendida por los de Entenza todas las guarniciones que cubrían las fronteras, una soldadesca muy aguerrida por las frecuentes escaramuzas. Pero el contingente más importante eran los seiscientos jinetes pertenecientes en su mayor parte a su propia guardia, los *agnad*. Esta caballería musulmana era lo más granado de aquel ejército. En su mayoría eran hijos de las más destacadas familias de la ciudad y muchos de ellos habían participado de la vida en el *ribbat*, lo que les hacía ser especialmente sensibles no solo a las reglas caballerescas de la época, sino a una auténtica visión trascendental del instrumento de la guerra para la expansión de su religión. Aquellas eran las viejas costumbres impuestas por los almorávides durante casi cien años que sin duda, habían dejado profunda huella entre los hispanomusulmanes.

Pero volvamos a la batalla que se prepara, el templario, siguiendo las órdenes del alférez de la plaza, se acercó junto a su montura a la puerta principal. Eran tan solo poco más de una veintena los caballeros que allí se congregaban. Poco a poco empezaron a verse rodeados de toda clase de sirvientes, escribanos de ración, marmitones y hasta el albardán de don Guillem. Todos ellos había cargado mulos y acémilas de pendones y estandartes se disponían también a salir. Guillermo se dirigió a un viejo y desaliñado palafrenero de trompa abollada, que anudaba varias adargas en el lomo de uno de ellos:

—¿No irás a batirte con esas armas y montado en un pollino?

—En peores circunstancias me las he visto señor fraile. ¿Qué puedo decirle a mi señor si es así como me ordena que acuda a la batalla?

—Pues hombre, decirle...¡Nada! Agachar el morrillo es tu obligación, pero no me explico que tendrá en sus entendederas. Con estas pintas vamos a infundir más pena que respeto.

En esto que se acercó Bernardo Guillén de Entenza, hijo del ahora alcaide del castillo y además primo del rey. Su padre le había ordenado ponerse al frente de aquella pintoresca legión.

—¡Escuchar con atención! ¡Saldremos por el portón de uno en uno! ¡Bajaremos al llano y nos situaremos fuera de la vista del enemigo! ¡Andando! —

Y dicho esto, comenzaron a salir. Guillermo se situó tras el noble, su aspecto era realmente imponente. Además de ir cubierto de acero por todos los lados, de la silla de su montura, pendían todo tipo de armas a la cual más mortífera. De entre ellas, llamaba la atención un mandoble de doble hoja de casi dos varas de largo y una espléndida cachiporra toda ella repujada de latón. Tras él, se hizo portar por dos sirvientes a modo de escuderos, varias lanzas y un estandarte enrollado que por su grosor debiera ser amplísimo. Guillermo se adelantó un tanto dirigiéndose al noble.

—Señor, ¿que vamos a hacer con ésta tropa?

El noble le respondió severo.

—No cavile tanto hermano, tan solo es una argucia. Además, nos encomendaremos al altísimo y a san Jorge, nuestro protector. Ya verá como de ésta saldremos victoriosos. —decía convencido.

—No lo pongo en duda, pero por el número de enemigos más nos valdría hablar con los extranjeros de nuestras filas por ver si podemos encomendarnos a sus patronos y así que también colaboren en la empresa. —le dijo con sorna. La respuesta irritó al caballero, que miró al templario de soslayo al tiempo que se ajustaba el yelmo sobre su cara.

La comitiva serpenteó por los últimos tramos de la colina. A su llegada al llano formaron en dos cuadros. Delante se iban situando los escuderos y caballeros, mientras que detrás desorientados y temblorosos se apelotonaban los demás. Un bosque de adargas, decoradas con los más variopintos pendones, hechos de espartos y gualdrapas tintados aparecían ahora tras los jinetes.

Desde lo alto de la colina llegaba el continuo sonido de los chuzos estrellándose contra las murallas. Guillermo pensaba que sin buscarlo se hallaba en esos momentos a punto de entrar en combate. Era lo que menos le convenía para cumplir su cometido, sería estúpido morir ahora en batalla. Según su regla no podía rehuir el combate, pero por otro lado tenia una tarea de importancia mayor que llevar a cabo. Le llegaban recuerdos de Ersebeth, aquella herida que todavía sangraba en su corazón. Había pasado largo tiempo, había jurado sus votos. ¡Qué difícil es luchar contra los propios sentimientos! —pensaba.

Bruscamente, el estridente sonido de añafiles y tambores lo despertó de

sus pensamientos. Por la parte del mar, del que tan solo lo distanciaba una legua, vio aparecer el estandarte real. Le seguía una muchedumbre que también pretendía aparentar otro ejército. La cuadrilla que procedía de las cercanas playas estaba compuesta por los marineros y mozos de estiba de tres naves cristianas varadas en el embarcadero que aprovisionaba la fortaleza. Ese momento de confusión, fue el aprovechado para que el resto de peones y la turba de almogávares que permanecían en el castillo se lanzaran montaña abajo contra la vanguardia mora. Los caballeros, ya en el llano, formaron ahora en línea. Tras ellos, se situaron sus escuderos, mozos de armas y siervos, que se afanaban por organizar en un momento las picas, rodelas, espadas y venablos que portarían los combatientes durante la batalla. Los almogávares, desparramados por la colina, se apelotonaron en los ribazos junto a la planicie. Las monturas cabrioleaban, enervaban sus crines y relinchaban por la tensión con que los jinetes sujetaban las riendas. Los bocados se hendían hasta mostrar por entero las quijadas de las monturas. Eran aquellas sonrisas de espanto por la que aventaban densos espumarajos. A la señal, emprendieron la marcha. Frente a ellos, los moros no paraban de berrear en un concierto desafinado de voces, timbales y chirimías que ensordecían el ambiente. La marcha se tornó en carga a tan solo un cuarto de legua de distancia, la tierra comenzó a temblar bajo el peso de aquellos centauros. Una lluvia de flechas cayó sobre los que atacaban, los caballos acribillados por los dardos, enloquecían de dolor, haciendo la embestida más cruenta y brutal.

Al encontronazo no ofrecieron resistencia más que algunos arrojados o enajenados que para el caso es lo mismo. Los cuerpos de los sarracenos, alzados como en andas, rebotaban por entre las panzas de los caballos. Otros, los más afortunados lograban ensartar a las bestias con sus picas. Bien asidas a tierra, se arqueaban hasta hacer volar catapultados a los jinetes, que enfundados en su caparazón metálico, caían al suelo con enorme estruendo. Una vez estrellados, una turba los rodeaba al momento y la emprendía a golpes y garrotazos acabando por despanzurrarlos. Pocos de los que cayeron de sus monturas lograban levantarse y pelear. Guillermo vio al señor de Entenza descender por la ladera tras los pasos de los almogávares. A pesar de su edad, mantenía la compostura sobre su montura, esforzándose en sostener

el pendón de Aragón en alto. A su alrededor, se arremolinaban los contendientes. Unos por defender la enseña, otros por apropiarse de ella.

Aprovechando la barahúnda, varios centenares de *agnad*, los célebres caballeros sarracenos, picaron espuelas hacia la refriega. Tan solo una decena de cristianos conservaban sus monturas, mientras que más de la mitad se defendían a pie o yacían en el suelo moribundos y descalabrados. Un enjambre de alfanjes y saetas los envolvieron y ya creían los de la media luna que esta victoria era suya, cuando una berreante ola de almogávares de aspecto brutal y salvaje pedían su lugar en aquel conciliábulo de muerte.

Tanto desde el castillo, como desde el llano, moros y cristianos contemplaban expectantes las arremetidas de unos y otros, cuando algo pareció inquietar a la numerosa hueste musulmana que permanecía a retaguardia. El resto de los caballeros, los venidos desde el mar y que permanecían ocultos tras el castillo, agitaron pendones y enervaron picas, varas y hasta los bicheros de las naos. El efecto fue demoledor. Los sarracenos enzarzados en la batalla dijeron pies para que os quiero y la sola visión de la espantada por la milicia campesina de la retaguardia, hizo que estos la imitaran. Esta repentina retirada, tan desordenada, se convirtió en una auténtica carnicería donde caballeros y peones, montando burros y acémilas, se dedicaron a ensartar pinchos morunos. Los más vehementes relataban después que hasta el mismísimo san Jorge había participado finalmente en la degollina.

La carrera terminó en un congosto conocido como el Carraixet, donde la fortuna, vírgenes y santos olvidaron al hijo del noble Entenza. Su caballo resbaló al fondo de la rambla despidiendo al caballero y yéndose a quebrar el cuello contra las piedras. Guillermo, que lo acompañaba en su loca carrera, tuvo arreos para frenar su montura a tiempo, que paró en seco y sin miramientos. De no ser porque se aferró a los salientes de su albardón, hubiera caído de cabeza secundando al desafortunado Bernardo de Entenza.

Allí concluyó la escabechina, fueron tantos los que en la vaguada entraron, que apelotonados contra sus paredes arenosas intentaban en vano escalarlas para escapar en dirección a Valencia. Los pocos que lo lograban inundaban a los de bajo de una lluvia de riscos y tierra. Cegados y aturdidos por los golpes, aquel fatídico lugar se convirtió en una auténtica ratonera. Y

fue el momento que aprovecharon los almogávares, que ebrios por el fragor de la lucha, saltaban a su interior en sangrienta bacanal. Los caballeros, la mayoría maltrechos y magullados, volvían hacia la fortaleza asistidos por criados y escuderos. La batalla se había ganado para el rey. Zayyan no volvería a presentar sus huestes en campo abierto.

XX

Guillermo pasó su segunda noche en el castillo. No pudo pegar ojo, el silencio se quebraba de tanto en tanto por el gemir lastimero de algún herido, o más trágicamente por el entrechocar de armas de alguna refriega en el llano, que no hay buena batalla que no acabe en mejor pillaje. Todavía no había amanecido cuando aparejó la montura y, sin dar demasiadas explicaciones, se puso en marcha. Excusó su partida al alférez de la plaza por guardar la cortesía, atareado ya a esas horas en preparar las exequias del hijo del de Entenza. Aquel, ciego de dolor, no cejaba de bramar que se volvía a su tierra derramando lágrimas sin pudor sobre el túmulo funerario habilitado para el ceremonial. Guillermo observó con tristeza al padre que no volvería a ver con vida a su hijo. Por un momento pensó en el pesar que seguramente había a compañado al suyo en todo este tiempo. Guillermo condujo su montura a través del gran portón de entrada por el que todavía llegaban peones, algunos heridos, otros con la pesada carga del pillaje.

Era el momento de alcanzar Valencia. La fulminante victoria sobre el infiel seguro que, si no había llegado ya a oídos del monarca y de todos los ricoshombres del reino, poco tardaría en hacerlo. Una vez en el llano, decidió tomar el camino de la costa. —Seguramente, estará menos vigilado y defendido que acceder atravesando el río Guadalaviar aguas arriba.— se dijo. —Por allí todavía existían numerosas alquerías y ejidos de los que tenía entendido que estarían bien defendidos.

En el llano todavía permanecían los indómitos almogávares, que ajenos al ceremonial del que les pagaba, ejercían profesionalmente de su oficio mercenario. Tan solo para ejercer su rapiña más cómodamente y organizar así

el reparto, cada jefe tribal ordenaba situar los cadáveres en ordenados montones. Allegados y familiares de los que no habían vuelto, se veían merodear por las colinas cercanas sin atreverse a acercarse por no incrementar la altura de aquellas macabras pirámides. El hedor que comenzaban a desprender era empujado por la brisa al interior del país. Guillermo llegó a contar más de doce docenas de aquellos montones que desaparecían de su vista al seguir la dirección de la rambla hacia el mar.

La playa aparecía hermosa, las olas batían suavemente sobre la arena, ajenas a barbarie del día anterior. A lo lejos, divisó una atalaya en la que se avistaba movimiento de agarenos. No más reconocer a Guillermo y como si hubieran visto al mismísimo Belcebú, pusieron pies en polvorosa, no sin antes prender fuego a la broza que almacenaban en lo alto de la torre. Una densa humareda comenzó a elevarse.

—Tendré que actuar con más disimulo si quiero llegar al final. —pensó.

Preparó un fardo con las mantas y el cobertor en el que envolvió todo lo que pudiera oler a caballero y más aún a templario. Tan solo dejó el mango de la espada a mano, por lo que fuera menester. Pensó que la mejor manera de encontrar al mozárabe Pedro Pascual sería preguntando por él en la iglesia donde históricamente se veneraba el sepulcro del mártir san Vicente. En aquel tiempo era la única que quedaba abierta al culto cristiano en la ciudad y solo porque se hallaba fuera de sus murallas.

Esperó a que anocheciera para vadear el río por su desembocadura. El paso se hacía difícil, por lo pantanoso de las aguas y la frondosa maleza que lo cubría. Seguía a su caballo, sabía que en terrenos como aquellos donde la tierra es tan movediza, era lo mejor para no quedar atrapado. De tanto en tanto, se detenía para arrancarse las sanguijuelas que hacían de sus piernas un suculento festín. Finalmente, se asió a las crines de la bestia mientras nadaba en la parte más caudalosa. Al salir de aquel aguazal se aseó como pudo y comenzó a caminar por entre los cultivos. A lo lejos, se recortaban las alturas de los minaretes y torres principales de la ciudad. Busco un espeso cañaveral, esperaría escondido hasta el atardecer para acercarse más a la ciudad.

La noche comenzaba a caer y frente a su escondite comenzaron a fulgurar los faroles de lo que debía ser la famosa residencia campestre de los reyes de Valencia, los jardines y la almunia de Al-Ruzafa. Emprendió la marcha de

nuevo en dirección a la ciudad. Bordeó la Ruzafa intentando a través de la oscuridad discernir la puerta que daba al antiguo camino romano. Comenzó a escuchar el barullo de gentes y conversaciones entrecortadas en algarabía. Las murallas comenzaban a hacerse visibles a medida que las voces se hacían más claras. Algunos agarenos vivaqueaban pegados a ellas. Seguramente no habñían llegado a tiempo de encontrar las puertas de la ciudad abiertas.

—La puerta del mediodía debe estar cerca. La basílica no debe quedar muy lejos. —pensaba Guillermo escudriñando en la oscuridad.

La frondosidad de una inmensa chopera ocultaba el templo cristiano. Guillermo llegó hasta una amplia acequia, llena hasta los bordes de agua que corría veloz. El enorme sifón que la repartía en varios ramales provocaba un inquietante sonido gutural. Rodeó una enorme alberca por la que se abría ya un camino que llevaba al templo cristiano. Rodeó el muro que aislaba la basílica viendo que se componía de diversas dependencias además de las de la propia iglesia. El exterior había sido realizado al modo islamita, dado el largo tiempo de convivencia. Pero tras el muro asomaban gruesos muros y cimborrios de sólido sillar pétreo.

El templario se dirigió al acceso opuesto, donde se ubicaba una gran entrada con atrio y un gran portón forrado de cobre en el que se leía *Porta Coeli*. En el silencio de la noche resonaron dos grandes aldabonazos.

—¿Quién va? —sonó.

—¡Vengo en busca de Pedro Pascual! ¿Está cerrada la basílica a un buen cristiano?

Se hizo el silencio mientras escuchaba pasos que se alejaban. Al poco, escuchó como retornaban al compás de otros.

—Don Pedro no volverá hasta mañana pasado el mediodía. ¿Lo conoce? —dijo el mismísimo presbítero, que avisado por el que hacía de sereno, acudió a la puerta por ver quién era el que se interesaba por don Pedro.

—No, pero es necesario que hable con él. —le respondió a una narizota y medio ojo que asomaban por una estrecha rejilla. Chirriaron algunos cerrojos y la puerta se abrió lo justo para permitirle franquearla.

—Pase, deje la montura en aquel cobertizo y vaya a aquel caserón. Aquel donde hay luz.

Guillermo pasó la noche en lo que parecía un antiquísimo albergue de

peregrinos. Por lo poco que vio, podía dar servicio a más de un millar de personas. Seguro y tranquilo por el lugar donde se encontraba concilió el sueño durmiendo profundamente. La luz del nuevo día le descubrió un lugar fantasmal en el que no se alojaban más que un puñado de peregrinos. El sonar monótono de una campanilla, anunciaba el momento de la oración.

Sintió un empujón en su pierna.

—Es tiempo de orar si luego quieres desayunar. —dijo en purísimos latines un africano negro de tez mientras se dirigía a la puerta de salida. Guillermo se incorporó de un brinco sorprendido por el lugar donde se encontraba y más aún por el estrambótico atuendo del que lo había despertado.

Ya en la basílica, y sentado un suntuoso banco de madera, observó con atención las personas que allí se hallaban. Algunos de ellos también vestían de manera curiosa, de lo que dedujo que la mayoría de los peregrinos que acudían a venerar la tumba del mártir San Vicente eran cristianos que vivían en tierras gobernadas por la media luna. Algunos de ellos hasta los escuchó hablar algarabía en el refectorio. Allí sentado, delante de unas gachas endulzadas con miel, coincidió con dos hermanos genoveses devotos del culto al santo mártir. Eran comerciantes y siempre que arribaban a Valencia decían acudir a venerar las reliquias del santo, al menos durante un día.

—Gracias a nuestro oficio nos es fácil cumplir con la devoción. —decía el de más edad.

—Si, los caminos y las rutas son inseguros. Nuestro padre nos contaba que cuando nuestros antepasados venían se formaban auténticas caravanas que confluían de todas partes de Europa. Nosotros siempre lo hicimos por mar. —explicaba.

—Parece que las fronteras eran antaño más seguras que ahora... ¿Con qué comercian? —preguntó Guillermo por seguir la conversación.

Aquella pregunta, les hizo cambiar su semblante, parecía que no fuese de su agrado. Se miraron uno al otro. Hasta que uno de ellos le preguntó.

—¿Quién os envía?

Guillermo no supo que responder. Rápidamente pensó que aquellos estaban allí haciendo algo más que orar ante unos huesos. Aprovechó que el presbítero acababa de entrar, para hacerle un gesto con la mano.

—¡Don Pedro acaba de llegar! ¡Está en el almacén, junto al zaguán de la entrada! —gritó.

—¡Enseguida iré!

Aquello le vino de perillas, ya que disculpándose e indicando que seguirían conversando más tarde logró eludir el embrollo. Que no podía uno fiarse de nada ni nadie en época tan turbulenta. Y no sabía hasta que punto acertaba.

XXI

El mozárabe Pedro Pascual se hacía acompañar aquel día por su hijo. Pedro era un muchacho de aspecto espabilado y sagaz, que ayudaba a su padre en las aportaciones que llegaban diariamente para el mantenimiento de la basílica y sus dependencias. Aquel era el que llegaría a ser mártir de la cristiandad subiendo después a los altares. San Pedro Pascual estudió en París, llegó a ser obispo de Jaén, y murió en las mazmorras granadinas después de despreciar en numerosas ocasiones los rescates que por el se pagaban. Que no dudaba en cederlos a otros cristianos que compartían cautiverio como él. La verdad es que no se sabe si por compasión o por seguir evangelizando en tierra del infiel, aquel prefirió quedarse allí.

—Don Pedro, soy Guillermo Sargantana. Quisiera hablarle de un asunto de gran importancia. —inquirió expectante.

—Tendrá que esperar a que acabe con esto. —contestó con sequedad.

En esto que Guillermo vio entrar a alguien que creía conocer. Y no iba desencaminado, ya que era la misma persona que lo persiguió espada en mano en aquel desafortunado día en Segorbe. De suerte que aquel no lo reconoció, pero lo que más le asombró es verlo detenerse a la salida del refectorio y entablar conversación con los genoveses con los que había estado hablando.

Sí, aquella era la hiena de Uzal de Llívia, que por lo visto seguía al servicio del epíscopo de Tortosa o para los de la orden de San Juan del Hospital. Guillermo observó como Uzal se retiraba con los genoveses a un rincón donde aprovechó para intercambiar algún dinero por unos pliegos lacrados. Disimuladamente, Guillermo se ocultó tras una gruesa columna

hasta que marcharon.

—¿Qué necesita? ¿Quiere hablar conmigo? —Guillermo se giró hacia don Pedro.— ¿Qué le parece si entramos en Valencia?

Guillermo se encaminó junto a Pedro Pascual hacia la ciudad. Atravesaron un pequeño arrabal hasta toparse con las murallas y la imponente torre calahorra que vigilaba aquella entrada. El templario observaba las gruesas defensas que conformaban el perímetro entero de la medina. Un pequeño puente de recias vigas de madera cubría el paso sobre el foso en el que un nutrido grupo de hombres, con el agua al cuello, se afanaban por retirar la inmundicia y deshechos acumulados.

La puerta bullía del trajín que acumulaba. Desde una barbacana interior, un guarda voceaba a los centinelas de abajo por ver a quién hacían registrar. A más de uno lo tenían algunos funcionarios con toda la mercancía desparramada. Estos la verificaban con detenimiento por ver que no introdujeran mercaderías de matute y pagaran la gabela correspondiente.

Atravesado el gran portón llamado de Baytala, una pequeña alameda los condujo hacia una maraña inacabable de callejuelas y plazoletas. Guillermo andaba perplejo al verse rodeado de tantos infieles que parecían hacer caso omiso de su aspecto cristiano entregados como estaban a sus tareas y preocupaciones cotidianas. Al tiempo que caminaban, don Pedro le relataba algunas particularidades de la metrópoli, como que las casas que había visto junto al santuario eran todas habitadas por cristianos, así como las que se arracimaban en el arrabal de la entrada. Y que él, y algunas pocas familias mozárabes más, eran las únicas que todavía se les permitía vivir intramuros. Claro que, a cambio de fuertes tributos dado lo acaudalado de la posición del padre del futuro santo. De esa manera se le permitía vivir donde le antojara. Durante el trayecto a su casa don Pedro era saludado con mucho respeto por algunos moros de distinto porte y hechura, y hasta por algún judío, que según don Pedro tenían su propio barrio en la ciudad.

—En Valencia cada vez somos menos los cristianos. Ya no se recuerda el tiempo en el que vinieron muchos a establecerse aquí desde las tierras cordobesas. Hubo aquí mucha liberalidad para todos los credos, pero desde la derrota de los de Miramamolín en la batalla de las Navas ya no se permite que nuevos cristianos se establezcan en la ciudad, y menos aún consagrar

nuevas iglesias. Muchos tuvieron que viajar hacia el norte en busca de una nueva vida. Aquí puede llegar a ser muy difícil.

Por aquel tiempo, contaba don Pedro que habitaban la ciudad más de dos mil fuegos, cosa que ni las ciudades que él conocía como Tortosa o Lérida la aventajaban. Pero lo que más hacía excepcional a la ciudad eran las circunstancias que se vivían en aquellas fechas. Había un enorme trajín en todas las calles. Familias enteras, venidas de los arrabales y alquerías circundantes, andaban errantes llamando a las puertas de las casas por ver si a cambio de sus pertenencias obtenían cobijo por algún tiempo. Comprendió entonces que la fuerte vigilancia a la entrada no se debía a la amenaza de cualquier ataque inminente, sino por el afán recaudatorio de Zayyan viendo lo delicado de su posición. Pensaría que algún cofre repleto de dirhams de más, siempre le sería útil, tanto si se quedaba como si hubiera que marchar.

—Supongo que sabrás de la derrota de los valencianos en la cercana Anisa. Toda esta gente que ves son venidos de fuera. Tendrán que poner freno a esto o se convertirá en un grave problema. —dijo con el comprometido semblante del que administra y dispone.

Guillermo rompió su silencio.

—Señor, creo que conoció a don Blasco de Alagón.... —El mozárabe paró bruscamente ante un portal y mirándole fijamente a los ojos le contestó.

—Espero que no hayas venido hasta aquí para buscarme problemas. Espero que lo que me vayas a contar valga la pena. Vamos a mi casa.

XXII

Uzal de Llívia, había regresado a la cuadra donde le esperaba el fraile Pedro de Exea. Aquel desplegó los pliegos en silencio. Estos mostraban diversos mapas hechos con vivo tinte ocre, sus márgenes aparecían atiborrados de indicaciones y señales.

—¿Es esto lo que necesitábamos, señor? —decía Uzal asomando su narizota tras el pergamino.

—¡Calla berzas! —Uzal se volvió contrariado husmeando por entre las cabalgaduras, hasta que topó con el fardo del templario, arrinconado frente a su caballo.

—¡Vaya! —dijo comenzando a desempacar el bulto, al contemplar el hierro que marcaba el cuarto trasero del caballo.

—¡Fray Pedro, estos del Temple están por aquí!

—Eres un atolondrado, el cerco a la ciudad es inminente. No somos los únicos en sentarnos en el banquete. —dijo quitándole importancia.

—El tiempo hace envejecer todos mis sentidos menos el del olfato. Y esto no huele nada bien. —murmuró Uzal a sus barbas.

Después del desaguisado cometido en Segorbe, el obispo tortosino y sus compinches del hospital habían permanecido a la espera. Decidieron acechar la presa en otro momento y que las aguas volvieran por sus cauces. Esta precaución les había hecho pasar desapercibidos, máxime ante los templarios. Siempre hay que aprovechar los momentos revueltos para poder sacar tajada. El cercano asedio a Valencia es una ocasión ideal para que no se preste atención a otras cosas. Los templarios y sus enemigos han coincidido en que este el tiempo propicio para tratar de hacerse con la reliquia.

Era tiempo de prepararse para el festín de Valencia. El obispo de Tortosa también preparaba una hueste con la que participar en la conquista. El botín prometía ser suculento y su buen amigo Berenguer de Castellbisbal era ya confesor del rey. Además, la mitra valentina estaba en juego, aunque su firme candidata fuera la diócesis Tarraconense. Berenguer no había perdido el tiempo durante este tiempo y siempre de acuerdo con los hospitalarios, había acordado con ciertos mercaderes genoveses, asiduos del puerto tortosino, la búsqueda de un sicario en tierras del emir de Murcia. Este debía facilitar el modo de acceder a la fortaleza donde se guardaba la reliquia. El pliego que Uzal había recibido ahora, escrito de puño y letra por los italianos, explicaba la ubicación de la reliquia en el alcázar de Caravaca, así como los intrincados túneles y pasadizos que arrancando desde el río subían hasta la residencia. Todo según lo contado por un tal Al Bata, que les esperaría en la misma Cartagena, tras la arribada a puerto de las naves genovesas.

—Ese debe ser el mismo que atendía por mandato de Zayyan los asuntos de Peñíscola. Mal ha de estar si no se apropió en su momento de ella y vende sus servicios al primero que quiera tomarlos. —le sermoneaba Uzal al hospitalario, que embebido en la lectura del plano quitaba importancia a las palabras del villano.

—Ni que fuera el único en llamarse así. —le respondió con sequedad.

No se demoraron en hacer los preparativos. Los genoveses les habían indicado que debían acudir al pequeño puerto lacustre que como a legua y media hacia el sur existía en la llamada Al-bufera. El tradicional ancladero del grao de la ciudad se hallaba ahora muy desprotegido y cualquier mercader a corso de algún señor cristiano podía dar al traste con el negocio de los genoveses.

Guillermo no podía imaginar lo que de nuevo tenía tras de si. No más traspasar el portal de la casa de Pedro Pascual diversos aromas embotaron su olfato, el exceso y diversidad de especias utilizados en la cocina inundaban las estancias. Parecía que era el tiempo del almuerzo, ya que saliendo al patio vio algunas mesillas dispuestas para el ágape.

Un criado, con cuidada diligencia, disponía los asientos. Como lo vio más negro que la pez, pensó Guillermo que de seguro vendría de la Nubia. Pronto despejó sus dudas al ofrecerle un aguamanil en perfecto cristiano.

—No te sorprendas, sus padres ya sirvieron a mi familia y nacieron aquí. —le aclaró.

—Di a tu madre que ya ha llegado el huésped que esperábamos. —ordenó al solícito hijo que partió como una centella con el recado. Luego, volviéndose hacia él, continuó.

—Nada más llegar, el abad me hizo saber de vuestra presencia. —Y con un gesto le mostró un pequeño palomar en lo alto.

—El también es conocedor de la situación. Aunque en los tiempos que corren no es muy prudente lo que hago, pero dado que sois quién sois, y por supuesto de donde venís...

—¿A que se refiere? —preguntaba alucinado.

—Ha de ser más precavido, lleváis un caballo de batalla marcado con el hierro del Temple, os afeitáis a su estilo, sois educado y en vuestros ojos brilla el conocimiento. Estamos habituados a convivir con hombres de las más diversas culturas y procedencias por lo que discernimos con prontitud todo aquello que los define. Pero os ruego os sentéis, estaremos más cómodos. —Guillermo se dejó llevar, aquel hombre lo confundía con otra persona.

Las viandas comenzaron a cubrir aquellas mesillas achaparradas, ya que no alzaban más de un palmo del suelo. Guillermo quedaba deslumbrado por la delicada disposición de los alimentos en sus recipientes, donde todos sus sentidos se excitaban al unísono.

Aquel criado africano, fuerte y templado como el hierro, comenzó a servir un sin número de ataifores con los más diversos manjares que don Pedro se atolondraba en nombrarle, servirle y darle la consabida explicación de sus ingredientes. Había una papilla que decía llamarse harisa, que a modo de sopa se la servía en una loza vidriada de color azul. Unas salseras contenían puré de garbanzos y de otras hortalizas regadas por fino aceite de oliva. Una de ellas contenía una pasta hecha con diversos pescados. En todas ellas, era necesario untar unas finas tortas de pan para llevárselas a la boca. En otras escudillas el aroma de unas albóndigas llamadas mirkas se mezclaban con el de gran diversidad de aceitunas aderezadas con salmueras, yerbas o su propio aceite. Unas en extremo arrugadas y oscuras, llamaron su atención. La dueña de la casa hizo aparición, portando una enorme cuscusera, que emanaba

densas nubes de vapor. Una corona de cordero desmenuzado remataba aquella obra. La esposa del cristiano se apresuró en desaparecer tras un breve cabeceo, no sin servir en finas copas de cristal, agua de azahar mezclada con vino de color rojo intenso.

Don Pedro continuaba sus disertaciones gastronómicas, haciendo hincapié en explicar que las maneras con las que se alimentaban eran a la cordobesa. Y que esa costumbre la inició un tal Ziryab, que por lo visto era un famoso músico persa.

Entre las modas orientales que introdujo en Al Andalus, primaba el orden y la disposición en la mesa, tal como ahora disfrutaban. Y así era, como el comenzar por sopas y alimentos ligeros que reconfortaran el cuerpo y que dieran luego paso a las carnes y pescados. Se daba remate con frutas y dulces que disponían el cuerpo al consabido reposo, facilitador del tránsito de los alimentos y apaciguador del fuego de la digestión. Guillermo quiso aportar algo de lo aprendido en Gardeny, leído en las memorias de un tal Abd Allah, el cual tenía como máxima que las gentes viven para comer y los que sabían disfrutar la vida verdaderamente, solo comían para vivir.

Don Pedro aprovechó ese momento para entresacar con sutileza la razón por la que esperaba la llegada del templario.

—Supongo que habrá tenido dificultades en llegar. Las noticias de la derrota en Anisa, corren de boca en boca. El rais Zayyan, nos habló ayer de la retirada y defensa tras los muros de Valencia. —

—Creo que no ha sido muy exacto. Más bien fue una gran derrota en toda regla. Estuve en el campo de batalla. —puntualizó Guillermo.

—Mejores noticias no podemos tener pues. He estado analizando el asunto y he compartido además la idea con algún otro miembro de la comunidad, como ya os he dicho el presbítero está al corriente. Hace unos días estuve con el gran rabí en su sinagoga y está dispuesto a colaborar. ¿Qué nuevas hay del Maestre del Temple?

Guillermo se descompuso al escuchar la pregunta y rápidamente improvisó una respuesta.

—Antes que llegue el invierno, todo debe estar resuelto.

—No lo dudo, en verdad hasta los mismos musulmanes de la ciudad, desean que Zayyan desaparezca. Muchos recuerdan al moro Zeit. A pesar de

su nefasto origen y ambición caprichosa, es mejor que la de soportar la opresión de este africano y de toda la tribu que trajo con él. Una vez se disponga del cerco sobre la ciudad le expondremos una jugosa rendición de la que no dudará en aceptar. Haremos llegar las condiciones de la capitulación al máximo representante de su orden durante el sitio. Les aconsejamos reclamen la puerta y defensas de Barbazachar, son las más espléndidas y contienen las mejores tierras intramuros. Sería el mejor lugar para situar la nueva comandancia templaria. Las mejores predios, están junto a las alquerías de Torrente, Moncada...

—¿Y cual será el precio por estos servicios? —preguntó con picardía.

—Hemos concluido que primeramente se respetarán todas nuestras propiedades, haciéndonos valedores de la capitulación ante el rey. Luego, se nos retribuirá por un quinto del valor de las donaciones recibidas por la orden en Valencia, y que se hagan efectivas antes de que finalice el año.

Guillermo volvía a ver como la tarea a la que había sido encomendado se le complicaba sobremanera. Por una parte, debería hacer sabedora a la orden de las nuevas que le habían hecho llegar, pero es claro que delataría su situación además de poner en un brete a sus superiores de Gardeny. Sin pensarlo dos veces, volvió a insistir sobre la amistad que mantuvo con el noble Blasco de Alagón. Don Pedro volvió a fruncir su ceño.

—Ese ambicioso prohombre del rey no tiene enmienda. Don Jaime no debió perdonarle su destierro. Si pudiera, le arrebataría la corona sin ninguna contemplación. —Guillermo callaba dejando que el mozárabe se solazara en su monólogo.

—Mientras estuvo aquí no hizo más que promover adhesiones a su causa. Cultivó gran amistad con Abu Zeit. Realmente, son dos buitres de la misma camada. Hoy a buen seguro cabalgan juntos, son maestros en compartir siempre el lado del que triunfa y atentos siempre a la mejor tajada. De seguro que si conocieran los proyectos que ahora compartimos, harían lo imposible por hacerlos fracasar. Sin importarles lo más mínimo de a quién deben su vasallaje.

—¿Y como fue aquello de su conversión a la cruz? —musitó con desinterés.

—Aquello fue otra gran farsa de la que ya se sabe cual ha sido su

beneficio.

—¿Una farsa?

—Sí, y a buen seguro que si don Jaime supiera la verdad, lo pondría a asar en una hoguera, igual que hace más de cien años hizo el Cid con el emir de Valencia como pago de su traición. —le contestó con vehemencia.— Ese histrión de Abu Zeit no renegó de Mahoma y abrazó la cruz no por convencimiento, sino por interés. Y menos cierto fue el milagro por el que aquel taumaturgo llamado Chirinos, ministro de Belcebú, intermedió en el prodigio. Eso fue lo que se hizo creer.

—Entonces, ¿qué hay de cierto en todo ello? —dijo contrariado.

—El momento era muy delicado para él. Su primo el califa Yusuf, el que lo aupó a gobernar Valencia, había muerto. Quedó como príncipe independiente. Después de aquello su hermano fue depuesto del gobierno de Sevilla y ejecutado, por lo que quedó como único gobernante en la península de origen almohade.

En Murcia un miembro de la guardia del gobernador, un tal Ibn Hud, se hacia con el poder socavando las posesiones más meridionales de Zeit. El colmo de sus desgracias fue cuando un descendiente del famoso rey Lobo, Zayyan Ibn Mardanis, se trasladó de Onda al pequeño emirato de Denia con el propósito de hacerse con Valencia. Y vaya si lo consiguió. —

Pedro Pascual continuaba.

—El moro Zeit, realizó una pequeña campaña para reafirmar su autoridad, confiado en que ya disponía de un pacto por escrito con Castilla y otro de palabra con el rey aragonés. Lo que no imaginaba es que militarmente don Jaime no pasaba por su mejor momento, vacías sus arcas en los preparativos por la conquista de las Mallorcas. Al poco de llegar a Caravaca, e instalado en su alcázar, decidió disponer de todo lo que de valor hubiera dado lo precario de su situación en aquellas tierras. Mandó limpiar de cautivos las mazmorras, no sin antes informarse de la procedencia y linaje de cada uno de ellos por ver si podía obtener algún rescate. Liberó a los que nada podía obtener como medida de gracia y retuvo a los restantes de los que podía obtener algún pingüe beneficio. Uno de los allí encerrados, un cura que decía proceder de Cuenca, le faltó tiempo para intentar salvar su pellejo relatando algo que bajo el secreto de confesión le había sido confiado. Le dijo

que entre los caballeros que retenía, había dos orientales que procedían del otro lado del mar. Aquellos habían caído prisioneros de los bereberes de Ibn Hud, al naufragar el bajel en que viajaban frente a las costas del llamado Calnegre. Estos le habían confiado el secreto de una valiosa reliquia que ocultaron no más alcanzar la orilla.

Aquellos caballeros venidos de la mismísima Jerusalén, no les quedó otro remedio que obtener su libertad a cambio de mostrar el lugar donde escondían la preciada reliquia de la Vera Cruz. Una pequeña cueva junto al mar, a la que Zeit de seguida mandó buscar. El de Cuenca, en connivencia con el Said, aprovecharon con picardía la ocasión y lo convirtieron en un suceso extraordinario. Todos creen ahora que se obró milagro, que Chirinos intermedió en la aparición de la cruz ante el bereber mientras exhibía ante él la celebración eucarística. Motivo sin discusión por el que no le cupo otro remedio que convertirse en cristiano. Y con él todo súbdito suyo que los desease. Y lo demás ya lo conoce, pues fueron muchos los que abrazaron la cruz y lo siguieron en su destierro de Segorbe. También sabrá de lo levantisco de aquellos muslimes de la montaña, que aunque bereberes como él, no soportaron bien que llegara al extremo de bautizarse cristianamente y que los gobernara un renegado. Del cura aquel, dicen que anda errante por los caminos, ya que agarró una lepra que ya le lleva devoradas boca y orejas. Aquellos a los que traicionó cubrieron su nombre de maldiciones y conjuros, y es que el altísimo sabe como impartir la justicia. —el mozárabe bebió un gran trago de su copa. La perplejidad de Guillermo iba en aumento. No se había atrevido a interrumpirlo en ningún momento, ya que todos los detalles que escuchaba podían serle de gran ayuda para sus propósitos. Aunque no pudo impedir preguntarle.

—¿Y si fue así, como es que no la tomó con él a su vuelta a Segorbe?

—Al parecer, al llegar a sus oídos los propósitos de algunos de sus súbditos instigados por Zayyan, partió sin demora. La reliquia tan solo suponía un instrumento más para la consecución de sus propósitos. Y el creyó que en la alcazaba de Caravaca estaría a buen recaudo. ¿Quién se atreve a cambiar de lugar el objeto de un hecho milagroso? Allí estaría segura. —

—Ese Zeit es astuto como el zorro. Así que allí quedó el instrumento final de la pasión de Jesucristo, rodeada de infieles y sin recibir la veneración

que se merece. —contestó Guillermo intentando enmascarar sus propósitos.

—No es preocupante que esté en manos de los sarracenos. Para ellos Jesucristo fue un destacado profeta ajusticiado por su propio pueblo. No creo que la veneren pero no dudo que la tendrán bien atendida. —respondió con seguridad el mozárabe.

La conversación volvió a los derroteros de la inminente toma de la ciudad, en la que Don Pedro insistía en que no se tomara al asalto sino mediante una capitulación pactada. Se acercaba la hora que tanto habían anhelado. La situación de los cristianos en la ciudad había sido relegada en el transcurso de las centurias. Incluso eran ya menos numerosos que los propios sefardíes. La conversión al Islam siempre venía acompañada de menores tributos y diversas prebendas y beneficios a los que era difícil el no sucumbir. Tan solo aquellos linajes que poseían derechos y propiedades pugnaban por mantener sus tradiciones y religión.

Llegado ya el atardecer, dieron por concluido el encuentro. Satisfechos los dos, el uno por estar convencido de tener ante sí al interlocutor del la orden templaria que esperaba, y el otro con una valiosa información que sería de gran ayuda para conseguir su objetivo. Don Pedro acompañó a Guillermo hasta la salida de la ciudad desde donde se encaminó de vuelta hacia la basílica de San Vicente de la Roqueta.

XXIII

Todavía tuvo tiempo de visitar la tumba del Santo Vicente y de orar en la basílica tras salir del refectorio de peregrinos. Guillermo pensó que era prodigioso el respeto que la secta mahométicа había tenido de ese lugar tan excepcional. Lo mismo que Pedro Pascual tuviera el convencimiento que el Lignum Crucis no corría ningún tipo de amenaza en manos sarracenas. A la salida al atrio, esperó la salida del presbítero que había oficiado los salmos durante la ceremonia. No tuvo reparo en consultarle sobre lo acaecido en Caravaca y escuchó de nuevo la misma historia. Mostrando un inocente interés por la geografía de las antiguas posesiones del gobernador almohade, pudo entresacarle la ruta más idónea para alcanzar aquellas tierras.

A la mañana siguiente dispuso su partida. A lomos de su caballo, del que tomó la precaución de despellejar la marca sobre su piel, se internó por los senderos que entre los cultivos se abrían sin perder de vista la vía principal. Se dirigía hacia el mediodía, cabalgando y deteniéndose a intervalos para que la montura recuperara el aliento. El sol, cada vez más alto, comenzaba a hacer más pesada la cabalgada. El celo puesto en la empresa le impedía detenerse.

Al mediodía se apeó del caballo y continuaron la marcha andando hasta que a lo lejos divisó una alquería muy bien fortificada. Entre la huerta circundante, se escuchaba cierta bulla. Por entre las matas de hortalizas y frutales centelleaban al sol bacinetes y yelmos. Algunos de ellos tocados de plumas y crestas de vivos colores que destacaban sobre los demás. Guillermo desmontó y rodeo la loma con precaución. Escuchó parlotear romance, eran un puñado de jinetes seguidos de numerosos peones dedicados en talar las cosechas circundantes. Pronto llegaron a su altura. Aquellos no prestaron

mucha atención a su llegada, seguros como estaban por su número y entretenidos por la esplendidez del botín. Todas las frutas y hortalizas se amontonaban en desorden en un carretón del que tiraba una yunta de bueyes. Guillermo se acercó y preguntó extrañado quién era el caballero que con tanto desparpajo realizaba esta cabalgada. Le indicaron a uno de los centauros que destacaba por lo bruñido de su armadura y los enormes florones con los que tocaba un almete colmado de incrustaciones de cobre y estaño. Guillermo utilizó la argucia del encuentro casual, por librarse de sus sospechas.

—¡El Señor os proteja, noble caballero! ¿Tan cercanas están las conquistas cristianas que llegan hasta este lado del Guadalaviar? —preguntó.

—Soy Eximén de Urrea. Esta es mesnada real. ¿Quién sois, y que hacéis solo y armado? ¡Responde o te hago prender! —

Guillermo no sabía como mentir, hasta que instintivamente contestó:

—Soy diácono del cercano santuario de San Vicente y voy camino de la diócesis toledana. A la impedimenta y las armas obligan los tiempos que corren. Esto es ahora tierra de frontera y nunca se sabe...

El caballero Eximén hizo una señal, solícitos se acercaron dos buenos mozos que despasando unas correas bajo la panza del brioso jamelgo, hicieron descender al caballero en unas angarillas que actuaban como silla de montar. Una vez toco suelo, juraría Guillermo que no había visto caballero de proporciones tan menguadas y extremidades tan cortas. Dándole incluso la impresión que bajo aquellos escarpines metálicos de tan delicada hechura, a buen seguro se escondían unas gruesas albarcas que lo hacían separarse algo más de la tierra.

—¡Demontre! Pues mi padre contaba, que ya sus antepasados veneraban e hicieron peregrinación al Santo Vicente, que además era diácono del obispo Valero de Zaragoza en el tiempo que los apresaron. —decía mientras hacía ademán de sacudirse un polvo imaginario.

—Siempre he tenido curiosidad por aquel lugar santo. Y además espero poder orar en el pronto.

—Los moros nunca impidieron el paso a la veneración de sus reliquias. Es cierto que siempre ha estado abierto al peregrino. —improvisaba el templario intentando recordar todo aquello que le venía a la cabeza.

—Si, es cierto. Pero para peregrinaciones la que lleva a Finisterre. Hace

ahora tres años estuve en Compostela, aquella sí que es una peregrinación importante.

Guillermo sonrió. Algo recordaba de sus tardes de aprendiz de copista que le sería de utilidad por ganarse la confianza del noble.

—Bueno, sobre eso habría mucho que hablar. Pero decidme, ¿Es tan numerosa la mesnada que hay de alimentar que traéis una yunta? —inquirió.

—No, sin duda que todo esto se nos pudriría antes de dar cuenta de ello. Es para la corte itinerante de la reina Violante, que ahora se encuentra en una importante alquería cercana a Valencia. Se llama Moncada y allí, como bien podéis imaginar, no hay un agareno que la provea de su derecho de cena. No ha quedado más de un puñado de muslimes, todos campesinos y sin cobranzas ni nada que segar... —el hidalgo seguía hablando.

Guillermo dejó volar su mente a la que no más escuchar el nombre de Violante le acudía el dulce recuerdo de Ersebeth.

—¿Y cómo es que la comitiva real anda por estos lugares inciertos? ¿Dónde decís que se encuentra la reina? —interrumpió atolondrándose.

—Tómese algo de tiempo buen diácono, que es buena la ocasión para conocer la corte aragonesa. No creo que sea como el cortejo de un califa, aunque siempre me contaron que el cortejo que antiguamente acompañaba a Zeit era realmente espléndido.

—Mi juventud no alcanza a recordarlo. Acepto su invitación, les acompañaré. —respondió convencido.

A Guillermo no hacía más que rondarle en la cabeza el recuerdo de su amor con Ersebeth. A pesar del tiempo transcurrido, la mera idea de volverla a ver avivaba los de su pasión. De nuevo empezaba a sentir como el revoloteo de mariposas en su estómago. Ya no prestaba mucha atención al hidalgo parlanchín, que durante todo el camino de vuelta hablaba y hablaba sin cesar. Llegaron a la alquería de Moncada, pasando por entre los restos de barreras y parapetos,que se amontonaban a ambos lados del camino principal. Guillermo se sorprendió al ver junto a una gran atalaya a dos sargentos templarios haciendo guardia ante su puerta.

—El rey ha prometido gran parte de estas tierras a la orden del Temple. Creo que ahora andan ya camino del grao de la ciudad de Valencia, junto a las huestes de los de Calatrava, Uclés y Hospital. Pretenden comenzar el

asedio por aquel lugar y así evitar la ayuda por mar. —Guillermo asentía mientras con la mirada buscaba a derecha e izquierda.

—Tengo mi alfaneque junto a aquellos donde ondean los gallardetes y lábaros de los caballeros húngaros. Es aquella de color azul con ribetes escarlata, espero que venga a verme antes de partir.

—Así lo haré.

Guillermo dejó su caballo bien amarrado a una higuera enorme que daba entrada a un huerto cercano. Supo enseguida donde dirigirse al ver el pendón real ondeando ante dos inmensas lonas. Había bastante gente por lo que se acercó a dos palafreneros que aguardaban junto a la entrada y preguntó si conocían a una doncella llamada Ersebeth. El más viejo le indicó que preguntara precisamente por donde se hallaba la tienda de Eiximén de Urrea. Hacia allí se dirigía con decisión cuando casi tropezó con dos damas que salían con gran ajetreo por entre unas enormes tinajas. Las dos aparecían lozanas y con los cabellos sueltos y húmedos. Guillermo reconoció a su amada.

—¡Ersebeth! —exclamó jubiloso.

Aquella se volvió, quedando pasmada ante la vista del templario.

—¡Guillermo! ¿Qué haces aquí?

Guillermo no supo que responder, sentía la irrefrenable necesidad de estrecharla entre sus brazos pero dada su situación no debía dar ninguna señal que lo delatara. Por otro lado, los votos y juramentos hechos debían poner freno a sus sentimientos.

—¿Cómo se permite a una reina el permanecer tan cerca de la batalla? —dijo intentando reconducir la conversación ante la fatigosa presencia de la que la acompañaba.

—El rey lo decidió así. —le respondió, haciendo un gesto a su acompañante para que marchara.

—¿Ya no perteneces a la Orden? ¿Por qué andas cubierto de ese sayón? —inquiría con extrañeza.

—Es largo de contar. —respondió Guillermo con una brevedad forzada.

—Es mejor que hablemos cuando anochezca. Te esperaré tras estas mismas tinajas después de la cena. ¿De acuerdo?

Guillermo asintió. Ersebeth salió tras los pasos de su compañera

desapareciendo en el inmenso alfaneque real. El templario dirigió sus pasos hacia la tienda de don Eiximén, por matar el tiempo hasta la hora de la cita. No más entrar en ella lo escuchó berrear:

—¡Hombre el diácono! ¡Siéntese con nosotros! —Aquel compartía una partida de dados con otros dos caballeros. Sobre una tosca mesa se amontonaban distintas monedas de plata. Eran tan diversas, que un pesillo servía para calibrar el valor exacto de cada una de ellas.

—¿Tiene algo con lo que retarnos? —le pinchó uno.

—Agradezco la invitación pero prefiero no participar en el juego.

—Aprovecha ahora que nadie te ve y juégate alguno de esos dirhams que de buen seguro guardas en tu bolsillo-le dijo un tercero.

Eiximén, era en extremo amable. Llamaba la atención su nula preocupación por lo menguado de su existencia. Incluso se había hecho colocar un enorme cojín de cuero para llegar a la mesa con comodidad, lo cual provocaba que sus piernas se balancearan sin llegar a tocar suelo.

—¿Y que haría con lo que ganase? Mi hacienda es el Reino de Dios y mi única ganancia terrena es la de honrar mi espíritu con las enseñanzas y el apostolado de nuestro señor Jesucristo. —

—Bueno, en su caso la lucha y beneficio ha sido el mantener a la feligresía. La cual supongo muy menguada últimamente. —le respondió socarrón.

—No se equivoca. Así es. —dijo mostrando toda la dignidad que pudo fingir.

—Amigos, este es el diácono de San Vicente de la Roqueta. Lo encontré mientras buscábamos que daros de cenar. —dijo soltando una sonora carcajada.

—¡Copero, servir a nuestro invitado un cuenco de ese vino que guardo en el pellejo! Seguro que os gustará, que si el juego entretiene el vino complace, y eso no me lo discutirá. —

Le sirvieron el vino y unas pequeñas ciruelas, fruto de la cabalgada de aquella misma mañana. Eiximén continuaba en animada conversación mientras apuntaba en una tablilla de cera la tirada de su oponente.

—Tengo por reverendísima la basílica donde imparte ministerio. —dijo uno de los que jugaban iniciando la conversación.

—Sí, y además fue de los mayores centros de peregrinación de la cristiandad. —a Guillermo le venían a la memoria las copias que hubo que transcribir sobre la obra de San Agustín, la Compostelana o las del hispalense San Isidoro.

—Pues si es así, quizá cambiara de opinión si fuera al Reino de Galicia. Tiene que visitar Compostela señor diácono, no he visto nada igual. —volvía a recalcar don Eiximén muy convencido.

—Al parecer aquel obispo compostelano supo como conducir las reliquias del apóstol Santiago al mejor puerto. Le llamaban... —decía con guasa Eiximén.

—Gelmírez. —apuntó otro.

—Sí, aquel era Diego Gelmírez. Pero fue aquel borgoñón, esposo de la condesa Urraca el que le abrió los ojos. —decía Guillermo con autoridad.

—¿Qué quiere decir señor diácono?

—Pues que aquel fue el verdadero impulsor de aquella peregrinación. Gelmírez fue su instrumento. Él sabía bien, lo piadosa que puede ser el alma humana cuando se mezcla lo divino con lo milagroso. —Guillermo apuró un par de copas de aquel maravilloso vino, no podía olvidar a su amada. Había pasado tanto tiempo... Guillermo siguió.

—Allí no se encuentra el apóstol. Es un lugar pagano, es otro el que se encuentra enterrado... —aquellos callaron todos y se le quedaron mirando extrañados.

—Sí, lo que oyen señores. Y además le puedo decir, que para triunfos gloriosos de la cristiandad, el que nos ofreció el mártir santo Vicente.

—*Nec mortuum vincam*. Estas fueron las palabras desesperadas de Daciano, su verdugo. —apostilló.

—¿Que ni muerto lo pudo vencer? ¿Cómo fue posible ese portento?

—Era la época en la que el emperador Diocleciano mandó perseguir a todo aquel que fuera fiel a la religión cristiana. Aquel Daciano acababa de ser nombrado perfecto de la provincia cartaginense. Este hacedor de santos, ya se había cebado en Gerona con San Cucufato y se encamino hacia la importantísima Cesaraugusta. La mayor herejía en aquellos tiempos era creer en un solo dios. Vicente era diácono y arcediano del anciano y apopléjico Valero, obispo de Zaragoza. Allí fueron prendidos y dado lo numeroso de sus

seguidores, fueron llevados a Valencia para ser sonsacados. El obispo perdió protagonismo más por su incapacidad de hablar, que por la valentía de su arcediano, al primero lo enviaron al destierro y con el segundo se cebaron. Su espíritu era en exceso animoso. Ante los más espantosos tormentos se crecía y afirmaba que era aquello lo que realmente deseaba ante la desesperación del romano Daciano. —el auditorio gesticulaba con la cara imaginando su dolor, al tiempo que sorbían de los cuencos. Guillermo siguió contando.

—Le desmembraron el cuerpo en el ecúleo, laceraron sus carnes con la garra hasta dejar a la vista sus entrañas y luego de esto lo arrojaron a una lúgubre celda no sin antes tostarlo en las parrillas. En aquel calabozo, el santo alcanzó el éxtasis. —Guillermo hizo un inciso por rematar otra copa de aquel vino, enjugándose los labios con una de las mangas del sayón que portaba. Aquellos habían dejado los dados y permanecían suspensos escuchando el relato.

—Sus guardianes se convirtieron ante las maravillas que allí sucedieron hicieron correr la voz entre los naturales de la ciudad. Pronto se convirtió aquello en un problema, por lo que hizo que trasladaran a Vicente a lugar más acorde para su recuperación. Medicinaron y sanearon sus heridas, situándolo en una cama mullida. Según cuentan, ese fue el momento que aprovechó para expirar con la consiguiente desesperación de su verdugo. Aquel tomo su cuerpo y lo arrojó al campo para que fuera alimento de bestias y alimañas. Y hete aquí que un cuervo se erigió en su guardián, amilanando a cualquier criatura que se le acercase. Y como en la tierra no pudo ser consumido lo lanzaron al mar, anudando una gruesa piedra a su pescuezo.

—De ahí ya no se movería ¿no? —añadía Eiximén.

—Pues no fue así. Unos dicen que una viuda llamada Ionica topó con el cuerpo del santo en la playa. Reconocido por los cristianos y derrotado Daciano, concedió que fuera sepultado en una iglesia con la condición que fuese fuera de la ciudad. Y así lo llevaron a la basílica, colocándolo bajo el altar. Otros dicen, que rescatado por sus hermanas Sabina y Cristeta en un momento de tregua para su cuerpo partiendo juntos hacia Ávila. Allí fundamentó la iglesia de aquel hereje llamado Prisciliano, que fue obispo de aquella ciudad. —el templario seguía.

—De su martirio alcanzó tanta fama, que preclaros cristianos como San

Agustín de Hipona, el mismísimo San Isidoro de Sevilla y hasta los martirologios griegos cuentan del suplicio. Desde el reino de los merovingios, aquellos que creyeron ser poseedores del trono de David, decidió su rey Childeberto invadir Hispania. Mandó buscar las reliquias del santo Vicente y tomando más las que pudo que las que quiso, se volvió.

Lo cierto es que sus reliquias se dispersaron en algún momento. Cuando llegaron los islamitas, sus restos fueron ocultados en el promontorio que más se adentra en el llamado Océano Incógnito, ese lugar tomó su nombre, y hasta los agarenos también llaman a ese peñón de San Vicente. —

—Pues si que fueron grandes las glorias de aquel mártir. —le decía otro con fascinación.

Por tras unas cortinas de espesa lana asomó el cuerpo de una mujer. A la que se escuchaba conversar con alguien en el interior. Don Eiximén se giró.

—¡Ersebeth! Ven, quiero que conozcas uno de los pocos cristianos que todavía quedan en Valencia. —La dama se giró y caminó hacia el grupo al tiempo que arrugaba su frente al distinguir que era Guillermo de quién hablaba.— Es diácono del Santuario de San Vicente. —recalcó.

—Señor diácono, esta es mi mujer doña Ersebeth.

Guillermo se levantó de un brinco derramando parte del vino que le habían servido. Ersebeth, estaba abrumada por la manera tan desgraciada con la que el joven recibía la noticia de su matrimonio. Guillermo agachó levemente la cabeza, mientras ella le ofrecía media reverencia.

—Su esposo es un dechado de amabilidad. —logró balbucear mientras se tambaleaba.

—Es un caballero atento y solícito. —respondió ella.

—¿Cómo es que habéis salido de la ciudad? ¿Es peligroso para los cristianos permanecer ahora en ella? —le preguntó Ersebeth con naturalidad en un intento de simular no conocerlo.

—Peligroso será cuando se cierre el asedio. Llegan noticias de diversas huestes y columnas cristianas con la intención de participar en el sitio. —apuntaba uno de los partícipes de la timba.

—Hace tiempo que ya no encuentro nada de lo que pueda temer. Sigo el sendero marcado por la cruz. Es ella la que detenta el supremo poder y sen ella siempre encuentro refugio. —las palabras se le atragantaban al joven

templario.

—¿Pasará la noche con nosotros? —se le adelantó don Eiximén.

—Agradezco su hospitalidad, he de llegar a tierra castellana lo más pronto posible. La noche es la mejor aliada para no ser visto. —respondió.

Con la mano y la barbilla pegados al pecho y ante la extrañeza de los presentes, El templario salió sin mediar una palabra más. Al momento, Ersebeth se escabulló con disimulo y lo siguió. Guillermo caminó raudo hasta llegar a su montura, aparejó la impedimenta tan pronto como pudo y partió espoleando enfurecido a la bestia, que no cejaba de cabecear violentamente mientras se precipitaba sendero abajo, sin tomar la calle principal.

—¡Guillermo! —

Escuchó la voz de Ersebeth reclamándolo, pero la ira le impedía detenerse.

XXIV

Nada había decidido en su vida, todo le venía impuesto desde la niñez. Incluso ahora le sucedía lo mismo, no podía conducirse como el quisiera. Sus más mínimos movimientos se veían condicionados por las decisiones de otros.

—No debía haberme dejado llevar por el comendador de Gardeny. —pensaba. Pero no maduró en aquel momento el alcance de su compromiso, incluso ahora tampoco conocía hasta donde lo iba a llevar. La confusión reinaba en su cabeza, lo cual le producía un enorme desasosiego. Este era tal, que comenzó a maldecir a viva voz por entre los caminos que al azar iba tomando su montura. En un pequeño bosquecillo de tejos se detuvo. El animal vertía densos espumarajos sobre la hojarasca. Guillermo rompió a llorar de impotencia abrazándose al cuello del bruto. Notó dolor en sus tobillos al tiempo que una cálida humedad invadía sus pies. Miró hacia abajo intuyendo la carnicería que había hecho con sus espuelas en los costados de su caballo. De un brinco saltó al suelo y se aplicó en contener la hemorragia y tratar de limpiarle las heridas.

Camino junto al caballo durante algún tiempo hasta llegar a una alquería abandonada. De un aljibe, extrajo abundante agua con la que terminó de asear al animal. Cayó la noche, no asomó nadie, el lugar aparecía lastimosamente solitario. Los lugareños habían abandonado todo ante el espectro de la guerra, buscó un hueco entre los árboles y se tumbó. Le vino el recuerdo de Ersebeth, años atrás, cuando coincidieron en el camino de Segorbe. —Qué diferente era el brillo de las estrellas aquella noche...— pensó. El silencio era profundo y no se escuchaba ni el canto nocturno del grillo. Recostada su cabeza sobre el

fardo, comenzó a notar que algo reverberaba en su interior.

Despertó poco antes del amanecer, el recuerdo se había convertido en pesadilla. Ersebeth ya no lo esperaría. ¿Quién era él? Un pobre fraile, que además anda metido en sucios embrollos de los que nada bueno puede salir. Ahora despertaba. ¿Qué significaba aquello de no poder ser dueño de su propio destino? ¿Debía aceptarlo y abandonarse a él? ¿O por el contrario debía rebelarse? Todo era confuso. Quizá sea demasiado tarde para poder elegir. Por sus venas henchidas de sangre, sentía correr la ira. Su cuerpo, invadido por el calor, le aceleraba la respiración y jadeaba como una bestia. Con brusca parsimonia desató el fardo, los objetos que contenía se desparramaron por el suelo. Elegía aquí o allá las partes de su armamento e indumentaria hasta que sintiendo haber completado lo necesario se irguió sobre una roca. Observó el filo de su espada, sobre la hoja resaltaban las letras grabadas de su nombre, Ahriman. Balbuceó su nombre con un susurro y al momento adivinó de donde procedían las vibraciones que notó mientras dormía. En un alarde de jactancia, levantó su espada contemplando el cielo y gritando a un tiempo, tras lo cual, subió al corcel con afectada parsimonia. En cada articulación de su cuerpo sentía el latir frenético de su corazón. Hizo marchar al caballo a su albedrío. Perdida la mirada, sentía que una fuerza liberadora rugía en su interior. No había orden en su andadura errante, quizá por un instinto innato el animal imitaba la dirección en la que había marchado durante los últimos días encaminándose hacia el mediodía. Guillermo, enajenado, atenazaba sus manos a las armas que portaba. Omitía toda atención a lo que le circundaba, ni prestaba atención cuando la montura se acercaba a abrevar en alguna fuente. El sudor chorreaba por entre el cuero de la gramalla. La gorguera se hendía con fuerza a cada paso del caballo lacerando su piel. Sentía entonces un fuerte escozor que incluso interpretaba como placentero. Llegó entonces el momento en el que en el que el odio terminó enfervorizándole. Como a una alimaña se le erizó el vello, un sexto sentido le advertía de la presa. A no más de media legua, y tras cubrir una vaguada, se presentó a su vista un misérrimo pago de moros en la que algunos labriegos se afanaban entre los frutales. Se apretó contra la rodela, se ciñó grebas y celada. Con perversa suavidad apretó las espuelas a lo que el caballo se encabritó brevemente al sentir su pinchazo. Inició un suave trote,

Guillermo se inclinó hacia delante al tiempo que desenvainaba lentamente la espada. Aflojó el bocado del caballo. El animal entendió que era el momento de galopar a su antojo.

Había no más de cinco o seis hombres en el campo que ante aquella visión, no dudaron en comenzar a correr gritando en algarabía que el mismo Belcebú iba por ellos. La carrera duró lo que tardó en dar caza a aquellos hombres. Uno tras otro iban cayendo por entre los árboles. Los más con las cabezas quebradas como calabazas y alguno todavía gimiendo y retorciéndose por los espantosos boquetes con los que el templario había molido su espalda. La carrera cesó ante la entrada de la casa donde descabalgó. El plañir asustado de algún niño escapaba de su interior. Guillermo bajo la mirada y observó su brazo. El guantelete bañado en de sangre, la misma que corría por el filo de la espada hasta las guardas. La mirada se le nubló y sintió una regalada sensación. No pensaba nada, nada le turbaba.

De pronto su cabeza retumbó, y volvió a hacerlo varias veces. Yacía en el suelo e intentaba incorporarse mientras apercibía que una gruesa estaca volaba hasta estrellarse sobre su cabeza. Gateó como pudo hasta que incorporándose pudo enganchar la baticola y azuzar al caballo que salió trotando arrastrando a Guillermo.

—¡Hijos de Satanás! —blasfemó.

El rocín trotó durante un tiempo hasta que al grito del amo se detuvo. El templario se arrastró sobre una gran roca en la que se sentó. Por debajo del barboquejo noto el húmedo correr de su sangre. Levantó la babera del casco y pasándose la mano por la cabeza la untó en ella. Se deshizo del casco, anudó la pequeña balza con los colores del temple alrededor de su cabeza y montó de nuevo alejándose de aquel lugar.

Aquella noche la ira dio paso a la desazón. No quería recordar lo sucedido. Sus sentimientos, adormecidos durante mucho tiempo habían sido bruscamente desengañados. Era ahora agonía lo que sentía, su alma empezaba a abrigar la sensación de un profundo asco. Sí, y era aborrecimiento de sí mismo. Comenzó a arquear hasta que desaguó todo lo que albergaba su vientre en un intento de expulsar aquel demonio que se hallaba en su interior. Resollaba por el esfuerzo, a zarpazos se desprendió con

violencia de todo aquello que hubiera sido manchado por la hecatombe. No sabía como volver en sí. Desconocía el modo de sentirse limpio. De olvidar la bestia y de ser hombre.

—¡Oh Dios ayúdame! —gritaba postrado, empapando la tierra de lágrimas. Agotado por el sufrimiento, cayó vencido en un profundo sueño. Su cuerpo se agitaba, igual mostraba su rostro la mueca de la hilaridad como luego esa misma se confundía en infantil tristeza.

Despertó con el sol en lo alto. Guillermo ya no sentía sufrimiento alguno. Quería creer que había vuelto a nacer. Necesitaba no pensar, abandonarse a otro destino, diferente al que otros le habían estado marcando durante todo este tiempo. Escogió solo algunas ropas y enseres dejando gran parte de su impedimenta desparramada en aquel lugar. Le costó encontrar su montura, que ramoneaba en un predio ladera abajo. Amarrándose fuertemente a su crin se encaramó sobre la silla al tiempo que le tiraba de las riendas indicándole el paso hacia el sur.

No había andado un trecho cuando se fijó en el objeto que le golpeaba la pierna al paso del caballo. La espada todavía pendía del arnés, toda ella cuajada en sangre. Esta fue a parar al interior de un enorme aljibe que se alzaba al pie de un altozano. Guillermo miró en su interior para verificar como el arma desaparecía en la oscuridad del agua estancada.

XXV

Uzal de Llívia y Pedro de Exea habían navegado durante un par de jornadas y arribaban al puerto de Cartagena. Antes de echar pie en tierra, ya se hallaban maravillados por la bella hechura de la ensenada que guarecía su dársena. Las naves se amarraban a potentes pilones que surgían tallados del alargado muelle de piedra que los sustentaba. El trajín era considerable, fardos con tejidos e hilaturas se amontonaban en enormes plataformas de madera que gigantescas poleas de tracción animal hacían introducir en el interior de orondas cocas. Sacas con especias, las más diversas pescaderías, panzudas ánforas todas ellas iguales y ordenadamente dispuestas. En el último de los barcos amarrados, una ristra de esclavos del más diverso origen tocaba tierra tras larga singladura, a juzgar por su aspecto hambriento y sucio.

—A saber donde pescaron a esos. ¿Eh señor fraile? —bramó Uzal buscando agradar al hospitalario con su chanza. Pero aquél no le respondía.

Se internaron por las callejuelas que arrancaban de los mismos almacenes y atarazanas del puerto en busca de la taberna donde debían encontrar al hombre que los condujera a Caravaca. Tal y como les indicaron los genoveses, debían alojarse en una que en su exterior había una gran lápida toda ella garabateada en una lengua que ni era la latina ni la árabe ni la hebrea, ni ninguna otra conocida, pero que solo por eso el lugar no tenía pérdida. No les costó mucho encontrarla. Uzal y Pedro se alojaron en ella y esperaron pacientemente la llegada de su enlace. Los días pasaban y la impaciencia empezaba a hacerles dudar de los genoveses.

—Esos malditos nos han engañado. —decía el hospitalario.— Ya te dije que no conozco comerciantes ni agrimensores que sean de fiar. En menuda

ratonera nos han metido. —insistía el del Hospital.

El tabernero que les atendía, un viejo alto y fuerte como un roble los había tratado con desdén desde el mismo día que llegaron.

—Vosotros sois rumíes, carroña del norte... Cuidaos mucho de pagarme todos los días no más os levantéis. Menuda alegría le daría al cadí si supiera que estáis aquí. —y remataba su discurso amenazándoles con media sonrisa.

—Por ti no pagarían un buen rescate. —le decía a Uzal.— Pero éste tiene la piel muy fina. —y miraba al hospitalario.— De este si que me pagarían unas buenas monedas de oro. —y se quedaba pensativo mirándolos.

—No me desprecies tabernero. El mundo es apariencia. Los tejidos y los rebaños son míos. Él lleva mis libros de cuentas y contrata los portes y entregas. —decía Uzal repantigándose, mientras el fraile miraba hacia otro lado.

—Si, si... —dijo aquel hombretón sentándose junto a ellos.— Escuchad, llevo toda mi vida metido en éste agujero. Por aquí han pasado toda clase de hombres. Mi olfato no me falla, está cansado de presagiar y adivinar lo que cada hombre que entra en mi casa se propone. Si vosotros sois mercaderes yo soy el rey de Túnez. Mucho cuidado con lo que hacéis. Las cosas han cambiado desde que ya no gobiernan los Miramamolines. Ahora están los que siempre estuvieron. Son ahora esos salvajes bereberes los que los sirven y hacen guardar el orden. No creáis que por aquí es fácil que uno pueda campar a sus anchas.

El fraile hospitalario no se resistió a su curiosidad.

—¿Dónde aprendiste el romance?

—Mi padre se convirtió al Islam cuando yo era todavía un muchacho. Si no fuera por haber renegado de la cruz, de ninguna manera conservaríamos esta taberna. Le hubiera tocado a mi familia labrarle los campos a cualquier africano de esos que no saben ni recitar el Corán.

—¿Has renegado de Dios, de la Salvación Eterna?

—He renegado de la esclavitud, mi familia es libre. Bueno, mientras mantengamos la sana costumbre de no faltar a ningún rezo preceptivo. Muchos moros codician este negocio y de seguro que nos denunciarían a la menor falta religiosa.

El renegado quedó pensativo.

—Habéis llegado en una barcaza de las que contratan con los genoveses. No confiéis en ellos, los conocemos bien, ni son honrados ni su comercio es limpio. Nunca les he visto llegar con otros cristianos que no fuera para venderlos como esclavos. Intuyo que sois hombres de armas. De seguro que el filo de una daga duerme bajo vuestros jubones.

—Veo que eres despierto, no alardeas en vano de tu perspicacia. —respondió altanero fray Pedro.

—¿Qué más sabes de esos tunantes genoveses? —inquirió.

—Siempre han trabajado al servicio de las familias más poderosas de la ciudad e incluso de otras más importantes. Nunca les fue difícil obtener un salvoconducto con el que andar por los caminos de este reino libremente. Dicen incluso que han llegado a ofrecer sus naves a corso al mismísimo rey de Túnez.

Uzal, en su irrefrenable impaciencia no vaciló en preguntarle:

—¿Y no conoceréis a un tal Al Bata? —El hospitalario lo fulminó con la mirada.

El tabernero le respondió con el rostro lleno de espanto.

—Recojan sus cosas y salgan de mi casa. No quiero problemas. De lo gastado hoy invita la casa. —

Y dándose media vuelta se largó.

—Eres un necio Uzal. Más valdría andar solo en esta empresa que con un inútil como tú. —dijo el fraile.

—Dame una moneda de oro. Que esto lo arreglo enseguida. —

—Me produce terror escucharte decir eso. —le dijo mientras hurgaba en una burjaca que escondía entre las ropas.

—Toma. —y le alargó un besante.

Al cabo de un rato, que se le aparentó una eternidad, el bellaco volvía sonriente. Haciéndole una indicación al fraile, marcharon donde guardaban sus cosas.

—Ya tenemos la solución a esta espera. Ese tabernero sabía mucho más de lo que parece. —afirmó rotundo Uzal.

—Larga lo que te ha dicho y más te vale que nos sea de utilidad. Si no... —

—Ese moro que nos ha hecho esperar es un viejo conocido. Escucha... —

y Uzal hizo sentar al hospitalario mientras inventaba la manera de explicar la manera en la que conoció a Al Bata en Peñíscola.

Así pues el hospitalario y el gañán de Uzal, partieron de la ciudad de Cartagena hacia la mismísima Murcia por indicación del tabernero. Aquel conocía a la hiena de Al Bata mejor de lo que creían, no había mes que no permaneciera en el puerto unos días. Siempre metía su hocico en todo asunto oscuro que saliera al paso. Los potestades de la ciudad siempre lo dejaban hacer, de lo que deducía el tabernero que debía tener poderosos amigos en Murcia. Le dijo también que conocía lo de la reliquia de Caravaca y que allí la guardaban un puñado de cristianos viejos. Se encontraba en el interior de la mismísima alcazaba y con la protección del walí de aquella ciudad. Les indicó que tomaran el camino de Murcia y que hablaran con un viejo tratante de esclavos del arrabal con el que Al Bata frecuentemente compartía los beneficios del comercio de los incautos cristianos y bárbaros que caían en sus garras.

—El oro hace hablar hasta a un mudo señor fraile. —le dijo sonriente.

Marcharon andando ese mismo día y en dos agotadoras jornadas alcanzaron la ciudad de Murcia. Esta ahora se erigía en metrópoli del Sharq Al-Ándalus. El valeroso Ibn Hud había expulsado a toda la estirpe almohade. Aunque consintió con una honrosa y pacífica vuelta a África de ellos y su hueste, no se permitió que llevaran consigo más que lo puesto. Siempre se les consideró como extranjeros, puesto que habían usurpado el poder a los genuinos hispanomusulmanes.

La ciudad vivía tiempos de relativa tranquilidad lo que permitía de nuevo que sus habitantes prosperaran. Las artes florecían y de sus espléndidas huertas salían enormes carretones cargados de frutos y hortalizas que no solo llegaban a los mercados del reino, sino que hasta se embarcaban en grandes barcazas para su comercio en numerosas poblaciones costeras andalusíes.

El fraile se detuvo junto a unos espinos que se agolpaban junto al camino. Con sumo cuidado se introdujo entre ellas.

—¿Qué hacéis ahora? ¿No habrá mejor sitio en el camino para aliviarse que este repleto de espinas? Al menor descuido se desgraciará contra esas púas.

—Eres infame Uzal, mira bien lo que oculto y recuerda el lugar. Donde

ahora nos dirigimos no se pensarían ni un momento el cambiar nuestro pellejo por este bolsillo repleto de monedas. —

Y con mucho cuidado, fray Pedro de Exea ocultó la faltriquera con el resto del pago prometido a los genoveses entre la espesa maraña de púas.

—Yo no lo hubiera hecho mejor. —afirmó Uzal.

Con el dinero a buen recaudo, se dirigieron al populoso arrabal que se encontraba fuera de las murallas. Su permanencia y entrada eran libres, y por su extensión esto favorecía que mercaderes y tratantes se hubieran establecido allí. Preguntaron por el lugar donde poder comprar esclavos y enseguida les indicaban el camino. Al parecer era el único que quedaba en Murcia, todos los demás habían desaparecido.

—Menudo debe ser este moro. —rumiaba Uzal.

—Sería conveniente que estés calladito. —le aconsejó el hospitalario.

No les costó mucho dar con el lugar. El negocio debía ser importante, dada la opulenta residencia que poseía. Junto a ella, existía otra mucho más amplia donde almacenaba su peculiar mercadería. Un par de matones de muy mal humor los recibieron a la entrada.

—Nuestro señor está ocupado. ¿Quién pregunta por él?

—Somos comerciantes, necesitamos buenos brazos para nuestro bajel. —respondió el hospitalario sin dilación.

—¿Y quién os ha enviado?

—Al Bata.

Al poco de desaparecer tras la puerta volvió a ella, haciéndoles una indicación para que entraran. Caminaron por un amplio zaguán hasta que llegaron a un enorme patio interior con el suelo cubierto de arena. Rodeaba este en dos pisos, una enorme galería enrejada tras la que se adivinaban los cautivos de aquel comerciante de carne. Movidos por el ruido, los cautivos se asomaron a curiosear por entre los barrotes. La mayoría mostraban rostros blancos y rubias cabelleras. Al verlos, les gritaban por ver si eran clientes decididos a sacarlos de allí. Uzal se fijó en una de aquellas bárbaras que alzándose unas raídas sayas le mostraba un cuerpo núbil en completa desnudez. Quedó embobado por la turgencia de sus formas hasta que un empellón del hospitalario le hizo mirar al suelo.

—Veo que Al Bata está bien relacionado. —sonó desde el otro extremo

del atrio.

—Espero que el porte de sus personas esté a la altura de su bolsillo. Han topado con la mejor de las mercancías y con el más ilustre de sus comerciantes. —les dijo, haciéndoles media reverencia.

—No venimos precisamente para tratar con su mercancía. Son otros los asuntos que nos ocupan y que compartimos con Al Bata. —respondió solemne el hospitalario.

—Entonces por que han venido aquí cuando no les puedo ofrecer lo que les interesa. ¡Ah! Ya entiendo. En Cartagena les habrán dicho que pregunten por mí si quieren hablar con Al Bata. No es mala cosa que ahora junten mi persona con la de ese crápula, aunque está feo decirlo. Además me podría costar caro hablar así de ese gentilhombre. —decía con sorna.

—Ahora mandaré a buscarlo. —hizo un gesto amanerado y en algarabía instruyó a uno de sus sacatripas con el recado.

—Tardará un buen rato, pasen a mi casa y disfruten de mi hospitalidad. Intentaré hacerles agradable la espera. —les dijo sonriendo pícaramente.

Y no fue para menos, porque no tardaron en llegar dos jóvenes matronas portando una espléndida loza repleta de los mejores productos de aquellas tierras, así como un cantarillo de hidromiel al que Uzal recibió haciéndole fiestas. Las cautivas, no solo cuidaron de proveerles del alimento y la bebida. Del todo impudorosas, no tardaron en ofrecerles sus frutos más íntimos.

El fraile y el impenitente, quedaron embelesados por lo nacarado de su piel y lo salvaje de su proceder. Aquellas no cejaban de cotorrear en una lengua del todo ininteligible para aquellos cristianos. El hospitalario afirmaba que provenían de más allá de Constantinopla, de una región en la que el sol nunca llegaba a ponerse. Cosa que si al fraile le parecía increíble mientras lo contaba, a Uzal más bien debía soliviantarlo, ya que volvía a entretenerse con fruición con las bárbaras.

Cuando cayó la tarde, apareció el patrón de aquel improvisado paraíso junto al felón de Al Bata. Los cristianos, tumbados entre enormes cojines, no acertaban a levantarse.

—Veo que atiendes a mis amigos como se merecen. Pero de estos no guardo recuerdo. —Y no acabó de decir esto cuando frunció el ceño al venirle a la memoria un recuerdo fugaz.

—Quizá no reconozcas nuestros rostros, pero sin duda que te sonarán estos documentos y la promesa de enviarnos algún destrón al puerto de Cartagena. —decía el hospitalario mientras le mostraba uno de los planos.

—Veo que habéis sabido como encontrarme. No dudo que son despiertos estos *rumíes*. —respondiendo con ironía.

—Son tantos los asuntos que ocupan mi cabeza que del todo les olvidé. Supongo que llegaron en las naves genovesas. —aquellos asintieron.

—Está bien, ejerceré yo mismo de lazarillo en estas tierras. ¿Habéis traído el resto del pago?

—Es a los marinos genoveses a los que pagaremos una vez nos tornen a Valencia. Sus asuntos y plazos con aquellos no nos interesan, solo queremos lo pactado y convenido. —respondía con firmeza el hospitalario.

—De acuerdo, iré por monturas y víveres para el camino. Allí llegaremos en dos jornadas. Esperad aquí.

Aquello no le olía bien a Uzal y su olfato montaraz no le engañaba.

—Hiciste bien en guardar los dineros, pronto caerán sobre nosotros. —afirmó Uzal mirando a los esbirros de reojo.

Los matones del moro cayeron sobre los cristianos, dejándolos en cueros en un santiamén. Los registraron de arriba a bajo sin encontrar el dinero que buscaban.

—Ya dijimos que veníamos con lo justo. —

—Ya veo que es cierto.— dijo Al Bata. —Bien, Iremos a Caravaca, tomaremos esa maldita reliquia y ya veremos si volvéis a embarcar o acabáis sirviendo al primero que por aquí pase. Aunque con tu traza.— decía mirando a Uzal. —Seguro que te quedabas a vivir tras aquellos barrotes. —

Y dicho y hecho partieron sin dilación congratulándose el fraile de la perspicacia de Uzal por ver si él lo hacía de la suya.

—De no ser por lo despejado de sus entendederas, de seguro que ahora estaríamos disfrutando del sueño eterno en algún erial. —le susurraba Uzal al hospitalario.

—¡Calla mendrugo!

Uzal callaba y meditaba para sus adentros.— Tampoco nos ha ido tan mal, y menos aún estando bien bebidos, mejor comidos y liberado de humores y pesares lujuriosos. —

—¡Anda que como tiraba el verraco del fraile! ¡Menudo bigardo está hecho! —se decía.

El traidor de Al Bata había utilizado todos los resortes posibles para demostrar ante la corte murciana que sus traiciones fueron logros, y muy a pesar de la pérdida de todas las posesiones del rey de Murcia más allá de Valencia. Dejó al moro Zeit tras darse cuenta que de él poco más podía sacar en el asunto de la cruz milagrosa de Caravaca de lo que ya sabía. Y más aún, tras el embrollo por el asesinato del templario Ramón Samenla en la alcazaba de Segorbe. Al Bata no renunciaba a su ambición, marchó a Murcia y supo medrar, y no dudaría en sacar partido de aquella reliquia tan solicitada. Sería el imprevisible destino, o por que los de un mismo albur tienden a encontrarse, que tropezara allí con los genoveses y que, algún tiempo después, le propusieran hacerse cargo de acompañar unos cristianos muy interesados en visitar la alcazaba de Caravaca. Al Bata ya imaginaba lo que andaban buscando.

XXVI.

Guillermo llevaba ya algunos días marchando por una amplia calzada en dirección al sur.

—Seguramente será la que lleva hasta Granada. —pensaba. De la montura ni se acordaba ya donde la había perdido. Los que se cruzaban en su camino apretaban la marcha o se apartaban nada más verlo por su aspecto astroso y desaliñado. Tan solo alguna alma errante como él se le acercaba, y de su breve convivencia deducía que aquel era el camino que le llevaría hasta Caravaca. Llegó el día en que Guillermo divisó por fin una villorrio importante que tras unas gruesas murallas de adobe se arremolinaba sobre una colina coronada por una espléndida alcazaba.

—Esa será Caravaca —se dijo con alivio. La reconoció de tanto que se la habían descrito. Se erguía majestuosa, dominando las alturas. En el llano que se extendía ante ella, se veían algunas alquerías y almarchas de importancia y el correr frondoso de las choperas. Todavía andaba confuso tras la matanza en la que él mismo ofició de matarife. Tan solo se había alimentado de raíces y frutos silvestres cuando no de algunas frutas verdes que a hurtadillas arrancaba de los frutales que encontraba por el camino. Si no tropezaba con alguna fuente, calmaba su sed lamiendo las piedras de los ribazos por donde

se escurrían las gotas del rocío mañanero. Conforme avanzaba hacia la población, Guillermo comenzó a escuchar un extraño gorigori. Por un repecho del camino asomó un cortejo fúnebre. Andaban hacia un pequeño campo santo que aparecía repleto de luminosas lápidas blancas sobre aquella misma loma. Al llegar a su altura, los agarenos debieron reconocer en él al mismo diablo. Se apartaron bruscamente a un lado y cesaron los cánticos mientras en silencio rezaban observando aquella aparición. El sonido del agua desvió su atención. Salió del camino y se tumbó sobre el canto de piedra que rodeaba una poza alargando la mano para poder alcanzar aquel preciado líquido. Entonces se contempló. Su reflejo sobre el agua cristalina le hizo reaccionar. Horrorizado, se introdujo en aquel estrecho pitarque haciendo rebosar el agua por sus bordes. Salió dejándose caer al suelo y allí permanecía tumbado, intentando limpiar su alma de todo aquello que recordaba, cuando un bramido resonó a sus espaldas mientras sentía que lo asían y se elevaba prodigiosamente. Al dar contra el suelo volvió a la realidad.

—*¿Mada tefal huna?*[2]

Guillermo miró al moro que le gritaba con espanto mientras todo el cortejo permanecía en silencio en su derredor. Preso del terror, no era capaz de articular palabra.

—*¡Edhab men huna!*[3] —le dijo y alzó el brazo amenazándole con una enorme tranca.

—*¡Raj akesr rasek!*[4]

Guillermo se levanto de un brinco y de rodillas se puso a rogarle. Aquel pareció convencido, bajó la estaca y levantando el brazo le indicó que se marchara. Cosa que no tardo en cumplir.

Repuesto de aquel encuentro, Guillermo parecía empezar a reaccionar. Merodeó durante largo tiempo por campos y cultivos sin perder de vista Caravaca. La conciencia volvía a su ser y debía pensar y decidir. Avistó de nuevo las enormes choperas que había observado a su llegada y sintió que debía encaminarse hacia ellas. Una vez allí, tras la fronda, descubrió un manantial de cristalinas aguas que serpenteaba suavemente por entre los árboles de los que pendían numerosas plantas trepadoras. En la umbría, la luz se filtraba por entre las ramas llenando de reflejos la superficie del agua. Era

un lugar sombrío y misterioso. Bajo aquella techumbre vegetal se acomodó, a la espera de deliberar lo mejor que podía hacer. La primera reacción fue eliminar los remordimientos que lo enajenaban, y no por medio de no recordar lo que había sucedido, sino reconociéndose como autor de la matanza, pero dejando la responsabilidad a aquella ira desatada que sintió cuando empuñó su espada.

Unas voces corriente abajo le sacaron de sus pensamientos. Gateó hacia el lugar de donde provenían. Un grupo de mujeres se afanaban tomando agua del arroyo en jofainas que luego vertían en una especie de tinaja de piedra natural donde otras se afanaban en lavar ropa. No tardo en descubrir las jaras y carrizos donde disponían la colada a secar. Con mucho sigilo, aprovechó el barullo de su conversación para acercarse y coger algo con lo que vestirse. Con los harapos que tenía y unas hojas de palmito anudadas se confeccionó unas burdas alpargatas. La ropa limpia, su nuevo aspecto, le insuflaron en su espíritu algo más de valor, y allá que se encaminó hacia Caravaca.

Guillermo se detuvo en medio del llano que precedía a una de sus puertas. Observó que la muralla no era gran cosa, era más una empalizada de ladrillo cocido, por lo que supuso que la verdadera fortaleza estaría más arriba. Desprovisto como estaba de todas sus armas solo le quedaba el ingenio. Todo a su alrededor podía volverse hostil no más conocieran sus intenciones. —Esta vez no podía fracasar.— pensaba. Una vez más el destino le retaba, estaba a la vez tan cerca y tan lejos de alcanzar su meta.

El templario no hizo ningún caso cuando escuchó al centinela de la entrada increparle en algarabía y tampoco podía hacerlo porque de lo que escuchaba poco entendía. Con inusitada sangre fría, de la que él mismo se sorprendió, se postró de rodillas y con los brazos extendidos comenzó a desgranar salmos en latín, que decían algo así como:

Sálvame Dios, por amor a tu nombre,
con tu poder hazme justicia.
Escucha Dios mío mi súplica,
estate atento a mis palabras.
Unos extranjeros se alzarán contra mí,
unos violentos que no hacen caso de Dios,

y quieren mi muerte...

... y así seguía, hasta que tomándolo quizá por loco, el centinela dio unas voces y sopló varias veces en un garapito que colgaba de su cuello. No tardaron en aparecer un par de hombres armados que lo condujeron en andas calle arriba. Guillermo seguía:

... caerá sobre los enemigos el mal que ellos me desean.
Aniquílalos Tú que eres fiel.

En ese mismo momento bajaban por la misma cuesta un pequeño grupo de cristianos, que al escuchar los latines que Guillermo berreaba se acercaron a curiosear lo que sucedía. El más principal de aquellos se compadeció de aquel que con tanto fervor repetía sin descanso aquellos versos sagrados y convenció a los que le acompañaban para que intercedieran por él ante los centinelas. Cuando estos vieron en sus manos el brillar de unas monedas, perdieron rápidamente todo interés por aquel desgraciado.

—¿Ha perdido el juicio o es que quieres que te desollen vivo? —preguntó el que parecía dirigirlos.

—De buen juicio me queda poco, y es tan escaso que poco me importaría que me pelaran. Pero, ¿quiénes son los que malgastan su dinero por un infeliz como yo?

—Somos castellanos y de la villa de Consuegra, muy cerca de Toledo y nuestro oficio es el de armeros. Desde que nuestro rey Fernando entabló relación con el nuevo emir de Murcia andamos en tratos con los moros. Además, poseemos un salvoconducto que nos permitirá adorar la sagrada reliquia que se guarda en este lugar. ¿Te diriges al mismo lugar?

—Eso pretendo, pero por lo que parece con desigual fortuna. Agradezco vuestra cortesía al interceder por mí. Soy natural de los valles de los Pirineos, las montañas que separan Aragón de las tierras de los aquitanos y provenzales. También escuché hablar sobre la reliquia y del prodigio de su aparición. El deseo de venir a venerarla hizo que me lanzara a los caminos. Ha sido un peregrinaje lleno de vicisitudes del que no me arrepiento, en lo más profundo de mi alma, siento la protección de ese Lignum Crucis. Y la prueba aquí la tenemos, que la Divina Providencia os mandó en el momento

oportuno para que me liberarais —Guillermo parecía despertar de su locura, tanto que se sorprendía con la locuacidad con que convencía a sus nuevos amigos.

—Estaba tan cercano ya el fruto de este largo viaje. Grande era mi desgracia y ninguna la fortuna, la de poseer un salvoconducto que me permitiera una entrada mas fácil. No sabía que hacer en el momento de mi prendimiento y me hice pasar por loco. —Guillermo agachó la cabeza pensativo. Chasqueó con la lengua por mostrarse más compungido.

—Pero ¿sería abusar de su cortesía el que los acompañara? —les dijo con un hilillo de voz.

—No se hable más, vamos allá. —aquel castellano observaba con curiosidad el aspecto del templario, su atuendo y los restos de heridas y cardenales que cubrían su cara y brazos.

—Parece que la vida no te h a tratado demasiado bien.¿O es que lo arrolló algún carro en el camino? —se atrevió a preguntar.

—La benevolencia y la caridad no son amigas de la curiosidad. Y siempre se ha dicho que la ignorancia es más saludable que el talento. Deje que me sienta agradecido por su misericordia y dejemos estar las miserias de cada uno. —y pasándole un brazo por bajo el suyo, hizo ver que necesitaba su ayudaba para caminar.

Al armero se le fueron las ganas de curiosear tras escuchar a Guillermo. Caminaron pesadamente por entre aquellas callejas empinadas. Las casas de adobe enjalbegado, refulgían a la luz del sol, apretujadas sin concierto unas contra otras. El reflejo de su blancura iluminaba hasta el más recóndito rincón. El salvoconducto les permitió ingresar en la mismísima alcazaba. Con lento ademán, un guarda que yacía de costado en un poyo les indicó con desgana el lugar donde la reliquia se encontraba. No tardaron en dar con ella, ya que por su atuendo, reconocieron a otros cristianos que de allí venían.

—Allí, junto a la mezquita, en una pequeña ermita. —les indicaba uno.

Llegados al lugar, se sorprendieron al ver que donde la reliquia se veneraba, era la misma mezquita. Incluso se distinguían algunos muslimes rezando ante ella con inusitada devoción. Un ermitaño cubierto por una casulla roída parecía encargarse de su cuidado. Al verlos, y viendo que eran forasteros, no tardó en acercarse a su encuentro.

—Que Dios les bendiga caballeros. He aquí la prodigiosa reliquia, la que venida de Tierra Santa eligió estos pagos, tierra del Islam, para que fuera venerada. —farfullaba solemnemente.

Con suma cortesía, les invitó a que se descalzaran e hicieran sus abluciones en unas hermosas jofainas. Aquellos extrañados descubrieron sus pies, que, acostumbrados a no ver el agua aparecían malolientes y churres.

—¿Y cómo es que los muslimes también la veneran? —preguntó el toledano.

—El que para nosotros es el Hijo de Dios, para Mahoma es el gran profeta Jesús. Este cadalso que aquí se venera es símbolo de su martirio. Y allá dentro de la mezquita, cercano al mihrab, veneran el prepucio de Hussein, el hijo de Alí, un hombre santo para el Islam. En un espléndido relicario lo hicieron traer de la mismísima Bagdad.

Guillermo fue el primero en traspasar el estrecho umbral que lo separaba del lugar de las abluciones, y que a su vez también daba entrada a la mezquita. Numerosos hachones iluminaban la estancia, tan pobremente ventilada que el olor a incienso y cera quemada saturaba el olfato. Allí sobre un sólido altar de mármol, se erguía un relicario finamente tallado en marfil. Permanecía abierto, dejando a la vista un cofre de plata que contenía la Vera Cruz. Toda ella resplandecía por los engastes de noble metal con los que estaba forrada.

—¡Alabado sea nuestro señor Jesucristo! —dijo el mayor de los castellanos cayendo de hinojos ante la cruz, mientras que sus hermanos y criados lo secundaban.

Guillermo observaba abobado aquel objeto tan deseado y que por su causa tan diversos avatares le había hecho pasar. Se acercó hasta tenerlo al alcance de su mano. Le parecía igual a como se la habían descrito, un mástil con cuatro brazos, los inferiores más largos que los superiores. Su contorno, de metal sobredorado, dejaba ver la naturaleza de su madera, espesa y en apariencia muy vieja. Se postró junto a los demás e intentó orar junto a aquellos. El ermitaño sacó un breviario de entre sus faldones y comenzó a recitar estrofas que aquellos le repetían sonoramente.

Pronto se abandonó el templario a urdir la manera de apoderarse de la reliquia. Un ardor infernal comenzaba de nuevo a borbotear en su interior. Le

subía por el espinazo y le inundaba las extremidades. Hacía que su rostro se sonrojara del paroxismo al que llegaba. Intentó volver en sí y tranquilizarse. No era posible cogerlo por las buenas y largarse. Arrear cuatro tundas a los allí presentes no le conduciría a ningún lado, no daría ni cuatro zancadas antes de que lo atraparan. Permaneció tranquilo, hasta que acabadas las plegarias siguió al ermitaño hasta la puerta.

—¡Qué prodigio es el poder venerar la madera donde nuestro Señor sufrió su pasión! —dijo Guillermo dando conversación mientras se sentaba en un arrimadero junto a la puerta.

—El Padre Celestial lo quiso así. —obtuvo por respuesta.

—Es este un pedazo del mismísimo árbol que el ángel guardián del paraíso dio a Set, hijo de Adán, cuando este se encontraba moribundo. —y al tiempo que lo contaba abría tanto lo ojos que las órbitas parecían salírsele.

—¿Tan antigua es su genealogía? —respondía extrañado Guillermo.

—¿Qué espera de una reliquia como esta? Porque de nada le sirvió a Adán, que fue enterrado en el Gólgota teniendo su hijo a bien el plantar aquel brote junto a su tumba. Fue Salomón el que taló aquel árbol, en aquel tiempo de una altura y robustez extraordinarias, para convertirlo en una de sus vigas maestras del fabuloso templo que construía. Y era tan grande el prodigio de aquel leño, que por mucho que cortaran y midieran su tronco para ajustarlo a la construcción nunca encajaba. O por largo o por corto, sino es que era muy ancho o estrecho.

—¡Qué maravilla! ¡Aquel si que fue un templo portentoso! —

Los castellanos salían y al escuchar la historia se arremolinaron ante ellos por enterarse. El ermitaño continuaba...

—Así que decidieron atravesarlo en un arroyo a modo de puente, por darle algún uso. Pasado el tiempo, llegó a la corte de Salomón la llamada reina de Saba, que es una tierra a la que hay que llegar atravesando Egipto. Aquella reina era una gran maga y tenía grandes cualidades como adivinadora. Sus oráculos eran inapelables, ya que siempre se confirmaban con los hechos. Pues bien, tuvo la visión de ver en aquel madero la muerte del Mesías. Salomón, por juzgar aquel un fin desgraciado y poco honorable para su estirpe, no dudo en ocultar la viga en otro lugar. Pensaba, que el no tenerlo tan a la mano impediría que se cumpliera la profecía. Pero eso

sabemos que es del todo imposible, que para algo la Divina Providencia dispone de todo lo necesario para que lo que está escrito se cumpla. —

—Cierto. —colaboró Guillermo.

—Pasaron cientos de años, hasta que se decidió construir en el lugar donde se había enterrado aquella viga la llamada piscina probática. Un día, de allí emergió uno de sus extremos y todos lo reconocieron y fueron de la opinión, que al contener el madero en su interior había que admitir la propiedad curativa de aquellas aguas.

En tiempos de nuestro Señor, el madero se desprendió del todo del fondo y saliendo a flote no tardó en dársele uso. Fue nefando, pero al tiempo necesario. Su muerte nos redimió y su resurrección es la prueba de nuestra salvación. —Todos escuchaban mudos de asombro el relato, rememorando en la imaginación tales hechos y a tan magnos personajes.

—Caballeros, creo que no habría mejor sitio para pernoctar hoy sino velando la noche junto a este santuario. —dijo Guillermo con toda la solemnidad que pudo.

—No podía escuchar mejores palabras. —decía el mayor de los castellanos y dirigiéndose al ermitaño.

—Es lícito deber del peregrino velar la noche en continua plegaria ante la reliquia, tumba o lugar santo a donde encaminó sus pasos. ¡Qué dice el señor ermitaño! ¿Tendremos que abandonar la alcazaba tras el canto del muecín? El sol no tardará en ponerse...

El ermitaño no dudó en allanar el camino.

—Descuiden, que como que me llamo García, de esto me encargo yo. —

—Mandaré a uno de mis criados por un jumento. ¡Crisóstomo, baja por viandas y lonas con la que calentar el buche y cubrirnos del relente! ¡Cárgaselas a la Bizca! —le gritó a uno de los suyos en medio de grandes aspavientos, que aunque encorvado y arrugado parecía el más presto y vivaracho. El ermitaño se acercó junto a al portón haciéndole un gesto con la cabeza.

—¡No se demore, la guardia es puntual y la oración sagrada!

XXVII

—Ya dije que la empresa no era fácil señor fraile. —decía Al Bata al hospitalario.

—¡No me llames señor fraile bellaco! Que si estuviéramos en tierra cristiana te ponía a rebojo y agua un mes. Soy fray Pedro de Exea. Por su bien, guárdeme el respeto debido. —le respondía furioso. El hospitalario también anhelaba su premio a la vuelta, la empresa no era tarea fácil y soñaba con los honores de alguna comandancia a su regreso.

Estos habían llegado a las inmediaciones de Caravaca al atardecer. Aprovecharon unas anchas pesebreras de piedra para introducirse por la abrupta orilla de un arroyo, que se derramaba de un berrocal con un abundante y sonoro caudal. Chapoteaban por este, buscando un hueco por el que atravesar la maraña de cañizos que tenían delante. El agua ya les llegaba por encima de las rodillas.

—La entrada debe estar por aquí.

—¿Seguro que es este el camino? Además, si tu eres aquí tan forastero como yo. ¿Cómo sabemos que no errarás? —le conminaba Uzal.

—Ya pasé por aquí varias veces. ¡Así que cállate ya la boca sopazas!

Empezó a soplar un viento repentino. Con inusitada rapidez se formó una negra tormenta que acabó por oscurecer las pocas luces que quedaban del día. Un suave barnizo empezaba ya a empaparlos, cuando entre unos espesos helechos el moro se situó junto a una enorme piedra cubierta de musgo. Empujó un grueso pedrusco que al girar mostró varias aristas hechas a cincel, era un enorme rombo que se precipitó hacia el interior de la tierra haciendo bascular un enorme eje de madera que emitió un ronco traquido. Como por

arte de encantamiento, una fina losa cedió hacia el exterior. Tras ella una oscura y estrecha caverna se ofreció ante sus ojos.

—¡Por fin! —exclamó Al Bata.

Tras asegurar el eje del ingenio, sacó de un costal que llevaba bajo las ropas un candilito de aceite, que ayudado de yesca y pedernal, lo hizo prender en un periquete. La entrada era una garganta estrechísima y no levantaba más de vara y media. Tuvieron que agacharse todo lo que pudieron y a cuatro patas se introdujeron en el interior. Las paredes parecían cerrarse sobre ellos, tanto era así que avanzaban rozando los muros y en ocasiones pugnando por no desencajarse los hombros y el espinazo de los salientes que ofrecía la piedra.

—¡Fray Pedro no empuje! ¡Que a cada empellón topo con el trasero del moro y menudos zurruspios asoman de su albornoz! —gritaba Uzal.

—¡La marrana que te parió debió quedarse tranquila! ¡Menudo trijonero cagó! —le respondía enfurecido Al Bata, que tampoco se mordía la lengua.

—¡Silencio de una vez! —les gritó el hospitalario.

No tardaron en salir a una amplia estancia en la que tan solo se escuchaba el repiquetear del agua que goteaba del techo. Al Bata alzo la testa. Un crisol de pálidos destellos brotaban de enormes columnas calcáreas que subían hasta casi fundirse con otras tantas que crecían boca abajo. La belleza del interior los dejó boquiabiertos durante un lapso.

—¡Sigamos! Hay que atravesar la estancia, hasta encontrar un túnel a pico que nos llevará hasta la cima. No debe encontrarse lejos.

Fray Pedro tomó su cayado y comenzó a anudarle un pañete en su extremo. Tomó un poco de aceite de la lamparilla del moro y la untó toda ella,

—¡Ahora préndela! —le ordenó.

La enorme tea iluminó claramente la estancia aunque no se percibían sus límites. Ya empezaban a desesperar, cuando el moro creyó ver un enorme hueco en una de las paredes. Asomó la cabeza mientras alargaba el candil a su interior. La llama iluminó lo que parecían unos burdos peldaños horadados en la roca que ascendían perdiéndose en la oscuridad y escapando de su vista.

—¡Pronto caballeros! ¡Es por aquí!

—Espero que sea el buen camino, aquí no tienes ninguna cuadrilla de

eunucos para que nos rajen el pescuezo. —le amenazó Uzal.

—A partir de éste momento guardar silencio, el aire sopla hacia arriba y se lleva las voces. Si nos descubren, estad prestos a utilizar las armas.

—No me temblará la mano. —afirmó Uzal satisfecho y babeante al saber que podría hincarle el acero a alguno.

La escalera, en extremo tortuosa, subía derecha hacia lo más profundo de la montaña. Había tramos en los que la piedra se intercalaba con la tierra por la que surgían enormes raíces, algunas tan gruesas como el tronco de un hombre. La humedad invadía el ambiente, tan solo renovado por aquel ventorrillo que subía hacia lo alto.

La noche ya había caído en el exterior y los cristianos se habían instalado junto a los muros de la ermita. Habían concertado turnos para los rezos durante toda la noche. Como los que más y mejor sabían leer el relicario eran Guillermo y García, el ermitaño, dividieron la noche en cuatro partes. Al mayor de los castellanos, que le venía justo leer sus apuntes mercantiles y sus cuentas, le extrañaba que aquel indigente supiera de latines, pero más aún, que un mísero ermitaño no solo hubiera memorizado la liturgia, sino que según contó había escrito de su propio puño y letra aquel salterio.

—No imaginaba que supieran de letras. —decía con cierta envidia...

—Lo que más sorprende es que lo haga aquel gallofero que recogimos. —su hermano asentía mientras engullía un mazacote de gachas con tocino.

—A cada cual lo suyo hermano. Que unos cuentan letras, las suman y las disponen, y otros hacemos otro tanto con los dineros, que del mismo modo también se disponen y los suman. —le respondía consolándose.

—No seas cerril, que una cosa no quita la otra. —

Guillermo preparaba en un rincón de la capilla un pequeño banco reclinatorio con algunos maderos y una gran alfombra de lana con la que consolar los huesos mientras se impartía penitencia. Este había convencido al ermitaño de contar con la primera y la tercera de las vigilias. El plan urdido era bien sencillo, aprovecharía la hora en la que los cuerpos yacen profundamente rendidos al sueño para apoderarse de la cruz. Salir no sería difícil, pocos centinelas cumplen debidamente su cometido a tan altas horas y sin un enemigo reconocido a la vista. Son incontables las batallas que se han perdido en la historia a causa de la inconstancia del vigía. Para cuando

amaneciera y el muecín despertara a los creyentes, él ya estaría lejos de allí.

—Ir a comer algo, ya me encargo de terminar de arreglar esto. La noche será larga. —le dijo el ermitaño.

—Y tanto. —pensó el templario.

—¡Crisóstomo! Seguro que el dormir, como otras cosas, ya es algo de poco interés. Supongo que será buen madrugador, así que quisiera me acompañara en la tercera vigilia.

—Deshacerme del viejo me costará menos. —urdía Guillermo.

Discurría la noche y mientras unos oraban, los otros descansaban. Guillermo ya había cumplido con su primera vela. Con los ojos abiertos como platos de pura impaciencia, esperaba su siguiente turno. A su lado resoplaba el viejito, mientras se escuchaba el murmullo aletargador del ermitaño y los castellanos, que ahora desgranaban el canto al Agnus Dei .

—Agnus Dei, qui tollis peccata mundi...

—Parce nobis, Domine.

—Agnus Dei, qui tollis peccata mundi...

—Exaudi nos, Domine.

—Agnus Dei, qui...

De pronto, el ermitaño notó vibrar la pared sobre la que apoyaba su espalda. Con estupefacción, vio como varias losetas de azulejo se desprendían en una sola pieza de la pared. Todos permanecían perplejos, hasta que por encima de ella apareció una llama humeante seguida de un turbante.

—¡Este es el lugar! —dijo Al bata al tiempo que se percataba de que no estaban solos.

—¡Venga sube ya! ¡Estoy harto de este agujero! —le gritó Uzal desde atrás.

—¡Por las barbas del profeta que al que se mueva lo despanzurro! —amenazó ágilmente Al Bata haciendo brillar el filo de un enorme cachicuerno que solo de verlo espantaba.

—¡Serán por las de tu padre, sacamantecas! ¡Por Castilla! —y de un brinco, tomó el de Consuegra el tablero donde se sentaban por un extremo y girando violentamente como una peonza, no solo le hizo tragarse los dientes al moro sino que en el mismo envite derribó al ermitaño y a su hermano que

rodaron por tierra.

—¡Jodido castellano! ¡que os desbarato! —berreó Uzal apartando al moro del boquete. El uno con el madero y el otro con la tea se sacudían hasta que llegando el del hospital, dio por finalizada la disputa ensartando la riñonada de aquel desgraciado repetidas veces. Aquel se giró, y presa de dolor salió bramando de la mezquita sin parar de aullar.

—¡Diantre! ¿Qué sucede aquí? —preguntó Crisóstomo al ver a su señor derramando sangre por todas partes.

—¡Son demonios ayo! ¡demonios que vienen a arrebatar el Santo leño! —le respondió mientras caía a sus pies.

Crisóstomo se presentó a la bulla con un enorme espadón entre las manos en el mismo momento que el hospitalario se escabullía por aquel pasadizo con la arqueta bajo el brazo.

—¡Para mal nacido! ¡Que no me conoces! —y pasando junto al funesto Al Bata, apoyó la punta del mandoble entre sus costillas hundiéndolo entre ellas como si de requesón se tratara. Guillermo entró en la ermita tras los pasos del criado que ya desaparecía por el boquete tras los pasos de Uzal y Pedro de Exea.

—¿Qué es todo esto? —le dijo a Al Bata tomándole la cabeza por los pelos.

—... Nada..., que os ..mporte. —balbuceó, haciendo gárgaras con su propia sangre.

—¡A ellos cristiano, se han llevado la cruz! —le gritó el ermitaño.

—¡Yo os secundo! —le decía el menor de los castellanos, mientras se componía y sopesaba un grueso cirial de forja.

Guillermo tanteó la entrada hasta que vislumbró en la penumbra los escalones que se precipitaban hacia el fondo. Se escuchaba el eco de una carrera atolondrada, golpes, improperios y el trompicar de la colada de Crisóstomo contra la piedra. Sin pensárselo dos veces, se precipitó por aquella escala en sombras. Brincaba por encima de los peldaños, hasta que perdiendo el equilibrio cayó rodando hasta dar su espalda contra un recodo del túnel. Por la violencia del golpe, sintió como si se le quebrara el espinazo, momento en el que el otro castellano pasó por encima de él. Al pisarle la tripa se escuchó:

—¡Diantre, que soy Guillermo!

Y de rápido que se apartó por alzar su pie, le arreó en la cara con el porta cirios.

—¡Por Dios que te he aviado! —dijo el castellano.

—¡Cojones! Me cagon...

Al quedar allí parados escucharon el sonido de los metales en liza. Avanzaron hasta el siguiente recodo, donde se encontraban el felón de Uzal y el fraile hospitalario intentando zafarse del coraje de Crisóstomo. El de Consuegra se abalanzó contra ellos berreando y alcanzó con el cirial al hospitalario, que se defendía daga en mano y capa arrollada hasta el codo. De nada le sirvió, el extremo del enorme candelabro se le hundió en la frente haciéndola crujir. Pedro de Exea se hincó de rodillas. La mirada se le extravió al tiempo que dejaba resbalar de su mano la arqueta de la Vera Cruz.

—¡Hijos de perra! —les gritó Uzal mientras escapaba a la carrera.

—¡Ya os ajustaré las cuentas!

—¡Cuando quieras rufián! —le respondía Crisóstomo.

—¿Qué le parece señor de lo que es capaz este viejo?

—Déjate de paparruchas Crisóstomo y coge la cruz. Volvamos ya, Serafín está que se muere.

A toda prisa se encaminaron de nuevo escalera arriba. Guillermo quedó allí, de pie y estupefacto. No sabía que hacer. Tendría que demostrar ante el cadí que nada tenía que ver con el intento de robo. Menudo embrollo, no era una simple reyerta, era un lugar religioso y había sangre de por medio.

Las voces de los centinelas resonaban en la oscuridad. No titubeó más y salió de aquella caverna siguiendo los pasos por donde escapó Uzal. Se guió por el frescor de la madrugada que insuflaba aire al interior. Alcanzó la salida, todavía era noche cerrada. Observó el firmamento, repleto de estrellas y acostumbró la vista hasta dar con el arroyo, intuyendo que sería la mejor ruta a seguir. A lo lejos le llegaba el rumor de la carrera de Uzal, que entre la espesura del bosque ya ponía pies en polvorosa.

Sobre la reliquia, las autoridades religiosas coligieron que saliera de su recinto sagrado. Se la declaró como indigna de su origen e impura, ya que se había derramado sangre por su posesión. Así que a partir de aquel día, y por evitar hechos tan enojosos como los sucedidos, se guardaría en la misma

alcazaba. Las autoridades no querían despreciar el interés por la venida de los peregrinos cristianos, su afluencia era cada vez mayor. Dieron orden para que la entrada de cristianos solo se permitiera durante las horas de sol y su adoración debería realizarse a través de una ventana guarnecida por gruesos barrotes. El ermitaño cumplió una dura penitencia civil en los calabozos del cadí durante algún tiempo. Cuando volvió todo a un orden, y parecía que se había olvidado ya el incidente, fue restituido a sus quehaceres. Eso ocurrió mucho tiempo más tarde, cuando el rey castellano Alfonso el Sabio sus templarios fueron los custodios del santuario. Y gracias a la intercesión de aquellos mercaderes de Consuegra que de tanto en tanto visitaban la tumba de Serafín. Su cuerpo, que se hallaba sepultado junto al murete del cementerio agareno, fue trasladado a lo alto y allí vuelto a enterrar junto a la ventana de la adoración.

XXVIII

Guillermo encaminó sus pasos hacia el norte, buscando los senderos más apartados. Entre montañas y peñas, tratando de evitar tropezarse con nadie y alcanzar la costa. De día se dirigía hacia el orto y cuando llegaba la noche hacia el norte. Ya encontraría allí algún puerto donde tuvieran comercio con cristianos y topar con algún mercader con el que pudiera hacer el viaje de retorno. De nuevo se había convertido en un menesteroso al que no le quedaba otro remedio que comer frutos y yerbas silvestres, y aprovechar cualquier ocasión y descuido para tomar a hurtadillas algún alimento de mayor enjundia, como frutas y verduras de los misérrimos huertos y cercados por los que pasaba. Una tarde vislumbró por fin el mar desde un altozano y hacia allí se dirigió.

La mar se debatía con fuerza en demasía, provocando un rumor ensordecedor a medida que alcanzaba la orilla. Era una costa pedregosa y abrupta que de tanto en tanto se intercalaba con escuetos arenales. No se atisbaba el menor signo de vida humana por ningún lado. Descendió hasta alcanzar la orilla. El fuerte viento de levante arrancaba una fina lluvia de las crestas de las olas. Guillermo se empapó en ellas, indolente y despreocupado, parecía disfrutar de aquella placentera sensación. De pronto, entre aquel maremagno, distinguió una enorme almadía donde dos hombres luchaban por hacerse con el esquife. La mar los arrastraba sin remisión contra los afilados riscos de la orilla. El velamen colgaba desgarrado de un extremo del mástil, y los largos bicheros que manejaban poco podían mandar contra aquella furia marina. Guillermo observó un pequeño recodo, donde una ribera empinadísima formada por regulares cantos rodados permitía el acceso al

agua. Se situó allí gritando y gesticulando por ver si aquellos eran capaces de llegar a aquel lugar.

—¡Eh, eh! ¡Aquí, aquí!

Finalmente lo vieron y forzaron con las perchas la dirección que les indicaba. El encontronazo dejó clavada la balsa entre los riscos. Los hombres cayeron al agua nadando con brío por no desmenuzarse contra las piedras. Milagrosamente, alcanzaron el lugar donde el templario con el agua por la cintura y aguantando el embate, logró asirlos y ponerlos a salvo. Sus cuerpos desnudos mostraban una piel azulada que pronto empezó a cubrírseles de sangre. Las enormes astillas desprendidas de los troncos de la almadía habían asaeteado sus espaldas.

—*Mirk ,Ala .. Wad...* —decía con un hilo de voz el de más edad.

—Ya estáis a salvo, tranquilos.

—*Mirk, Ala wah.. dnej .. Mahmad asd...* —decía de nuevo.

El más joven permanecía inerte. Guillermo intentaba en vano que volviera en sí, le presionaba sobre el estómago, le alzaba los brazos y aquel no se movía. Hurgó en su boca, extrayéndole una madeja de algas que al parecer lo asfixiaban. Empujó sobre su espalda, haciéndole vomitar el agua que embotaba su garganta. El joven tosió violentamente. Abrió los ojos y tomando aire comenzó a proferir gorgoteos y un fuerte silbido. El otro se arrastró hasta él y asiéndolo por las pantorrillas comenzó a llorar.

Guillermo se sintió bien, hacía tiempo que no experimentaba esa sensación. Le pareció que aquellos dos debían ser pescadores, y así era. Padre e hijo se dedicaban a soltar trampas junto a la abrupta costa, lo suyo era andar en busca de langostas, meros y congrios que se ocultaban en las pequeñas cavernas sumergidas de los acantilados. Ya repuestos, le mostraron los restos de los aparejos que la mar comenzaba a escupir a la orilla. Por señas le intentaron explicar su práctica. Le obligaron, más que rogaron, que los acompañara y tras andar un buen rato llegaron al mísero poblado donde vivían. Allí se agrupaban algunas casas de burdo adobe y techos vegetales. Tenían más el aspecto de cobertizos para animales que de vivienda humana. Los vecinos salieron alborozados al verlos, hartos por la espera y habiéndose temido lo peor. Pronto contaron quién había sido su salvador, así que el templario fue agasajado con su hospitalidad.

A Guillermo le dieron alojamiento en una de las chozas que al parecer, se utilizaba para almacén. Enormes cojines sobre un mar de alfombras, que aún viejas y desgastadas no ocultaban su calidad y la originalidad de sus trenzados. Llegada la noche, la Luna resplandecía y una hoguera prendida en medio de la aldehuela convocó en su derredor a los escasos habitantes. Su calor confortaba a los presentes y su inconstante fulgor invitaba a la melancolía. Las brasas se apartaban y se suspendían sobre ellas pequeñas marmitas de cobre que pronto comenzaron a humear. La vuelta a la vida de aquellos míseros pescadores fue celebrada con la totalidad de lo poco que se poseía.

Aprovecharon ese tiempo para intentar conversar, por lo que Guillermo descubrió extrañado que su lengua no era ni el puro árabe ni la algarabía. Se intentaban hacer entender con el templario mediante señas y gestos, dibujando sobre la arena objetos y lugares. El tono azulado de su piel volvió a llamar la atención de Guillermo. Al parecer, los más viejos llegaron a España como tropa auxiliar del último emir almohade de Sevilla. Sus familias eran pastores nómadas que vivían tras las montañas de Marruecos, en una región desértica donde las montañas son de arena. No era Alá su dios, ni querían saber nada de Mahoma, cosa que lo maravilló.

—¡Tuareg, tuareg! —exclamaban golpeándose el pecho.

Lo cierto es que habían sido abandonados a su suerte, añoraban la carne del cordero y la leche de cabra que no veían más que de tanto en tanto. Y si no fuera por que el hambre fuera la moneda de cambio, hace tiempo que ya hubieran dejado de comer pescado.

—Mejor es eso que nada. —les razonaba un gesticulante Guillermo.

La verdad es que aquellos caldos calientes de higos endulzados con miel y el pescado asado reconfortaron su cuerpo sobremanera. Acabado el festín, se retiraron todos a sus chozas en busca de descanso. Ya creía Guillermo que iba a caer dormido, cuando escucho un leve susurro junto a la puerta de entrada de aquella enorme barraca de barro. Ante él se recortaba una figura, oscura, de la que pronto resbaló su vestidura dejando a la vista su desnudez. Guillermo se irguió. Al llegar a su altura, descubrió a la tenue luz de la noche que junto a él tenía el esbelto cuerpo de una de las mujeres que poco antes cenaban cerca de él. Y juraría que era la que parecía esposa de Mirk, el joven

que rescató.

—¡Mirk! ¡Mirk!.— gritó Guillermo. Aquel apareció en un santiamén, haciéndole indicación de pleitesía con sus manos, mientras aquella introduciéndose bajo sus ropas, lo atenazaba con sus extremidades. Cerró los ojos y dejándose llevar pensó. —Bendita hospitalidad la de estos africanos. —

Los días se sucedían para Guillermo en aquel rincón de la costa, nunca sucedía nada extraordinario salvo la visita de aquella hembra, que periódicamente yacía con él. A la obsequiosa hospitalidad del primer momento, le siguió el colaborar en la comunidad como un miembro más. Como de artes marinas poco conocía, se le daban hojas de palmito para anudarlas y confeccionar con ellas los burdos cordajes que servían para fijar las trampas, o también acondicionar las techumbres vegetales de las cabañas.

Siempre le indicaban hacia las montañas, era como que alguien llegaría y que junto a aquel podría partir. Y así fue, pasado algún tiempo llegó hasta allí por un estrecho sendero un agareno que nada tenía que ver con la raza de estos y que se entendía con ellos también por señas. El enorme carretón que llevaba iba tirado por una recua de mulos. Los arreos eran gruesas maromas y el carro parecía hecho para soportar más de mil libras de peso. Su mercancía se hallaba cubierta por una enorme lona de cueros. Enormes bloques de hielo se alineaban en el interior, todos ellos separados por espesos haces de paja. En un enorme hueco, a modo de arcón, introdujeron el producto de la pesca del día. También intercambiaron un enorme barreño, el de los pescadores repleto de peces vivos y el del mercader lleno de legumbres, como pago por todo aquello.

Guillermo masculló algunas palabras en algarabía. El carretero hizo una indicación y este se acomodó sobre uno de los gruesos pértigos, anchos como vigas. Los Tuareg lo despidieron como si de un familiar se tratase.

XXIX

No le faltó ni ingenio ni habilidad al infame Uzal de Llívia para escabullirse, ni tampoco erró en encontrar el lugar donde habían ocultado el dinero días antes. Era suficiente como para cubrir sobradamente el más caro de los retornos. Sus ojos brillaban de codicia, aún le sobraría un buen puñado de besantes que embolsarse.

—No hay mal que por bien no venga. —pensó. En un par de jornadas se plantó en el puerto de Cartagena, donde pacientemente esperó en la taberna del renegado por ver de poder embarcarse hacia el norte.

—¿Dónde dejaste a tu compinche? —le preguntaba inquisidor.

—Por eso no te preocupes. A no ser que quieras buscarte problemas. —contestaba irónico y altivo. Su defensa ante lo adverso era no mostrar nunca un atisbo de debilidad.

—¿Cuándo volverá la nave de los genoveses?

—Hum... A más tardar, unas dos semanas. En esta ocasión no navegaron muy lejos. Cedió Zayyan al asedio cristiano de Valencia y los genoveses navegan ahora desde el puerto de Denia. Han ido allí a ofrecer pasajes, cada vez son menos los que confían en el poder de Zayyan. Hay muchas familias que parten de allí hacia el sur y hacia Túnez en busca de una nueva vida. Venden sus pertenencias y propiedades por muy poco con tal de marchar cuanto antes.

—Me perdí la toma de Valencia y ahora me perderé la de Denia. —se lamentaba Uzal con fastidio. El tabernero entendió en seguida su gesto.

—No hubieras sacado provecho, Valencia no se tomó al asalto. Ni hubo botín ni hubo pillaje. Fueron más de cincuenta mil los que salieron de la

ciudad antes del tercer día de su rendición. Tomaron con ellos todas las pertenencias que pudieron. Se respetó a todo aquel que quiso quedarse.

—¡Pues vaya! —contestó contrariado.

—Ese Jaime de Aragón es harina de otro costal, que si por otros fuera...

Uzal tuvo que esperar más tiempo del que creía. Cinco veces vio renovarse la luna hasta ver llegar la nave italiana. Negoció un buen precio con aquellos viejos conocidos, contándole menos que más el relato de lo sucedido. Del pago de lo acordado a la vuelta, que ya hablarían con el castellán hospitalario o con el obispo de Tortosa y que del fraile y el moro que poco sabía, todo fuera que estuvieran muertos.

Primero llegaremos a Denia, no puedo asegurar que sigamos más al norte esta vez. —confirmó el italiano.

—Ya me imagino.

Los genoveses no se fiaban mucho de lo que contaba pero al menos lo tenían en su poder. Ya aclararían el embrollo con el castellán de Amposta y terminarían por cerrar el negocio. Uzal se acomodó en una pequeña cabina que tan solo incluía un jergón desmochado, pared con pared con el de los mercaderes. Allí se tumbó a la espera del comienzo de la singladura.

Mientras tanto, el templario no conocía el tedio en su camino hacia el norte con el heladero, ya que con muy buena voluntad por las partes mantenían largos coloquios. Al parecer aquel hombre disponía de grandes neveros en las montañas repletos de nieve. Pasaba los inviernos en las cumbres de las montañas, recogiendo nieve y dedicado a prensarla y acondicionarla. Al final, lograba convertirla en espesos bloques de hielo que, llegados los primeros calores, los cargaba el carro y bajaba hasta la costa para venderlos. Aprovechaba además el itinerario para acarrear algo de pescado con el que también comerciaba. El pescado acababa por quedarse tieso como témpanos en menos de un día. Guillermo se maravilló. Por la noche, aquel se entretuvo en prepararle todo tipo de sorbetes al cual más refrescante. Hervía hierbas y flores, añadía un poco de miel, y con ese destilado concentrado machacaba en un pozalito de cobre unos trocitos de hielo.

—Pues yo... —y le hacía la señal de la cruz con las manos mientras se golpeaba en el pecho.

—Sí, sí, sí... —asentía el otro dando enormes cabezazos.

—Cuando lleguemos a Denia, yo... —y formaba ondulaciones en el aire imitando el oleaje.

—Sí, sí, sí. Aragón, Aragón. —le contestaba.

Y así continuaron los días, Guillermo colaboraba en todo lo que podía, sobretodo cada vez que llegaban a un poblado: se encargaba de machacar el hielo hasta hacerlo polvo y partía el hielo en trozos con una enorme tajadera montada sobre una gruesa bisagra. También. Luego le añadía miel y zumo de limón y lo batía en un pequeño barreño. El agareno se hartaba de berrear el nombre de la golosina, algo así como *xarap*, *xarap*. No tardaba mucho en agotarse.

Por fin una mañana vislumbraron una enorme mole de piedra que se erguía junto al mar.

—¡Mont-go! ¡Mont-go! —decía aquel indicándole la montaña, con el dedo. No entendía la razón por la que demostraba tanta efusividad en hablar de una montaña. Guillermo conocía el muchas montañas con nombre, como el famoso monte Ararat, allá donde encalló Noé su arca o el mismísimo monte Olimpo, morada y complejo lupanar de los dioses aqueos. Pero nada conocía de aquel lugar, y si estaba bautizado por algo sería. No tardaron mucho en rodearlo apareciendo Denia recortada contra el mar. Una sobria fortaleza bien amurallada coronaba la ciudad.

Denia poseía un espléndido puerto natural muy bien aprovechado. Sus enormes atarazanas y la febril actividad que concentraban sorprendió gratamente a Guillermo que nunca en su vida había visto nada igual.

—Seguro que aquí encontraré algún batel que navegue hacia el norte. —pensó. Se despidió del heladero con un efusivo abrazo. Aquel le entregó unos pocos dirhams que Guillermo intentó en vano rehusar.

Se encaminó por la orilla del puerto, espléndidamente tallado en la misma roca que bajaba desde la montaña. Los bajeles de más porte, se hallaban en un impresionante pantalán de piedra de majestuosa fábrica que se adentraba algunas varas en el mar. Por lo menos cincuenta. Mientras llegaba a aquel lugar, observó justo al otro extremo los pequeños esquifes y chalanas que permanecían amarrados a la pedregosa orilla. Sus marineros se afanaban en preparar complicadas artes de pesca y remendando enormes redes de cáñamo.

El colorido y variedad de los navíos que allí se encontraban, llamaron la

atención del templario, era la primera vez que se encontraba en un lugar como aquel. Tres enormes galeras trirremes evidenciaban su porte guerrero por los numerosos centinelas que la velaban. Sus amenazantes mascarones de proa y los variopintos pendones de guerra que pendían de sus jarcias los hacían si cabe más temibles. Una muchedumbre de galeotes encadenados junto a los bancos, dormitaban sobre los remos o jugaban a burdos entretenimientos sobre el madero de su condena. Caminaba hacia el final del espigón, cuando escuchó parlotear algo que no era ni occitano ni algarabía a unos marineros que se afanaban en la cubierta de un carabelón de recia compostura. Al quedarse parado observándolos, estos le hicieron ademán de que pasara a bordo.

—¿Dónde está el patrón? ¿Viaja esta embarcación al norte?

—*Sí, Ebussus, poi Barcino*. —Al tiempo que le señalaban una entrecubierta que se hallaba bajo el alcázar. Se dirigió allí bordeando las enormes trampillas que abiertas ofrecían a la vista el interior del sollado desbordado de fardos y grandes cajas de madera. La puerta se hallaba entreabierta y en ese momento salían dos hombres que toparon de cara con el templario.

—¿Quién sois? Vuestro rostro me es familiar. —Guillermo reconoció en seguida a los mercaderes genoveses que conoció en Valencia.

—Claro, con este pío cristiano nos topamos en la basílica de San Vicente. ¿Qué hacéis por aquí? Parecéis un pordiosero. —apuntó el bisojo mirándolo de arriba a bajo.

—Este... es que es largo de contar, pero lo que busco es pasaje hacia el Norte. No tengo con que pagaros. Con esto no me alcanza. —y les mostró las pocas monedas que poco antes recibió del heladero.

—Con esto te daremos que comer. —dijo tomando las monedas.

—El pasaje lo pagarás trabajando. Además de las tareas de cubierta, medirás aquellos rollos de tela. Con esta vara. —y le tendió una barra de bronce marcada.

—Hay más de un millar.

—Se lo agradezco señores. —al tiempo que inclinaba la cabeza. Ya se marchaba cuando aquel le volvió a increpar.

—Un momento, antes de empezar quiero saber como se llama y que le

trajo hasta aquí. Y cuidado con contar alguna patraña. Hoy estoy de mal humor.

—Pues... Soy Guillermo... de Valencia. Me mandaron a tratar con los salineros que hay más al sur y no pude cumplir mi cometido. Los de más al norte de Valencia no son capaces de suministrarnos a causa de las correrías de los señores de Aragón. Antes de poder cumplir con mi cometido me asaltaron en el camino y milagrosamente logré sobrevivir. —les contestó titubeante a la vez que se persignaba varias veces. Aquel quedó poco convencido.

—Bueno, ya puedes empezar. Aquel del alcázar es el piloto y capitán. A él te debes. Las comidas y el descanso en el pañol de proa.

XXX

Guillermo se sentía afortunado. Libre de los pesares que durante todo este tiempo le habían atormentado y a punto de volver a Aragón. No pasaron ni dos días cuando la embarcación partió. Numerosos bateles del puerto se amarraron a las cornamusas de babor y comenzaron a tirar a fuerza de remo. El bajel se movía pesadamente, enfilando hacia la bocana. A última hora le habían enganchado una gabarra repleta de cubos de piedra tosca que se extraían de unos acantilados cercanos para acercarlas a una coca que esperaba fuera del puerto. Tanto se atocharon los cabos por el peso que arrastraban, que una vez fuera de la rada no había manera de deshacer los nudos.

—¡Venga Guillermo! ¡Afánate o dales un tajo! —

En ese momento se volvió y quedó inmóvil al ver a Uzal de Llívia salir por una puerta contigua a la cabina de los genoveses. Cortó los cabos y bajó al sollado a continuar midiendo.

—Otra vez ese mal nacido, no puede ser cierto. Si me descubre, hará que me tiren por la borda. —pensaba aterrado.

Los días se sucedían, la navegación era ligera y la mar estaba serena. Guillermo andaba con un abultado turbante envuelto en la cabeza y que con alguna habilidad hacía que le cubriera medio rostro. Intentaba así evitar ser reconocido por el sicario de los hospitalarios.

Llevaban ya una semana de singladura y ya habían sobrepasado las islas Serpientes enfilando hacia el puerto de Barcelona, cuando el destino hizo que se le ordenara a Guillermo adecentar las cabinas de Uzal y de los genoveses. Empezó por la de los mercaderes, por ver si de la otra saldría el sicario a tomar una bocanada de aire y aprovechaba el momento. Agotó tanto como

pudo el tiempo hasta que casualmente lo vio salir, momento que aprovecho sin vacilar. De repente escuchó vocear su nombre desde el alcázar. Guillermo se giró y vio al piloto indicándole que se acercara. Al subir al alcázar encontró al piloto manejando la caña, ordenándole que acercara un pozal con agua al hombre que permanecía de costado sentado en el aliviadero de babor. Era el mismísimo Uzal el que allí se sentaba y descargaba al mar

—¡Trae ese pozal! ¿Qué ponéis a cocer en la marmita? ¿Las ratas que encontráis? ¡Llevo tres días con los intestinos desbaratados! ¡Trae más agua!

Uzal se levantó mientras se anudaba los pañetes y se ajustaba unas calzas atacadas. No más alzó la cabeza, reconoció la mirada del templario. De un manotazo le hizo saltar el turbante.

—¿Qué narices es esto? —Y le atizó otro sopapo que lo desbarató contra el suelo.

—¡A mí, a mí! —gritó.

—¿Qué sucede? ¿Qué significa éste motín? —gritó el piloto intentando apartar a Uzal de encima de Guillermo. Pronto se formó un corro por el que apareció el mayor de los genoveses.

—¡Este hombre es un asesino! —le dijo Uzal al bisojo, sin soltar la mano con la que atenazaba el cuello de Guillermo.

—¿Cómo?

—Sí, este hombre mató a fray Pedro de Exea, el caballero hospitalario que me acompañaba cuando nos desembarcó en Cartagena hace unos meses. —

Guillermo se escabulló de la mano que lo oprimía, se levantó y se estiró un poco su escaso atuendo. El pánico lo inmovilizaba por momentos mientras asistía a su acusación.

—¿Qué es esto? —en eso que llegó el otro hermano.

—Dice el señor Uzal, que este hombre mató al fraile Pedro de Exea, aquel que lo acompañaba en el último viaje que hicimos a Cartagena. —le respondió el piloto.

—¡No! ¡No! —decía Guillermo con una vocecilla que no lograba despertar.

—¡Es eso cierto! —le gritó Uzal a Guillermo. Se giró y tomó a los genoveses por los hombros susurrándoles.

—El es la causa por la que no cobrasteis la parte convenida. Mató a fray Pedro y al moro Al Bata.

El genovés hizo indicación a dos de sus marineros.

—Bajadlo a la sentina y apartad la escalera. De ahí no escapará. Los Jurados de la ciudad se encargarán de él cuando lleguemos a Barcelona.

—¡Soy fray Guillermo Sargantana, caballero de la orden del Temple en Aragón! —se atrevió a gritar Guillermo con desesperación. Mientras el genovés, se asomaba por el bordaje y le daba respuesta.

—¡Eres un farsante y un impostor! ¡Pagarás por ello! —le respondió.

Al escuchar Uzal aquellas palabras, pronto le vino a la memoria aquel caballo marcado con el hierro del temple que ramoneaba en las cuadras de San Vicente. Ahora ya sabía que Guillermo buscaba lo mismo que él.

Y así transcurrió la travesía, Guillermo atrapado como estaba mientras el endiablado de Uzal no cabía en sí de ver al causante de su ruina preso y con un futuro incierto. Los mercaderes decidieron acortar la travesía y dirigirse prontamente hasta Barcelona. Y llegó el día que apareció el monte que llaman Mont Juiç, y luego la hermosa iglesia de Santa María dominando el puerto de la ciudad. La navegación se hacía complicada a la entrada de su dársena. Infinidad de esquifes circulaban enredados en las maniobras de navíos de variadísima hechura y procedencia. Algunos marineros graznaban sus servicios desde viejos bateles repletos de remeros.

—¡Cinco sueldos! ¡Porte y amarre! —repetían.

Guillermo esperaba esperanzado la arribada. Una vez tuviera noticia la casa de la Orden templaria en la ciudad, no tardarían en tomar cartas en el asunto y hacerse cargo de él. No imaginaba Guillermo cuán lejos estaba de lo que en realidad le acontecería.

Una vez realizado el atraque, no tardó mucho tiempo en llegar un alguacil que maniatándolo, lo condujo un pequeño bastión que daba entrada a la ciudad.

—Esto no quedará así. —dijo Guillermo amenazante a uno de los genoveses que observaba su prendimiento.

—¡Calla desgraciado! ¡Tienes tu pellejo en juego y te preocupas por el ajeno! —le contestó.

Una vez en aquel torreón, tomaron nota de quién decía ser, mientras Uzal

y los mercaderes hacían recuento sobre las acciones de las que se le acusaba. El pérfido Uzal omitió cualquier comentario sobre su sospecha de que el reo perteneciera a la orden del Temple.

—Que lo liquiden cuanto antes, que no hay mejor culpable que el muerto, ese ya no habla. —pensaba.

—Así ya podrán luego los mercaderes cobrar alguna cosa, sabiendo quién fue el culpable del entuerto y encima ajusticiado.

Durante algunos días, Guillermo permaneció encerrado en una jaula en la que justo le venía tenderse. Tanto fue lo que Guillermo insistió sobre su pertenencia a la Orden del Temple y su condición de caballero, que se le pidió que lo probara. A lo que Guillermo solicitó la presencia del Prior de la comandancia del Temple en la ciudad para darle la prueba. Se le fue a dar aviso y solicitó que quedaran a solas. Sin nadie que los acompañara, Guillermo se acercó al templario susurrándole al oído ciertas palabras. Aquel no parecía entender, pidió entonces una tablilla de cera y un punzón donde poder escribir. Garabateo en ella lo siguiente:

Quod est inferius es sicut quod est superius
et
quod est superius es sicut quod est inferius

Mostrándoselo al fraile, aquel esbozó una mueca y Guillermo suspiró de alivio.

—¡Es cierto que este hombre parece pertenecer a nuestra orden! ¡Nosotros nos ocuparemos de su custodia y juicio de los cargos de los que se le acusa! —pronunció el prior.

El alivio del templario no le duró mucho, ya que pasó de un encierro a otro. En la comandancia de la ciudad se le habilitó una celda a modo de prisión. Disponía de un buen camastro y se alimentaba con la misma cadencia y calidad que los demás monjes. Al día siguiente de su arribada, se le tomó declaración por los cargos que se le acusaba.

—¡Fray Domingo de Alcorisa, prior y comandante de Barcelona le tomará su testimonio de los hechos que se le acusan! —voceó el clavero, que por ser el único conocedor de latines y letras en la casa, haría las veces de

secretario.

—¡Permanezca en pie mientras se le hable! —El prior, sentado en un butacón frente a él, se hacía acompañar de otros dos caballeros que permanecían en pie un tanto alejados del grupo. Las palabras resonaban en la estancia.

—Los cargos de los que se le acusan son gravísimos. Tiene la fortuna de pertenecer a la orden, de otro modo estaría pudriéndose en los calabozos del Justicia de la ciudad. ¿Su nombre es Guillermo Sargantana y afirma ser caballero de la encomienda de Gardeny?

—Sí señor, tal como comuniqué a mi llegada.

—Hemos cursado la consulta a su convento. —tomó un legajo que comenzó a observar con detenimiento. Aparentando su supervisión, el prior le alargó al escribiente el escueto pliego para que lo leyera. Untando la pluma con parsimonia en el tintero, comenzó a transcribirlo.

—La denuncia nos llega por mediación de don Uzal de Llívia, que dice ser comisionado del obispado de Tortosa. En el escrito ante el Justicia declaró que el último día del pasado mes de enero el caballero de la orden de San Juan del Hospital, fray Pedro de Exea, que se encontraba en embajada ante el rey de Murcia, cayó asesinado por su causa en la alcazaba de Caravaca...

—¿Es eso cierto? —le inquirió el prior, mientras que el otro untaba la pluma con parsimonia en el tintero y comenzaba a transcribirlo.

—Creo entender que aquel hombre era caballero por lo que escucho, puedo decir que murió, como también murieron otros a manos del que ha denunciado y de sus compinches.

—No es asunto nuestro, otras causas distintas de las que se le acusa —le respondió tajante.

—¿Qué hacía en un lugar tan alejado de su encomienda?

—Por mandato de fay Astruch de Clairmont, comandante de la encomienda de Gardeny, marché a Caravaca en busca del madero de Cristo que allí se venera desde su aparición. —respondió con aire estoico ante el estupor de los dos monjes que lo interrogaban.

—Clavero, tome nota de lo dicho... Siga.

—Solo he de decir, que presencié la muerte de aquel fraile, pero que ni fragüé su muerte ni nada le hice.

—Por nuestra parte, y según las reglas de disciplina conventuales, permanecerá en la celda sin derecho a comunión, queda prohibido que ningún hermano le hable, ni que se le bendiga ni su persona, ni lo que coma. Y esto por que una oveja enferma no ensucie las demás. Así hasta el día que parta a Monzón para su juicio.

Pasaron así algunas semanas en soledad absoluta. Guillermo descendía hasta sus interioridades. Buscaba respuestas en aquel profundo silencio. Pasado el tiempo se le suavizó la norma, permitiéndosele salir al oficio de maitines. Pero solo del domingo, y más por penitencia que por piedad. Además, no se le permitía estar con los demás, sino encerrado tras las rejas de una capillita situada en el ambón de la iglesia. Una tarde, llegó fraile clavero de la casa, para decirle que partiría a la mañana siguiente. Le confirmó que finalmente se celebraría juicio. Decía que los sanjuanistas estaban deseosos de venganza. Le confirmó que tal como le había ya anunciado, el juicio tendría lugar en la poderosa encomienda de Monzón, cabeza de la orden en Aragón.

XXXI

No lo cargaron con grillos bajo la promesa de conducirse con docilidad durante el viaje. Partió de Barcelona acompañado por un viejo fraile que ni recordaba el día que ingresó en la orden. Un par de peones se encargaban de su custodia. A lomos de recios percherones y deteniéndose para dormir lo justo, a Guillermo el camino se le había hecho en exceso tedioso, ya que aquellos habían cumplido a rajatabla el mandato de no conversar con el procesado. Pasado el tercer mediodía, apareció sobre el horizonte el espléndido cerro que sustenta la fortaleza de Monzón.

Guillermo conocía la importancia de aquella encomienda templaria. Había escuchado sobre su protagonismo cuando en ella llegaban a celebrarse las mismísimas Cortes de Aragón. En la lejanía, transmitía una gran solidez y majestuosidad. Conforme se acercaban comenzaban a distinguirse decenas de pendones con los colores del rey y de la orden del Temple ondeando orgullosos sobre sus torreones y baluartes. El fraile que lo custodiaba rompió sus silencio relatando los pormenores de su historia, como que había sido la primera residencia real de don Jaime cuando llegó a Aragón tras su largo cautiverio en manos de los francos.

Atravesaron un portón que daba acceso al primer recinto amurallado. Guillermo quedó asombrado por el enorme espacio que contenía. Su interior era suficiente para dar refugio a la población de una ciudad entera. Además de la enorme torre de homenaje, aparecían diseminadas otras construcciones de importancia y de hechura sólida y potente. Talleres, almacenes y dependencias para tropa se adosaban a lo largo de la muralla. Se escuchaba el bullicio y sonido de sus oficios, a los que se sumaban los procedentes de una

ladera próxima a la barbacana de entrada. Unos corrales donde se ensayaban lances de adarga y espada contra espesos monigotes de estopa que hacían las veces de enemigos. De sopetón, fue asido por dos peones que lo hicieron desmontar. Casi en volandas, lo llevaron hasta una de las grandes torres que se elevaban en aquel inmenso patio de armas. Una vez en el interior, bajaron por una escalera de caracol que conducía a las mazmorras. El lugar parecía un gran aljibe y allí lo cargaron con cadenas, aherrando uno de sus extremos a un ancha argolla que pendía a la entrada. Débiles haces de luz penetraban por diversos conductos y canaletas practicados en las paredes que inútilmente ahuyentaban la penumbra. Empujaron a Guillermo hasta un ahujero de no más de cuatro palmos de ancho.

—¡Cuidado! ¡Hay un salto! —y al tiempo que lo empujaban Guillermo brincó al interior.

—Luego te traeremos algo de comer y un jergón donde tumbarte. —le dijeron.

Guillermo pensaba sobre todo lo que le había sucedido y sobre las razones de su desgracia. Todo lo que hizo fue seguir las órdenes e instrucciones que le confió su superior de Gardeny. Y aquella espada bautizada..., Metatrón. Era maldita, ya se deshizo de ella, pero intuía que la perfidia que emanaba de ella le perseguía.

—¿Es posible que las órdenes que recibí no fueran las realmente correctas? ¿qué fueran otros los que me hubieran utilizado para conseguir sus intereses? —y mientras razonaba esto le venía a la memoria el recuerdo de su ordenamiento por aquellos caballeros venidos del norte.

—Hay algo oscuro en todo ello. Si el rey conoce de la necesidad de obtener la reliquia ¿Por qué andan hospitalarios tras ella? O peor aún, parecía que el comandante de la casa de Barcelona nada entendía de este asunto.

Llegada la noche volvieron otros. Esta vez eran sirvientes que le traían un haz de paja, una vieja catifa de albardín raído y una gruesa manta de lana en la que no vaciló en enfundarse. Un tazón de humeante sopa, agua y pan completaban aquel ajuar carcelario. Guillermo hizo sopas en el caldo que pronto engulló. Luego se arremolinó en aquel lecho y durmió.

Caminaba por un sendero, de tierra rojiza y repleto de diminutas flores blancas de manzanilla, retamas y tomillo. El sol brillaba con especial

intensidad, solo algunas aborregadas manchas blancas se alargaban en el azul del cielo. Como contrapunto, la visión de una sierra gris que recortaba sus picachos en el horizonte. Escuchó un silbido, suave y atrayente que desde un grupo de cercanos tejos llamaba su atención. No dudo en satisfacer su curiosidad. Se acercó y observó que ante aquellos árboles se extendía una charca de un añil intenso que por su color debía ser profunda. En un extremo, dos grandes peñascos rojizos cubiertos de musgo y líquenes, de los que se derramaba una impenetrable vegetación. El agua manaba a sus pies. Aquella laguna no rebosaba ni sus aguas discurrían por torrentera alguna, parecía que eran engullidas de nuevo por la montaña. El silbido cesó una vez llegó frente a ella. Cerca de la fuente y recostada junto a la orilla, asomaba el cuerpo de una doncella que en pausados movimientos peinaba su larga cabellera. Estaba de espaldas a él, ignorando su presencia.

—Debes cumplir tu destino. No te demores y sigue el camino. —sonó en el interior de su cabeza.

—¡Eh! ¡Hola!

Quería gritar pero su garganta no respondía, aunque escuchaba el retumbar de las palabras en su interior.

—Escapa de la oscuridad y serás portador de la luz.

—¿Quién eres? ¿Qué lugar es éste donde me encuentro?

—Aquí volverás y de aquí partirás a cumplir tu destino. —

Aquella doncella volvió su desnudez hacia Guillermo ahora descubierta de su cabellera. Sus ojos incandescentes como carbunclos lo dejaron paralizado. Así estuvo contemplándola durante un tiempo que le pareció una eternidad hasta que por entre las rocas donde se sentaba se escabulló lentamente en el agua. Guillermo se introdujo en la negra laguna y sorprendiéndose por la tibieza de sus aguas. Se acercó al lugar donde se sentaba aquella ninfa y tomó de sobre la roca una manzana dorada que supuso había dejado para él.

—¡Diantre, ya quería yo que llegara este momento! —escuchó berrear a alguien mientras que se sentía transportado como por un torbellino. Guillermo abrió los ojos y se incorporó súbitamente. La tenue luz del amanecer le hizo descubrir frente a él a fray Astruch de Clairmont.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué qué hago? Vamos, no seas cínico. De quién sino suya es obra que me halle en este infecto lugar y de esta guisa. —parecía no querer guardarle tregua ni respeto.

—Esa lengua es muy larga... —le decía en tono amenazante mientras alzaba el puño.

—¡Te juro que nada dije que te comprometiera! —

—¡Romper el silencio sobre el deber impuesto, ya es romper la palabra dada!

—¿Pero si solo respondí ante frailes de la orden? ¿Nadie más me interrogó? —le respondía con extrañeza.

—Guillermo eres un estúpido. No debías haber declarado ante ningún superior fuera del convento al que perteneces. Perdiste acaso la confianza en los que en ti depositaron la suya. No debías haber dudado en ningún momento que tus auténticos hermanos te hubieran sacado de éste atolladero. —

Aquel levantaba la mirada, entre avergonzado y vacilante.

—Solo veo que desde que llegué a Barcelona, me cargaron de hierros y así sigo. —decía mostrando los grilletes que le atenazaban pies y manos.

—Debiste guardar silencio. No es ese el tribunal al que has de temer. Ya se te juzgará debidamente por todo y en otro lugar. —le amenazaba.

—Solo conté lo que ocurrió. Cumplí con mi deber...

—¡Deja de decir necedades! ¡Me encuentro aquí en éste agujero por tu traición!

—¿Tu traición? ¿Y no fui yo también traicionado? ¿Lanzado a una empresa en la que desconocía la trascendencia de mi cometido? Nadie me habló de los pactos entre los cristianos de Castilla y los muslimes del emir de Murcia. ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Qué hubiera sucedido si hubiera vuelto con la reliquia, vulnerando convenciones y alianzas? ¡Enfrentando a nuestro rey con los que ahora pacta e incluso emparienta! —le gritó Guillermo. Astruch de Clairmont lo miró con desprecio.

—¡Ignorante! ¡La Vera Cruz no es para don Jaime, es para Conrado, el hijo de Federico el normando! —retumbó.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. La Santa Lanza que el aragonés conserva no es la

genuina. La leyenda del hallazgo de la reliquia no acabó con Raimundo de Tolosa en aquel memorable sitio de Antioquia. ¡Crees acaso que la gloriosa genealogía normanda de Roberto Guiscardo dejaría escapar los talismanes de su reclamada estirpe mesiánica!. —

Guillermo lo miraba extrañado. No entendía nada.

—¡De ninguna manera! Aquella lanza con la que el perspicaz Raimundo cabalgó a lo largo de las murallas de aquella ciudad tan solo sirvió para que la multitud, enardecida, despertara del letargo en que se sumía y doblegara a un enemigo fiero y que lo doblaba en número.

Aquel monje visionario, Pedro Bartolomé, siguió insistiendo en que San Andrés lo visitaba en sueños indicándole lo conveniente para la cruzada. El obispo Adhemar, al que tanto le estorbaba, urdió una trama para difamarlo. Fue el juicio de Dios el que puso las cosas en su sitio. El día convenido llegó y no dudaron en convocar testigos, tanto eclesiásticos como legos. Se armó una palestra frente a la iglesia donde se produjo el hallazgo. Una gruesa barra de hierro se introdujo en un brasero repleto de ascuas. El verdugo comprobó que ya estaba al rojo y la extrajo con unas enormes tenazas. Pedro Bartolomé asió el instrumento de la verdad y la barra debió llegarle hasta los huesos porque a pesar de intentar desprenderse de ella a manotazos, aquella le hacía freír sus carnes. Aquella patraña le costó la mano, aunque le debía haber costado la vida.

De aquel embuste resultó que Raimundo, aquel que también soñó con ser rey de Jerusalén, hiciera perder el partido de los que le defendían por proceder su estirpe de los mismísimos merovingios, los herederos del grial. Los francos ganaron finalmente aquella partida a provenzales y normandos.

—Quieres decir...

—Sí, quiero decir que la lanza de don Jaime no tiene valor alguno, y que la Vera Cruz no era para él, sino para la estirpe del mismísimo rey Federico de Sicilia. Ellos poseen la Lanza y la Vera Cruz le fue arrebatada en Jerusalén el día de su coronación.

—¡Maldito traidor! —le gritó al tiempo que saltaba hacia él sin preocuparse de sus ataduras que lo devolvieron al sitio de un fuerte latigazo.

—¡Me habéis estado utilizando para sus oscuros propósitos! Nunca imaginé que la orden pudiera estar infecta de traidores al rey. —gritó

desesperado.

—La ignorancia te ciega. Lo que para ti es oscuridad y delito para mí es luz y verdad. —respondió Astruch con convencimiento.

—Pero esa verdad va contra los intereses de la corona y difamaría a todos nuestros hermanos de la orden si todo esto llegara a oídos de don Jaime. —

—No confundas cual es la finalidad y el interés. Uno es el mantenimiento de los Santos Lugares pero el auténtico interés es legitimar el trono del Mesías, la corona de Jerusalén, el Hijo de Dios que volverá a reinar en toda su majestad y gloria. Esa vía ha de quedar expedita y somos nosotros los que velaremos por que aquello se cumpla y por que a su vuelta encuentre todo lo necesario. Es Conrado en el que ahora se personifica el sueño mesiánico. Jaime, Fernando o el mismo Luis de Francia son meros comparsas del devenir del auténtico rey de la cristiandad. —

Guillermo quedó en silencio, se sentía engañado. No podía creer que había sido utilizado como instrumento de la misma orden en la que tanto confiaba. Maldecía el momento en el que su padre se cegó por la ambición. Por aquella causa se sentía huérfano de su familia, y preso ahora por los mismos que lo criaron. Con esas cuitas, y soportando los desvaríos, consejos y reproches de fray Astruch, pasaron algunos días hasta que llegó el del juicio. El proceso tuvo gran resonancia, seguramente por ver de satisfacer a los hospitalarios. En el tribunal estuvo presente el obispo Berenguer de Castellbisbal, persona ahora cercana a la corona y que intentaba cínicamente apaciguar los ánimos entre hospitalarios y templarios. Poco antes de presentarlo ante el tribunal, Guillermo fue llevado ante el prelado. El templario confirmó su sospecha, la Orden del Hospital y el Papado se habían aliado por conseguir la Vera Cruz e impedir que esta llegara a manos del rey don Jaime y que la Orden del Temple saliera beneficiada en Aragón tras la conquista del Reino de Valencia. Al mismo tiempo, el haberse apoderado de ella hubiera reforzado la posición del Papado y la misma Orden del Hospital ante los planes mesiánicos del astuto Federico de Sicilia.

Berenguer de Castellbisbal lo conminó al silencio y a convencerlo de que no se preocupara de su futuro, que de eso ya se preocuparía él. Para su mayor sorpresa, Uzal de Llívia que permanecía oculto en un rincón de la estancia, salió daga en mano para amenazarlo de muerte si no cumplía a rajatabla con

lo dicho por su excelencia don Berenguer. Aquellos eran viejos conocidos y Guillermo sabía bien como se las gastaba.

Y así fue, a Guillermo no lo desposeyeron de su rango ni sufrió pena por las razones de haber cumplido las órdenes recibidas y respecto a la autoría del crimen, aun sin pruebas definitivas que lo sustentaran, se exculpó finalmente al templario. En a sentencia quedo clara que estando Guilermo junto a otros peregrinos en la alcazaba de Caravaca, hubo ciertos castellanos que iniciaron la reyerta y que de tan mala manera le dieron fin al fraile hospitalario. Guillermo ni se preocupó en demostrar lo dicho, ya que diversos testigos que ni el mismo conocía fueron aportando pruebas que lo alejaban cada vez más de la autoría de aquella muerte. Respecto a fray Astruch, fue duramente tratado durante el proceso aunque tampoco se le desposeyó de sus atributos como caballero. Se le inhabilitó de por vida a que ocupara cargos de responsabilidad dentro de la orden en la provincia de Aragón. Ello se confirmó a los pocos días, cuando se le hizo partir directamente a Tierra Santa, donde nuevos refuerzos eran necesarios para la custodia de los Santos Lugares. Más adelante se conoció la restitución de su rango dentro de la orden gracias a la intercesión del Gran Maestre Armando de Perigord. Algunos años más tarde, cuando cayó Jerusalén ante los mamelucos de Beybars y su aliada horda de los carismenios, se conocieron más noticias del pérfido Astruch. Sucedió que más de trescientos templarios murieron en la batalla, pero ni el cuerpo del Gran Maestre, ni el del fraile Astruch de Clairmont fueron recuperados. Se les dio por desaparecidos.

PARTE TERCERA

XXXII

Guillermo se dispone a descender desde lo alto de un torreón y por unos instantes se detiene pensativo. A la grandiosidad de aquel paraje se le añaden las sombras del anochecer y el silencio apenas roto por la brisa. Desde la mar cercana asciende el viento que agita las copas de espigados cipreses. La fortaleza corona la montaña, una pirámide natural que como espadaña sin igual se enerva e irradia las fuerzas telúricas que albergan en sus entrañas. Luces vaporosas escapan por entre los muros espesos de la fortaleza. El recinto exterior, fabricado en tapial moruno con la alafia impresa en sus paredes y curiosa inscripción en lengua árabe: *Alá nos concede la victoria*. Poderoso talismán que preserva la fortaleza templaria de Xivert.

El segundo recinto está construido en sólido sillar. Guillermo recorre con su índice la grafía grabada sobre la piedra, la que los iniciados llaman lengua de los pájaros que recorre y señala la obra. Lee de ellas y alza la mirada hacia los dos vórtices principales de aquel enclave. Necesitaron poco más de un año para erigirlos y no faltaron buenas jaquesas para sostener su construcción ni los mejores talleres de canteros. Los maestros constructores vinieron acompañados de dos ilustres astrólogos del *cau* judío de Tarazona. Ahí queda su obra, dos estilizadas torres que enfrentadas señalan solsticios y equinoccios, y tras ellas, una tercera que orientada al amanecer despide voces y reflejos a través de una curiosa saetera que dibuja el perfil de la cruz tau, última letra del alfabeto hebreo.

—Esa es la que salvará a todo el que con ella sea marcado cuando suene la trompeta. Así lo proclama el Apocalipsis de vuestro predilecto apóstol San Juan. —decían los astrólogos en respuesta a la curiosidad de Guillermo.

También le contaron sobre las grietas y heridas que se abren en la ladera de la montaña. Decían que eran a modo de vulvas y que daban entrada a la matriz de la Madre Tierra. Guillermo a menudo descendía hasta ellas para escuchar el rumor del paso del agua y más profundamente el sosegado eco de su goteo. Allí pudo reconocer el poder de la serpiente, la *wouibre* de poder que se complace en todo aquél que las reconoce e invoca, fuerzas telúricas que inundaban sus sentidos.

Guillermo despierta de sus ilusiones y recuerdos y desciende por la

estrecha escalerilla de la torre que girando varias veces sobre sí misma acaba por desembocar en una amplia estancia, en ella se celebra la ceremonia de ordenamiento de un nuevo caballero. El momento es espléndido, el neófito, tras ascender de la escueta cripta, permanece arrodillado. Tan solo un sayón de lino lo cubre, grandes cirios y antorchas iluminan la estancia en la que el canto monótono y arrítmico del *Ecce quam bonum* se empareja con el movimiento de las sombras. Guillermo rememora la ceremonia de su exaltación, el desasosiego le hace estremecer, nada que ver con la que ahora tiene lugar.

El comendador se dirige al neófito que permanece en el centro de un perfecto círculo formado por caballeros. Túnicas blancas, cabezas descubiertas, el nuevo caballero de Cristo besa la cabeza del bautista y en su oído le son susurradas las palabras que le son guía, el camino a la luz. Tras el ósculo, se recibe como caballero se adelanta del grupo y postrado espera a que el amanecer ilumine la tau, aquella que quedará simbólicamente reflejada sobre su cuerpo. El ajuar del nuevo caballero permanece cerca e la entrada de la torre. Guillermo no podía rememorar su misma exaltación y a lo que le condujo. La gruesa puerta de madera, entreabierta, permite que los sonidos y luces del amanecer invadan la estancia. Al sayón de lino se le ciñe con gruesa cuerda de esparto, chaleco y cota de malla. Ya envuelto en la capa, de blancura radiante, es un auténtico sudario en el que resalta la gran cruz bermeja. Aquel que ahora toma el hábito es un gentilhombre que solo servirá a la Orden durante el tiempo que dure la campaña que ahora comienza. Con él vino su escudero, más un ayo que otra cosa y que esperaba fuera del salón. Le alcanza la daga, enfunda espada de doble filo, la maza turca pende del grueso cinturón de cuero negro. Ayuda a sus señor a montar en un espléndido caballo bayo, mientras que la gualdrapa, los enseres y alforjas los carga en un mulo.

Ya en el exterior, la tenue luz del amanecer siluetea una numerosa comitiva observa actuar al nuevo al nuevo caballero. Relinchar de caballos, polvo y espumarajos, ojos como huevos amenazando con salir de sus órbitas. Las bestias se muestran inquietas por los preparativos ya que intuyen la marcha.

Más allá de las murallas, la morisma permanece atenta al revuelo y

barullo matutino. Abandonan sus quehaceres y subiendo de la aljama aneja se arremolinan a la salida del recinto, junto a la torre celoquia. Fray Jacobo de Estopiñán, comendador de Xivert conversa con su clavero. Desde la torre de poniente se recibe la señal que da un turcople, mientras que en el llano inmediato a la montaña donde se alza el castillo se atisban los pendones y mesnadas de los caballeros catalanes. A media legua, y entre una espesa polvareda, se distingue el *beausant* y los colores del Gran Maestre de Aragón, Hugo de Jouy, que desde la fortaleza templaria de Miravet acude al encuentro.

El comendador de Xivert detuvo brevemente su caballo a la salida de la fortaleza y se dirigió a cuantos le seguían.

—¡Se han convocado a caballeros y órdenes militares para participar en la toma de algunas ciudades y fortalezas del reino de Murcia! ¡El anterior vasallaje que rendía a Castilla ha sido suspendido! ¡Zayyan, el último señor moro de Valencia, ha tomado Murcia y reafirma su vasallaje al rey de Túnez! ¡Hacia allí nos dirigimos! ¡Daremos buena cuenta de él! —el comendador tiró de las riendas de su montura con brío e inició el paso, poniéndose en marcha toda la comitiva.

Guillermo había sido enviado a la encomienda templaria de Xivert tras haberse librado de los cargos de su acusación. El castillo y su señorío era en aquel tiempo un puesto de retaguardia donde los vasallos moros se dedicaban a las tareas del campo y a criar rebaños de cabras y ovejas. Que supiera leer y escribir fue una ventaja a la hora de encomendarle sus tareas, dedicando su tiempo al estricto cumplimiento de los acuerdos pactados con las comunidades judía y musulmana que poblaban la encomienda. Se daba el caso que exceptuando los cristianos que servían a los monjes, no había ni uno tan solo viviendo en la magnífica aljama aneja. Guillermo se mostraba siempre taciturno y melancólico. Llevaba esto a tal extremo, que tan solo mantenía con sus hermanos la comunicación mínima e indispensable. Mientras marchaba ahora con la hueste, escuchaba hablar a fray Jacobo con su clavero sobre aquel reino a donde se dirigían y que a Guillermo le traía tantos malos recuerdos.

—Se ha concertado una concordia entre los reinos de Aragón y Castilla, se acordó el matrimonio de la hija del rey con el infante Alfonso. Hemos de

colaborar en la toma de la alcazaba de Caravaca. —Guillermo quedó estupefacto al escuchar de nuevo el nombre de aquel lugar.

La compañía había salido ya del castillo. Las autoridades moriscas se apresuraban en acudir a despedir a los templarios. Atravesando la puerta principal de la villa, recorren el camino que les separa de la mezquita mayor que bellamente enjalbegada acompañaba a las impolutas vestiduras que mostraban el alfaquí, el mostaçaf y otros dignatarios musulmanes de Xivert. Guillermo se despidió de ellos con un gesto cortés que aquellos se apresuraron en responder.

Las casas de la población aferradas a la fuerte ladera de la montaña, se escalonan y trepan hasta rozar los muros del recinto defensivo. Los techos de unas son terrazas de otras, bien aprovechados para el secado de frutos y pieles de carnero. Sobre largas esteras de cañizo anudado, se extendían uvas pasas, granos de guijas y matojos de espartos que en multicolor contraste, se tostaban al sol. Rodeando y comprimiendo la aljama, un segundo perímetro de tapial almenado cubierto a trechos por hiedras y trepadoras. Más allá se adivinan amplias corralizas y una enorme balsa de riego. Cabras y ovejas pastan aquí y allá, romero y salvia y el olivo omnipresente hasta llegar al valle.

La hueste llegó hasta el llano donde se unió a los que la esperaban. Por delante andaban los turcoples, de yelmo bruñido y ropas multicolores, armados de arcos y flechas y montando caballos de poco porte. Esteras, pellejos y diversos cachivaches cuelgan de los escasos lomos de sus caballos. Les siguen los caballeros, escuderos y peones incorporados a la orden para esta empresa. Los monjes del temple y sus sargentos en el centro y rematando la compañía, una caterva de desordenados almogávares con su peculiar indumentaria: gruesas alpargatas de cáñamo, polainas de cuero desbastado a modo de grebas y cubriéndose de pieles burdamente trabajadas que les confieren un aspecto brutal y salvaje. Guillermo trotó hacia el final de aquella cohorte al ver a un vejete que creía conocer. Este se afanaba entre las carretas y arreos de bueyes y mulos que se rezagaban ante los repechones o vadeando los peores baches del camino.

—¡Martí! —gritó.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó al ver a Guillermo.— Pero si es el

joven Sargantana.

Guillermo se apeó de su montura y lo abrazó.

—¡Cuánto tiempo a pasado! Veo que ya eres caballero..., y yo, ya ves, pues sigo sirviendo a la orden.

—Sí Martí, para mí cambiaron mucho las cosas...

—Lo sé fray Guillermo, a Orta llegaron noticias sobre el proceso. Todos sabíamos que eras un alma honrada y que todo se iba a arreglar.

—Bueno, sí, ahora sirvo en Xivert...

—Sí, también lo sabíamos. Además, se habla mucho de las maneras y la singular relación que mantienen con aquella morisma. ¿Es cierto que el mismísimo ulema de la aljama es invitado a los capítulos que se convocan en el castillo?

—Pues de todo eso me ocupo yo mismo. Es una manera de compartir las principales decisiones. Luego es él mismo el encargado de transmitirlas en la mezquita. La producción de los campos y labores que les dimos en arriendo es buena. Son unos inmejorables labriegos desde luego.

—¿Y tú qué Martí? ¿Con la edad que tienes y todavía te envían a guerrear? No hubiera sido mejor que te hubieras quedado en Orta cuidando los *crestons* de la encomienda. ¿Cómo es que le han hecho unirse a esta cruzada?

—De buena gana me hubiera quedado. Ya sabes que no hay mejor capador de cabras al sur del Ebro... No llegaré hasta Murcia. Vengo como explorador del maestre de Aragón hasta que lleguemos a Murviedro. Ya sabes lo bien que conozco esta tierra. A partir de allí se harán cargo nuestros hermanos de Burriana y Valencia.

La comitiva avanza sin perder a su izquierda el horizonte del mar que henchido por el viento muestra su lustre de jade. La costa aparece salpicada de marjales y tierras pantanosas repletas de juncales. Al paso de la hueste se levantan espesas bandadas de insectos que arremeten con la carne de bestias y hombres. Al atardecer, el cielo se cubrió por poniente. Espesas nubes de un gris oscuro amenazaban con descargar su agua antes de llegar al mar.

—¡Martí, el cielo amenaza lluvia y el terreno es precario! —le gritó Hugo de Jouy, el maestre de Aragón.

—Debemos dar órdenes para desviarnos de esta ruta. —Martí espoleó el

mulo que montaba hasta llegar a su altura.

—Habrá que tomar aquella vaguada. Es una que comienza como un sendero, pero luego nos dirigirá hacia el camino romano, la antigua Vía Heraclea. ¿La conocía, sire? —solventó Martí con humildad. Guillermo escuchaba las palabras de Martí y el maestre de Aragón por amenizar lo aburrido de aquella marcha.

—Sí hermano. La conozco por verla en antiguos mapas, de Roma a Gadir. Esta es la que el emperador romano Augusto perfeccionó y amplió dándoles luego su nombre y despreciando el del divino Hércules. —contestó el maestre con aire altivo.

—En ese camino existe un convento de ermitaños moros, un *ribbath* llamado Miravet. ¿Le parece buena idea que pernoctemos allí?

—No queda otro remedio. Además, supongo que no les vendrá mal pagar de tanto en tanto la protección que les damos a cambio de un poco de hospitalidad. —No tardaron mucho hasta pasar ante un sobrio arco triunfal que solitario se alzaba a un lado del camino.

—¿Qué es esto Martí? —inquirió el maestre.

—Esto también es obra de romanos.— respondió. —Cerca deben estar las ruinas de una antigua villa de aquel tiempo, el lugar se llama Ildum. Hay que encontrarla porque desde allí se entra al valle de Xinxilla, lugar donde se encuentra el sendero que sube hasta el convento. —

No recorrieron ni dos leguas y la obra del *ribbath* apareció recortada sobre una escarpada colina. Con el cielo ya cubierto, comenzó a caer una fina lluvia, que poco a poco iba empapándolos.

—¡Allí está *sire*!

El maestre ordenó acelerar el paso.

—¡Debemos guarecernos tras los muros de aquel monasterio! ¡Abrevien o el camino se tornará en un lodazal! —bramó.

—¡Por allí se abre el valle, junto a las ruinas que le decía! —exclamó Martí.

El maestre continuó su perorata.

—Me alegro de poder tener esta oportunidad Martí. ¿Sabes que se cuece ahí? —Martí dio un respetuoso silencio por respuesta mientras Guillermo escuchaba atento.

—Miravet. Se llama así por ser una *fortaleza-ribbath* sufí y por haber sido construída por los almorávides. Esos sarracenos fueron una brava estirpe de africanos que lograron unificar las taifas andalusíes volviendo a formar un gran imperio para el Islam. Trajeron consigo una práctica y fe religiosa más pura. Este convento, de hechuras de fortaleza, fue morada espiritual y faro de *yihad*. Hoy tan solo alberga el rescoldo de aquellas enseñanzas sufíes...

—¿Quiere decir que su alcaide no es cristiano?

—Sí Martí, la habitan musulmanes y mediante pacto con nuestra orden. El capítulo de sus monjes rinde cuentas ante el Temple. —seguía fray Hugo.

—Seguro que os preguntáis cómo es esto posible, que dejemos que la luz del Islam brille en tierras cristianas. Pues bien, tenéis que saber que esta especial protección es cosa de nuestro Gran Maestre, del mismísimo Armando de Perigord. Desde Tierra Santa hizo llegar instrucciones sobre el asunto indicando que se les diera respeto y protección a estos monjes. —el maestre hizo una mueca de complicidad y cambió su tono de voz.— Algunos creen que la sabiduría de estos es compartida con sus protectores. Yo no lo creo... —y miraba en su derredor, por ver si alguno le llevaba la contraria y como nadie se atrevía, seguía.

—No puedo contaros más. Dicen estos monjes que lo que se puede expresar con palabras no es sufismo. Es obvio que esto abrevia las palabras pero despierta la curiosidad de cualquiera. Yo opino que si el Todopoderoso nos dio el habla y nos diferenció así de brutos, aves, peces y plantas, lo que no se pueda decir con palabras nada tiene de divino. Que ni ladridos ni balidos me parecen sonidos dignos de comunión con Dios. —Todos los que escuchaban al maestre asentían por lo común de sus argumentos.

—Pero algo se puede añadir. —remachaba.

—Dicen que su práctica religiosa es como un viaje interior en busca de la verdad. Siempre ha de ser el discípulo, conducido por un maestro, el que encuentre la vía adecuada. Es por ello que defienden que hay tantos caminos hacia Dios como almas de hombres. Y esa es la más grande de sus necedades, ya que el único camino lo marca la iglesia cristiana y su Sumo Pontífice. Y así lo dejo bien claro el santo Pablo de Tarso. —

A Guillermo no le pareció bueno el corolario y se atrevió a añadir algo.

—¿Pues no sería esto último lo que los incluye entre los ecuménicos?

¿No es cierto que en nuestra regla templaria se dejó sentado que todos los creyentes son aptos para el reino de Dios? ¿Lo mismo da que los bizantinos de Constantinopla o los coptos del Cairo? Así habló también san Benito, que además de santo creo la mejor regla para mejor regir la vida monástica y retirada.

Al Maestre no le hizo ni pizca de gracia que Guillermo le contradijera. Así que continuó con sus argumentos, ignorando lo dicho por Guillermo.

—Es necesario detenernos a profundizar en este asunto, ya que el sufismo bebe de las fuentes del ismailismo, que nace tras la muerte del Imam Ismail. Sus seguidores creyeron en un lado oculto de su religión y así lo tomaron, al igual que los gnósticos lo hicieron con la doctrina de nuestro Señor Jesucristo, o como aquellos albigenses desviados, una doctrina degenerada que ya invade las tierras de Aragón.

La conversación se interrumpió brevemente al asomar por entre una vaguada, el camino que ascendía a la montaña coronada por el *ribbath* de Miravet. Aquel continuaba con el relato.

—El más alto paladín de aquellos ismailíes fue Hassan Sabbâh, fue conocido por los cristianos como el *Viejo de la Montaña* y que habitó en un lugar llamado *Alamut*. Lo conquistó en extrañas circunstancias convirtiéndolo en una magnífica encomienda monacal. —el Maeste se acomodó de mejor manera en su silla al ver que nadie parpadeaba, a la escucha de tan interesante narración.

—Yo no estuve allí, pero cuentan que de las fuentes de sus claustros manaba miel y leche, sus jardines en nada envidiaban a los del Paraíso y aquellos que allí residían o pertenecían de su secta disfrutaban de la compañía de las más bellas huríes, y siempre servidos por atentas doncellas. Allí fue donde proclamó, hace casi cien años la Gran Resurrección. El Viejo de la Montaña dijo que todo hijo del Islam debía desarrollar un camino espiritual propio a partir del Corán...

—¡Esa es la hermeneútica de los cristianos griegos, el hombre puede interpretar libremente cualquier libro sagrado, como nuestra Bíblia! —añadió Guillermo. Como pago a su atrevimiento, volvió a recibir una mirada de desprecio del Maestre. No le había gustado que incluyera en este caso los textos bíblicos.

—¡He aquí su gran herejía! La dinastía abbasí en Bagdad y su legalidad lucharon contra ellos. La fe está basada sobre los verdaderos dogmas religiosos y la lectura de los textos sagrados ha de hacerse de manera literal. Que no hay otra manera y las que lo fueren serían desvaríos... —apostilló enérgico.

—Estas cuestiones fueron las que están llevando a la hoguera a los albigenses, aquella hermandad cristiana llamada de la pureza. ¿No? —inquirió Guillermo.

—¿Qué los cristianos también tuvimos quienes hicieran de la religión lo que quisieran? —añadía ignorante fray Jacobo de Estopiñán.

—Yo leí sobre un cristiano llamado Joaquín de Fiore. Anunció la llegada del Tercer Evangelio, correspondiendo la misma al Espíritu Santo. Cuentan que el Espíritu Santo iluminará personalmente al que lo reconozca, comunicando entonces los secretos de todos los evangelios. —añadió sin temor Guillermo.

—¡Eso es otra gran herejía! —respondió el Maestre.

—Nada hay de cierto en que las creencias muestren ser una. Ni incluso cuando se las despojan de sus costumbres y ritual. —Pero Guillermo no cejaba en el empeño de darle el día al Maestre. Martí, que cabalgaba tras él, le tiraba de la capa. Guillermo tiró de la brida de su montura y se volvió hacia el viejo Martí.

—No entiendo como puede hablar en ese tono. Bien sabe que nuestro rey don Jaime, aprobaría en todo mis palabras. ¿Qué ya nadie recuerda la muerte de su padre, el rey Pedro el Católico en aquella gloriosa jornada de Muret. Allí se enfrentó al infame paladín de la cruzada albigense, Simón de Monfort, defendiendo a los cátaros y desafiando el mandato papal.

—Sí fray Guillermo, lo sé. Y también fueron los templarios los que perdida la batalla, denunciaron y exigieron ante el Papa la entrega del Infante don Jaime que permanecía como rehén de los cruzados. Todos saben que don Jaime quedó confiado al cuidado y enseñanza de nuestra orden en el castillo de Monzón cuando regresó al Reino de Aragón.

—Pues si todos saben esto, quién más sino el rey como conocedor de la obra templaria ha de favorecer todo esto que está sucediendo con la religión. Ha sido él, el que ha permitido la convivencia de razas y religiones en las

tierras valencianas. Y todos saben que este reino cruzado de Valencia ha sido la empresa a la que ha dedicado su mayor empeño. Aquí es donde ha podido aparta el poder de los señores, con sus feudos y heredades y promover esa república que también defiende el Temple, la tan deseada sinarquía que impartirá justicia a todos los hijos de Dios. —

Martí no se atrevía a abrir la boca, ya que aunque tan solo le dirigía a él aquellas palabras, los demás guardaban silencio por escuchar con indignación lo que decía. Guillermo no tuvo rubor en girarse a todos ellos y continuar su perorata.

—Pues que nadie se crea que fue por capricho la elección que estos monjes musulmanes tomaron por escoger tan privilegiado lugar. Aquí la paz y el sosiego se perciben, y no tanto por los sentidos sino por el alma. Admirar su obra, sólida y sobria, aparentando ser más obra para albergar el espíritu que para guarecer la milicia y acechar. —los que le escuchaban permanecían en silencio. Algo masculló el Maestre al comendador de Xivert por lo osado de las palabras que acababan de escuchar.

La lluvia arreció y la hueste se desbandó apresurando el paso intentando ganar la altura campo a través para llegar cuanto antes al convento. Guillermo guardó silencio, tampoco creía que aquellos arrebatos fueran a solucionar las contrariedades de su existencia. Espoleó su montura hasta llegar a la altura del comendador de Xivert.

—Hermano Comendador. —dijo.

—Decidme fray Guillermo.

—No creo que deba ir al reino de Murcia. No puedo volver a Caravaca.

—¿Te inquieta el pasado? Ya nadie recuerda lo que sucedió allí. Pero debes ser más moderado con tus palabras si no quieres buscarte problemas. —le inquirió con rotundidad.

—Yo no he podido olvidar... —respondió preocupado. No más pronunciar esas palabras le llegó el recuerdo del brillo de aquella maldita espada bautizada. Las letras de su nombre refulgían en su cabeza... Ahriman.

—No, no puedo regresar. —recalcó.

—La orden no repara en las graves responsabilidades que recaen sobre algunos de nosotros. Pero veré lo que puedo hacer. Buscaré la manera de como excusarte ante el Maestre. Y otra vez no seas tan estricto en tus

comentarios. ¿Qué quieres que piense de ti escuchando de tu boca todas esas insolencias? —le reprochó.

La comitiva encontró cobijo en Miravet, y no había caído del todo la noche cuando el comendador ordenó a Guillermo que debía quedarse en Miravet. Había conseguido el beneplácito del mismo Maestre con el pretexto de organizar el aprovisionamiento de la expedición para su vuelta.

Guillermo, ignorante, se atrevió a preguntar:

—¿Sire, sabe el Maestre que el que se va a quedar soy yo? —

—¡Calla fraile, o tu torpeza nos costará cara! Ya se enterará cuando te eche en falta.

XXXIII

Guillermo estaba complacido de no tener que volver a Caravaca. No le importaba tampoco el participar en aquella cabalgada ni de la gloria que pudiera obtener de ella. Pero el tormento le perseguía. A pesar del tiempo transcurrido, Guillermo no cicatrizaba las heridas de su conciencia y menos aún las del corazón, siempre le venía al pensamiento hasta donde alcanzarían las manos que le hicieron danzar como títeres de aquella desafortunada empresa. El recuerdo de la espada con la que lo invistieron, las letras impresas sobre su hoja. Ahriman, Ahriman, Ahriman, con ese recuerdo comenzaban sus peores pesadillas. Durante todo el tiempo transcurrido en la encomienda no hubo un solo día en el que no pensara que la causa de todos sus males había sido aquella espada. Sí, fue ella la causante de todas las desgracias, de su locura... Era la auténtica materialización del mal. Incluso su solo recuerdo, su materialización en un efímero pensamiento era capaz de nublarle su conciencia, de inundar su voluntad de ira y de deseos de venganza. Guillermo intuía que no todo había terminado, parecía que todos los que participaron en aquella malograda empresa debían volver a cruzar sus destinos.— Xivert no fue más que un lugar donde esconderme de los hospitalarios. —pensaba.

Días antes de su partida de Xivert escuchó contar sobre los tribunales que monjes predicadores y franciscanos habían instaurado en la ciudad de Tortosa. Escuchó hablar de uno de sus alguaciles, un viejo conocido, Uzal de Llívia. Habían sido enviados desde el obispado de Tarragona y andaban a la caza de los llamados *bons homens*, los herejes cátaros, que entraban por tierras catalanas y aragonesas huyendo del las duras persecuciones a las que

se les sometía el rey de Francia.

La comitiva partió temprano al día siguiente, se sintió aligerado, más libre. Un puñado de hombres le acompañarían en sus tareas durante ese tiempo. Tan pronto desapareció la mesnada de la vista, el anciano walí de la fortaleza le invitó por su condición de caballero a que compartiera el pequeño recinto monacal junto a la mezquita. Se acomodó en una de las celdas, que aunque pequeñas en extremo, permanecían bien ventiladas e iluminadas. A través de sus ventanas, la vista alcanzaba las imponentes cordilleras que cierran por el sur el reino de Aragón. Guillermo se tumbó sobre un camastro que pendía de dos gruesas cadenas aferradas a la pared. Sin quererlo, quedó adormecido por el absoluto silencio del amanecer.

Fue el rumor de la oración el que mezclado con la brisa fresca del atardecer, hizo que despertara.

—*La illaha ill Allah..., la illaha ill allah...* — la cantinela se repetía con suave cadencia invadiendo cada rincón de la fortaleza. Su delicado compás transmitía un especial sosiego. Guillermo no pudo resistir la curiosidad y caminó hacia la mezquita. Allí, un puñado de cenobitas permanecían sentados sobre pequeñas alfombras de esparto frente a un pequeño altarcito. Las glorias de otro tiempo andaban lejanas, cuando aquel templo rebosaba de vigorosos jóvenes *yihad*. En aquellos días, invadían el valle con sus cánticos y hacían reverberar hasta las mismas columnas del templo.

Los monjes permanecían en un estado de total trasposición. Vestían túnicas de cáñamo en extremo blanqueadas y su cintura se la hacían ceñir con una amplia cinta escarlata. La cabeza la cubrían con un capuchón también de un blanco inmaculado.

—¿Quieres participar en Dios? —resonó en su cabeza. Guillermo se asustó, se revolvió, pero tras él no había nadie. Miró de nuevo donde se encontraban los monjes y ninguno se movía.

—Es tiempo de tomar el sendero. El amor será tu guía. —volvió a escuchar con sorpresa en su interior. Se fijó con detenimiento en los rostros de aquellos, sus ojos permanecían cerrados, sus labios se movían al unísono. Se apercibió de uno que con leve mueca dejaba escapar una sonrisa. Al tiempo que Guillermo pensaba que aquel era el que le había hablado, aquel le respondía:

—Dios tornará tu tormento en gozo. Tras el crepúsculo te buscaré.

Guillermo salió hasta el patio. No podía creer aquello que le sucedía. Se acercó a la desvencijada *madrassa*, donde sus hombres habían encontrado acomodo. Sentados junto a una mesa, daban cuenta de un caldo de cardos y borrajas silvestres. Tomo una jarra de vino que había sobre la mesa y tragó hasta que lo hizo desbordar por sus mejillas.

—¡Por Dios fray Guillermo, que si la sed es imperiosa, mayor imperio merece la regla! —Guillermo lanzó una mirada fulminadora a su sirviente, aquel agachó su cabeza avergonzado por la osadía. El fraile volvió al patio refugiándose bajo la sombra de una enorme higuera. No tardo mucho en caer la noche.

—Fray Guillermo. —escuchó a sus espaldas. Rápidamente volvió la cabeza. Era el mismo monje que le había sonreído. En sus manos portaba una jarra repleta de leche y un par de cuencos de barro.

—Ha pasado mucho tiempo, tu destino te persigue y no has logrado todavía adivinarlo. Tu mirada te delata, te ha sido difícil escapar de ti mismo. —le decía mientras se sentaba a su lado. Guillermo lo miraba en silencio, esta vez escuchaba su voz claramente y leía sus palabras de sus propios labios. Nada tenía que ver con aquella voz que nacía de lo más hondo de su cabeza. El musulmán quebró una ramita de la higuera haciendo que se derramara su blanca salvia. Con agradable parsimonia, vertió leche en los cuencos y comenzó a batirla suavemente con aquel esqueje.

—¿Qué habilidad es esa que posees? ¿cómo puedo escuchar lo que piensas? ¿cómo haces para adivinar lo que discurre mi cabeza? —inquirió el templario con asombro.

—Tú no lo sabes, pero vives en la oscuridad. No has logrado abrirte a la luz y esta te espera. Tienes capacidades que desconoces. Observa la leche, quién te diría que es capaz de cuajarse con solo removerla con un brote de higuera.

—¿Qué quieres decir?

—Todo muta. Existen muchas cosas en el interior de otras. Cosas que pueden hacer que lo aparente cambie y pase a ser otra cosa. Casi siempre permanecen invisibles, ocultas. Para desvelarlas hay que esperar a que algo o alguien rasgue su velo y se muestre. No dejes pasar esta ocasión. Tras la

oración del amanecer, espérame de nuevo, justo bajo este árbol. —le indicó al tiempo que le alargaba uno de los cuencos de cuajo apurando él mismo el contenido del suyo.

—Lo que ves es aparente, siempre puedes transformarlo. —dijo al tiempo que se levantaba. Con paso quedo, el moravito se introdujo de nuevo en la mezquita.

Guillermo volvió a pasar la noche en vela, sentía que algo distinto se le acercaba. Tuvo tiempo para meditar, recordar con desasosiego todo lo que le había ocurrido en los últimos años. Repasaba minuciosamente lo que de bueno y malo le había acontecido. Recordaba a todas las personas que le habían acompañado en sus momentos más graves. De algunos era grato el rememorarlos, de otros se sentía estremecer. Pasó el tiempo hasta que por la ventana entró el perfume del rocío de la mañana. Se acurrucó bajo la manta que lo cubría. El rumor de un leve cántico, que a falta de minarete y muecín sonaba sordo y apagado, se elevaba sobre la fortaleza. Se levantó y se encaminó hacia el lugar acordado.

Bajo la tenue luz del amanecer las claras vestiduras del musulmán refulgían. A Guillermo se le aparentó un espectro pero no vaciló en avanzar hacía lo que entendía era su destino.

—Caminas hacia la verdad templario. —dijo secamente.

—¿Qué te propones? ¿por qué yo? —respondió.

—Es tu destino, el poder de la oscuridad te ha retenido durante todo este tiempo. También ellos saben de tus capacidades, tuviste una oportunidad y te desviaste. Debiste haber elegido en su momento. Pero no es hora de recordar el pasado. Las fuerzas del mal actuaron sobre tu alma sin compasión. Ahora es el tiempo.

—¿Por qué tú? ¿cómo es que un infiel ha de indicarme el camino de la verdad? —replicó.

—No importa el credo, raza o lengua de quién te descubra la senda espiritual hacia Dios. La enseñanza de la Verdad es la esencia de todas las religiones. En las manos del hombre está la potestad de transmitirla en su pureza o utilizarla en su propio provecho. —Guillermo no salía de su escepticismo. Es cierto que la orden le enseñó a tomar de judíos y musulmanes todo aquello que considerara positivo, pero le era difícil aceptar

métodos más elevados de espiritualidad que no incluyera el cristianismo.

—Piensa que el Islam es la más tardía de las creencias monoteístas, ha dispuesto de lo mejor de las anteriores y ha aprendido también de los errores cometidos. —Guillermo se sentó a indicación del monje.

—Fuiste un elegido en el origen. El mal te cegó y te condujo a un abismo en el que todavía te precipitas. Se me instruyó que te tendiera la mano. No creo que haga falta de otra prueba, te daré algo... —y le alargó una pequeña piedra con grabados. Extrajo un cordel de cuero de entre sus ropas y lo hizo pasar por un pequeño agujero convirtiéndolo en un colgante.

—Ya conoces el poder de Ahriman, estas son las letras que expresan a Ormuz, te acompañará en el momento de la liberación... —Guillermo tomó la piedra, quedando maravillado por su color, de un bermejo transparente y por las formas talladas en su superficie. Le pareció ver un dragón...

—Esta piedra es ámbar y el grabado que acompaña a las letras es la serpiente ouróboros. Siempre muerde su cola y gira sin cesar. Es el ciclo eterno. Llegado el momento, en el lugar elegido, comprenderás que todo esto tuvo un sentido. —Guillermo permanecía en silencio, mirando con asombro aquel objeto.

—Tienes tiempo, los tuyos tardarán en volver. Ahora es el momento en el que puedes escoger. Debes luchar contra tu destino. —

Guillermo pensó que nada tenía que perder. Recordó las enseñanzas recibidas en Lérida, su corazón y su mente debían siempre permanecer abiertos por lo que finalmente asintió.

XXXIV

Los días transcurrían lentamente, el encuentro de Gullermo con el monje musulmán se producía siempre en el lapso de la aurora. Con el paso del tiempo, notaba que sus sentidos percibían el entorno de otra manera, se le habían agudizado de manera especial. Algo en él estaba cambiando, su sensibilidad era tal, que podía incluso sentir el armonioso sonido del sol cuando emprendía su camino en el orto rompiendo la noche.

—La esencia del sufismo es la Verdad. —le dijo un día.

—Como si no lo fuera en las demás religiones. ¿Qué no hay que sea igual entre Islam y Sufismo? —preguntaba.

—Dentro del jardín del Islam se halla la más bella de sus flores, el Sufismo. La Verdad de Dios no se halla en las religiones. Tan solo se hallan las verdades de su dogma. Verdades que son humanas. Aprende, que quién muere con amor a este mundo es un hipócrita; quién muere soñando en el Paraíso es un asceta, solo el que muere enamorado de la Verdad es un sufí. —recalcó.

—¿Y todo lo que hablaron filósofos y piadosos santos sobre la Verdad no es cierto?

—Sí, es cierto, pero incompleto. La vía es la iluminación interior. En esto no tiene nada que ver ni el razonamiento ni la lógica. La percepción del filósofo por sus sentidos es limitada. Solo puede ver una parte del Absoluto. Todos sabemos que la parte no sustituye al todo.

—Entonces, de ser así solo conoceremos a Dios parcialmente. —inquiría Guillermo.

—Todos somos imperfectos en mayor o menor medida. Si no puedes

beber toda el agua del mar, bebe de ella hasta saciar tu sed.

Al parecer, el morabito, con no tener mando espiritual de aquel *ribbath*, era la persona más reverenciada entre los que allí se encontraban. Le contó a Guillermo que nació cerca de Tierra Santa y en las tierras del norte, de la misma región de donde procedían los turcoples templarios. Afirmaba que sus enseñanzas se las transmitió el mismísimo Rumí, un gran hombre santo. Le contó que había allí un pueblo guerrero que hizo temblar a Bizancio, los turcos seldyúcidas. De su empuje contra las murallas de Constantinopla surgieron las cruzadas. Fue allí, en el seno del Islam practicado por los turcos donde creció el sufismo con más libertad. No hacía más de cinco años que había vuelto de allí. Convivió durante los últimos tiempos con otro maestro afamado llamado Shamsuddin, originario de la ciudad de Tabriz. Este maestro mantenía una nutrida escuela en la ciudad de Konya, cerca del condado cruzado de Edesa. Le dijo también que su orden templaria los protegía, e incluso eran recibidos en sus castillos y capítulos conventuales.

Conversaban a menudo sobre las tareas y cometidos de la orden templaria. Un día, Guillermo se sorprendió cuando el monje comenzó a narrarle con detalle la importancia de las reliquias de la pasión de Jesucristo. Incluso la consideración de importantes talismanes de poder que esos objetos poseían. Guillermo quedó perplejo cuando le abordó con el asunto de la búsqueda de la Vera Cruz de Caravaca por parte del Temple, el monje conocía con todo detalle las peripecias del mismo Guillermo, sabía hasta los nombres y detalles más nimios de las personas que se vieron involucradas.

—Guillermo, afortunadamente la reliquia se encuentra bien custodiada. Nada conseguirán tus hermanos con la conquista de Caravaca, tengo noticia de los que vinieron de Oriente para defenderla y no saldrá de aquella alcazaba. —apostilló con convencimiento. Guillermo consideró fantástico y sobrenatural aquel conocimiento de las circunstancias de su vida pasada y de su vaticinio no hizo sino creer a pie juntillas en sus palabras.

—Somos conocedores de lo que para ti es más que una sospecha. La orden del Temple se quebró hace ya algún tiempo, desde que cayó Jerusalén ante el magnánimo Saladino. Fuiste una víctima más del complot de los templarios de Gisors, aquellos que dicen ser custodios de la estirpe del rey David. Fue Federico de Sicilia el que se alió con ellos, aunque su triunfal

coronación en Jerusalén fue vana, como lo es la circunstancia que su estirpe ciña la corona. La ciudad tres veces santa ha vuelto a caer, esta vez ante el empuje de los bárbaros de las estepas.

—¿Cómo es posible que hasta aquí lleguen todas esas noticias? —como respuesta tan solo obtuvo una sonrisa.

—Son tiempos de tribulación para los tuyos, has de escoger de que lado estás. —pero Guillermo ya tenía claro cual era el camino.

Las jornadas se sucedían, las nuevas enseñanzas aumentaban su clarividencia. Un día le habló sobre la obra de un gran místico, el más grande de todos, Mulana Rumi. Mulana escribió un libro llamado El Masnawi, del que había memorizado algunos de sus pasajes y que siempre le recitaba alguno antes de concluir sus encuentros. A Guillermo le gustaba especialmente uno de ellos y se lo hacía repetir a menudo:

—Había en la India, que es un país más allá de donde vuestro Preste Juan fundó su reino, un grupo de hombres que nunca habían visto un elefante. Un día llegó un hombre que decía exhibir uno en una vecina aldea. Aquellos, no pudiendo resistir la impaciencia, se encaminaron por la noche hasta allí. Penetraron en el recinto, la oscuridad era completa y no quisieron encender una luz por no ser descubiertos. Uno le tocó la trompa, y se lo imaginó como una gruesa maroma. Otro le tocó una oreja y se lo imaginó como un odre gigante. Otro le tocó una pata y creyó que se trataba de una inmensa columna. Ninguno supo como era realmente, pero todo estuvieron ante el y lo tocaron. Al volver a su aldea, cada uno contaba una idea equivocada de lo que era aquel fantástico animal. Si hubieran tenido un candil, una luz con la que conocer la verdad, no hubiera habido tanta diferencia de opinión entre ellos. —Tras acabar de relatarlo, Guillermo le pedía al maestro que le dibujara aquella bestia fantástica, por lo que con una varita, rascaba en la tierra hasta imaginarla ante él.

—Dicen que los de Nubia son aún más grandes que éstos. Yo solo tuve ocasión de contemplar uno de ellos en el puerto de Jaffa y venían de oriente. —le detallaba.

Guillermo se sentía complacido por todas las enseñanzas que recibía. Tuvo la precaución de no participar en la liturgia musulmana, y más por consejo de aquel maestro, por que ganas no le faltaron. Los peones y

sirvientes a cargo del fraile andaban extrañados por su actitud, no cesaban de murmurar a sus espaldas. Una mañana, Guillermo apareció con las mismas vestiduras resplandecientes que aquellos portaban y al parecer con los cabellos ordenadamente rasurados y cubierto de exquisitos afeites. Los cristianos quedaron atónitos.

—Lo que no sea costumbre nuestra no quiere decir que no sea bueno. —les decía convencido mientras aquellos lo miraban de arriba a bajo con perplejidad.

—Fray Guillermo, andamos preocupados. —se atrevió a decirle uno.

A lo que Guillermo respondió prontamente.

—No os asustéis, tan solo es una treta por conocer si guardan aquí algo más que sus oraciones. —Al momento las caras de aquellos quedaron iluminadas por la codicia. Ante su reacción, Guillermo fue rápido e hizo ademán para que se le acercaran.

—Debéis estar atentos, creo que bajo las rocas y derrumbes al pie de esta montaña debieron arrojar o mejor esconder sus más codiciados enseres poco antes de que la fortaleza fuera tomada por nuestra Orden. Y con esta simple treta alejó de sí murmuraciones y las miradas indiscretas de sus propios hombres. Estos aprovechaban todo momento en los que los monjes andaban ocupados en sus ritos cotidianos para bajar de la montaña y escarbar por los alrededores.

—Están convencidos que aquí se guardaba algo más que fe y oración. —le contaba Guillermo a su maestro.

—Has sido hábil, a la naturaleza humana la mueve la codicia. Y no es muy difícil excitarla. —respondía el cenobita.

—Hubo un tiempo en el que al convento afluían donaciones, espléndidos óbolos y herencias que se traducían en la compra de armas y caballerías. Las puertas estaban abiertas a hombres de toda procedencia, los nobles o acomodados aportaban más que consumían, monturas con su aparejo, víveres, herramientas... Los villanos que se ofrecían a esta vida ascética no contribuían más que con su alma y había que proveerlos de su ajuar militar. En aquella jornada de Anisa, la gran batalla antes de que el rey de Aragón conquistara Valencia, gran parte de los caballeros que cargaron contra los aragoneses pasaron por Miravet. Aquellos *agnad* andan ahora dispersos, unos

se embarcaron a Túnez y los más se marcharon con Ibn Hud de Murcia. Seguro que andarán de nuevo guerreando contra las huestes que marcharon a la conquista de Caravaca. —El maestro concluía su relato con un gesto de añoranza.

—¿Qué somos ahora, más que una sombra deslucida de lo que fuimos? No somos ya más que un entretenimiento para el rey aragonés. —se lamentaba.

—Nos permite vivir en su reino, pero a cambio de inmisericordes diezmos por la práctica de la religión distinta a la de la cruz. Los cristianos callan porque a cambio perciben. Ya llegará el momento en que no les parezca suficiente.

Las enseñanzas habían calado hondo en el alma del templario, tanto que ya no era el mismo. Guillermo, monje y guerrero, lo más granado de la cristiandad, había recibido la auténtica sabiduría y espiritualidad caballeresca de Oriente, la más pura y trascendental.

Guillermo había logrado desprenderse totalmente de ese sentimiento de desasosiego que atormentaba su existencia. Los malos recuerdos del pasado formaban parte de otro hombre que ya no se reconocía en él Los atardeceres se le representaban más hermosos, disfrutaba con el rumor de las hojas mecidas al viento, el chirriar de los grillos a la salida de la luna, la helada fricción del viento del norte que lo mantenía despierto y atento. Le había sido ya comunicada la llamada de la senda espiritual, la que comenzaba con la aceptación de un ser imperfecto. Por tanto, la necesidad de búsqueda de la perfección se le hacía imperiosa. En los últimos días, conoció por boca del musulmán las enseñanzas de los derviches, un pueblo que habitaba al norte de los feudos de los cruzados. Supo de su espiritualidad, de su atuendo sensible y ritual con el que cubrían cuerpo y alma. La aguja de la devoción y el hilo de la invocación a Dios eran los que cosían aquella túnica con la que revestían su santidad. El yo desapareció y se le manifestó su naturaleza divina. Guillermo era ya un espejo, el reflejo mismo de Dios.

XXXV

Los meses se habían sucedido con agradable cadencia y repletos de sensaciones inusitadas para el templario. Guillermo se había abandonado totalmente a las costumbres del viejo *ribbath* y ya no prestaba atención a las obligaciones propias de su oficio. Los subordinados no ponían trabas a aquello, dedicados a rebuscar por la montaña y a lo sumo a bajar al llano y exigir al misérrimo villorrio vecino de Cabanes alimentos con los que no contaban. A veces también se acercaban a las playas donde despojaban de todo alimento a los sufridos pescadores que allí vivían. Así llegó el día que por el horizonte aparecieron los que habían marchado. La vista de los colores del bausan, fue recibida con júbilo por sus hombres. Guillermo despertó de su sueño.

La comitiva volvía reducidísima, el rey con su mesnada había quedado en la ciudad de Valencia, donde ahora se encontraba su corte itinerante. Había conseguido sellar el compromiso matrimonial entre su hija Yolanda y el infante Alfonso de Castilla y tenía que celebrarlo y hacerlo saber. La mayor parte de los caballeros que lo acompañaban quedaron en el cerco del importante castillo de Bihar, en el camino de vuelta. Tras los pactos firmados en el llamado campo de Almizra, aquellos territorios quedaban a expensas de la corona aragonesa.

El Comendador de Xivert entró enfurecido en la celda donde Guillermo le aguardaba. El joven templario le dedicó una mirada amable mientras trituraba un trozo de pescado salado.

—¡Anda que buen servicio has hecho a la orden! ¿Dónde están las vituallas con las que deberíamos proveernos? —aquel le alargó unas hebras

de la salazón sobre un negro corrusco de pan.

—Turcoples y almogávares fueron transferidos al Temple de Castilla a un buen precio. ¡Si hubiéramos confiado en los víveres que aquí nos debieran esperar os hubieran devorado con toda seguridad! No nos aprovisionamos en Valencia confiados como estábamos de... —empezó a mascar y en ese momento entró el Maestre de Aragón.

—¡Con este mal nacido quería yo encontrarme!

—Fue mejor que no apareciera por allí. —espetó el comendador tratando de desviar el asunto.

Guillermo parecía no inmutarse.

—Además de haberse quedado aquí, ahora volvemos y descubro que no ha cumplido con el mandato de su superior. Todos conocemos de tus fracasos. ¡Has de saber que don Jaime obligó a aceptar al infante de Castilla que la fortaleza de Caravaca le sea entregada a la orden del Temple! ¡La Vera Cruz se halla ahora en nuestras manos! —le gritó el Maestre con satisfacción.

Guillermo se sorprendió al ver que el mismísimo Maestre de Aragón tomaba el relevo del pérfido Astruch de Clairmont.

—Precisamente eso impedirá obtenerla. Ahora ya no se puede robar y son muchos los que impedirían por todos los medios que de allí pudiera trasladarse a otro lugar. —afirmó Guillermo.

—Tendrían que arrasar aquel lugar a sangre y fuego para poderla sacar. —machacó el templario mientras el Comendador aparentaba no escucharle y al Maestre se le encendía el rostro.

—¡El rey mantendrá su silencio! ¡Nunca faltó a su honor! ¡Nadie pues que no deba conocer el asunto sabrá nunca nada! —gritó enfurecido el maestre. El comendador parecía no entender y los miraba con extrañeza.

—¡Estuve allí, la he visto con mis propios ojos! —le dijo revolviéndose.

—¿Pero de que hablan? —preguntaba inocentemente el Comendador de Xivert mientras se hurgaba por entre las muelas buscando algo que le estorbaba.

—¿Y por qué la Vera Cruz? ¿Acaso no existen otros relicarios, huesos de santos y vírgenes con poderes milagrosos, más interesantes y fáciles de obtener que aquel trozo de madera? —le inquirió Guillermo por ver hasta que extremo se delataba.

—Fray Guillermo, debiste morir allí y no volver nunca. No has entendido nunca el fin último. Aquel pedazo de madera es algo más que el símbolo patibular de la muerte de Cristo. El Temple a cometido muchos errores, y Guillermo de Sargantana es uno de ellos. —le dijo con odio.

El templario no se inmutaba, permanecía sentado sobre la estera, levantó su mirada lentamente contemplando el corpachón de aquel hombre. Apestaba a cloaca, sus ropas de blancas eran parduscas por la suciedad acumulada. Entre el hierro de su cota de malla rebosaba la mugre. El cuadro contrastaba con el de sus vestiduras, blancas y sin máculas y con el preceptivo cordón templario ciñéndole la cintura.

—¡Salga de aquí señor Comendador! —El Maestre cerró con estrépito el portón de la celda y se abalanzó sobre el cuello de Guillermo.

—Sabes de sobra que la lanza que custodia el Temple nunca le fue arrebatada a Federico de Sicilia, que es falsa. La Veracruz que perdió en Jerusalén, la que se guarda en Caravaca, pronto le será restituída. Esos talismanes serán su fuerza y soporte, su estirpe será la de los reyes de Jerusalén, y no queda mucho para que expulse al Papa de la silla de Roma. Y a ti Guillermo, ya llegará la hora en que también ocupes el lugar que mereces. Bajo tierra...

El Maestre hizo entrar de nuevo al comendador de Xivert.

—¡Fray Jacobo de Estopiñán! ¡Haga prender a este caballero de su encomienda sin demora! —ordenó.

Guillermo cambió su semblante, de su postura imperturbable paso al despertar de la evidencia, no daba crédito a lo que escuchaba, aquel hombre era una parte más del engranaje. ¿Hasta dónde alcanzaba el poder de aquellos templarios que dentro de la misma orden la despreciaban sus principios y buscaban favorecer interese ajenos? ¿dónde se encontraban en realidad los verdaderos hermanos, los caballeros de los que san Bernardo hablaba en sus escritos? No siempre fue así, fue la mano del hombre la que degeneró ésta comunidad de hombres. ¿Dónde estaban aquellos que hicieron de su vida la defensa de los caminos a Tierra Santa? Aquellos que velaban por el peregrino. Los que emprendieron la búsqueda de aquella sabiduría perdida que se guardaba en Oriente. ¿Qué quedaba de todo aquello?

El Comendador volvió al poco haciendo prender a Guillermo con toda

diligencia. El Maestre salió de la celda.

—¡Herrarle pies y manos! —el Comendador se le acercó.

—Hermano Guillermo, ni se ni entiendo los cargos de los que se te puedan acusar. Es cierto que has incumplido el mandato que te encomendé, pero eso no es motivo suficiente para encadenarte. Ya buscaremos una solución ante el capítulo. Lo convocaré nada más llegar. Tengo todo el camino de vuelta para pensar. —le decía aturdido mientras colaboraba en fijarle los grilletes.

Guillermo atónito, quedó inmóvil. Lo hicieron rodar mientras remachaban las argollas que le atenazaban pies y manos. Lo sacaron al exterior a empujones para asirlo fuertemente a la higuera donde tantos atardeceres había permanecido agradablemente recostado.

—La traición continuaba. —pensó. De nada había servido apartarse de aquel asunto. El demoníaco influjo de Ahriman volvía a él acompañando a la hueste templaria. Los talismanes de poder de nuevo volvían a él.

Sus hombres lo observaban con incomodidad. No sabían si aquello también iba por ellos por lo que les hizo un gesto que los tranquilizara. Pasó la noche al raso. No había amanecido todavía cuando lo subieron a uno de los carros que formaban la comitiva. Esta se puso en marcha abandonando el convento y enfilando hacia el norte.

XXXVI

Guillermo permanecía pensativo mientras contemplaba a la tenue luz del amanecer. El brusco vaivén del carro le impedía ver con claridad la silueta del *ribbath*. Su perfil se recortaba sobre el firmamento en el que todavía se apercibía el brillo de alguna estrella. El traquetear del carro y el cansancio lo amodorraban. De pronto, le pareció que dos sombras se colaban en el interior. Una se situó tras él comenzando a manipular los grillos. La otra se situó a su lado, mostrando su rostro puso un dedo ante sus labios. Eran el viejo maestro y uno de los monjes. Un fuerte olor saturó su olfato al tiempo que notaba una intensa quemazón en sus brazos y manos. Tardaron algún tiempo en liberarlo, las cadenas habían perdido su tensión y era capaz de cualquier movimiento. Ya en el llano, y aprovechando uno de los recodos del camino, salieron corriendo del carro en dirección contraria.

—¡Vamos hasta Cabanes! ¡una vez lleguemos allí ya te contaré!

—le dijo el anciano, que gracias a que era solo huesos y pellejo, brincaba mejor que una liebre entre los riscos y los espesos matorrales.

Continuaron corriendo campo a través, tan solo se escuchaba el jadear de sus respiraciones. Ya amanecido el día, pasaron por detrás de las pobres casas y cabañas del lugar de Cabanes hasta llegar a un pequeño claro donde se ocultaban algunos toldos y tiendas. Había algo de barullo por las numerosas personas que allí se concentraban. Algunos fuegos humeaban mientras sentados a su alrededor gentes de todas las edades tomaban la primera colación matutina.

—¿Qué es esto? —preguntó Guillermo resoplando mientras agachaba su cuerpo para no ser visto.

—Fray Guillermo ahora eres libre. Aquellos que ves son beguinos. Dirigíos a aquel anciano de la barba cobriza. —le ordenó en un susurro.

Y al tiempo le hizo una señal a la que respondió levantando el brazo.

—No olvides que quién conoce a Dios siempre le amará, y quién conoce el mundo se aparta de él. Ellos os ayudarán, nosotros volvemos a nuestro lugar. Los templarios no tardarán en volver no más te echen en falta.

Y tal como lo dijo, desaparecieron.

—¡Ven aquí con nosotros y siéntate junto a la lumbre! —vociferó el de la barba. Guillermo no se lo pensó dos veces. Aterido por el frío de la noche, el duermevela, y con los intestinos huecos, buscó una piedra donde sentarse entre aquellos harapientos.

—Toma un cuenco y bebe, te reconfortará. —

Y le alargó un pote de barro repleto de vino caliente y miel. Bebió con avidez mientras escuchaba al viejo hablar.

—Todos los amigos de aquellos monjes son bienvenidos entre los nuestros. No has de temer por nuestro aspecto. No somos portadores de extrañas enfermedades, ni la lepra lacera nuestras extremidades. No tenemos más que lo que por caridad se nos da. La penitencia y la oración es la sal que aliña nuestra mísera existencia.

—¿De donde venís? —preguntó Guillermo.

—Nos hacen llamar beguinos. Nosotros somos de la ciudad de Barcelona, donde arribaron los primeros penitentes desde un lugar lejano, cercano a Roma, que es donde habita el Santo Padre. En nuestra ciudad ya hay muchos como nosotros. Al enterarnos de la conquista de Valencia, fuimos a ella en busca de nuevos hermanos que se nos quisieran unir en nuestra penitencia. Nuestro apostolado es tan solo entre los cristianos. Son los votos de pobreza, castidad, y sobre todo la oración a las reliquias del Hijo de Dios. Pocos son los que nos escuchan y hace algunos días el justicia de la ciudad mandó redactar un edicto por el que se nos expulsara de ella al negarnos en ingresar en alguna orden terciaria. Ahora andamos de retorno a nuestra tierra. Pero bien, mi nombre es Lleonart de Peratallada, estos son mis hijos y sobrinos. Aquellas de allí son mi hermana y la que fue mi mujer.

—¿Cómo la que fue su mujer? —respondió Guillermo con extrañeza.

—Sí, hay que llevar el voto de castidad incluso más allá de lo que la

voluntad te permita, y lo cierto, es que a mi edad ya perdí toda efusividad de la carne. Te soy sincero, no me costó mucho prescindir de aquello de lo que ya ni recordaba. Mi hermana me martiriza con que esa penitencia carece de valor y no se me tendrá en cuenta cuando suene la trompeta. —se lamentaba.

—Bueno, no desespere, seguro que todo le será valorado en su justa medida maese Lleonart.

Las mujeres se acercaron al ver la llegada del intruso.

—A la buena de Dios ¿de dónde habéis salido tan de mañana? —preguntó una.

—No seas curiosa Teresa, lo trajeron aquellos monjes de Alá que viven en el castillo. Y si lo han hecho ellos bien hecho está. —le respondió con brusquedad.

—Por su bien es mejor que no les cuente nada, la ignorancia es la mejor defensa contra los avatares de la vida. —añadió el templario.

—Por lo que veo van a partir en breve. Yo les seguiré.

—No tienes porque preocuparte, vendrás con nosotros. Tendrás que cambiar esos atuendos tan inmaculados por otros más parejos a los nuestros. Ve con mi hermana, ella le ayudará. ¡Venga Pelagia, encárgate de este hombre!

No tardaron en iniciar el camino hacia el norte, evitando las antiguas vías romanas.

—¿Y dices que andáis en continua penitencia? —indagaba Guillermo.

—Aunque tiene ya algunos años, nuestra cofradía no viene de muy antiguo. Vamos predicando la auténtica cristiandad. La renuncia a la materia será la vía para la santificación de nuestra carne, hay que honrar a Dios como se merece. —contaba con vehemencia.

Las mujeres comenzaron a desgranar cánticos acompañadas por el tañer de un desvencijado rabel, un diminuto timbal marcaba el compás. Guillermo siguió hablando con Lleonart.

—¿Y buscáis reliquias en tierra de musulmanes? En Valencia conocí el lugar donde se veneran los restos de un gran mártir de la cristiandad que lo trajeron de Zaragoza para obligarlo a la apostasía por medio de espantosas torturas. Unos dicen que murió allí, otros dicen que escapó. Era la época en la que en Roma había un emperador y estas tierras eran provincias vasallas de

su poder. Se llamaba Vicente y era diácono en la Zaragoza romana según me dijeron.

—No se trata de los restos de un santo sino de los más personales objetos del hijo de Dios. Como el cadalso que se utilizó para su pasión y muerte.

—¿Cómo? —exclamó atónito Guillermo.

—Sí, es la Vera Cruz la que guiaba nuestros pasos. Ahora volvemos al norte, pero no habrá descanso hasta que encontremos su paradero. Que nuestros hermanos lombardos y calabreses ya cuentan en su poder con los santos pañales y el paño de la Verónica con la Santa Faz impresa. No seremos nosotros menos constantes en nuestra labor. Será luego cuando erigiremos el templo que la contenga. Será un faro, una nueva guía para la cristiandad.

Escarmentado como estaba por el asunto, el templario no hizo otra cosa que callar.— Seguro que les hago un favor —pensó.

Así que optó por el disimulo y atendió a una nueva cantata que ahora la hacían acompañar de una burda chirimía moruna. Aunque las cantaban en lemosín, azuzó el oído ya que parecía recordar su letra.

Mientras el rey está en su cámara,
mi nardo exhala su perfume.
Mi amado que duerme entre mis pechos,
un hatillo de mirra es para mí.

—Pero ¿esas estrofas no son de la biblia judía?

—Del llamado Antiguo Testamento doncel, que no es de judíos solamente el llamado Cantar de los Cantares. —replicó el hombre.

—¿Y que hacen éstas mujeres recitando esas estrofas acompañadas de música profana? Además, aquí no hay clientela que le escuche.

—Su auditorio no siempre es de carne y hueso, que hay otras partes que no son solo oídos y que también se regalan de escuchar. —dijo convencido.

Guillermo quedó estupefacto ante la respuesta pero no tardó mucho en hacerla asimilar. Si hay alguna razón por la que estos vagabundos compadrean con aquellos monjes del *ribbat*, esta seguro que es una de ellas.

—Nosotros lo dejamos todo. —continuaba.

—Y no creas que fue poco. Soy sastre y junto a mis hijos nos ganábamos el sustento mejor de lo que se pueda pensar. Nunca pensé que erraría por el

mundo con ropa tan ruin como la que visto. Tampoco conocía el grave desprecio al que las gentes someten a los de aspecto andrajoso y desprovistos de todo afeite. Pero no me importa, rezo por sus almas que de nada sirve odiarlas. —

El beguino tropezaba a menudo debido a un defecto en una de sus piernas aunque se ayudaba de un largo cayado. Se agarró al brazo de Guillermo y aprovechó para susurrarle.

—¿Y no has oído hablar nada de aquella reliquia?

—Nada escuché, entonces nada sé. Pero no creo que el buscar una reliquia haya de ser el motivo por el que deba dedicar su vida un buen del creyente cristiano.

—¿Quieres decir que no es una tarea noble y piadosa reunir para su veneración los atributos de la vida y pasión de nuestro Señor? —le respondió enfurecido.

—No, no digo eso. Me refiero a que es la fe la que cuando algo no alcanza ni el entendimiento ni mucho menos al razonamiento, la que suple todo aquello.

—Las ciudades y las villas están llenas de reliquias. Son ellas por si mismas las que obran milagros, conceden dádivas. Unos buenos cristianos y vecinos que vivían junto a la iglesia de Sant Pere, partieron hacia el reino de Francia junto a un numerosísimo grupo en busca de la primera sangre de nuestro señor.

—¿La primera sangre?

—Sí, hombre, la primera no es otra que la que se vertió cuando su circuncisión, quedó pues su sangre y su carne. El Santo Prepucio. —Guillermo lo miraba asombrado.

—Y es que no hay atributos mayores para nuestra redención que las reliquias por las que se vertió su primera y su última sangre.

—Nunca había escuchado algo semejante. No imaginaba que existiera...

—Pues su historia es antigua. Comienza en tiempos del emperador Carlomagno que la obtuvo del Patriarca de Jerusalén. No más entró en las tierras de su imperio la hizo depositar en un monasterio por indicación de su más cercano consejero, un tal Hugo de Tours. Algún tiempo más tarde y como fruto de las envidias, el tal Hugo cayó en desgracia y fue condenado a

muerte. Hete aquí el primer milagro obrado por la reliquia, por que invocándola en el momento de su ejecución el verdugo fue incapaz de descargar el hachazo sobre su cuello. Impresionado, el emperador lo indultó y le hizo entregar la reliquia en un cofrecillo de plata que incluía una astilla de la Vera Cruz y un paño bañado con algunas gotas de sangre exhaladas por el mismísimo prepucio.

—Esto que me cuentas es algo fabuloso. —dijo Guillermo con asombro.

Pues de fábula no tiene nada y si no ya verás, porque pasado el tiempo y por no retener aquello contra la voluntad divina, asió la arqueta entre las jibas de un camello, dejándolo que deambulara por montes y prados, tal como los filisteos hicieron con el arca de la alianza y los bueyes. Aquella bestia llegó a una villa llamada Niedermunster. Allí se dirigen nuestros hermanos. —

Guillermo continuaba andando con aquel colgado de su brazo. El cansancio empezaba a hacer mella sobre el grupo. Cuanto más, que el itinerario discurría por viejos senderos que a fuerza de no estar transitado, su firme era desigual y la maleza lo invadía.

Pasaron así dos días en los que como no se llegó a lugar habitado alguno, se dormía mal y peor se comía. Guillermo no profería queja alguna. Bastante era con la caridad y discreción con la que lo acogieron Al atardecer de la tercera jornada no pudo resistir el preguntarle al anciano.

—¿Dónde nos detendremos a pasar la noche? —

—No estamos ya lejos. Llegaremos antes de que oscurezca, es la mejor hora. Hoy dormiremos sobre cubierto.

Y no se equivocaba, la noche comenzaba a invadir montañas y valles cuando a no más de una legua, vislumbraron una pequeña espadaña que se elevaba sobre un caserío.

—¿Es allí?

—Sí, aquel lugar se llama Salvassoria.

—No lo conocía. ¿A quién pertenece?

—Es un antiguo lugar habitado por cristianos. Perteneció siempre a los señores de Morella. Blasco de Alagón es ahora su dueño, aunque ni él ni su hueste lo suelen visitar.

Era ya de noche cuando entraron en la alquería. La iglesia no estaba terminada y por todas partes se veían materiales y herramientas para su obra.

Lleonart atizó tres buenos aldabonazos sobre el portón de entrada a una cerca.

—¡*Oh vere Deus*! —repitió varias veces hasta que alguien le respondió

—¡Semper unus! —y el portón crujió.

—Adelante hermanos, no os esperaba hasta el verano. ¿Qué os trae de vuelta? —El que preguntaba era un hombretón negruzco y barbudo que vestía a la oriental y con fuerte acento provenzal.

—No nos fue bien en Valencia. Mandaron prendernos y expulsarnos, por lo que decidimos salir por nuestra propia voluntad.

—Allí hay lumbre. Acomodaros y ya hablaremos mañana. —sentenció.

Entraron en aquel cobertizo donde se abría un enorme hogar con algunos troncos todavía crepitantes. Guillermo se dejó caer sobre una pila de sacos de grano, se arropó con los faldones de su hábito y quedó pensativo observando el fuego. Sentía sobre su rostro el fuerte calor que emitía. Una dulce sensación invadió su cuerpo. Aquel lugar, aquella gente, le hizo sentirse tranquilo y en paz.

XXXVII

Amaury Trencavell, así se llamaba aquel gigante con corazón de carnero. Según le contó, había nacido en el Languedoc en una villa llamada Carcassès de la que hacía ya mucho tiempo que tuvo que escapar por pertenecer a la herejía albigense. Allí quedaron sus padres y un hermano suyo intentando recuperar las tierras que les habían sido incautadas por los justicias católicos enviados por Roma. Amaury escapó a Aragón entrando por la Cerdaña enmascarando su identidad gracias a una logia de picapedreros y maestros de obra que acudían a la llamada de los gremios de oficios de la villa de Jaca, las obras eran muchas y no a todas alcanzaban a cubrirlas todas. Durante un tiempo se ganó el sustento como acarreador. Siguiendo luego el curso de las recientes conquistas del rey aragonés, fueron a parar a este lugar apartado lugar para trabajar en la construcción de una nueva iglesia. Ya existía un diminuto ermitorio anterior que amenazaba ruina. Amaury decía haber escuchado de la complacencia de los señores y justicias de la corona aragonesa por todas las prácticas religiosas. Él era un hereje huido, los que las autoridades hacían llamar cátaros. Llevaba allí más de un año, y le parecía un lugar tranquilo para preparar la venida de su familia y de otros miembros de su comunidad.

—¿Y que dios es ése, por el que persiguen a sus creyentes? —se atrevió a preguntarle Guillermo al cabo de pasar algunos días observando y callando. No pudo evitar que en su tono denotase una ingenuidad forzada.

—El mismo que el tuyo, nos hacemos llamar cristianos puros. La Inquisición romana considera que esto es una grave herejía del catolicismo.

Aquello no le era ajeno. En seguida vino a su memoria el recuerdo de sus

compañeros del Estudio de Lérida.

—Sí, escuché hablar de ello hace algún tiempo.

—No dudo que ya sepas algo. Si no fuera así, no colgarías al cuello esa medalla de ámbar que llevas. Tranquilo, no te preguntaré de donde la sacaste.

Aquellos beguinos que acompañaron a Guillermo partieron hacia Barcelona a los pocos días. Guillermo se encontraba cómodo y seguro en aquel lugar, por lo que solicitó al tal Amaury el poder quedarse y alguna labor con la que ganarse el sustento. Aquel se alegró por su decisión.

Así transcurrieron los días, semanas y meses. El templario ora estaba en las labores del campo, ora trabajaba en la obra de la iglesia. El vecindario era realmente exiguo, sus fuegos podían contarse con los dedos de las manos. De la conversación con los vecinos dedujo que el tal Amaury había sido muy bienvenido. Máxime cuando compró a don Blasco de Alagón, con dinero enviado por su familia, la extensa propiedad en la que residía y todos los pastos que bordeaban el pequeño valle. Amaury se apresuró en ponerlos a disposición de toda la comunidad.

Guillermo no había confesado su situación a aquel que le daba techo y sostén. Amaury tampoco lo interrogaba, por ello le parecía más si cabe, un ser respetuoso y bonacible. Por las noches, a la luz de la lumbre, gustaban de dialogar sobre los asuntos de Dios y del espíritu, momento que aquel tampoco osaba preguntar por el origen de sus conocimientos. Más aún se sorprendió, pero no por ello quebró su respeto, el día que Guillermo escribió sobre una tablilla de cera las letras necesarias para ser esculpidas sobre una clave que daría remate a la bóveda de la iglesia.

—Estando en Lérida, ahora hace casi diez años, muchas familias fueron apresadas por practicar el cristianismo del mismo modo en que lo hacéis vosotros. ¿Qué razones hay para que de éste modo se os persiga?

—Si me preguntas lo que sucedió. Pues es bien sencillo. ¿Crees acaso que Roma iba a quedarse impasible?

Clérigos y hombres de bien se lanzaron a las calles de las ciudades y recorrieron los campos predicando el Evangelio. Las Sagradas Escrituras fueron traducidas del latín a nuestra vulgar lengua occitana. Hombres y mujeres comprendían su significado y de nuevo se hacían llamar cristianos. La mentira no existía en sus almas, nunca alzaban su mano contra nadie y

desterraron el juramento como algo aborrecible.

—¿Cómo pudo el Papa oponerse a todo esto?

—Tan solo con burdas cuestiones dogmáticas, a las que se sumó la codicia de los señores del norte. También has de tener presente que no fue el mismo Papa el que decidió formar esa funesta institución que con denuedo y saña persigue a nuestros hermanos por todos los rincones de la cristiandad. Que fue ese emperador Federico, el de Sicilia, el que dice ser rey de Jerusalén y que en vano intentó expulsar al mismísimo Papa de sus tierras romanas. Fue él mismo, el que tras una de sus excomuniones rogó al Sumo Pontífice que colaborara en la exterminación de una herejía. Y esa no era otra que la iglesia cátara de Renania, en la lejana Germania. Ese pérfido emperador, además de envidiar sus riquezas, obtenidas honradamente por el trabajo y el comercio por aquellos, los tenía como acreedores de los préstamos para llevar a cabo su campaña mesiánica en Tierra Santa. La solución fue drástica y efectiva. Canceló sus deudas, el Papa Gregorio quedó contento, y el maldito siervo del Anticristo ya pudo comulgar a diario.

—No si yo también se algo de ese cruel Federico. ¡Es un felón! —Guillermo quedó en silencio recordando cómo había sido utilizado en beneficio de aquel malvado.

—Pues esta es la historia de cómo empezó nuestra persecución por el Santo Oficio. Años atrás no fue más que el vil metal el que arrastró al Papa y a su valedor el rey de Francia contra nuestra comunidad. La nobleza occitana que protegía a sus súbditos y participaba de sus creencias era una presa suculenta. Eran las mejores tierras, las ciudades y villas más prósperas, las que entonces vivían alejadas de la corona francesa. Los que enseñoreaban estas tierras pactaron vasallaje al rey de Aragón y los más orgullosos se vanagloriaban de su vida independiente. Los diezmos fueron interrumpidos y las arcas de los obispados católicos quedaron vacías.

—¿Y si nunca se alzaron en armas, como es que contra ellos se utilizaron?

—Lo que colmó la paciencia del Papa Inocencio fue la muerte por asesinato de su legado, un tal Pedro de Castelnou. Ya puedes imaginar quién empuñaba aquella daga. Nunca habló mi padre mal de aquel hombre con el que mantuvo profundas discusiones sobre lo humano y lo divino. Siempre

buscando el encuentro de ambas iglesias. A aquel desgraciado lo asesinaron los mismísimos hombres del rey. De ese modo, forzó al Papa a que convocara la sangrienta cruzada contra sus mismos hermanos. Mira, acércate. —y de una sólida arqueta de madera de olivo sacó un grueso tomo.

—¿Qué libro es ese?

—Son dos libros en uno, y no están escritos en latín sino en vulgar lemosín. —dijo con entusiasmo.

—¿Y de que tratan? Nunca creí que los libros se pudieran escribir con la lengua que hablamos.

—Y realmente no yerras Guillermo. Esto es una Bíblia, si las autoridades eclesiásticas lo encontraran lo harían quemar junto a su portador.

—¿Y cual es ese otro del que se hace acompañarla Biblia?

—Pues no es otra que nuestra regla. Es un gran libro escrito por nuestros primeros padres para salvaguarda de nuestro gobierno y tradiciones.

Guillermo leía con curiosidad.

—Es un prodigio que hayáis tenido la valentía de traducirlo. —

—No fui yo, pues ese libro tiene al menos mi edad. Pero si que es verdad que es un gran instrumento para el entendimiento de Dios y la salvación del hombre. Pocos son los que saben latines y no hay mejor manera de hacerse entender que hablando la lengua con la que te amamantaron.

—Cierto. —le contesto el templario, quedando pensativo.— ¿De qué manera podríamos socavar a ese emperador que cree ser el mismísimo Mesías? —se decía.— No era tarea fácil, pero a él poco le tenían ya que enseñar lo que era enfrentarse al enemigo.

—Guillermo, ya seguiremos con este asunto en otro momento. Mira allá en aquel cajón hay cornamentas de cabra y ciervo. ¿Ves esto? —Le enseñó un manojo de peines envueltos en un tafetán.

—Observa bien los modelos y tállalos con estos buriles. Cuídate de no tajarte un dedo.

Aquella tarea, aunque al principio le pareciera insidiosa le acabó por infundir aplomo en su espíritu, ya que consistía en dosis equilibradas de fuerza y delicadeza. Las mañanas las dedicaba a cuidar del ganado, sacándolo a un pastizal vecino y haciéndolo andar por la estrecha vega. En su fondo, discurría un pequeño riachuelo. En su orilla se sentaba a menudo a recordar.

Las tardes se sucedían entretenido con los peines. Sentado en un taburete y trabajando en silencio. A menudo se le unía el viejo Artemio, única persona que acompañaba a Amaury en la masía.

—¿Hace mucho que conoce al señor Trencavell?

—Toda mi vida llevo con su familia. En Carcassona lo pasamos muy mal. Muchos de su familia murieron en la guerra contra los del norte. Otros fueron juzgados y murieron en la hoguera. No me explico como Ramón, el hermano de Amaury pudo quedarse allí. Hace más de un año que no tenemos noticias de ellos. —

—Ya.

—Debemos afanarnos con éste trabajo. Me dijo Amaury, que el rey ha concedido al concejo de Morella el derecho de mercado cada siete días. Quiere llevar a vender estos peines y saldrá mañana de viaje.

A Guillermo le rondaba en su cabeza la idea de hacer algo que contuviera la maldad de aquel Federico de Sicilia. ¿Pero qué podría hacer un desgraciado como él? Había renegado de sus votos y de buena gana le harían ocupar la peor de las mazmorras del Temple por haber abandonado la orden de aquella manera.

Algunos días más tarde, Amaury volvió de Morella. No tardó en conversar con Artemio sobre las personas que allí había conocido, eran hermanos que andaban errantes en busca de comunidades cátaras en las que integrarse. Guillermo no prestaba mucha atención hasta que al escuchar el nombre de Berenguer de Castellbisbal se revolvió como impulsado por un resorte.

—Sí, Guillermo. Ha sido nombrado obispo confesor del rey. Anduvo no hace poco soliviantando los ánimos de los oficiales de la Inquisición por estas comarcas. Ahora anda en el obispado de Tarragona e intenta persuadir al obispo de los peligros de ser demasiado permisivo con los hermanos cátaros que se refugian en estas tierras.

—Lo conocías. —inquirió Artemio. Guillermo no pudo evitar el narrarles sobre su procedencia y avatares en la orden templaria. Aquellos no pudieron sino enmudecer ante el relato.

XXXVIII

Poco tiempo después, Guillermo vio la ocasión de ver cumplidos sus deseos. Amaury le indicó que había que andar hasta la no muy lejana villa de Castellfort a llevar unos fardos con centones para un importante mercader de armas que tenía allí su almacén. En seguida la vino a la mente lo cercana que quedaba la casa templaria de la Iglesuela y las palabras de aquel fraile que dio sepultura a fray Ramón.

La noche anterior a su partida pidió tinta y un pedazo de pergamino.

—No te alarmes si me demoro un par de jornadas. —le dijo.

—Quiero visitar a un conocido en la Iglesuela y entregarle este escrito.

—Ve con cuidado y a ver lo que escribes, si has de comprometer con ella a alguien ten a mano la carta y a la menor señal de peligro te la tragas. —le dijo Amaury con rotundidad.

Guillermo pensó bien las palabras que iba a escribir, afeitó una pluma de pato y comenzó con sus mejores latines tal como sigue:

Anno Domini MCCXLIV

Guillermo Sargantana, caballero de la orden del Templo de Salomón. Hago llegar por medio de mis hermanos de la orden el siguiente manuscrito, a don Jaime, rey de Aragón, Mallorca y Valencia, conde de Barcelona y señor de Montpellier.

Que en la tarea por la recuperación de la Vera Cruz para su Majestad, era conocedor que una vez estuviera en su poder debía concederle su custodia a la orden del Temple. En dos ocasiones se me encomendó dicha tarea y en ambas fracasé. Por la primera fui ensalzado y por la segunda

encarcelado. De la segunda y dentro de la orden a la que pertenezco, descubrí amargamente que había hermanos que buscaban el menoscabo de su reino y el provecho de la estirpe del emperador Federico de Sicilia. Mi rey, fuisteis engañado, y esto se me confesó con anterioridad al proceso habido en Monzón por el asesinato de un fraile hospitalario en el desgraciado suceso de Caravaca. La Lanza Sagrada, de la que se que sois custodio, no tiene ningún valor, ya que la verdadera la posee Federico de Sicilia. Además la Vera Cruz, con la que se obtendría el pago por la reliquia a la orden a la que pertenezco, iba a ser entregada al emperador. Estos son los talismanes que utilizó durante su coronación como rey de Jerusalén y desde que le fue arrebatada, no ha cesado en su intento de recuperarla. Hoy Roma se postra a sus pies.

Y le advierto ahora, cuando conocí que el obispo confesor que mantiene a su lado es el llamado Berenguer de Castellbisbal. Berenguer ha sido la sombra que ha permanecido vigilante por conseguir mediante sucias artimañas el menoscabo de la orden del Temple y el beneficio del Papado sin importarle el perjuicio a la corona. Su ambición personal y el conocimiento del santo lugar donde se venera la reliquia son ahora serias amenazas cuando son los templarios los que custodian las tierras y villa de Caravaca.

Guillermo de Sargantana, Caballero del Temple.

Guillermo yacía tumbado en su catre cuando sintió esa noche como la Luna desaparecía tras el horizonte. Había dejado de sorprenderse por todo aquello de lo que ahora era capaz de percibir y que antes permanecía sin prestarle ni un instante de atención. Pensó que había llegado su hora y pondría su parte, aunque exigua, para que cesara toda aquella locura de ambición y poder. Tanto si participaba en todo aquello, como si permanecía impasible, dejando que los hechos se consumaran, era igualmente estar del lado del mal. Era tiempo de tomar partido, de iniciar el camino y sin mirar atrás por si algo de lo que se deja debilita el ánimo.

Se incorporó bruscamente, era ya noche cerrada, no distinguía nada de lo que le rodeaba pero lo intuía. Un leve fulgor de estrellas se colaba entre la ventana y su alféizar. Abrió sus hojas de par en par, las tenues sombras de los árboles se proyectaban contra la tierra. Se volvió para escuchar el rumor que

hacía el viejo Artemio al respirar, lo arropó y salió de la pequeña estancia. Bajó al cobertizo donde preparó concienzudamente al mulo y salió al camino. Pensó que no sabía de donde sacaba el valor para abandonar aquel lugar, aquel remanso de paz para entrometerse de nuevo en empresas de las que no sabía como acabarían. La luz de un candil iluminó la entrada del caserón al tiempo que Guillermo se alejaba. Amaury se acercó a su pequeño escritorio y levantó el mantel con el que lo cubría, quedando a la vista la madera cubierta de cera seca, fruto de atardeceres de cirio y lectura. Sopló el polvo que la cubría y miró al trasluz. Buena parte de la carta del templario había quedado grabada en su superficie. Amaury esbozó una sonrisa complaciente y de un soplo apagó la luz.

XXXIX

El amanecer sorprendió a Guillermo atravesando las montañas. Tomó la precaución de apartarse tanto como pudo de los senderos que zigzagueaban por entre los montes. Se había acostumbrado a observar en vez que lo observaran.

—Cualquiera que me vea dirá que si estoy loco. Y no es para menos. —se decía.

Después de un largo día de caminata, llegó por fin a lo alto de la gran cumbre que coronaba un antiguo templete pagano y sobre el que ahora aparecía el ábside de una hermosa iglesia cristiana. Un par de picapedreros cesaron su repicar acompasado por saludar y compartir un buen trago de vino con el viajero. Seguro que eran buenos maestros, cosa que dedujo por lo complejo de las piezas que tallaban.

—¿Dónde se ha visto que a un hombre y a una mujer, le crezcan pámpanos por la boca? —les dijo extrañado.

—¿Te gustan mercader? Pues esas no son nada, mira los capiteles de esas columnas. —le dijo el más joven con orgullo.

Guillermo observó diversos animales, algunos tan fantásticos que no adivinaba lo que pudieran ser. No se atrevió a seguir preguntando.

—Para entender lo que significan deberías haber nacido aquí. O saber más de lo que sabes. —le siguió uno en tono altivo.

Guillermo le devolvió la bota, y agradeciendo el vino siguió su camino. No sin pensar que también le llegaría la hora de entender todo aquello.

Caía la noche cuando dio con el almacén de aquel mercader tan peculiar. Le costó poder entrar, ya que la puerta se hallaba vigilada por dos

hombretones fornidos y con aparentes malas pulgas. Refunfuñando hicieron venir al tratante de armas. Tampoco este le hizo muchas fiestas y pronto lo entendió por que la mercancía que él portaba era quincalla pura si lo comparaba con las espléndidas armas que allí dentro se apilaban. No intentó calcularlo, pero se le antojó que al menos había aparejo para armar la mesnada real al completo contando sus escuderos y peones.

—Toma el dinero de la mercancía y no lo pierdas. Pasa la noche aquí, a estas horas ya nadie te abrirá la puerta ahí fuera. —le dijo con el tono del que acostumbra a decir lo que se tiene que hacer. Y no era mala idea, sino fuera por verles la cara a aquellas dos bestias con apariencia humana.

—¡Qué tenga buenas noches! —le gritó cuando ya se daba cuenta que se iba y queriendo ser cortés.

La impaciencia le impidió pegar ojo, toda la noche la pasó en vela. ¿Estaría todavía en la Iglesuela aquel fraile? ¿Creería lo que iba a contarle? ¿Mandaría apresarme no más me viera sin el hábito y entregándole aquel escrito? Las dudas lo asaltaban pero aunque había momentos en los que sentía pánico, su decisión estaba tomada.

No dejó ni que amaneciera cuando montó a la mula y la espoleó saliendo de aquel lugar. El camino le llevaba a poniente y entretenía su angustia contando estrellas y ordenándolas. Poco a poco fueron desapareciendo del firmamento y dieron paso a la luz violácea del amanecer. Notaba como los primeros rayos calentaban su espalda y sintiéndose confortado cerró los ojos de puro cansancio y se durmió.

Debía aquella bestia estar bien enseñada, por que no detuvo su paso, ni prolongó sus paradas por ramonear los apetitosos arbustos cuajados de rocío que flanqueaban su camino. Cuando Guillermo despertó de aquel sueño a lomos del mulo, ya se vislumbraba en el horizonte el campanario de la villa de la Iglesuela y la imponente torre templaria de su convento.

Dejó la montura en un prado resguardado de la vista del camino y anduvo hasta penetrar en la gran plaza toda ella orillada de soportales donde se encontraba la entrada de la casa del Temple. Se detuvo tras una de las columnas y observó la entrada principal. Dio un salto cuando notó una mano en su hombro a la vez que pronunciaban su nombre.

—Por Dios bendito, pero si es Guillermo.

El templario dio un brinco y exclamó un —¡Ay!— sonoro.

—¿Qué haces por aquí? Pero, ¿dónde están tus ropas? —Guillermo expulsó el aire de sus pulmones sonoramente al ver el rostro y las luengas barbas del celador.

—Es largo de contar, decidme fray Guillém si os puedo confiar un secreto que en nada perjudica a la orden y que en todo caso las fortalecerá a los ojos del rey. Aunque suene así no estoy bromeando.

—Bueno, bueno, bueno... —le interrumpió.

—No fray Guillém, disculpadme, pero es de suma importancia. Tengo mi montura en un prado junto a la ermita. Le esperaré allí. Deme su palabra que vendrá.

—Está bien Guillermo. He de terminar algunas tareas que tengo pendientes, tan pronto las acabe acudiré.

Comenzaba a inquietarse por la larga espera, cuando fray Guillém apareció por el camino, le hizo una señal con el brazo que aquel de seguida devolvió. De su cinturón desató la faltriquera a la que le había cosido el pergamino de manera que parecía formar parte de ella.

Como a una cuarta de distancia, se dio cuenta que aquel no era el templario con el que acababa de conversar, aunque su porte y vestimenta eran los mismos. Este no llevaba barba. Estuvo a punto de salir corriendo cuando aquel hombre le alzó la voz con solemnidad.

—¡Guillermo, no recuerdas mi rostro, ahora que afeité mis barbas!

La vacilación se tradujo en alegría. A su mente acudían vagos recuerdos. Imágenes tristes y escenas desconsoladoras. La emoción hizo que su cuerpo se estremeciera.

—¡Padre! —se fundieron en un abrazo. Tras lo cual se apartaron del sendero.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Nada hubiera cambiado y pensé que era mejor observar tus pasos que no haberme dado a conocer. Además, bien sabía hasta dónde te habían metido aquellos monjes francos de Gisors. Hace tiempo que no tenía noticias de tu paradero. ¿Por qué escapaste de la encomienda de Xivert?

—No tuve más remedio que hacerlo. Fue a la vuelta de la marcha sobre el reino de Murcia. Solo te digo que me hicieron cargar de cadenas, por

mandato del mismísimo Maestre de Aragón. Unos antiguos conocidos de nuestra orden me ayudaron a escapar. Ahora voy comprendiendo el por qué.

—Pero dime Guillermo, ¿qué significa todo este secreto? ¿qué mal trance es ese que te ha hecho venir hasta aquí?

—Pues no es mío ya el apuro, que el mío ya lo viví y lo purgué. Lo que no puedo hacer es cruzarme de brazos cuando otros pueden sufrir la perversión del Mal. Acecha en todas partes padre se lo aseguro y ...

—Cálmate, vamos, cálmate y dime que es lo que ocurre. Que después de tanto tiempo no sabe uno si es desatino o acierto el escuchar tales palabras. —Guillermo entendió que algo más tenía que contarle. No podía darle un simple encargo, del que nada sabía ni entendería. Lo hizo sentarse y comenzó su relato. Guillém Sargantana permanecía en silencio. Atónito por el relato que escuchaba.

—Y así es como quedé, soy un fugitivo de la orden. Y además, seguro que aquellos que conocen bien mi historia, no les habrá hecho ni pizca de gracia que ande por ahí libre y sin sombra que me vigile. Solo le diré que andaban de continuo buscándome las pulgas.

—Lo imagino hijo. Sé lo que ahora hay en juego, y mucho tiene que ver con el porvenir de nuestro rey don Jaime, del Temple y de la cristiandad. Has de saber que aquellos templarios de Gisors, se erigieron como continuadores del llamado Priorato de Sión. Su casa madre desapareció tras la rendición de Jerusalén ante Saladino. Su principal casa está ahora en San Sansón de Orleáns y aquella encomienda franca fue la que da cobijo a su capítulo secreto. El pobre fray Ramón bien que los conocía. —fray Guillém continuó.

—Fue sido Federico de Sicilia, el que tan hábilmente consiguió su apoyo, cuando tras negociar con los *ayyubíes* entró en Jerusalén y se coronó. No tardó en ceder las antiguas posesiones de la orden a aquellos templarios que darían validez sagrada a su linaje.

—He escuchado, que hasta el Papa obedece a todos sus deseos...

—Así es hijo. Aquellos hombres traicionaron los principios de nuestra orden. Sí, es cierto que siempre se mantuvo una orden secreta, libre de miradas indiscretas y donde poder transmitir los conocimientos de las tradiciones más ancestrales. Aquellos templarios franceses rompieron con todo, pretendieron hacerse custodios únicos de la estirpe sagrada, de la sangre

del mismísimo rey David. Le llamaron Sang Real o Grial. Confundieron a muchos de los nuestros diciendo que aquella era una estirpe divina de reyes mortales, de carne y hueso y aún continúan en su empeño. Pero el Grial es otra cosa muy distinta. El Grial es el camino y con un elevado destino, la iluminación. Todos encontramos nuestro Grial cuando descubrimos lo que Dios depositó en nuestro ser.

—Esto lo intuía padre. Y creo que ya he tenido tiempo de conocerlo.

—Ahora dime, cuáles son tus intenciones. ¿Por qué has venido en búsqueda de ayuda? —Guillermo sacó de la faltriquera el pergamino firmemente anudado.

—Este pliego que es una misiva para el mismísimo rey. He de pedirle que se la haga llegar, si no es personalmente, mediante algún hermano de confianza que tenga entrada entre los cortesanos. —le alargó el pliego y aquel lo observó con detenimiento.

—Es mejor que no lea lo que contiene, vivirá más tranquilo y si alguien le preguntara siempre podrá decir, que no sabe nada con pleno convencimiento. —aconsejó Guillermo.

—No hijo, lo que estoy pensando es que aún queda alguna oportunidad para que puedas tener la ocasión de entregársela en mano. Creo que lo podré conseguir, aunque tendré que actuar con tiento. —

—¿Y cómo es eso?

—Pues tan sencillo como que el rey vuelve de Montpellier, donde la reina Violante ha parido un varón. Sabemos que ha estado en Zaragoza, donde los expertos en la ley y *costum* aragonesa, preparaban los fueros para el conquistado Reino de Valencia. En su marcha hacia Valencia, envió un emisario a la vecina encomienda de Cantavieja solicitando su derecho de cena. El rey quiere hacer algunas modificaciones en los textos sugeridas por nuestra orden. Allí deberás ir y esperar su llegada. Ven, mira hacia allí, ¿ves aquel sendero? —Guillermo asintió.

—Por allí hay numerosas cuevas, hogar de penitentes y eremitas. Ya no quedan muchos y hay algunas que están vacías. Llévate la montura hasta allí y acomódate lo mejor que puedas. Al anochecer ya te traeré algo que llevarte a la boca. —

Guillermo obedeció, estaba muy inquieto y a duras penas contenía su

nerviosismo.

—¿Cómo reaccionaría el rey tras entregarle la carta? —se preguntaba.— Espero que no tarde mucho en llegar. —y pensaba en el señor Trencavell, que de seguro que ya estaría mirando el camino por si lo veía volver. Entró en una de aquellas oquedades. Se tumbó junto a la bestia por aprovechar su calor y cayó dormido.

XL

El cortejo que acompañaba al rey, no era en exceso numeroso. Llegaban a Cantavieja desde poniente. En la más alta almena del castillo habían hecho colgar el pendón real. Abría la pequeña comitiva el mismísimo don Jaime y lo flanqueaban dos caballeros, que por lo multicolor de su vestimenta afirmaban su origen provenzal. Tras ellos una decena de prohombres, monjes y palafreneros, la mayoría aragoneses. Algunos de ellos, conocidos por Guillermo como el mismísimo don Eiximén de Urrea. Como siempre y haciendo caso omiso de su envergadura, montaba un rocín de proporciones elefantinas. De la bestia, hizo pender un gran escudo con sus colores, que más le serviría de parapeto que para colgarlo en su brazo. Dos decenas de peones corrían a buena marcha, ahora que las monturas aceleraban su paso por entrar más gallardamente en la ciudadela. Guillermo permanecía al borde del camino, y tuvo que girar el rostro, por no verse reconocido. Su padre lo acompañaba.

—¡Mira Guillermo! —decía mientras devolvía el gesto a uno de los jinetes que con la mano enguantada en alto y sonrisa franca le saludaba.— Ese caballero que nos saluda pertenece a la Orden del Santo Sepulcro. Nos batimos espalda contra espalda en el sitio de Mallorca cuando no éramos más que escuderos. —Guillermo no salía de su nerviosismo, por lo que poca atención prestaba a lo que le decía. Se sintió desfallecer cuando vio que rematando el grupo ascendía por la cuesta el mismísimo Bernabé. Sí, aquel sirviente del obispado de Lérida, y que además iba tirando de un mulo, sobre el que bajo una complicada sombrilla se hallaba el mismísimo Berenguer de Castellbisbal.

—¡Vamos! No perdamos el tiempo, aquel caballero será el que nos conduzca al rey. —y tirándole de la manga entraron en el castillo. Guillermo hacía por evitar que lo reconocieran.

—¡Dichosos los ojos! ¡Fray Fortún¡¡Qué alegría me da verte!

—Lo mismo te digo fray Guillém. Te hacía en la mismísima Jerusalén. —

—Pues andas equivocado. Que por Tierra Santa nunca estuve muy a mi pesar. Sé que Jerusalén volvió a caer bajo el empuje de aquellos bárbaros asiáticos. —

—No dejaron piedra sobre piedra. Ha saber que han hecho ahora con los Santos Lugares. No hace mucho que regresé de allí, llegué a Aigües Mortes y me uní al rey que se encontraba en Montpellier.

—¿Vais entonces hacia Valencia?

—Bueno, como siempre voy de paso en todas partes. Se están haciendo planes por tomar el puerto de Cartagena. Como bien sabes, Zayyan se hallaba en el reino de Murcia y pactó su protección con el emir de Túnez. Tan solo le queda aquel reducto, ese puerto es un nido de corsarios agarenos que no hacen sino asaltar a todo navegante que pillan y cuando no encuentran uno se dedican a saquear la costa. Los castellanos también participarán, allí me uniré a los de mi orden. —Guillém pensó que mejor ocasión que la que ofrecía la casualidad, no habría.

—Fortún. —le dijo mientras le pasaba un brazo por el hombro.— He de pedirte un favor. Creo que es de gran trascendencia. No os voy a dar detalles por no implicarte, pero el rey necesitaría ser conocedor de lo que éste hombre quiere comunicarle. —y señaló a Guillermo, que permanecía a cierta distancia, asido a las riendas de su borrico, como si con él no fuera todo aquello.

—Pero...

—No preguntes ni hables. Tan solo quiere entregarle un escrito. ¿Lo crees posible? —Aquel quedó un instante dubitativo.

—Venid conmigo, lo haremos con gran discreción, que no es otra cosa que hacerlo con naturalidad. —

Se dirigieron a las caballerizas donde el rey observaba con detenimiento como aseaban su caballo. Junto a él se encontraba Berenguer de Castellbisbal. Guillermo dio un brinco no más reconocerlo y cogiendo a su

padre por el brazo le espetó.

—Entrégasela tú, yo no puedo entrar ahí.

Desde la entrada Guillermo observaba el colgante y el grueso anillo que lo hacían reconocer como obispo, notó como un sudor frío le cubría el cuerpo. Mientras el del Santo Sepulcro se dirigía al rey y le hacía una indicación mostrando a fray Guillém. El rostro del monarca expresaba la contrariedad del momento al ver solo a aquel fraile con el pergamino en sus manos. Este se arrodillo y le ofreció el rollo.

—¿Qué es esto? —inquirió el rey. El obispo no perdía detalle.

—Mi rey, no es más que un mensaje de alguien que tan solo desea vuestro bien. Yo soy solo su mero portador e ignoro lo que hay escrito en su interior. —Don Jaime observó el burdo sello que la cerraba. En rápido ademán lo desplegó. El obispo se estiró intentando asomar su cabezota tras los hombros del rey.

—Es conveniente, que nadie menos los ojos del rey, lean el mensaje. —sugirió el fraile. Pero para aquello ya era demasiado tarde por que el hábil obispo ya había dado buena cuenta del escrito.

Don Jaime le miró de soslayo, aquel disimuló, e hizo como que no prestaba atención.

—Señor obispo, siempre tan solícito para los asuntos del rey. —le dijo con sorna. ¡En que mal momento me asignó el Santo Padre, un ministro tan impertinente!— dijo sin rubor.

—Alejaros por un momento, que he de dar cuenta de este asunto.

El obispo obedeció al momento. Al salir de aquellos corrales, su mirada se cruzó con la de Guillermo que esperaba a la puerta. El obispo reconoció en ese momento al artífice de aquella celada. No se detuvo, el tiempo corría en contra suya. Marchó presuroso a la entrada principal del castillo por dar instrucciones a su sirviente. El obispo extrajo uno de sus anillos y se lo entregó. Bernabé aflojó las correas del palio asido al mulo y lo desmanteló. De un salto, montó sobre la bestia a horcajadas. Azuzándola violentamente, salió raudo de la fortaleza. Guillermo corrió tras él.

—¡Prended al señor obispo! —tronó la voz del rey mientras hacía indicación a dos de sus caballeros. Aquellos corrieron solícitos hacia él y lo trajeron en andas.

—Pero mi señor, no iréis a creer...

—¡Silencio! —le dijo mientras avanzaba hasta él.

—¿Crees que no se de sobra que andas vigilante de todo lo que se decide en Aragón? ¡Confiesa a quién rindes cuentas y salva tu vida! —Y de un manotazo lo hizo caer de bruces al suelo.

—¡Solo procuro por el bien de la cristiandad! —renegaba.

—¡Habla! —

Mientras tanto, Guillermo brincando entre los zopeteros del camino, había alcanzado al desgraciado de Bernabé. Saltando sobre él lo hizo dar de bruces contra el suelo.

—¡Solo me dio esto! ¡Déjame marchar o me matarán! —y diciendo esto lanzo el anillo todo lo más lejos que pudo. Guillermo corrió a por el y nada más tomarlo le pareció reconocerlo. Una cruz Tau y unas letras en su centro GISORS. Bernabé aprovechó para agarrarse de las crines de la bestia y de nuevo azuzarla colina abajo.

De poco serviría la prueba que confirmaba de nuevo la traición. El rey había decidido hacer justicia lo más pronto posible y quiso dar un castigo ejemplar. Cuando Guillermo llegaba al patio de armas, un verdugo asía la lengua del obispo con una enorme tenaza. Las fauces del obispo permanecían abiertas, aferradas por dos garras metálicas que se hendían en sus mejillas. Otro introdujo un afilado estilete, que en rápido ademán desprendió su lengua. Un estridente aullido hirió los oídos de cuantos asistían al castigo. El de la tenaza soltó su instrumento cauterizando la herida con una barra de hierro al rojo.

—¡Este es el precio de la traición! —bramó el rey.— Ahora vuelve a Roma y muestra el resultado de tu traición.

Guillermo se acercó hasta donde estaba el rey entregándole el anillo a Fortún.

—Sire, esto fue lo que el obispo entregó a su sirviente. —

—¡Templarios! —dijo escuetamente.

Agazapado tras las espaldas de su padre, no recibió más que una indicación con la mirada de este para que comprendiera que debía salir de allí. Guillermo no podía sino obedecer a su padre después de lo acontecido, a fin de cuentas él era un prófugo. Deshizo el camino hecho mientras su cabeza

bullía. Había sido el causante de la ira del monarca, había desatado su furia, había causado el castigo. Durante todo el viaje de regreso no pudo apercibirse de que los ojos vengativos del miserable Bernabé lo seguían, y así hasta llegar a la Salvassoria. Bernabé permaneció algún tiempo sin comprender lo que allí sucedía. La venganza era el pago a la desgracia en la que Guillermo lo había sumido y sospechaba lo que en aquel caserío se cocía.

XLI

La mañana amaneció con los campos y las montañas circundantes repletos de nieve. Guillermo había madrugado como de ordinario para salir a los campos. Aunque no era mucha la labor que se podía hacer, las pocas horas de luz del invierno obligaban a aprovechar bien el día. Cuando oscurecía no quedaba otra cosa que arremolinarse entorno a la lumbre y había tiempo sobrado para los oficios y las enseñanzas.

Una mañana, estaba en un pequeño pastizal, apartando la nieve para que las cabras pacieran cuando le pareció que alguien llegaba al valle por el sendero que bajaba de Morella. No tardó mucho en distinguir tres figuras que presurosas descendían en dirección a las casas. Guillermo encerró de nuevo al ganado y subió hacia la alquería donde se encontró con los forasteros que llegaban. Amaury también los había visto y salió al encuentro.

—¡En el nombre de Dios, pedimos cobijo! ¡Nos vienen persiguiendo! —apremió con desparpajo una dama ya entrada en años. La seguían otras dos embozadas en suntuosas capas por resguardarse del frío.

—¡*Oh, vere Deus*! —añadió otra, dando la señal.

—¡*Semper Unum*! —respondió Amaury.

—Pasar, pasar —les ofreció solícito.

—¡Guillermo ayúdales a entrar esos hatillos!

Tomó el de la más menuda que al acercarse clavó sus ojos en los de Guillermo. Una vez en el interior y habiéndose despojado de las ropas. Observaba desde la puerta creyendo el templario discernir aquella silueta que entraba en calor junto al fuego.— ¡Ersebeth! —pensó.

—Nos vienen siguiendo desde que abandonamos Alcañiz. —decía la más

vieja.

—Son hombres enviados por el Prior de la encomienda de los calatravos.

—¿Dónde está Chavert? ¿cómo es que no ha venido con vosotras?

—El no pudo escapar, lo detuvieron en el taller. Nosotras tuvimos que escondernos en los subterráneos de la ciudad. El alguacil del concejo nos sacó de allí y nos hizo acompañar hasta Castellote. Desde allí tuvimos que recorrer todo el camino a pie, hasta llegar a Morella. Un pastor nos acompañó al lugar más seguro para dormir. Hay una pequeña mezquita frente a las murallas donde con los moros conviven agotes, tullidos y leprosos. Salimos de madrugada, ellos mismos fueron los que nos indicaron el camino hacia La Salvassoria.

—¿Y cómo fue que lo detuvieron?

—Los calatravos no se vienen a razones. La ciudad está muy soliviantada. Creo que han querido dar un escarmiento y por no tocar ni a los miembros del concejo o a alguno de los gremios, la tomaron con nosotros haciéndonos culpables del revuelo. Me dijo el alguacil, que lo habían enviado al tribunal de la Inquisición de Zaragoza. Las acusaciones que pesan sobre él son graves.

—No creo que os encuentren aquí. Tomaremos las precauciones necesarias. Hablaré con los vecinos y no salir de la casa por ninguna razón —

Amaury se enrolló en una gruesa capa de lana y salió de la casa. El fuerte viento empujó un remolino de nieve al zaguán fundiéndose rápidamente al llegar al suelo. Guillermo alzó su mirada y miró fijamente al cuello de la joven. Aquella giró su rostro hacía él.— Si, es ella. —pensó.

—Ersebeth... —

Guillermo se acercó unos pasos hasta llegar a su altura. Aquella lo miraba fijamente en silencio. Se fundieron en un abrazo ante la mirada atónita de los presentes.

—Guillermo, Guillermo... —le susurraba al oído mientras se abandonaba a sus sentimientos. Sus ojos derramaban gruesas lágrimas que bañaban la mejilla del templario.

—Esto es un sueño, es imposible. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo te podía preguntar yo. —le respondió Ersebeth.— Pasó algún tiempo, don Eiximén fue un buen esposo, pero había cosas que ni él ni yo misma podíamos solucionar.

—¿Pero...? —No le dejó terminar la pregunta y asiéndola de una mano pasaron a la estancia continua, no sin antes disculparse ante sus extrañadas compañeras.

—¿Dónde están los hábitos de la orden templaria? ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Sería muy largo de contar, y lo cierto es que no me gusta recordar ciertos asuntos. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Fue uno de los días más tristes de mi vida.

—Bueno, pues allí ya tuve que hacerme pasar por lo que no era. Viajé hasta el reino de Murcia donde cometí y sufrí tropelías innombrables. A la vuelta me di cuenta que había sido engañado. Probé las mazmorras de la orden y fui defenestrado. He pasado algún tiempo en la encomienda de Xivert, muy cerca del mar. Allí fue donde empecé a madurar la decisión de terminar con aquella locura. Fueron unos cristianos llamados beguinos, los que me trajeron hasta aquí. El señor Trencavell me acogió sin preguntar. Trabajo para él, cuido sus labores y ganado. A don Eiximén no hace mucho que lo vi. ¿Cómo es que no estás junto a él?

—Eso no es ningún secreto. —y tomándolo de la mano entraron en una habitación. Los de fuera quedaron mirándolo en silencio.

—Mis compañeras son de plena confianza y conocen todo sobre mí. Sucedió que tras más de cuatro años de matrimonio no pude darle descendencia. El siempre me reprochaba que estuviera seca cuando precisamente era él, el que no cumplía. —Guillermo se sonrojó debido a la falta de costumbre en el trato de éstos asuntos.

—Pero...

—Sí así como lo digo. Ocupaba mucho de su tiempo en su quehacer y no solo en cuestiones militares. Y más aún cuando fue donado en Vilamarxant y Xest. En la primera una buena fortaleza y su villa y en la segunda una hermosa alquería rodeada de campos y cultivos que para su buena administración y producto lo mantenían ocupado de la mañana a la noche. Nunca supo ni cómo ni cuando hacerme los hijos.

—¿Entonces...?

—Hizo venir incluso a dos matronas para que me hurgaran las entrañas. Y nada dijeron, en una ocasión trajeron de la villa de Caspe a una anciana

que pasó toda una mañana cociendo brebajes al cual más nauseabundo y que luego por la tarde me hizo tragar. De nada sirvió.

Y así llegó el día que en vista que nada surtía efecto solicitó al mismo obispo que nos casó en Albarracín, que preparara la nulidad de nuestro matrimonio. Allí comenzó mi calvario.

—¿No volviste con la reina Violante?

—¿Con la reina? Bastante tiene ella con ese fornicador impenitente de don Jaime. No queda un solo húngaro en la corte, los apartó a todos para que no interfirieran es sus asuntos y aventuras amorosas. Ahora anda tras una dama llamada Teresa Gil de Vidaure. Los más de los caballeros de la reina volvieron realmente a Hungría por defender el reino de las hordas tártaras, solo algunos quedaron en las tierras donde fueron donados o en mi caso malhallada por la poca ventura de la Divina Providencia. Fui a vivir con mi aya a una villa llamada Puigcerdá, muy al norte, junto a los montes Pirineos. Allí conocí a estos cristianos que se hace llamar buenos hombres y hasta ahora.

—¿Así que eres uno de ellos?

—¿Qué no perteneces también a su iglesia? ¿No lo sabías acaso?

—Claro que sí. Hace tiempo que los conocí y por esa causa creo que comenzó mi desgracia. Guillermo recordaba aquella noche en Gardeny cuando salió a aliviarse junto a la iglesia.

—Pues no entiendo como pudo sucederte eso. Son los cristianos más puros que conocí, son en extremo piadosos y...

—Yo estaba en Lérida cuando llegó la Inquisición...

—¡Guillermo! ¡Prepara algo caliente y atendamos a estos viajeros debidamente! —voceó Artemio.

—¡En seguida! —Guillermo y Ersebeth volvieron a la gran estancia donde el viejo Artemio, se entretenía azuzando las brasas hasta que hizo brotar las llamas. Ersebeth continuó con su relato.

—Vino el mismísimo Bertrán Martí. Allí impartió el *consolamentum* a algunos cristianos venidos de los más remotos confines de la comarca. Son numerosas las comunidades que se reparten por todo Aragón aunque la Inquisición se encarga de que no progresen. Somos creyentes anónimos y nuestras prácticas religiosas no queda otro remedio que ocultarlas. Los

ministros de nuestra religión son procesados por el tribunal no más los apresan. Si no abjuran de todo lo que ellos creen que es herejía, vas a la hoguera sin remisión.

—Dejaros de cháchara. Que las desgracias no hay ni mentarlas. —dijo Amaury cerrando el portón de entrada.

—Tomar ese pote. Y cuidado que la sopa hierve. Que Guillermo os acompañe al cobertizo de los telares. Hay un pequeño aljibe vacío donde podréis ocultaros. —ordenó Amaury.

Guillermo disimuló con cuidado el estrecho boquete por donde se introdujeron las tres mujeres. No bien salió al patio que vio como Amaury conversaba con tres jinetes junto a la empalizada. Cogió un haz de leña con disimulo y se dirigió hacia la entrada de la casa.

—¡Eh! ¡Eh! Acercaos aquí. —Guillermo hacía como si no lo oyese y continuaba caminando.

—¿Ese desgraciado es sordo? ¡Llámelo! —ordenó a Amaury uno de los jinetes.

—¡Guillermo ven aquí! Es que es un poco corto. —contaba disculpándolo.— No tengas vergüenza, estos señores quieren conocerte. —le dijo con un tono compasivo y con retintín, por que se apercibiera del disimulo. Y no lo hizo del todo mal, porque en llegando al grupo y al descubrir que había algún rostro conocido entre aquellos de a caballo, hizo ver que tropezaba, cayendo de bruces sobre un barrizal. Se levantó untado de cieno hasta las orejas, además de arrodillarse ante ellos. Aquel rostro que se mostraba ante él, era el del mismísimo Uzal.

—¿Qué haces bastardo? ¡Eres un auténtico desastre! ¡Has mojado toda la leña! ¡Recoge todo eso y ve a adecentarte! ¡Inútil! —Y con la reprimenda se marchó mientras que los de a caballo todavía reían de ver al zafio.

—Más que corto es un cerril. —gritó uno de aquellos. Y los demás le acompañaron la monserga con sonoras carcajadas.

—¡Está bien! ¿Y dice que éste camino lleva hasta Catí?

—Sí, allá abajo sale uno hasta Castellfort, es mucho más largo y pasa por una alquería llamada la Llécua. Permanecimos en la casa toda la mañana resguardados por la tormenta. No vimos pasar a nadie. Ni los obreros del taller han salido hoy a trabajar en la iglesia. —les dijo con convencimiento.

—Andar con ojo. Al que vea algo o sepa algo de esos patarinos se le premiará si nos lo hace saber. Pero ¡Ay! del que nos mienta o nos oculte alguna cosa. —y azuzando las monturas se alejaron.

Amaury entró en la casa.

—De buena nos hemos librado. ¿Has fingido caerte? ¿No? —le preguntó, mientras que aquel, metido en un barreño se enjuagaba la cabeza.

—Conocía a uno de los que acompañaban a los frailes. Es un hombre peligroso que no hubiera dudado en apresarme. Amaury, ya se que imaginabas que algo te ocultaba. Como te conté, soy fraile templario, fui arrestado y escapé. Uno de los alguaciles conoce mi pertenencia a la orden y probablemente mi fuga. Es muy astuto y hubiera puesto la masía patas arriba no más por verme aquí. ¿Ya se han marchado?

—Sí, iré a sacar a las mujeres.

Aquella noche concelebraron la eucaristía con especial solemnidad. Después se reunieron junto a las brasas del hogar y a la pálida luz de una lamparilla de sebo.

—Este mundo bajo y ruin no es creación divina. —dijo Amaury tomando la palabra.— Todo aquí bajo está sometido a la corrupción y a la muerte. Este es el reinado del desorden, el mal y la violencia. Todo esto que veis no hace sino confirmar que éste mundo ha sido creado por el principio de la maldad que no es otro que el del Demiurgo.

—¡El del diablo! —le apoyó la vieja Melisenda, que se encorvaba sobre un taburete.

—¡Bien! Son dos raíces de un mismo árbol, la una la del bien y la otra la de mal. Es el mundo invisible y el visible, en el uno se salvan las almas y su premio es la eternidad, en el otro reina el dios de la maldad, de las cosas fútiles y transitorias por las que con tanta facilidad el hombre se abandona. Y ya dijo Cristo que su realeza no es cosa de este mundo.

—¿Y que hay de la transubstanciación del pan y el vino de la eucaristía? ¿Qué razones hay para no celebrarlo durante la misa? —preguntaba Guillermo.

—Esas son prácticas a las que la iglesia católica no ha querido renunciar pero que son del todo erróneas. Cristo no murió en la cruz, ni su pretendida muerte era el objeto de su venida a la tierra. El no redimió a nadie con su

sangre. Vino a enseñar y para recordar que su reino no era de éste mundo. Eso es suficiente y es lo que realmente trasmiten las Sagradas Escrituras. Sucede con el bautismo de igual manera ya que no es por inmersión en agua como se recibe al Espíritu Santo sino por el fuego con la imposición de manos. —Sacó el libro que tan celosamente guardaba en la arqueta y leyó en provenzal:

—Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

—Y esto es del libro llamado de Hechos de los Apóstoles, que además pertenece al Canon de la iglesia de Roma. Y recordad una cosa, solamente en apariencia murió en la cruz, el Hijo de Dios nunca puede morir. —dicho esto Amaury permaneció en silencio. A Guillermo se le salían los ojos de las órbitas tras escuchar lo dicho por Amaury.

—Cristianismo sin cruz, cristianismo sin eucaristía... —balbuceó Guillermo.

—Reconozco la perplejidad con que recibes estas enseñanzas. Todos los que aquí estamos somos creyentes y yo ya era diácono cuando vivía en Carcassona. Después de lo vivido hoy. De lo ocurrido en Alcañiz y sin saber lo que habrá sido de otros tantos hermanos, solo veo dificultades en sostener una casa aquí en la Salvassoria para los buenos cristianos. El telar nos ayudará a nuestro mantenimiento, pero no podemos más que concelebrar llegada la noche y suspender toda labor de apostolado. Nos esforzaremos por atender a los hermanos perseguidos e intentaremos que a nosotros no nos descubran.

Ersebeth se arrodilló ante Amaury. Por el gesto parecía que iba a dar especial solemnidad a lo que iba a decir.

—Señor, he permanecido en meditación durante los últimos tiempos por dar éste paso. Lo vivido en los últimos días me hizo convencerme más aún de ello. Es mi deseo, consultada la conciencia de recibir el *consolamentum* y dedicar mi existencia terrena al ministerio de la religión cristiana.

—¿Eres conocedora del paso que vas a dar? —le inquirió.

—Lo soy plenamente. Ante el obispo de la verdadera iglesia de Cristo Bertán Martí solicité dar el paso y fui preparada para dar éste paso por sus diáconos. Conozco los votos de abstinencia y continencia que profesaré a partir de ahora y los de vida en comunidad.

—Doy fe de la admisión de Ersebeth por la iglesia *ad itineram* del obispo Martí. —añadió solemne el aya Melisenda.

—Pues no demoremos el momento. Prepararemos el ceremonial para ésta misma noche. Nunca se sabe lo que la Divina Providencia depara, y menos en momentos de tribulación como los que vivimos. —Amaury rompió la reunión, dando las instrucciones pertinentes para el ritual.

Guillermo se hallaba turbado, ayudaba al anciano Artemio que preparaba concienzudamente bastos velones de sebo y ceniza. El joven le anudaba las finas mechas de lana. ¿Qué ha querido decir Amaury con los votos y obligaciones? ¿A que estrecheces te obligan? Preguntaba temiéndose lo que ya intuía.

—Por el *consolamentum* obtienes la salvación en vida. Es como haber resucitado antes de morir. Nada te ata a lo material. El cuerpo se muestra sumiso bajo el peso de una conciencia limpia. —Aquel dilataba la explicación, dándole tiempo para que asimilara bien lo que escuchaba.

—No existen los bajos deseos de la carne, ni por darle alimento ni por satisfacer su furor y calentura...

—Ya entiendo. —Tomó el cucharón y batió la mezcla mientras admitía la realidad. El encuentro no borraba el paso del tiempo. Ni él era lo mismo que años atrás, ni tampoco lo era ella. El corazón le latía aceleradamente, la garganta se le trabó y sintió una irrefrenable necesidad de llorar. Se volvió hacia un rincón, haciendo ver que tomaba alguna cosa. Mordió sus labios y se reprimió como pudo, el pequeño sueño de amor volvía a desvanecerse una vez más. Su piel notó el frío del invierno en todos sus poros y se estremeció.

A Guillermo no se le permitió participar en el ceremonial. Se habilitó un lugar para recibir a la nueva catecúmena, tras lo cual, Amaury la hizo pasar a otra dependencia. Allí, Artemio lo había dispuesto todo. Solemnemente los esperaba a la entrada, se había hecho cubrir los hombros por una capa morada a modo de dalmática.

Ersebeth caminó con entereza. Al pasar a la altura de Guillermo, le sonrió con dulzura.

XLII

Pasaron bastantes semanas sin escuchar noticias de aquellos ministriles del Santo Oficio. Por precaución, permanecían ocultos casi todo el tiempo, aprovechando las noches para atender a los animales y el pequeño huerto. En ese tiempo Guillermo había decidido relatarle a Amaury todo sobre su pasado. No podía ocultar nada, ahora que Ersebeth convivía con ellos. La visión de su enemigo, aquel Uzal de Llívia, le hacía rememorar sus más nefastas pesadillas.

Mandó Amaury a su fiel Artemio, que marchase a Morella para recabar toda la información que pudiera. Por los pastores que por allí pasaban, les llegaban noticias de prendimientos y expulsiones de los cátaros huídos de Tolosa y Carcasona. Artemio se lo confirmó días después. La situación era muy precaria, debían acudir a la ciudad a vender sus productos para comprar los víveres necesarios, el invierno ya había comenzado. También les contó que existía el rumor de que el rey había sido excomulgado por el Papa. Y aquello lo decían los de la Inquisición, que parecían disfrutar de hacer correr la noticia de boca en boca por todo el reino.

Amaury volvió una tarde a la Salvasória espantado por lo que había escuchado. Ya que de un excomulgado no se obligaba a cumplir la obediencia dada y el poderosísimo señor de Morella Don Blasco de Alagón, ya se decía que andaba buscando pactar con los castellanos por independizar sus señoríos de Aragón. Guillermo permanecía en silencio en un rincón, mientras reparaba las lanzaderas del telar.

—¿Y qué mal ha hecho éste rey a Roma para que lo premie de ésta manera? —preguntó.

—Al parecer, en un ataque de ira, mandó le cortaran la lengua a su obispo confesor. Creo que tú sabrás algo. ¿No? —le dijo con ironía.

—No es mala felonía. Hay prelados que echan pestes por su boca. A más de uno deberían cortársela. —le respondió con sorna.

—Rompía su secreto de confesión siempre que podía. Andaba al servicio del Papa. Cuando le llegó el eco de que aquello que consideraba un secreto, era conocido en todas las cortes. Buscó al culpable y cumplió venganza.

—¿Y que era aquello que tanto ocultaba? —preguntó Ersebeth.

—Refrena tu curiosidad que no es amiga de la templanza y en ocasiones hay gentes que por saciarla mueren a causa de ella. —le reprendió.

—Como en estas cosas cada cual tiene su propia historia, unos dicen que fueron los amores secretos que mantenía con una dama y que cada vez que holgaba con ella, buscaba en la confesión el arrepentimiento, y claro tanto fue el cántaro a la fuente...

Otros simplemente hablan que enviaba correos al Papa con todo lo que el rey hacía y que a Roma le pudiera interesar. Al parecer no tenía Don Jaime intención alguna de embarcarse en una cruzada contra los bárbaros que invaden Tierra Santa y le faltó tiempo al obispo para mandar recado. —

Guillermo no pensó que su acción llegara a tanto.

—Guillermo, te andan buscando. —Aquel se sobresaltó.

—Alguien dio tu nombre al Santo Oficio. Como prófugo de tu orden, no esperes que salgan en tú defensa. —Guillermo pensó en Bernabé, el fue el que dio su nombre.

—Pero bueno, no siempre hemos de andar escondiéndonos y alguna buena nueva también llega. Hay una feria de ganado la próxima semana. Iremos a Morella y nos desharemos de algunas reses. Con el dinero que consigamos, compraremos suficiente harina como para pasar el invierno. En un solo viaje zanjaremos la cuestión. Iremos todos.

Los preparativos para acudir a la feria se realizaron con gran regocijo. No solo redundaría en engrosar las arcas de la comunidad, sino que muy probablemente, serviría de encuentro con creyentes de otros lugares. Sobre todo las que recientemente se habían instalado en los valles del río Matarraña. Amaury, había dejado misivas para los ministros conocidos de aquellas. Informándoles sobre aquella oportunidad y comunicándoles el deseo de un

encuentro que a modo de concilio les sirviera para organizarse.

—Guillermo, prepara aquellos fardos con mantas para el pollino, los ovillos y los peines los llevaremos nosotros. —

Formaron una pequeña comitiva a la que se le unieron los picapedreros y carpinteros que trabajaban en la iglesia vecina. El tiempo había empeorado bastante, por lo que decidieron aceptar la invitación del maestro de los canteros de pasar la noche en el taller de sus compañeros de Santa María de Morella. No pudieron negarse a tan oportuna invitación.

Morella bullía de gente por la ocasión. Sus callejuelas y plazas aparecían repletas de tenderetes y cercos en los que los comerciantes y tratantes vendían su mercaduría. Hasta allí llegaron Amaury y los suyos.

Ersebeth salió hacia la ermita de Santa Lucía, en busca de los hermanos que acudían de tramontana. Aquel sería un buen lugar donde encontrarse, libre de miradas y oídos extraños. Nada hubiera ocurrido a no ser por que Guillermo insistió en acompañarla. Parecía que el destino ya lo hubiera decidido así.

Guillermo no podía imaginar que el despierto Uzal de Llívia se hallara todavía al acecho de aquellos herejes. La denuncia de Bernabé llegó a su destino, Uzal esperaba cobrarse una buena presa. Con esas noticias no le daban para permanecer ocioso, y ya desde primeras horas de la mañana andaba vigilante. De una a otra puerta de la villa de Morella deambuló durante horas. El frío y la incipiente tormenta que se avecinaba ya lo iban convenciendo por ir a buscar refugio, cuando le pareció reconocer la traza de aquel que andaba embozado tras un grueso capote. Fingió que algo se le había caído a la mujer por acercárseles e increparlos.

—¿Son éstos manguitos suyos? —Tan solo necesitó que le dirigiera la mirada para abalanzarse sobre él.

—¡Maldito templario!

—¡Corre Ersebeth! —Guillermo le hincó el extremo de su bordón en el vientre, haciendo que pronto lo desasiera y cayera al suelo enroscado. Le propinó un fuerte puntapié en la cara que lo dejó aturdido. Salió tras Ersebeth, que enfilaba ya hacia el exterior de la muralla.

XLIII

Andaban errantes, puertos arriba, el frío arreciaba a medida que alcanzaban las cumbres. De lo agrestes que eran, se hallaban desprovistas de vegetación en la que protegerse. Un montículo pedregoso le sirvió de improvisado refugio.

—¿Crees que no nos seguirán? —preguntó Ersebeth con un hilo de voz.

—Aventurarse por estas alturas es una locura, pero se puede pensar cualquier cosa de esos hombres. Son bestias deseosas de su presa. —

—Tras la cumbre hay un eremitorio, allí podremos encontrar refugio.

El viento silbaba corriendo entre los riscos. Gruesos cuajos de nieve comenzaron a precipitarse contra el suelo.

—Será mejor que continuemos o la nieve nos impedirá seguir. Ven agárrate fuerte a mi espalda. Así descansarás. —

Y de ese modo continuaron la marcha. Guillermo empezaba a no sentir los pies, y no tanto por el cansancio de sus extremidades sino por el helor que le invadía y que ya le hacía castañear los dientes.

—¡Mira! ¡Allí! ¡Es la ermita! —gritó.

—¡Silencio! No sabemos si nos siguen todavía. Con ésta tempestad no me veo ni la nariz. Marchemos pues.

—Allí bajo debe de estar la aldea de Alcolea. Allí podremos resguardarnos mejor.

—Sería como ir directos al matadero. No sabemos si están ahí detrás, y de seguro que allí buscarán refugio. —

—¡Qué Dios nos ayude en éste trance!

Con gran esfuerzo y muy entrada la noche llegaron por fin a un pequeño

bosque. No más entrar en él, vieron un rafal. Abrieron la pequeña cerca que la cerraba, con la sorpresa de encontrarla llena de cabras que apretujadas de espanto contra las paredes, comenzaron a balar desesperadas ante la sorpresiva llegada de nuevos huéspedes. El calor del habitáculo les hizo recuperarse del entumecimiento de sus cuerpos. Ersebeth ordeñó un poco de leche en uno de sus escarpines. Pronto les llegó el sueño.

Uzal había informado de lo sucedido a fray Raimundo, el oficial del Santo Oficio. Para cuando éste se enteró, muy diligentemente ya había organizado la cacería. Y no habían desperdiciado el tiempo. Los mulos eran buenos escaladores y cuando la nieve lo impedía, desmontaban y se calzaban anchos barajones que permitían andar ligeros por la nieve. Avanzaron a buen ritmo pero dado lo espeso del camino por el que la nieve se desbordaba, se detuvieron en el llamado de Alcolea.

—¡Qué no quede un rincón sin registrar! —ordenó el oficial.

—Cuando hayáis acabado, turno de centinela en aquella cartela. Es un buen otero. —le confió a Uzal de Llívia, que asentía satisfecho.

—Mi señor, los lindes de la diócesis acaban no muy lejos de aquí. Pronto entraremos en la jurisdicción del Inquisidor de Zaragoza.

—Devolverlos a los nuestros será cuestión de poco tiempo. —El mandamás era un fraile de santo Domingo que más había nacido para la acción que para el recogimiento y la oración, aldaboneó con gran estrépito. La pequeña casa de postas presidía una pequeña plazoleta. No tardó en entreabrirse un portillo por el que de seguida bramó el dominico.

—¡Abrid! ¡Qué estamos tiesos como carámbanos! —

—¡Por Dios que es chifladura aventurarse por los caminos con esta tormenta! —se escuchaba tras la puerta.

—¿De donde venís? —decía el posadero mientras daba paso a la comitiva.

—¡Aquí las preguntas las hago yo! —ordenó mostrándole el sello del obispado. El posadero no pareció inmutarse ni reconocerlo pero dado su aspecto sombrío y al verlos armados se mostró dócil.

—¿Ha dado hoy cobijo a alguien?

—No. —

—Supongo que tampoco ni conversación ni alimento a quien pasara por

aquí.

—Señor, las gentes no se aventuran a cruzar los altos cuando el mal tiempo arrecia o amenaza tormenta. A nadie vi, ni con nadie hablé. —le respondió.

—Más valdría que fuera cierto. ¡Registrad la casa!

El mandatario hizo un ademán a Uzal y se acercaron a la vecina estancia. Las llamas del hogar proyectaban sus sombras en espectral danza sobre la pared encalada.

—Esto es cosa tuya, avanzaremos al amanecer hasta donde podamos. Tan pronto tropecemos con alguna autoridad por la que debamos hacernos reconocer regresaremos. Quiero a estos cristianos para su Ilustrísima, seguro que sabrá agradecérmelo. Y en ésta empresa estamos todos.

—No me faltarán ganas. Sea como sea los tendrá.

—Serás recompensado.

La tormenta y la noche pasaron, dejando paso al día que amaneció radiante. La luz se reflejaba sobre la nieve lo que la hacía multiplicarse iluminando cada rincón. El ruido del portillo despertó a Guillermo, que ateridos por el frío se agazaparon en un rincón donde dormitaban enroscados.

—¿Qué hacen aquí? —les inquirió un viejo pastor.

—¡Venga fuera! —les dijo indicándoles la puerta al tiempo que levantaba una tranca del todo convincente.

—¡Buscábamos refugiarnos de la tormenta! —Guillermo se incorporó. Sintió un fuerte latigazo cuando se apoyó sobre sus pies que lo hizo gemir. Asió a Ersebeth del brazo, salieron fuera y se alejaron. El cabrero quedó refunfuñando.

—Algo tengo en los pies. —decía mientras comprobaba su andar renqueante. Guillermo permanecía en silencio mientras avanzaban a través del bosque. Habían dejado el camino por evitar ser sorprendidos, pero de tanto en tanto volvían a él por no extraviarse. El cielo había ido despejándose a medida que avanzaba la mañana. El dolor era insoportable, era tanto, que sentía agarrotarse sus carnes hasta las rodillas. Andaba tropezando con las piedras y raíces que sobresalían del terreno. Se detuvo ante un tronco caído y se sentó.

—Algo no marcha bien Ersebeth, es como si no tuviera los pies. —

Empezó a desatar las cintas que sujetaban sendos pellejos de conejo a modo de polainas. Sacó los pies de los escarpines y observó los dedos de sus pies que se habían tornado entre amoratado y negro. Los frotó con fruición, pero no sentía nada.

—Fue el frío de anoche. Me los secó Ersebeth. —dijo con desesperación.

—¿Puedes seguir? Seguro que encontraremos un sangrador que te los componga. —Guillermo levantó su mirada y la observó mientras volvía a anudarse las pieles.

—¡Vamos, no perdamos más tiempo! —Arrancó una rama con la que se confeccionó un burdo bastón y apoyándose en su compañera continuaron la marcha.

Guillermo sabía que Uzal un buen perro de caza, y así era ya que incansable Uzal, acompañado de los dos lacayos del inquisidor tortosino continuaban la búsqueda no bien hubo amanecido. A unas leguas le seguían los demás, por tomar alguna precaución.

—Si no han muerto congelados los cogeremos antes de que lleguen a Monrroyo. —afirmó con satisfacción.

—Si los de Zaragoza supieran de ésta presa tan jugosa, y que andamos por sus reales como el que va por su casa, nos desollaban vivos. —decía uno de los que le acompañaban.

—Pues buenos son esos. —asentía el otro.

—Dejaros de pamplinas, que en éste mundo el valor no se muestra con palabras, sino que son los hechos los que dan la hombría a uno. —Y como le había quedado redondo, calló y escuchó el silencio que le daba la razón.

—Abrir bien los ojos. Conozco a ese hereje, y puede que nos aceche tras cualquier arbusto. Es fiero y astuto, os lo digo yo. —se reafirmaba Uzal.

Por fin vislumbraron la torre que defendía el paso por la villa de Monroyo. Algunos mahometanos se entretenían haciendo leña con la poda de almendros y olivos. Uzal les voceaba:

—¡Que si han pasado por aquí dos! ¡Que había dos que nos acompañaban y los perdimos en la tempestad de anoche! ¡Me han escuchado! —Aquellos se le quedaban mirando impasibles.

Uno de los ballesteros, el más avispado le aconsejó.

—Señor Uzal, que creo que son agarenos y poco importa lo que les grite.

Que los de Monroyo se quedaron aquí y la única confesión que se da en ésta villa es la de Mahoma.

—Y si no que dice ahí a la entrada, que esos garabatos no son otros que los de la secta de los de Alá que bendicen todas las puertas, dicen que así espantan a las almas en pena y además ponen al altísimo de su parte. —Uzal lo fulminó con la mirada.

—Que uno avise a fray Raimundo, y que se llegue hasta aquí. El otro que me siga, bajemos hasta aquella villa que hay allá, bajo aquellas peñas bermejas.

—Aquel lugar por donde discurre el río es Peñarroya. —le indicó el que le seguía.

Guillermo y Ersebeth los observaban desde un altozano a las afueras del pueblo. Escucharon unas voces y se detuvieron. El repicar del martillo sobre la piedra les recordó que los maestros canteros habían salido a reparar una obra que junto a un río amenazaba ruina a causa de las fuertes avenidas del otoño pasado.

—Son ellos. Poco nos queda para llegar, es junto al río donde trabajan. Mira hacia allí, donde hay choperas hay agua. No nos demoremos más.

Todavía tardaron algún tiempo en llegar. Cruzaron un viejo puente de piedra que salvaba la corriente y se acercaron a un pequeño templete que resguardaba una tosca fuente por la que manaba un grueso caño de agua. Guillermo se recostó junto a él mientras que Ersebeth fue a inspeccionar la obra que se levantaba en un pequeño altozano que se hallaba tras el manantial. Al cabo de un buen rato volvió.

—Se han marchado. El taller se halla cerrado y no se ven ni herramientas ni bancos de trabajo. Ya andan construyendo el altar y la cubierta que lo protege. Está lleno de andamios, creo que volverán.

—Nos ocultaremos y esperaremos a que vuelvan. Mira ahí arriba, tras aquellos árboles hay un ribazo. Lo cubriremos con ramas, eso nos ocultará de la vista de los que por aquí pasen.

Guillermo se acomodó como pudo. Tiró a andar y sus piernas ya no le respondían.

—Ve y busca algo con lo que abrigarnos. —Aprovechó que Ersebeth se alejaba para arrastrarse gateando hasta aquel túmulo.

Pronto cayó la noche, y el frío comenzaba a calar en sus cuerpos. Guillermo, recostado sobre una enorme roca que le hacía las veces de reclinatorio, machacaba unas raíces entre sus dientes.

—Guillermo.

—Sí, dime.

—Lo tengo decidido. Hay una manera de escapar de éste mundo visible. Nos desharemos de nuestro cuerpo, la vida es luz y hacia ella iremos...

—¿Qué quieres decir Ersebeth? No estarás hablando de aquello que me contó Amaury. ¿Hablas de morir?

—Sí, me refiero a eso, a la endura. Muchos creyentes dieron ese paso. No hay mejor manera de volver a Dios. Además es sencillo, con tal de no echarse bocado a la barriga el asunto está solucionado.

—Pues para eso lo tenemos fácil, como no hay mucho que llevarse a la boca...

—Lo digo y lo siento. No quiero que le robes a ésta decisión la importancia que tiene con tus chanzas. Mírate bien, de aquí ya no te moverás a no ser que vengan a sacarte. —Guillermo no volvió a pronunciar palabra. Ersebeth se durmió abrazada a él. El silencio de la noche se rompía por el monótono murmullo del agua y el sordo trajinar de alguna alimaña. Por entre las ramas se vislumbraba el pálido titilar de las estrellas, reflejadas en el estanque que formaba el continuado fluir de la fuente. Acarició con suavidad el contorno de aquel colgante de ámbar que le entregó aquel ermitaño sufí de Miravet. Creyó quedar dormido, cuando un silbido lo despertó. Todavía reinaba la oscuridad, escrutó con la mirada y apartó algunas hojas que le impedían ver de donde procedía aquel extraño sonido. Miró en las aguas estancadas, era un gran espejo reflejando la luz del firmamento. Sus aguas comenzaron a ondular cuando apareció de su interior una figura que enseguida reconoció. Un esbelto cuerpo de mujer cubierto con una escasa túnica vaporosa de un blanco radiante emergía de entre las aguas. Sus cabellos de oro se derramaban sobre sus hombros cubriéndole los pechos hasta llegar a la cintura. Se detuvo junto a la orilla. Miró fijamente los ojos de Guillermo, que se sentía languidecer de placer y sosiego. Guillermo escuchó la voz del morabito de Miravet.— Aquí llegó el final de éste camino. Ve con ella. Ella conoce la puerta. Has de marchar para volver y este es el lugar. —

Guillermo intentaba hablar, su boca estaba paralizada y de su garganta agarrotada no escapaba ni un gruñido por más que lo intentaba.

—Verás la luz, y con ella volverás para combatir las tinieblas. —seguía.

Con delicada parsimonia, aquella ninfa volvió a sumergirse en las aguas, sus cabellos flotaron durante un tiempo en su superficie como un insólito ramillete de algas doradas. Guillermo se incorporó a duras penas, jadeante y con las ropas bañadas en sudor. Ersebeth, ajena a todo aquello dormía profundamente.

Miró con detenimiento las aguas del estanque, arremolinadas en el lugar donde poco antes estaba aquella doncella. Guillermo evocó el sueño en la mazmorra de Monzón. Se abandonó a los recuerdos. Su corta infancia de la que solo le llegaban vagos recuerdos de amor y ternura. Su temprana juventud en el convento bajo la férrea disciplina de los sirvientes templarios. Su servicio como escudero, el bueno de fray Ramón Samenla el día que lo mataron. Analizaba con detenimiento cada momento, intentaba descifrar su exacto significado, lo que supuso para él. El amor por Ersebeth que ahora se estremecía de frío a su lado. Todo ello no era el sendero que le conducía al fin, comprendió que ese había sido el camino que le llevaría al principio, al comienzo de la verdadera existencia. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Aun permaneció el dominico fray Raimundo en Alcolea durante unos días. Tiempo necesario para que su esbirro predilecto, Uzal de Llívia, requería para localizar los cuerpos del templario y de la cristiana. Los hallaron los mismos constructores de la nueva iglesia que allí se erguía, junto al albergue de peregrinos. El fuerte olor de sus cuerpos invadía todos los rincones de aquel santuario. Cuando los llevaron hasta la aldea de la Alcolea, Uzal se acercó por reconocer el cadáver de Guillermo, quería ver su rostro por última vez.

Observó el colgante de ámbar que pendía de su cuello. Le llamó la atención aquel dragón que mordía su cola. De un rápido ademán, lo arrancó y lo puso a buen recaudo en su faltriquera.

—Esto ya no lo necesitará.

Embozado tras una gruesa capa, Amaury observaba la preparación de una enorme pira alrededor de dos gruesas estacas. Las gentes dejaron sus quehaceres de los campos y predios que rodeaban la ciudad y con la excusa

del ángelus subieron hasta la plazoleta de Santa María. Todos cuchicheaban sobre las circunstancias que dieron lugar, al acto de fe que pronto tendría lugar. Amaury escuchaba los más inverosímiles comentarios sobre las hazañas de aquellos desdichados. Unos hablaban que si ella era una experta hechicera. Heredera de un espeso grimorio, donde los conjuros para el mal de ojo y las recetas de los filtros de amor, eran pura baratura. De él hablaban de su comunión con el mismísimo Satán y de que ya había sido expulsado de alguna orden religiosa, por derivar el ceremonial en celebrar misas negras.

Llegado el mediodía, dos fardos con forma humana fueron traídos al lugar a lomos de un asno. Sin cuidado alguno, fueron alzados a la pira y asidos a ella con anchas cinchas de cuero. Un fraile motillón, subido a un balaustre, recitó unos cuantos salmos expiatorios y pronunció sus nombres. En un ligero ademán, demostrando su experiencia, mandó les prendieran fuego. La leña crepitó y en poco tiempo la hoguera se convirtió en una gran antorcha. El gentío se alejaba a medida que el calor iba en aumento. La enorme fogata comenzó a exhalar una negra humareda, al tiempo que el ambiente se impregnaba de un profundo hedor a carne quemada. Amaury se encaminó cuesta abajo, hacia el llamado portal de Forcall.

EPÍLOGO AL PRIMER CÍRCULO

No había roto todavía el alba, cuando un enorme hispano-suiza se acercaba hacia Caravaca por la carretera que bajaba de la sierra. Los enormes faros del vehículo iluminaban la fría madrugada. Era Febrero del año 1934 y los campos amanecieron blancos. El rocío de la mañana se tornaba en escarcha. El automóvil detuvo su acompasado gorgoteo a la entrada del pueblo, tres hombres, cubiertos de oscuros gabanes, que les llegaban hasta los tobillos, descendieron y se encaminaron hacia el santuario por las desoladas calles. Tan solo algunas farolas permanecían encendidas. Unas junto al ayuntamiento, otras unas cuadras más abajo, junto al cuartel de la Benemérita. En las últimas casas que coronaban el camino al castillo se hallaban Guillermo Sargantana y sus dos compañeros del sindicato C.N.T.. Uno de ellos, dormía, cubierto con una manta hasta las orejas, en el interior de una desvencijada camioneta Bedford. No hacía ni un mes que habían llegado con ella desde Barcelona.

Hasta aquel pueblo llegaron para con la intención de trabajar como acarreadores en las fincas y labores de la comarca. También hacían servicios de ordinario todos los lunes con la vecina Lorca. Allí se encontraba su enlace, y era el punto donde daban cuenta del estado de las cosas.

Pues bien, ésta era la identidad con la que se hacían pasar, aunque no paso más de una semana para que la Guardia Civil, a instancias del alcalde, se presentara en la casa donde vivían. Preguntaron si venían de aquí o de allá y husmearon entre sus cosas por ver si ocultaban algo que les interesara. No les

cuadraba como aquellos tres hombres, en la plenitud de sus condiciones, vinieran de la ciudad a trabajar al campo, cuando en aquel tiempo el camino era el inverso.

Fue durante la última reunión en la imprenta de Solidaridad Obrera de Barcelona. Allí, fueron convocados por el dirigente sindicalista Ascaso. Acababa de llegar desde la Alemania nazi, una de las pocas células anarquistas supervivientes de la represión. Allí conoció los restos del anarquismo alemán, ahora disperso y en busca de refugio por toda Europa. Madeleine Lehning cabeza visible del grupo, les relató la crítica situación en la que se encontraban.

—Tenéis que abrir los ojos a la realidad— decía en un escueto español. —Nada volverá a ser igual. —

Aquellos guardaban silencio mientras escuchaban las frases entrecortadas de la alemana. El relato del destino que corrieron muchos de sus compañeros a manos de la policía política los sumía en profundo silencio. Luego pasó a otros asuntos, ya que de los miembros que todavía allí trabajaban en la clandestinidad, traían diversa información. A Guillermo le llamó poderosamente la atención aquella remitida desde Nurenberg en la que daban aviso del interés puesto por ciertos círculos esotéricos cercanos al entonces director general de la policía en Baviera Heinrich Himmler, sobre cierta reliquia cristiana que se custodiaba en España. Fue un resorte, algo que despertó en él, lo que provocó que solicitara hacerse cargo de ese asunto. Propuso averiguar lo que se proponían y convenció a dos de los allí presentes para que colaboraran con él. Ascaso, preocupado por las huelgas generales que en esos momentos se vivían en la ciudad Condal, dejó el asunto en manos de Guillermo.

Lo cierto es que por aquel tiempo el nacional socialismo celebraba el ascenso al poder en Alemania. El nuevo estado germano, empezaba a instrumentalizar todo lo necesario para respaldar el nuevo Tercer Reich. Mil años de renovado imperio ario según vaticinaba su visionario director.

Guillermo bajaba por las Ramblas, andaba con paso decidido y semblante cavilante. A su mente acudían las más estrambóticas imágenes. Veía el relucir de armas, cosa que al tiempo le provocaba angustia y sufrimiento. Escuchaba el retumbar sordo de centenares de pezuñas que golpeaban con

furia los adoquines. El sol lo cegaba, y sentía un enorme peso que llegaba a ralentizar sus movimientos. El claxon del tranvía lo volvió a la realidad. Tomó por la calle de los Templarios hacia la recoleta plaza de Regomir.

Sentía la necesidad imperiosa de dilucidar que tipo de reliquia era aquella, y no dudó en colarse en la vecina librería de viejo de don Pedro Esteve. El librero rebuscó entre los anaqueles de los libros ilustrados, no tardando en mostrarle uno de reciente publicación donde se hallaba la reliquia. La Vera Cruz de Caravaca.

Guillermo, quedó en silencio mientras un cosquilleo le recorría la espalda. De la estupefacción pasó a la euforia. Su mente comenzó a funcionar a toda velocidad. Los recuerdos inconexos de hacía unos instantes, cobraban ahora sentido. Casi sin despedirse, salió disparado hacia el café donde esa tarde, debía reunirse con sus compañeros de la sección textil del sindicato.

Allí, en un callejón vecino al templo de Santa María del Mar, les expuso la situación y de cómo Ascaso había dejado la cuestión en sus manos. Estos que no parecían muy entusiasmados por el trabajo, y menos aún por lo delicada de la situación en la ciudad, aceptaron a regañadientes.

Los preparativos se alargaron hasta final de Enero. Se despidieron de sus empleos y con el dinero que pudieron reunir, compraron una destartalada camioneta y diversos aperos para las tareas agrícolas. Al iniciarse el mes de Febrero, ya se encontraban instalados en el pueblo de Caravaca.

Sobre las paredes de las callejuelas rebotaba el rumor de los pasos, lo que hizo salir de su sueño al que dormía en la cabina. Entreabrió un ojo y al sentir el acero sobre su mejilla, de un brinco se acurrucó contra el fondo. Un tipo enorme lo encañonaba con una negra pistola Astra, al tiempo que con un dedo se tapaba los labios. Por el parabrisas, observaba como otros dos forcejeaban el enorme cerrojo del portón de entrada. Una enorme palanca lo hizo crujir al tiempo que quedaba colgando de un lado. Entreabrieron la hoja y desaparecieron en el interior.

El pequeño barullo hizo que Guillermo se levantara y asomara su cabeza por entre las cortinas del ventanuco de su alcoba. La tenue luz del amanecer proyectaba sombras que se movían bruscamente, hasta que un estampido sordo terminó por despedir la noche. De un brinco tomó la pistolera que colgaba del armario.

—¡Levanta, hay lío ahí fuera! —gritó a su compañero, que todavía dormía ajeno a lo que sucedía.

Salieron a la calle, desierta en ese momento, y abalanzándose a la cabina del camión, descubrieron el cuerpo inmóvil de su compañero, de un agujero junto a la oreja borboteaba la sangre.

—¡Antonio, coge el camión y espérame junto al lavadero, a estos los arreglo yo! —le ordenó desapareciendo por el portón del santuario.

Al tiempo, éste soltaba los frenos del viejo Bedford, dejándose caer por la pendiente, al llegar a la curva embragó la segunda, arrancando el motor de golpe.

Su jadeo rebotaba en las paredes, a medida que a grandes zancadas subía por las escalinatas. Paró un instante junto a la entrada al santuario, y agudizó el oído. No se escuchaba nada, por lo que amartillando su pistola, penetró en el interior. El brazo extendido y con el cañón por delante, abriendo paso. Las piernas le temblaban y su mano vacilaba. La luz del día, andaba ya colándose por entre los ventanales rompiendo las sombras que permanecían en los rincones. Unas sombras en extremo alargadas se proyectaron contra la pared de sillar que tenía a un lado, corrió al extremo opuesto para evitar ser visto. Notó el viento como bufaba sobre su cabeza e intuitivamente se apartó hacia un lado, pero no pudo evitar que un enorme candelabro de pie le golpeara en un costado. Sus huesos crujieron y su revolver salió despedido, resbalando sin parar sobre las baldosas.

—¡Cogh! —gruñó.

—¡Ostia! —gritó Guillermo, al tiempo que agarraba por el cuello al tipo que le había golpeado. Cayeron juntos por entre los bancos de madera. Rodaban y se revolvían, el sicario no dejaba de gritar :

—¡*Raus!, ¡Raus! Ich mache das werk.*

Los otros dos germanos desaparecieron por la puerta. Uno de ellos portaba bajo el brazo un enorme bulto envuelto en un sayón morado.

El germano se zafa de los brazos de su oponente, con furia le atesta con su frente un duro golpe en la cara. El otro yace ya inerte, perdida la sensibilidad por el golpe recibido. Aquel monstruo sediento de muerte, lo agarra por ambas orejas y comienza a golpearle la cabeza contra el suelo. Tamaña es la sarta de golpes contra el pavimento, que convierte a Guillermo

en un pelele, sus miembros languidecen su mirada queda ausente. La bestia parda, insensible y poseída, se detiene. Observa a su alrededor, hasta dar con el revólver. Luego cogiendo a Guillermo de una pierna lo arrastra por la escalinata. La cabeza como un huevo cascado, cruje al golpearse en cada escalón.

Por las callejuelas baja el teutón a grandes zancadas con el cuerpo de Guillermo al hombro hasta que llegados al automóvil, lo acomoda en el asiento trasero. Sus colegas, estupefactos, lo observan antes de arrancar.

—*Ist tot*[5].

El automóvil avanza por la carretera hasta que a la vista de un gran campo de almendros el verdugo hace una indicación al que conduce, señalándole al tiempo un viejo aljibe que mostraba su ruina a unos cuantos metros de la carretera. Retirando algunos cascotes intuyó el fondo del depósito. Arrastró el cuerpo desmochado a su interior. Un fuerte chapoteo convenció al alemán de que el cuerpo había rodado hasta el agua.

Viena, 13 de Marzo de 1938.

La ciudad se halla repleta de gente. No solo han salido de sus casas sus habitantes, sino que de los pueblos y villas que la circundan, así como de ciudades mayores como la tirolesa Innsbruck fueron llegando a lo largo del día anterior centenares de autobuses, automóviles y trenes de servicio especial para asistir a la gran saturnal. Una nueva era, un nuevo César, la resucitación del Sacro Imperio que ahora toma el nombre de Tercer Reich. ¡El pueblo te da la bienvenida!

El despliegue es brillante, aguerridas escuadras, prietas las filas, desfilaron ante el nuevo Augusto. Una demostración de precisión y fuerza acompañada por los colores del nuevo orden. Miles de banderas, pendones y tapices donde entre el rojo y el blanco se inscribe la cruz gamada negra.

Tras la ceremonia, el séquito se dirige en poderosos y rutilantes Mercedes Benz hacia las antiguas residencias imperiales. La euforia de un pueblo se desata en cada esquina, aplausos, agitar de banderines, lluvia de pétalos que se derraman desde balcones.

Un tullido de la Gran Guerra, impecablemente uniformado, irrumpe por

entre los guardias arrastrándose con su carrito al tiempo que alarga una fotografía amarillenta. A un tris queda para que la comitiva lo arrolle.

Por los pasillos del palacio Hofburg, resuenan presurosos los pasos. Las sombras se alargan sobre el mármol a la luz del atardecer mientras el murmullo enfervorizado de la ciudad atraviesa muros y ventanas.

Sin pronunciar palabra, el pequeño grupo de dignatarios, se detienen ante la entrada de la *Schatzkamer*, museo donde se guardan los tesoros del otrora imperio Austro-húngaro. El funcionario que los acompaña, no atina a rodar la cerradura, paralizado por el aliento helado que resbala por su nuca. Al fin vence la resistencia, y dirigiéndose a un lado de la estancia, prende las bombillas que rápidamente iluminan la sala. Su luz multiplica su efecto, al hallarse aquella estancia repleta alhajas, cetros, tiaras, colgantes y arquetas por doquier, todos hechos de metales nobles y embutidos de variadísimas piedras preciosas. El *Reichführer*, adelantándose a los demás, avanza hacia una urna acristalada de la que el funcionario se apresura en despasar los pestillos y levantar su tapa. En el fondo se exhibe la lanza que engasta uno de los clavos tomados tras el descendimiento del Hijo de Dios en el Gólgota. Tomándola con ambas manos, la alza a la vez que sonríe complaciente. En un rápido giro, la muestra a los que la acompañan. Sus ojos parecen desbordar de las órbitas que los contienen.

Aquellos, extendiendo el brazo gritan al unísono:

—*¡Sieg Heil¡*

Notas

[1] En arameo “así en la tierra como en el cielo”.<<

[2] ¿Qué haces aquí?<<

[3] ¡Venga, largate de aquí!<<

[4] ¡Te voy a romper la cabeza!<<

[5] *Está muerto*<<